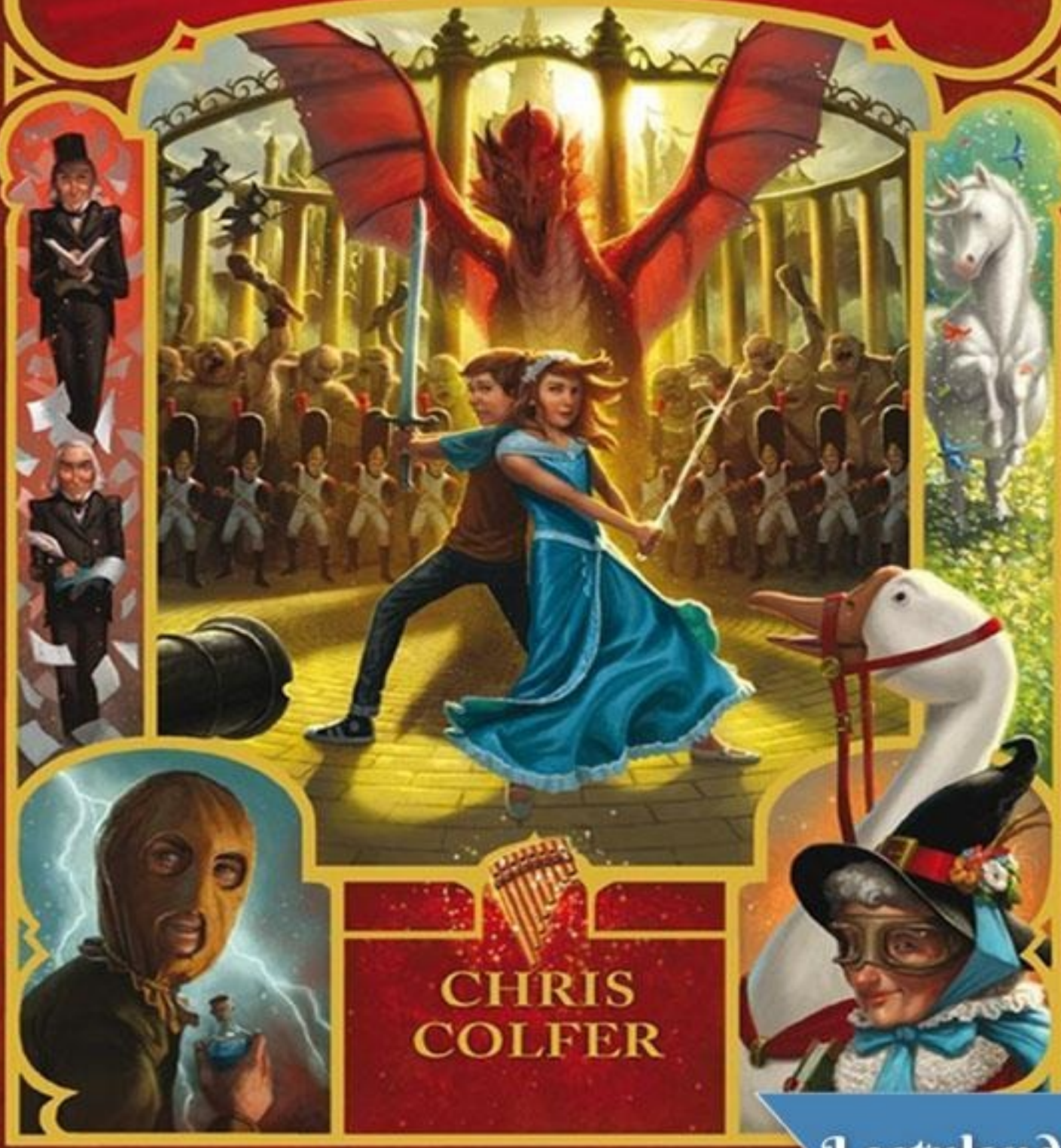
La Tierra de las Historias

La advertencia de los hermanos Grimm



Chris Colfer

Lectulandia

Conner Bailey cree que sus aventuras en La Tierra de las Historias han quedado atrás, hasta que descubre una pista que dejaron los famosos hermanos Grimm. Con la ayuda de Bree, su compañera de clase, y de la increíble Mamá Gansa, Conner se embarca en una misión que lo llevará a Europa para desentrañar un acertijo que tiene doscientos años de antigüedad.

Mientras tanto, Alex Bailey está entrenando para convertirse en Hada Madrina… pero sus intentos de conceder deseos nunca salen como ella espera. ¿Algún día estará lista para liderar el Consejo de las Hadas?

Cuando todo parece estar perdido para La Tierra de las Historias, Conner y Alex deberán unir fuerzas con sus amigos y enemigos para salvar el mundo de los cuentos de hadas. Pero nada los puede preparar para la batalla que se avecina… ni para el secreto que cambiará sus vidas para siempre.

Chris Colfer

La advertencia de los hermanos Grimm

La Tierra de las Historias - 03

ePub r1.0
Titivillus 29.04.2020

Chris Colfer, 2014

Editor digital: Titivillus
Diseño Portadilla VII Aniversario: Skynet
ePub base r2.1



Para J. K. Rowling, C. S. Lewis, Roald Dahl, Eva Ibbotson, L. Frank Baum, James M. Barrie, Lewis Carroll y todos los otros extraordinarios autores que le enseñaron al mundo a creer en la magia. Cuando pienso en todo el tiempo que pasé inspeccionando armarios, buscando segundas estrellas a la derecha y esperando mi carta de ingreso a Hogwarts, no es sorprendente que no obtuviera buenas calificaciones.

También, para todos los maestros y bibliotecarios que han manifestado su apoyo hacia esta saga y la han incorporado en sus salones de clase. Significa más para mí de lo que puedo expresar con palabras.

SÉPTIMO ANIVERSARIO
PROYECTO SCRIPTORIUM - MÁS LIBROS, MÁS LIBRES

El humo inundó el cielo sobre las copas de los árboles en la distancia. Un horrible chillido brotó a través del aire.

Todos los que estaban de pie en el palacio se cubrieron los oídos para protegerse del terrible sonido.

–Oh, no –dijo Alex, y su rostro empalideció.

–*No puede ser*–susurró débilmente Mamá Gansa.

La Asamblea del Felices por Siempre observó aterrorizada cómo la silueta de una criatura colosal aparecía sobre los árboles. Los rumores acerca del huevo eran ciertos: un dragón se había alzado en La Tierra de las Historias.



¿Tienes enemigos? Bien. Eso significa que has defendido algo, en algún momento de tu vida.

Winston Churchill





Prólogo

Los invitados de la Grande Armée

1811, Selva Negra, la Confederación del Rin

No era ningún misterio la razón por la que esa parte del campo había sido bautizada Selva Negra. Las hojas y la corteza anormalmente oscuras de los árboles eran casi imposibles de ver en la noche. A pesar de que una luna brillante se asomaba entre las nubes como un niño tímido, nadie podía asegurar qué era lo que merodeaba en el bosque espeso.

El frío permanecía suspendido en el aire como un velo extendido entre los árboles. Era un bosque alejado y añejo; las raíces se hundían tan profundo en el suelo como las ramas que se extendían en lo alto hacia el cielo. De no haber sido por un sendero modesto que atravesaba el terreno, habría parecido que el bosque nunca había sido visto o tocado por humanos.

Un carruaje oscuro tirado por cuatro fuertes caballos atravesó a toda velocidad el bosque, como una bala de cañón. Un par de farolas bamboleantes iluminaban el sendero que estaba delante y hacían que el carruaje pareciera una enorme criatura de ojos resplandecientes. Dos soldados franceses de la Grande Armée de Napoleón cabalgaban junto al carruaje. Las capas negras cubrían el uniforme colorido de los soldados para que pudieran viajar encubiertos: el mundo nunca debería saber cuáles eran sus planes esa noche.

Pronto, el carruaje llegó al límite del río Rin, que se encontraba peligrosamente cerca de la frontera del Imperio Francés en constante expansión. Se estaba estableciendo un gran campamento: a cada momento, cientos de soldados franceses armaban montones de tiendas puntiagudas color beige.

Los dos soldados que seguían el carruaje desmontaron sus caballos y abrieron las puertas del vehículo. A los jalones, hicieron bajar a dos hombres.

Tenían las manos amarradas detrás de la espalda y un saco negro sobre la cabeza. Gruñían y gritaban mensajes ahogados; también los habían amordazado.

Los soldados empujaron a los hombres hacia el centro del campamento y los hicieron ingresar a la tienda más grande. Incluso con el rostro cubierto, los hombres maniatados podían darse cuenta de que el interior de la tienda estaba muy iluminado y sentían una alfombra suave debajo de los pies. Los soldados los obligaron a tomar asiento en dos sillas de madera que estaban más adentro de la tienda.

—*J'ai amené les frères* —oyeron que decía uno de los soldados a sus espaldas.

—*Merci, Capitaine* —respondió otra voz delante de ellos—. *Le général sera bientôt là*.

Quitaron los sacos que cubrían los rostros de los hombres y se deshicieron de las mordazas que cubrían sus bocas. Una vez que sus ojos se adaptaron a la luz, vieron a un hombre alto y musculoso de pie, detrás de un gran escritorio de madera. Su postura era autoritaria y su expresión no era en absoluto amigable.

—Hola, hermanos Grimm —dijo el hombre alto con un acento pronunciado—. Soy el coronel Philippe Baton. Gracias por reunirse con nosotros esta noche.

Wilhelm y Jacob Grimm miraron al coronel. Tenían cortes y magullones, y su ropa estaba desordenada: era evidente que no había sido fácil llevarlos hasta allí.

—¿Acaso tuvimos otra opción? —preguntó Jacob, y escupió sangre sobre la alfombra.

—Confío en que ya están familiarizados con el capitán De Lange y el teniente Rembert —continuó el coronel Baton, refiriéndose a los soldados que los habían traído.

—Familiarizados no es la palabra que yo usaría —respondió Wilhelm.

—Tratamos de ser amables, coronel, pero ellos no cooperaban —le informó el capitán De Lange a su superior.

—Tuvimos que ser agresivos con nuestra invitación —explicó el teniente Rembert.

Los hermanos miraron alrededor de la tienda: estaba decorada de un modo impecable por haber sido armada tan recientemente. Un reloj de péndulo marcaba las horas de la noche con un tic-tac en la esquina más alejada; unos brillantes candelabros dobles ardían en cada extremo de la entrada trasera de

la tienda y un gran mapa de Europa estaba extendido sobre el escritorio de madera, con banderas francesas en miniatura que marcaban el territorio conquistado.

—¿Qué quieres de nosotros? —preguntó Jacob, luchando contra las cuerdas que amarraban sus manos.

—Sin duda, si nos quisieras muertos, ya nos habrías matado —dijo Wilhelm, peleando con sus propias ataduras.

La descortesía de los hermanos hizo que el coronel frunciera aun más el ceño.

—El general Marquis ha requerido su presencia esta noche no para lastimarlos, sino para pedirles asistencia —explicó el coronel Baton—. Pero si yo fuera ustedes, usaría otro tono para que él no cambie de opinión.

Los hermanos Grimm intercambiaron una mirada nerviosa. El general Jacques du Marquis era uno de los generales más temidos en la Grande Armée del Imperio Francés. Con solo escuchar su nombre, unos escalofríos les recorrían la columna. Pero… ¿qué rayos quería él de ellos?

De pronto, un olor innegable a almizcle inundó la tienda. Los hermanos Grimm se dieron cuenta de que los soldados también lo olían y se pusieron tensos ante él, aunque ninguno lo mencionó.

—No, no, coronel —dijo una voz suave desde el exterior de la tienda chasqueando la lengua—. Esa no es manera de tratar a nuestros invitados —quienquiera que fuera había estado obviamente escuchando todo el tiempo.

El general Marquis ingresó a la tienda por el espacio entre los candelabros, lo que hizo que las llamas parpadearan por la repentina corriente de aire. La tienda se llenó de inmediato con el olor a almizcle de su colonia.

—¿General Jacques du Marquis? —preguntó Jacob.

Para un hombre con una reputación tan intimidante, su físico decepcionaba un poco. Se trataba de un hombre de baja estatura con grandes ojos grises y manos enormes. Llevaba puesto un gran sombrero redondeado que era más ancho que sus hombros, y su uniforme diminuto exhibía muchas medallas de honor. Se quitó el sombrero y lo apoyó sobre el escritorio, dejando al descubierto su cabeza perfectamente calva. Tomó asiento de manera relajada en la gran silla acolchada que estaba detrás del escritorio y colocó con cuidado las manos sobre su estómago.

—Capitán De Lange, teniente Rembert, por favor, desaten a nuestros visitantes —ordenó el general Marquis—. Que estemos viviendo en tiempos hostiles no significa que tengamos que ser poco hospitalarios.

El capitán y el teniente obedecieron. Una sonrisa agradable apareció en el rostro del general, pero eso no engañó a los hermanos Grimm: los ojos de Marquis no mostraban compasión.

—¿Por qué nos ha obligado a venir aquí esta noche? —preguntó Wilhelm —. No somos una amenaza para usted ni para el Imperio Francés.

—¡Somos académicos y escritores! No tenemos nada para ofrecerle — agregó Jacob. El general soltó una risita y después colocó una mano sobre su boca a modo de disculpa.

—Esa es una linda historia, pero yo los conozco —Marquis dijo—. Verán, los he estado observando, hermanos Grimm, y sé que, al igual que todos sus cuentos, no son solo lo que aparentan. *Donnez-moi le livre!*

El general chasqueó los dedos y el coronel Baton tomó un libro de gran tamaño del interior del escritorio. Lo soltó con un golpe seco frente al general, quien comenzó a hojear las páginas. Los hermanos Grimm reconocieron el tomo de inmediato: era de ellos.

—¿Les resulta familiar? —preguntó el general Marquis.

—Es una copia de nuestro libro de cuentos para niños —dijo Wilhelm.

—Oui —el general no alzó la vista de las páginas—. Soy un gran admirador suyo, hermanos Grimm. Sus historias son tan creativas, tan *merveilleuses*… ¿cómo se les ocurrieron todos esos cuentos?

Los hermanos Grimm se miraron con cautela; aún no estaban seguros de hacia dónde iba el general.

—Solo son cuentos de hadas —afirmó Jacob—. Algunos son originales, pero la mayoría son simplemente historias que se han transmitido de generación en generación.

El general Marquis asentía con lentitud mientras escuchaba.

—Pero ¿quién los ha transmitido? —preguntó, y cerró el ejemplar de un golpe. Su sonrisa agradable desapareció y sus ojos grises fulminaban sin cesar a los hermanos.

Ni Wilhelm ni Jacob sabían qué respuesta estaba buscando aquel hombre.

—Las familias, las culturas, los niños, sus padres, las…

—¿Las hadas? —preguntó el general con absoluta seriedad, sin mover ni un solo músculo del rostro.

La tienda se sumió en un silencio total. Una vez que el silencio se prolongó durante un tiempo largo e incómodo, Wilhelm miró a Jacob y ambos se obligaron a reír para restarle importancia a la declaración.

—¿Hadas? —preguntó Wilhelm—. ¿Cree que las hadas nos dieron estas historias?

—Las hadas no existen, general —aseguró Jacob.

El ojo izquierdo del general Marquis comenzó a latir con violencia, lo que sorprendió a los hermanos. El hombre cerró los ojos y masajeó despacio su rostro hasta que los espasmos se detuvieron.

—Perdónenme, hermanos Grimm —se disculpó el general con otra sonrisa falsa—. Mi ojo siempre comienza a latir cunado me mienten.

—No estamos mintiendo, general —dijo Jacob—. Pero si nuestros cuentos lo han convencido de lo contrario, entonces nos ha dado el mejor cumplido que…

—¡SILENCIO! —ordenó el general Marquis, y su ojo comenzó a latir de nuevo—. ¡Insultan mi inteligencia, hermanos Grimm! Hemos estado siguiéndolos durante bastante tiempo. ¡Sabemos de la mujer resplandeciente que les entrega las historias!

Los hermanos se quedaron completamente quietos. Sus corazones estaban acelerados, y unas perlas de sudor aparecieron sobre sus frentes. Ambos habían sido fieles al juramento de guardar silencio durante años pero, aun así, el secreto más grande de sus vidas había sido descubierto.

—¿Una mujer resplandeciente? —preguntó Wilhelm—. General, ¿escucha lo que está diciendo? Esto es absurdo.

—Mis hombres la vieron con sus propios ojos —aseguró el general Marquis—. Ella tiene un vestido que resplandece como el cielo nocturno, lleva flores blancas en el cabello y una larga varita de cristal… y les trae una historia nueva para sus libros cada vez que regresa. Pero, ¿de dónde viene? Eso es lo que he estado preguntándome. Después de pasar incontables días inspeccionando cada mapa que poseo, debo suponer que proviene de un lugar que no se puede ver en ninguno de mis mapas.

Wilhelm y Jacob movieron la cabeza de lado a lado, intentando con desesperación negar todo lo que él decía. Pero ¿cómo podían negar la verdad?

—Ustedes, los militares, son todos iguales —dijo Jacob—. Ya ha conquistado la mitad del mundo conocido y sin embargo aún quiere más, ¡así que inventa cosas en las que creer! Es el Rey Arturo obsesionado con el Santo Grial…

—*Apportez-moi l'oeuf!* —ordenó el general Marquis.

El capitán De Lange y el teniente Rembert salieron de la tienda y regresaron un minuto después acarreando una pesada caja envuelta en cadenas. Colocaron la caja sobre el escritorio, justo frente al general Marquis.

El hombre introdujo la mano en su uniforme y extrajo una llave que traía a salvo alrededor del cuello. Abrió las cadenas y después, la caja. Primero,

tomó un par de guantes blancos de seda y se los puso en las manos. Introdujo las manos en lo profundo de la caja y extrajo un huevo gigante hecho del oro más puro que los hermanos jamás habían visto. Era evidente que el huevo dorado no era de ese mundo.

—¿No es la cosa más hermosa que sus ojos han visto? —dijo el general Marquis. Estaba prácticamente en un trance mientras observaba el huevo de oro—. Y creo que esto es solo el comienzo; creo que esto es solo una pequeña muestra de las maravillas que esperan en el mundo del que provienen sus historias, hermanos Grimm. Y ustedes nos llevarán allí.

—¡No podemos llevarlos allí! —exclamó Jacob. Intentó ponerse de pie, pero el teniente Rembert lo empujó y lo obligó a volver a sentarse.

—El Hada Madrina, la mujer resplandeciente de la que habla, nos trae historias de su mundo para compartirlas con el nuestro —dijo Wilhelm.

—Ella es la única que puede viajar entre los mundos. Nosotros nunca hemos estado allí y tampoco podemos llevarlos —prosiguió Jacob.

—¿Cómo consiguió el huevo siquiera? —preguntó Wilhelm.

El general Marquis colocó con cuidado el huevo dorado de nuevo dentro de la caja.

—De otro de sus conocidos, la otra mujer que les da historias para compartir. *Apportez-moi le corps de la femme oiseau!*

El coronel Baton salió de la tienda y regresó un momento después jalando de un carro con barrotes construidos a su alrededor. Quitó una sábana que lo cubría y los hermanos Grimm dieron un grito ahogado. Dentro del carro yacía el cuerpo inerte de Mamá Gansa.

—¿Qué le hizo? —gritó Wilhelm, tratando de ponerse de pie, pero lo obligaron a regresar a su asiento.

—Me temo que la envenenaron en una taberna local —dijo el general Marquis sin remordimiento—. Es muy triste ver cómo una mujer tan llena de vida nos deja, pero los accidentes ocurren. Encontramos el huevo en su posesión. Lo que hace que me pregunte… Si esta vieja ebria ha logrado hallar un modo de viajar entre los mundos, tengo mucha confianza en que ustedes dos también podrán hacerlo.

Los hermanos tenían el rostro de un rojo intenso y las aletas de la nariz dilatadas.

—¿Y qué hará una vez que llegue allí? ¿Conquistará el mundo de los cuentos de hadas en nombre del Imperio Francés? —preguntó Wilhelm.

—Pues, sí —declaró el general Marquis, como si ya lo hubiera dejado en claro antes.

—¡Nunca tendrá la más remota posibilidad de lograrlo! —exclamó Jacob —. ¡Ese mundo posee personas y criaturas que no podría imaginar jamás! ¡Personas y criaturas más poderosas de lo que usted jamás será! Su ejército será destruido en cuanto llegue allí.

El general Marquis rio de nuevo.

—Eso es sumamente improbable, hermanos Grimm —el general soltó una risita—. Verán, la Grande Armée está planeando algo muy grande: hay muchos territorios que planeamos conquistar para finales del año próximo. El mundo de los cuentos de hadas es solo una migaja del pastel que queremos. Mientras hablamos, miles y miles de soldados franceses están recibiendo entrenamiento, y formarán el ejército más grandioso que el mundo jamás haya visto. Dudo muchísimo que algo se interponga en nuestro camino: ni egipcios, ni rusos, ni austríacos ni un grupito de hadas y goblins, por supuesto.

—Entonces, ¿qué espera de nosotros? —preguntó desesperado Wilhelm —. ¿Y si no podemos proveerle un portal para llegar a ese otro mundo?

El general sonrió, pero esa vez fue de modo sincero. Sus ojos se llenaron de codicia cuando les contó por fin lo que quería.

—Tienen dos meses para encontrar un modo de ingresar a ese mundo de historias, hermanos Grimm —dijo Marquis.

—Pero, ¿y si no podemos? Como dije, el Hada Madrina es muy misteriosa. Tal vez no la veamos de nuevo nunca más.

El rostro del general cobró una mirada fría y maliciosa.

—No, no, hermanos Grimm —dijo él, chasqueando la lengua—. No fallarán, porque el futuro de sus amigos y familiares depende de ustedes. Sé que no querrán decepcionarlos.

Un resoplido bajo inundó la habitación tensa, pero no provino de ninguno de los hermanos Grimm. Jacob miró hacia el carro con barrotes y vio a Mamá Gansa relamiéndose los labios. Para sorpresa de todos los presentes en la tienda, la mujer regresó a la vida como si estuviera despertando de un largo sueño reparador.

—¿Dónde estoy? —preguntó Mamá Gansa. Se incorporó y se frotó la cabeza. Hizo sonar su cuello y soltó un largo bostezo—. Ay, no, ¿España comenzó otra Inquisición? ¿Cuánto tiempo he estado desmayada?

El general se puso de pie con lentitud y sus ojos se abrieron de par en par, desconcertados.

—Pero, ¿cómo es posible? ¡La envenenaron! —dijo en voz baja.

—Bueno, yo no diría que me envenenaron… sino más bien que me sirvieron unas copitas de más —aseguró Mamá Gansa mientras miraba

alrededor de la tienda—. Veamos. Lo último que recuerdo es que estaba en mi taberna favorita de Baviera. El cantinero de ese lugar es muy generoso al servir; se llama Lester, es un hombre dulce y un viejo amigo mío. Siempre dije que llamaría así a mi primer hijo si es que alguna vez tenía uno… ¡Esperen un segundo! ¿Jacob? ¿Willy? Por el nombre de Merlín, ¿qué están haciendo ustedes dos aquí?

—¡Nos han secuestrado! —explicó Jacob—. Estos hombres planean invadir el mundo de los cuentos de hadas en dos meses. ¡Lastimarán a nuestra familia si no les entregamos un portal!

La mandíbula de Mamá Gansa cayó y su mirada se movió de los hermanos a los soldados una y otra vez. Ya estaba teniendo suficientes problemas para recobrar la conciencia en general, pero esa información hizo que la cabeza le diera vueltas.

—Pero… pero… pero ¿cómo saben ellos…?

—Han estado siguiéndonos —dijo Jacob—, a todos nosotros… ¡Tienen tu huevo de oro! Y tienen un ejército de miles y quieren conquistar el mundo de los cuentos de hadas en nombre de Francia…

—¡Silencio! —ordenó el coronel Baton a los hermanos.

El general Marquis alzó una mano para callar al coronel.

—No, coronel, está bien. Después de todo, ella tampoco querría que algo le sucediera a la familia Grimm.

Él la miró entre los barrotes como si ella fuera un animal. No era la primera vez que Mamá Gansa despertaba en lugares y situaciones peculiares, pero esa se llevaba el premio. Ella siempre había temido que el secreto de su mundo fuera descubierto, pero nunca creyó que sería bajo circunstancias tan extremas.

Sus mejillas se tiñeron de un rojo brillante y comenzó a entrar en pánico.

—¡Debo irme! —dijo. Extendió una mano abierta y el huevo de oro flotó directo de la caja hacia el carro donde ella estaba. Y con un destello cegador, Mamá Gansa y el huevo de oro desaparecieron.

Los soldados que estaban en la tienda comenzaron a gritar, pero el general permaneció muy quieto. La determinación en sus ojos crecía mientras observaba el carro en donde Mamá Gansa se había desvanecido; fue la cosa más maravillosa que jamás había presenciado, y había comprobado que todo lo que él perseguía era real.

—*Général, quelles sont vos instructions*? —preguntó el coronel Baton, ansioso por saber cuáles serían sus próximas órdenes.

El general miró el suelo mientras decidía.

—*Emmenez-les!* —dijo y señaló a los hermanos Grimm.

Antes de que pudieran reaccionar, los hermanos estaban amordazados de nuevo, con las manos atadas otra vez en la espalda y con los sacos negros sobre la cabeza.

—Dos meses, hermanos Grimm —pronunció el general, incapaz de despegar los ojos del carro—. ¡Encuentren un portal en dos meses o haré que observen cómo asesino personalmente a todos los que aman!

Los hermanos Grimm gimieron debajo de las máscaras. El capitán De Lange y el teniente Rembert los obligaron a ponerse de pie y salir de la tienda. Todo el campamento podía oír sus gemidos amortiguados mientras los empujaban dentro del carruaje y los enviaban hacia el bosque oscuro.

El general Marquis tomó asiento otra vez en su silla. Dejó salir un suspiro satisfactorio mientras sus latidos y su mente incansable se ponían a tono. Sus ojos se posaron en el libro de cuentos de los hermanos Grimm que estaba sobre el escritorio, y una risa suave brotó de su interior. Por primera vez, el mundo de los cuentos de hadas no parecía una cruzada artúrica excesivamente ambiciosa: era una victoria a su alcance.

El general quitó una de las banderitas francesas en miniatura del mapa de Europa y la clavó en la cubierta del libro de cuentos. Quizás los hermanos Grimm tenían razón, quizás el mundo de los cuentos de hadas poseía maravillas inimaginables para él… Pero ahora, podía imaginarlas…



Capítulo uno

Una oportunidad educativa

Habían pasado treinta minutos de la medianoche, y solo había una luz encendida en todos los hogares de la calle Sycamore Drive. En la ventana del segundo piso de la casa del doctor Robert Gordon había una sombra que se movía constantemente de un lado a otro: era su hijastro, Conner Bailey, caminando sin cesar por su habitación. Sabía desde hacía meses que iría a Europa, pero había esperado hasta la noche anterior a su partida para empacar.

Que volvieran a emitir la repetición de un programa de televisión dramático que tenía lugar en el espacio exterior no hizo nada para detener su demora. La capitana piloto que llevaba a su tripulación lejos de una malvada raza alienígena tenía algo que hacía que él no pudiera apartar la vista de la pantalla. Pero alzar la mirada y notar que solo le quedaban siete horas antes de tener que partir hacia el aeropuerto lo obligó a apagar el televisor y concentrarse en empacar.

«Veamos», dijo Conner en voz baja. «Estaré en Alemania tres días… así que probablemente debería llevar doce pares de calcetines», asintió con confianza y lanzó una docena de ellos dentro de su maleta. «Nunca se sabe, podría haber muchos charcos en Europa».

Conner extrajo alrededor de diez pares de ropa interior de su armario y los apoyó sobre la cama. Era más de lo que necesitaba, pero una pijamada traumatizante que terminó con una cama mojada en el *kínder* le había enseñado a ser siempre generoso al empacar ropa interior.

«De acuerdo, creo que tengo todo», afirmó Conner, y contó los artículos que estaban dentro de su maleta. «Llevo siete camisetas, cuatro suéteres, mi

roca de la suerte, dos bufandas, mi otra roca de la suerte, ropa interior, calcetines, pijamas, mi ficha de póker de la suerte y mi cepillo de dientes».

Miró alrededor de su habitación, preguntándose qué más podría necesitar un chico en Europa.

«¡Oh, pantalones!», dijo, agradecido de haberlo recordado. «¡Necesito pantalones!».

Cuando agregó los artículos faltantes (y vitales) a su maleta, Conner tomó asiento en el borde de su cama y respiró hondo. Una gran sonrisa infantil apareció en su rostro. No podía evitarlo: ¡estaba entusiasmado!

Cuando finalizó el año escolar anterior, la directora de Conner, la señora Peters, lo había llamado a su oficina para ofrecerle una oportunidad muy emocionante.

—¿Estoy en problemas? —preguntó Conner cuando se sentó frente al escritorio de la señora Peters.

—Señor Bailey, ¿por qué me pregunta eso cada vez que lo cito en mi oficina? —dijo ella, mirándolo por encima de sus lentes.

—Lo siento. Supongo que es difícil deshacerse de los viejos hábitos —él se encogió de hombros.

—Lo he convocado por dos motivos —dijo la señora Peters—. Primero, me preguntaba cómo está adaptándose Alex a su nueva escuela en… ¿dónde era? ¿Vermont?

Conner tragó con dificultad y sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Oh! —a veces se olvidaba de la mentira que su familia le había dicho a la escuela acerca de su hermana—. ¡Le está yendo genial! ¡Nunca ha estado más feliz!

La señora Peters se mordió el labio y asintió, casi decepcionada de oír eso.

—Eso es maravilloso, me alegro por ella —afirmó—. Aunque a veces siento el deseo egoísta de que ella regrese aquí y sea una de nuestras estudiantes otra vez. Pero su madre me contó acerca de los programas educativos que ofrecen allí, así que estoy segura de que Alex está disfrutándolos.

—¡Por supuesto que sí! —aseguró Conner, y miró hacia su izquierda para evitar hacer contacto visual—. Y Alex siempre ha amado los árboles… y el jarabe de arce… así que Vermont es un buen lugar para ella.

—Ya veo —asintió la señora Peters, entrecerrando los ojos—. Y está quedándose con su abuela, ¿no es así?

—Sí, todavía está con nuestra abuela… que también ama los árboles y el jarabe de arce. Es un rasgo familiar, supongo —dijo Conner, y después miró a

la derecha. Por un segundo, entró en pánico cuando no pudo recordar en qué dirección solían mirar las personas cuando mentían; había visto un programa especial en la televisión al respecto.

—Entonces, envíele un saludo muy cálido de mi parte y, por favor, dígale que me visite la próxima vez que esté por aquí —pidió la señora Peters.

—¡Lo haré! —dijo Conner, aliviado de que estuvieran cambiando de tema de conversación.

—Ahora, hablemos del segundo motivo por el cual lo cité aquí hoy —la señora Peters se enderezó aún más en su asiento y deslizó un folleto sobre su escritorio—. Acabo de tener una noticia emocionante de una antigua colega mía que enseña Literatura en Frankfurt, Alemania. Aparentemente, la Universidad de Berlín ha descubierto una cápsula del tiempo que perteneció a los hermanos Grimm. Asumo que recuerda quiénes son, de mis clases en sexto curso.

—¿Está bromeando? ¡Mi abuela los conocía! —exclamó Conner.

—¿Disculpe?

Conner solo la miró un momento, mortificado por su descuido.

—Es decir… sí, por supuesto que lo recuerdo —intentó fingir—. Son los tipos que escribían cuentos de hadas, ¿cierto? Mi abuela nos leía sus historias.

—Así es —continuó la señora Peters con una sonrisa; se había acostumbrado tanto a los exabruptos de Conner tan extraños que ni siquiera cuestionó ese por un segundo—. Y según la Universidad de Berlín, ¡han descubierto tres cuentos de hadas inéditos dentro de la cápsula!

—¡Eso es increíble! —Conner estaba genuinamente entusiasmado de oír esa noticia y sabía que su hermana también estaría encantada.

—Estoy de acuerdo —dijo la señora Peters—. Y aún mejor es que la Universidad de Berlín está organizando un gran evento para revelar esas historias. Las leerán en público por primera vez el septiembre próximo, tres semanas después del comienzo del año escolar, en el cementerio St. Matthäus-Kirchhof, donde están sepultados los hermanos Grimm.

—¡Qué bueno! —afirmó Conner—. Pero, ¿qué tiene que ver esto conmigo?

—Bueno, dado que se ha convertido en una suerte de Grimm …

Conner rio, nervioso, y miró de nuevo hacia la izquierda. Ella no tenía idea de cuán importante era ese cumplido para él.

—Creí que estaría interesado en el viaje que estoy organizando —la señora Peters deslizó el folleto para acercarlo aún más a Conner—. He decidido invitar a algunos alumnos como usted, alumnos que han demostrado

ser apasionados por la escritura y la narración, a que se aventuren conmigo a Berlín para estar entre la multitud que escuchará los cuentos por primera vez.

Conner tomó el folleto y lo miró boquiabierto.

—¡Eso suena genial! —lo abrió y miró todas las atracciones que la ciudad de Berlín tenía para ofrecer—. ¿Podemos también echarles un vistazo a estos clubes nocturnos?

—Por desgracia, perder más de una semana de clase por cualquier viaje no está bien visto por el distrito escolar. Así que me temo que nada de clubes nocturnos. Solo estaremos allí tres días, pero creí que esta podría ser una oportunidad que no querría perderse —respondió la señora Peters con una sonrisa confiada—. Siento que un pedacito de la historia nos está esperando.

La sonrisa de Conner se desvaneció cuando sus ojos se posaron en el final del folleto. Vio cuánto costaría ese viaje.

—Ah, es una costosa oportunidad educativa —dijo Conner.

—Me temo que viajar nunca es económico —asintió la señora Peters—. Pero hay muchas fundaciones escolares sobre las que puedo conseguirle información…

—¡Ah, espere! ¡No dejo de olvidar que mi mamá acaba de casarse con un médico! ¡Ya no somos pobres! —su sonrisa regresó—. Pero, un momento, ¿eso significa que yo todavía lo soy? Tendré que preguntárselos. Hay tantas cosas respecto a esto de ser hijastro que aún no he descifrado.

La señora Peters alzó las cejas y parpadeó dos veces, sin estar segura de qué decirle.

—Esa es una conversación que tendrá que entablar con ellos, pero el número telefónico de mi oficina está al final de ese folleto si necesita ayuda para convencerlos —dijo y le guiñó un ojo con rapidez.

—¡Gracias, señora Peters! ¿A quién más invitó?

—Solo a algunos alumnos —respondió la mujer—. He aprendido de la peor manera que llevar más de seis estudiantes a un viaje con un solo acompañante puede desencadenar una escena salida de El señor de las moscas.

—Entiendo —no podía quitar de su cabeza la imagen de una tribu de alumnos de sexto curso amarrando a la señora Peters a un asador y rostizándola sobre una fogata.

—Pero Bree Campbell se ha inscripto —añadió la señora Peters—. Si no me equivoco, está en la clase de Literatura de la señorita York con usted, ¿cierto?

Conner podía sentir cómo su pulso se aceleraba. Sus mejillas se enrojecieron y frunció los labios para ocultar una sonrisa.

—Ah, bien —dijo en voz baja mientras una voz en su interior gritaba: ¡Oh, cielo santo, Bree Campbell irá a Alemania! ¡Eso es maravilloso! ¡Esta es la mejor noticia del mundo!

—Es una escritora bastante talentosa. Imagino que los dos se llevarán muy bien —afirmó la señora Peters, sin notar el incremento de las pulsaciones de Conner—. Espero que pueda unirse. Ahora, debería regresar a clase.

Conner asintió mientras se puso de pie y continuó asintiendo todo el camino de regreso a su clase de Biología. No comprendía por qué el ambiente siempre parecía volverse más cálido cada vez que veía o escuchaba a alguien mencionar a Bree Campbell. Ni siquiera estaba seguro de cómo se sentía respecto a ella; pero por la razón que fuera, Conner siempre esperaba con ansias cruzarse con la chica, y realmente deseaba que ella gustara de él.

No podía explicarlo, sin importar cuánto pensara al respecto. Pero una cosa era segura: ¡Conner tenía que ir a Alemania!

Contárselo a su mamá y a su padrastro después de la escuela resultó tan bien como podría haber imaginado.

—Es realmente una gran oportunidad educativa —remarcó Conner—. Alemania es un lugar muy elegante con mucha historia, creo que una guerra ocurrió allí en algún momento… ¿Puedo ir? ¿Puedo ir?

Charlotte y Bob estaban sentados en el sillón frente a él, mirando el folleto. Ambos acababan de regresar a casa de su trabajo en el hospital de niños y ni siquiera habían tenido tiempo de quitarse el uniforme antes de que los atacara un Conner muy entusiasta.

—Parece un viaje genial —dijo Charlotte—. ¡Tu papá hubiera estado tan emocionado de enterarse acerca de la cápsula del tiempo de los hermanos Grimm!

—¡Lo sé, lo sé! Y por ese motivo debo ir: ¡para poder experimentarlo por todos nosotros! Por favor, ¿puedo ir? —preguntó mientras rebotaba dando saltitos. Cada vez que Conner les pedía algo se comportaba como un chihuahua hiperactivo.

Solo vacilaron un segundo, pero Conner sintió que duró una hora.

—Ah, ¡vamos! ¿Alex puede irse a vivir a otra dimensión pero yo no puedo formar parte de un viaje escolar a Alemania?

—Por supuesto que puedes ir —dijo Charlotte.

—¡SÍ! —Conner alzó ambas manos en el aire.

—Pero tú tendrás que pagarlo —añadió con rapidez su madre.

Instantáneamente, las manos de Conner cayeron y su entusiasmo se desinfló como un globo aerostático pinchado.

—Tengo trece años; ¡no puedo pagar un viaje a Europa!

—Es cierto, pero desde que nos mudamos a la casa de Bob, has estado recibiendo una mensualidad por ayudar con los quehaceres, y tu cumpleaños número catorce llegará antes de que te des cuenta —respondió Charlotte mientras hacía los cálculos en su mente—. Si sumas esas dos cosas con un poco de ayuda económica de la escuela, serás capaz de costear…

—La mitad del viaje —dijo Conner. Ya había hecho cada ecuación matemática posible relacionada a cualquier escenario paterno que él creía que podía aparecer en su camino—. Entonces, podré llegar allí pero no podré regresar.

Bob miró el folleto y se encogió de hombros.

—Charlotte, ¿y si lo ayudamos un poquito? Es una oportunidad realmente grandiosa. Además, él siempre ha sido un chico maravilloso, no haría daño malcriarlo un poco.

—¡Gracias, Bob! ¡Mamá, escucha a tu esposo! —dijo Conner y lo señaló como si estuviera indicándole a un avión dónde aterrizar.

Charlotte pensó al respecto un momento.

—Me parece bien —cedió ella—. Si te ganas la mitad y nos demuestras que este viaje es algo que quieres de verdad, te daremos la otra mitad. ¿Tenemos un trato?

Conner se contoneó a causa de todo el entusiasmo que estaba incrementándose en su interior.

—¡Gracias, gracias, gracias! —exclamó él, y les estrechó la mano a ambos—. ¡Un placer hacer negocios con ustedes!

Y así, después de cuatro meses de ahorrar su mesada, de recibir dinero de cumpleaños y de formar parte de beneficencias escolares vendiendo dulces, productos de panadería y cuencos de arcilla horribles (de los cuales Charlotte y Bob compraron la mayor parte), Conner había ganado su mitad del viaje y estaba listo para Alemania.

Al comienzo de la semana de su partida, cuando él debería haber empezado a empacar, Bob entró en su habitación con otra sorpresa. Dejó caer una maleta muy vieja y polvorienta sobre la cama de su hijastro. Era color café y estaba cubierta de pegatinas de lugares famosos, y hacía que la habitación de Conner oliera a pies.

Bob colocó las manos sobre la cadera y observó orgulloso la maleta.

—¡Ahí la tienes! —señaló.

—¿Ahí tengo qué? ¿Es un ataúd?

—No, es la maleta que usé durante mi propio viaje a Europa después de la universidad —Bob le dio unas palmaditas al lateral del objeto como si fuera un perro viejo—. Hemos pasado muy buenos momentos juntos; ¡recorrimos mucho! Pensé que podrías usarla para ir a Alemania.

Conner no podía imaginar cómo sería llevarla al exterior: le sorprendió que la maleta no se hubiera deteriorado de inmediato, como una momia expuesta a los elementos después de miles de años.

—No sé qué decir, Bob —exclamó, ocultando sus reservas debajo de una sonrisa falsa. No podía negarse después de que él lo había ayudado a que el viaje se hiciera realidad.

—No es necesario que me agradezcas —dijo Bob, aunque decir gracias era lo último que Conner tenía en mente—. Solo hazme un favor y consigue una pegatina para ella.

—¿Es mujer?

—Ah, sí, se llama Betsy —respondió él mientras salía de la habitación de su hijastro—. ¡Disfrútala! Ah, por poco lo olvido, su traba izquierda necesita que la empujen fuerte para cerrarse. Solo hazlo con fuerza y estarás bien.

Al final de la semana, Conner descubrió exactamente a lo que se refería Bob mientras luchaba por cerrar la maleta con el nuevo agregado de los pantalones. Después de tres buenos empujones que por poco lo hacen caer de espaldas, se rindió ante Betsy.

«Está bien, quizás sean suficientes solo seis pares de calcetines, cuatro camisetas, cinco pares de ropa interior, dos suéteres, pijamas, mi ficha de póker de la suerte, el cepillo de dientes y una roca de la suerte», dijo Conner. Quitó los artículos sobrantes de la maleta y terminó de empacar.

Estaba atrasado para ir a dormir, pero quería permanecer despierto lo máximo posible. Pensar en el viaje a Alemania había sido una manera maravillosa de ignorar los otros pensamientos que había tenido últimamente. Mientras miraba alrededor de su cuarto y escuchaba el silencio absoluto de la casa, Conner no pudo resistirse a la soledad que había estado reprimiendo. Algo le faltaba en su vida… Su hermana.

Abrió la ventana de su habitación para romper el silencio que lo rodeaba. La calle Sycamore Drive estaba igual de silenciosa que la casa y no lo consoló demasiado.

Alzó la vista hacia las estrellas del cielo nocturno. Se preguntó si Alex podía ver las mismas estrellas desde donde fuera que estaba. Quizás la Tierra de las Historias era una de las estrellas que él estaba mirando, pero que aún no

había sido explorada. ¿No sería eso un descubrimiento inspirador? ¿Qué él y su hermana solo estaban separados por años luz y no por dimensiones?

Cuando Conner ya no pudo soportar más la soledad, se preguntó: ¿estará despierta?

Se escabulló al piso de abajo e ingresó a la sala. En una pared, solo había un gran espejo dorado. Era el espejo que su abuela les había dado la última vez que estuvieron juntos: era el único objeto que les permitía a los mellizos comunicarse entre los mundos.

Conner tocó el marco dorado y este comenzó a centellear y a brillar. Solo resplandecería por unos minutos hasta que Alex apareciera en el espejo, o regresaría a su tono habitual si ella no lo hacía; y esa noche, ella no apareció.

«Debe estar ocupada», se dijo Conner en voz baja. «Siempre está tan ocupada».

Cuando llegó a casa de su última aventura en el mundo de los cuentos de hadas, Conner hablaba con su hermana a través del espejo todos los días durante algunas horas. Ella le contaba acerca de las lecciones que su abuela le enseñaba y de la magia que estaba aprendiendo a utilizar. Él le contaba acerca de sus días en la escuela y de todo lo que le habían enseñado, pero las historias de Alex siempre eran mucho más interesantes.

Por desgracia, a medida que su hermana se involucró más y más con el mundo de los cuentos de hadas, las conversaciones diarias de los mellizos ocurrían cada vez con menor frecuencia. A veces, pasaba más de una semana antes de que hablaran. En ocasiones Conner se preguntaba si Alex siquiera lo necesitaba ya. Él siempre había sabido que un día ellos crecerían y llevarían vidas separadas, solo que nunca imaginó que sucedería tan pronto.

Conner tocó el espejo una vez más y esperó, deseando que su hermana llegara. No quería partir hacia Alemania antes de tener la oportunidad de hablar con ella.

—Supongo que tendré que contarle del viaje cuando regrese —dijo Conner y se dirigió a la cama.

Justo cuando llegó a la escalera, oyó una voz baja detrás de él que decía:

—¿Conner? ¿Estás ahí?

Regresó corriendo hacia el espejo y su corazón dio un vuelco. Su hermana estaba reflejada de pie ante él. Alex llevaba una diadema de claveles blancos en el cabello y un vestido resplandeciente del color del cielo. Parecía alegre, pero Conner podía notar que estaba cansada.

—¡Hola, Alex! ¿Cómo estás? —preguntó.

—Estoy fantástica —respondió Alex con una gran sonrisa. Sabía que ella estaba igual de entusiasmada de verlo que él a ella—. ¿Qué haces despierto tan tarde?

—No podía dormir —dijo Conner—. Supongo que estoy demasiado entusiasmado.

Alex frunció la frente.

—¿Por qué estás entusiasmado? —antes de que Conner pudiera decir algo, Alex había respondido su propia pregunta—. ¡Ah, mañana viajas a Alemania!, ¡¿cierto?!

—Sí. Mejor dicho, hoy, más tarde. Es súper tarde aquí.

—¡Lo olvidé por completo! ¡Lo siento tanto! —dijo Alex, decepcionada de sí misma por haber permitido que se le olvidara.

—No hay problema —respondió él. No podía importarle menos: solo estaba feliz de verla.

—He estado tan ocupada con las clases de magia y preparándome para este estúpido Baile Inaugural de las Hadas —dijo Alex. Se frotó los ojos—. ¡Incluso olvidé nuestro cumpleaños! ¿No es una locura? ¡La Abuela y Mamá Gansa hicieron un pastel y tuve que preguntarles para qué era!

Fue el turno de Conner de fruncir la frente.

—¿Baile Inaugural de las Hadas? ¿Qué es eso?

—Es una gran fiesta que organiza el Consejo de las Hadas para celebrar que me uno a ellos —explicó ella como si no tuviera importancia.

—¡Eso es maravilloso, Alex! —exclamó Conner—. ¿Ya estás uniéndote al Consejo de las Hadas? ¡Debes ser el hada más joven en convertirse en miembro!

Una sonrisa orgullosa y entusiasta apareció en el rostro de la chica.

—Sí. La abuela cree que estoy lista. Aunque no sé si estoy de acuerdo con ella; todavía tengo mucho por aprender…

—Ya sabes cuán protectora es la abuela. Protegería al océano de una gota —dijo Conner—. ¡Si ella cree que estás lista, es porque debes estarlo!

—Supongo —asintió Alex, todavía dudando de sí misma—. Es solo que es mucha responsabilidad. Ser parte del consejo significa que soy automáticamente miembro de la Asamblea del Felices por Siempre, lo que implica que tengo que contribuir en muchísimas decisiones, lo que a su vez significa que muchas personas y criaturas me tomarán como guía…

—Ya no habría una Asamblea del Felices por Siempre si no fuera por ti —le recordó Conner—. Todo ese mundo está en deuda eterna contigo después de que derrotaste a la Hechicera. Yo no me preocuparía.

Alex lo miró a los ojos y sonrió.

—Gracias, Conner —el apoyo de su hermano siempre significaba más para ella que el de cualquier otra persona.

—Por cierto, ¿cómo está la abuela? —preguntó él.

—Está bien. Los extraña muchísimo a ti y a mamá; casi tanto como yo. Me ha enseñado muchísimo durante los últimos meses. De verdad, Conner, estarías tan impresionado con algunas de las cosas que puedo hacer ahora.

—Alex, me has impresionado desde que estábamos en el vientre —rio Conner—. Estoy seguro de que tu parte del útero era mucho más meticulosa y organizada que la mía.

Ella rio en voz alta en contra de su voluntad: extrañaba el sentido del humor de su hermano, pero aun así no quería alentarlo.

—¿En serio, Conner? ¿Una broma sobre el útero? Vamos. Tienes suerte de que mamá no esté despierta para oírte. ¿Ella está bien? Siempre está muy feliz cuando habla conmigo, pero ambos sabemos lo buena que es fingiendo.

—De hecho, está bien —asintió Conner—. Te extraña, pero solo la he visto llorando con una foto de los tres juntos una o dos veces desde que regresamos. Bob la hace realmente feliz. Por poco he olvidado cómo era verla tan contenta todo el tiempo; es como si papá estuviera aquí de nuevo.

—Me alegra mucho escuchar eso —dijo Alex—. Papá habría estado tan entusiasmado por tu viaje a Alemania. Probablemente, él iría contigo si estuviera vivo… Desearía poder ir.

Conner miró el reloj.

—Hablando de eso, será mejor que me acueste pronto. Parto hacia el aeropuerto en unas tres horas.

El rostro de Alex perdió la sonrisa.

—Oh, qué pena. Te he extrañado tanto… Ha sido genial ponernos al día —dijo ella—. Es solo que he estado tan ocupada. A veces pasa una semana entera y siento que solo fueron uno o dos días.

—Pero aún eres feliz, ¿cierto? —él la miró con una ceja en alto. Conner sabría si ella le mentía.

—Em… —Alex pensó en todas sus clases, todas sus tareas, y, a pesar de lo abrumada y cansada que estaba, le dijo la verdad—. Honestamente… ¡nunca he sido más feliz! ¡Me levanto cada mañana con una sonrisa en el rostro, porque vivir aquí es como despertarse de un sueño que nunca termina!

Los mellizos compartieron una sonrisa: los dos sabían que esa era la verdad. Conner sabía que, por muy difícil que fuera estar sin ella, Alex se

encontraba en el lugar al que pertenecía y que estaba pasándola maravillosamente.

—Desearía que hubiera una forma de llevarte a Alemania conmigo —dijo Conner.

—¡Yo también! —concordó Alex—. Pero dudo que haya una historia escrita por los hermanos Grimm sobre la que no hayamos oído a papá o a la abuela hablar o… espera un segundo… —los ojos de la chica se posaron en la parte inferior del espejo—. ¿El lateral derecho del marco de tu espejo está suelto?

Conner inspeccionó la esquina del objeto.

—Nop… Pero, espera, creo que el izquierdo sí.

—¿Puedes jalar de él con cuidado y dejar descubierta la esquina del vidrio? —preguntó Alex mientras ella hacía lo mismo de su lado.

—¡Listo! —dijo Conner.

—¡Ah, bien! Ahora, ¿puedes quebrar con cuidado un trozo sin romper…?

¡Clink! Conner alzó un trozo de vidrio más grande que la palma de su mano.

—¿Así?

¡Clink! Alex rompió una parte de su propio espejo; era más pequeño y más delicado que el de su hermano, pero ninguno comentó nada al respecto.

—¡Perfecto! ¡Ahora, mira a través de él! —Alex bajó la mirada hacia su fragmento.

Conner observó el pequeño trozo de espejo que tenía en la mano y vio el rostro de su hermana mirándolo.

—¡Maravilloso! —dijo, riéndose—. ¡Ahora puedo tenerte en el bolsillo todo el tiempo! ¡Es como un video chat!

—¡Fantástico! —exclamó Alex—. ¡Siempre he querido visitar Europa! Ahora, ve a descansar un poco: no querrás estar exhausto antes de llegar a Alemania.

—Está bien. Buenas noches, Alex —dijo Conner—. ¡Te llamaré o, eh, mejor dicho, te reflejaré, tan pronto como baje del avión!

—Lo espero con ansias —respondió ella, muy contenta de formar parte del viaje de su hermano—. ¡Te quiero, Conner!

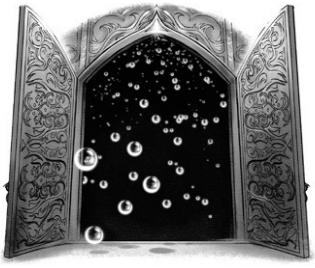
—Yo también te quiero, Alex —se despidió él. Y con esas palabras, los mellizos desaparecieron de sus respectivos espejos y regresaron a sus vidas separadas.

Conner subió la escalera y colocó su trozo de vidrio con cuidado dentro de la maleta cubierta de pegatinas. Se recostó en la cama y cerró los ojos con

fuerza, pero no podía quedarse dormido: haber visto a su hermana lo había vigorizado completamente, lo que causó que todo el entusiasmo por el día próximo regresara con rapidez.

Se rio de sí mismo mientras yacía allí.

«He montado un ganso mágico, escalado un tallo de frijol gigante, nadado hacia una cueva submarina encantada sobre el caparazón de una tortuga y navegado en un barco volador a través de los cielos de otra dimensión…», enumeró Conner para sus adentros. «Pero ¡estoy entusiasmado por subir a un avión mañana! Ah, cielos…».



Capítulo dos

El salón de los sueños

Alex despertó al día siguiente con una gran sonrisa en el rostro. Había amanecido siempre con una sonrisa desde que comenzó a vivir en la Tierra de las Historias, pero ese día su sonrisa era especialmente amplia, porque había hablado con su hermano la noche anterior. Y aunque su nuevo hogar le había otorgado una cantidad inmensa de felicidad, pasar tiempo con su familia la hizo sentir mejor.

El Palacio de las Hadas era el lugar más hermoso en el que Alex había vivido. Se maravillaba ante sus hermosas columnas doradas, los arcos, las escaleras, las torres y los vastos jardines tropicales. Sin embargo, una desventaja era que había muy pocas paredes y techos en el Palacio de las Hadas: el clima siempre era tan agradable afuera que las hadas no tenían necesidad de utilizarlos. Así que cada mañana, cuando el sol se alzaba sobre el Reino de las Hadas, Alex no tenía otra opción más que levantarse con él.

Afortunadamente, había logrado encantar un árbol de magnolias y hacer que sus ramas y pimpollos crecieran alrededor de su habitación a modo de cortina, lo que le daba unos pocos minutos de descanso extra cada mañana antes de obligarse a sí misma a salir de la cama y comenzar el día. Más allá de las cortinas encantadas, Alex mantenía su recámara bastante simple. Tenía una gran cama muy cómoda con sábanas hechas de pétalos de rosas blancas, algunos estantes llenos hasta el máximo de su capacidad con sus libros favoritos y un armario pequeño en una esquina que prácticamente no utilizaba gracias a algunos trucos de magia que su abuela le había enseñado.

Alex salió de la cama, tomó su varita de cristal de la mesita de noche, y la agitó alrededor de su cuerpo. El camisón sencillo que vestía se convirtió de inmediato en un largo vestido resplandeciente del color del cielo y una

diadema de claveles apareció en su cabeza: era su uniforme habitual de hada y se parecía al de su abuela.

«Buenos días mamá, Conner y Bob», le dijo Alex a la foto enmarcada que estaba sobre su mesita de noche. «Buenos días, papá», le dijo a otro portarretrato que mostraba a su difunto padre.

Respiró hondo y cerró los ojos.

«Está bien, tres deseos antes del mediodía, tres deseos antes del mediodía», dijo en voz baja. «Puedes hacerlo, tú puedes».

Cada mediodía, Alex se reunía con su abuela en la habitación de esta para una nueva clase. A veces, las lecciones eran mágicas; a veces, históricas; a veces, filosóficas; pero fuera lo que fuera, ella siempre las disfrutaba mucho.

Y aunque no era un requerimiento, Alex se había propuesto recientemente conceder al menos tres deseos cada día a los aldeanos que vivían cerca utilizando lo poco que sabía de magia. Era algo muy ambicioso para un hada de catorce años en entrenamiento, pero Alex no se sentía ella misma a menos que tuviera un desempeño destacado. También había descubierto que cuanto más ocupada estaba, menos nostalgia sentía por su hogar, y cuanto menos pensaba en su casa en el Otromundo, mejor le iba en su entrenamiento.

Salió de su habitación a paso rápido; atravesó el palacio y bajó los escalones de la entrada. Le había llevado un tiempo acostumbrarse al dorado resplandeciente de los muros y del suelo, pero no la mareaban ni por asomo tanto como la primera semana que vivió en el palacio.

Alex pasó junto a Rosette, que podaba un atractivo jardín de rosas fuera del palacio. Las flores y sus espinas eran grandes como la cabeza del hada.

—¡Buenos días, Rosette! —dijo Alex.

—¡Buenos días, cariño! —Rosette la saludó con la mano cuando ella pasó a su lado—. ¿Madrugando otra vez?

—¡Sí, señora! —respondió la chica—. ¡Tres deseos antes del mediodía! Esa es mi meta diaria. ¡No me he perdido ni un solo día en dos meses!

—¡Te felicito, cariño! ¡Sigue así!

Alex continuó atravesando los jardines hasta que un ronquido fuerte a su izquierda la sorprendió. Bajó la vista y vio a Mamá Gansa durmiendo, apoyada contra una gran roca y sujetando una petaca plateada. Lester estaba desmayado junto a ella; era evidente que los dos habían trasnochado en los jardines.

—¡Buen día, Mamá Gansa! —dijo Alex con el volumen suficiente para despertarlos a ambos.

Mamá Gansa resopló al volver a la vida.

—¿Lo es? —dijo ella con un ojo abierto. Lester bostezó y estiró su largo cuello.

—¿Durmieron aquí toda la noche? —preguntó Alex.

—Bueno, lo último que recuerdo es que estaba caminando con Lester después de la cena y que nos detuvimos para sentarnos un momento —dijo Mamá Gansa—. Parece que hemos estado aquí desde entonces. ¡Lester, relleno de colchón! ¡Se suponía que me despertarías! Estoy manchando mi reputación.

Lester puso los ojos en blanco, como si dijera «ese barco ya zarpó».

—¿Por qué tenemos que vivir en un reino madrugador? —le dijo Mamá Gansa al animal—. Juro que me mudaré al Reino del Este. ¡Al menos las personas saben cómo dormir allí! —la mujer montó a Lester, tomó las riendas y juntos volaron hacia el Palacio de las Hadas.

Alex rio mientras los observaba alejarse en el cielo. Después, recordó su itinerario y prosiguió con la caminata. Llegó al límite de los jardines, donde había un gran prado.

—¡Cornelius! —llamó Alex. Palmeó el lateral de su pierna con fuerza—. ¡Ven, muchacho! ¿Dónde estás? ¿Cornelius?

Del otro lado del prado, bebiendo de un arroyo, había un unicornio; pero era distinto a cualquier otro unicornio del reino. Cornelius era desaliñado y tenía una gran barriga que se balanceaba debajo de él al caminar. Un cuerno plateado crecía en su cabeza, pero estaba partido a la mitad a causa de un accidente que tuvo cuando era un potrillo.

—¡Allí estás, Cornelius! —dijo Alex.

El unicornio se alegró de verla y trotó hacia ella para que Alex pudiera acariciar su largo hocico.

—Buenos días, muchacho —la chica percibió que algo andaba mal con su amigo ese día. Su paso no era tan saltarín como siempre—. ¿Qué sucede, Cornelius? Te ves triste.

Cornelius bajó su inmensa cabeza y miró de modo sombrío más allá del arroyo. Alex también lo hizo, y vio una manada de magníficos unicornios en la distancia. Cada uno era más hermoso que el anterior, con sus largos cuerpos esbeltos y cuernos perfectos que resplandecían bajo la luz del sol.

—Oh, Cornelius —dijo ella y acarició su crin—. Tienes que dejar de compararte con los otros unicornios.

El animal asintió, pero Alex podía ver la vergüenza en sus ojos. Nunca había sido bueno para ocultar sus emociones: siempre tenía el corazón en la pezuña.

—¿Sabes por qué te elegí para que fueras mi unicornio, Cornelius? —le preguntó Alex.

El animal abrió los labios preocupado y exhibió sus grandes dientes blancos.

—Sí, ya sé que tienes una linda sonrisa, pero esa no es la única razón.

Cornelius se paró sobre sus patas traseras y movió las delanteras en círculos diminutos.

—Sí, también eres un gran bailarín, pero no me refiero a esas cosas —dijo Alex—. Te elegí porque eres diferente a todos los otros unicornios del Reino de las Hadas. Puede que tu cuerno esté roto y sea pequeño, pero tu corazón es grande y fuerte.

Cornelius exhaló una ráfaga de aire y desvió la vista a un lado. Alex lo había hecho sonrojarse, el tono rosado se veía a través de su piel blanca.

—¿Estás listo para ayudarme a conceder algunos deseos hoy? —le preguntó. Él relinchó con entusiasmo—. Bien, entonces, ¡vámonos! —Cornelius se arrodilló y Alex lo montó de un salto. Agitó la varita sobre la cabeza del animal y le susurró al oído—: Llévanos con alguien que nos necesite, Cornelius.

El cuerno roto del unicornio comenzó a brillar. Su cabeza apuntó al noroeste y él comenzó a galopar a toda velocidad hacia donde fuera que la magia lo estuviera guiando. Los unicornios corrían mucho más rápido que los caballos, y Alex tuvo que sujetar su diadema mientras avanzaban.

Pasaron zumbando entre los árboles, cruzaron un río y dos arroyos, y después de un tiempo hallaron un sendero que los llevó hacia el Reino Encantador. Una aldea pequeña y sencilla apareció en la distancia y Cornelius disminuyó la velocidad. Llevó a Alex al corazón de la aldea; su cuerno lo guiaba como el hocico de un sabueso. Muchos de los aldeanos se detuvieron en seco cuando Alex y el unicornio pasaron junto a ellos.

—¡Hola, buenas personas del Reino Encantador! —dijo Alex. Los saludó moviendo la mano con incomodidad—. No nos presten atención; ¡solo estamos concediendo deseos!

Los aldeanos no estaban tan entusiasmados como ella esperaba, y regresaron a sus mandados diarios. Cornelius se detuvo justo frente a una cabaña diminuta que tenía muros de ramitas y techo de paja.

—¿Estás seguro de que este es el lugar correcto? —preguntó Alex. Cornelius asintió con confianza y su cuerno dejó de brillar.

Alex desmontó su unicornio y caminó hacia la puerta. Golpeó despacio, pero las ramitas se quebraron debajo de sus nudillos y dejaron un pequeño

hoyo en la puerta.

—Oh, cielos —dijo Alex. Había empezado con el pie izquierdo.

—¿Quién está allí? —preguntó una voz débil detrás de la puerta. Alex miró a través del hoyo que acababa de hacer y vio un par de ojos observándola.

—Hola. ¡Me llamo Alex y soy un hada! Bueno, técnicamente soy un hada en entrenamiento, pero he venido aquí hoy a conceder deseos. Mi unicornio me ha guiado hasta esta ubicación. ¿Hay alguien dentro de la cabaña a quien le gustaría que le conceda un deseo?

Los ojos llenos de arrugas la miraron de arriba abajo. Alex sabía que su presentación estaba en desarrollo, al igual que su magia, pero para su sorpresa, la puerta se abrió y una anciana apareció ante ella.

—Adelante —dijo la mujer, aunque no parecía entusiasmada de tener compañía.

—Gracias —respondió Alex. Ingresó y miró con atención la pequeña casa. Estaba sucia y la luz era tenue: era igual de frágil en el interior que en el exterior—. Tiene un hogar encantador —añadió amablemente—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Ellas son mis nietas. Asumo que has venido a ayudarlas —respondió la mujer. Si la anciana no las hubiera mencionado, Alex no hubiera siquiera visto a las trillizas idénticas que estaban de pie contra la pared. Estaban tan sucias que se camuflaban con el resto de la casa.

—Es un gusto conocerlas —saludó Alex, pero ellas no quisieron estrecharle la mano.

—Necesitan buenas prendas para la escuela —dijo la mujer. Tomó asiento en una mesa cubierta con hilos y telas—. No podemos costear la compra de vestidos nuevos, por lo que intenté hacerlos yo misma, pero mis manos ya no son lo que eran —alzó ambas extremidades que temblaban por la artritis.

—¡No diga más! —exclamó Alex—. ¡Convertiré sus ropas raídas en hermosos vestidos que podrán lucir con orgullo en la escuela!

Las trillizas intercambiaron miradas con los ojos abiertos de par en par; ¿podría hacerlo de verdad? Alex estaba preguntándose lo mismo. Alzó su varita y la agitó hacia cada una de las niñas como si estuviera dirigiendo una sinfonía. Una por una, una luz brillante y resplandeciente rodeó a cada niña y transformó las ropas sucias en vestidos de un rosa vibrante con cuellos blancos.

Las niñas miraron su nueva ropa en completo silencio. Alex supuso que estaban impactadas por haber atestiguado algo mágico, pero estaba muy

equivocada.

—¡Qué horribles! ¡Son rosados! —dijo una de las niñas.

—¡Odio el rosa! —exclamó otra.

—¿Puedes hacerlos de otro color? —preguntó la tercera.

Sus comentarios desagradecidos tomaron por sorpresa a Alex. Miró a la abuela de las trillizas, esperando que hubiera una reprimenda.

—No me mires a mí. Nunca les preguntaste qué color querían —replicó la señora.

—¡Oh, lo siento! Me equivoqué —dijo Alex. Alzó su varita y la agitó tres veces más hacia las niñas y cambió el color de los vestidos a amarillo, violeta y azul.

—¿Mejor? —preguntó Alex.

—No me gusta mi cuello —dijo una de las trillizas.

—Quiero que sea verde —comentó otra.

—Me gustaba más el rosa —exclamó la tercera.

Las aletas de la nariz de Alex se ensancharon y se mordió la lengua.

—Está bien —dijo con la mandíbula apretada. Agitó la varita para concederles sus pedidos—. ¿Estamos todos contentos?

—Claro —respondió una de las niñas sin entusiasmo.

—Está bien —contestó otra.

—¿Puedes devolverme mi ropa vieja? —preguntó la tercera.

Alex estaba pasmada. Quería decirles que a caballo regalado no se le miran los dientes, pero un hada no puede decirlo. Después de todo, no las estaba ayudando porque eran pobres; sino porque eso era lo que se suponía que debía hacer.

—Niñas, quiero que le agradezcan al hada amable por los vestidos nuevos aunque no tenga idea de lo que está haciendo —ordenó la anciana.

Las trillizas fruncieron el ceño.

—Gracias —dijeron al unísono. Ninguna era en absoluto sincera.

—De nada —respondió Alex; sus palabras tampoco eran sinceras—. Disfruten la escuela.

Abandonó indignada la casa y encontró a Cornelius mordisqueando una parte del techo. Se convenció de que aunque su primer acto del día no había sido apreciado, había sido una buena acción. Alex montó el lomo de Cornelius de un salto y agitó otra vez su varita sobre él.

—Un deseo concedido; quedan dos —dijo ella—. ¡Llévanos a la próxima parada, Cornelius!

El cuerno del unicornio resplandeció de nuevo y él comenzó a correr en otra dirección. Pronto, llegaron a las afueras de una aldea aún más pequeña que estaba en la zona norte del Reino Encantador. Cornelius llevó a Alex sobre una colina y la dejó en el lugar donde dos niños de la aldea estaban de pie, mirando dentro de un pozo de agua.

Alex sonrió y posó para ellos con la varita en alto.

—¡Hola, niños! —dijo, pero ellos continuaron mirando dentro del pozo. Alex carraspeó—. ¿Cómo puedo ayudarlos? ¿Se les cayó algo dentro?

Los niños por fin alzaron la vista hacia ella, pero sus expresiones apagadas no cambiaron.

—No —dijo el niño—. Ha estado seco desde hace un tiempo.

—Nuestra mamá nos envía aquí todos los días con una cubeta, con la esperanza de que haya agua —explicó la niña—. Pero todos los días regresamos con las manos vacías.

Alex estaba feliz de escuchar acerca de su infortunio.

—¡Yo puedo ayudarlos con eso! —dijo, sintiéndose útil.

—¿Cómo? —preguntó el niño.

—¿Nos construirás otro pozo? —indagó la niña.

—No, ¡soy un hada! —dijo Alex, un poco desanimada por haber tenido que decírselos. Estaba segura de que su abuela nunca había tenido que explicarles a las personas quién era—. Puedo lanzar un hechizo y hacer que el agua regrese.

Los dos niños de la aldea alzaron una ceja y la miraron, sin creerle ni una palabra.

—Si eres un hada, entonces ¿dónde están tus alas? —preguntó el niño.

—No todas tenemos alas —respondió Alex—. Venimos en todas las formas, tamaños y variaciones.

Los niños ladearon la cabeza y observaron a Cornelius, que estaba detrás de Alex.

—¿Eso es un unicornio? —preguntó el niño.

—¡Claro que sí! Él es la razón por la que estoy aquí: me trajo a este lugar porque sabía que podía asistirlos —explicó Alex. Cornelius alzó la cabeza con orgullo, pavoneándose para los niños, pero eran un público difícil.

—¿Por qué es tan gordo? —cuestionó el niño.

—¿Tiene el cuerno roto? —preguntó la niña.

Cornelius bajó la cabeza y miró al suelo con tristeza.

—Se quebró el cuerno cuando era un potrillo y come para ocultar sus emociones, ¿de acuerdo? —les dijo Alex rápido—. Ahora, ¿quieren que

arregle su pozo o no?

Los niños de la aldea se encogieron de hombros.

—Supongo. No es que la situación pueda empeorar —respondió el niño. Alex estaba muy feliz de por fin poder ir al grano. Les indicó a los niños que se ubicaran a pocos metros detrás de ella. Se asomó dentro del pozo y no vio nada más que tierra al final de una caída muy larga. Alzó su varita de cristal y la agitó hacia el hoyo. El sonido del agua resonó dentro del aljibe cuando el fondo se llenó por arte de magia. Los niños saltaron y aplaudieron de alegría.

—¡Arreglaste nuestro pozo! —dijo el niño, feliz.

—¡Después de todo, eres un hada! —comentó la niña.

—¡Ven a la aldea con nosotros para que puedan recompensarte! —exclamó el niño.

Alex se encogió de hombros y sus mejillas se tornaron un poquito rosadas. Estaba muy contenta de que la apreciaran.

—No hay necesidad de recompensarme —dijo—. Todo lo que hago es por el bien mayor y nunca esperaría que…

Alex dejó de hablar y los niños se quedaron muy quietos. El suelo debajo de sus pies tembló y un fuerte sonido sibilante surgió del pozo mientras se llenaba más y más de agua que subía con rapidez hacia la parte superior.

—Ay, no —soltó Alex. Ella, los niños y Cornelius retrocedieron lentamente. Un géiser inmenso salió disparado del interior del pozo hacia el cielo, como un volcán en erupción.

—¡Estaba equivocado! —gritó el niño—. ¡Esto es peor! ¡Esto es peor!

—¡Corran por sus vidas! —vociferó la niña.

Los niños bajaron la colina corriendo y se dirigieron hacia su aldea lo más rápido que pudieron, gritando hasta quedarse sin aire. Los aldeanos salieron disparados de sus hogares y de las tiendas para ver por qué había tanto alboroto; no podían creer lo que veían.

El agua del géiser cayó como lluvia sobre la aldea y empapó a todos y todo. Alex y Cornelius también se estaban mojando.

—¡Cornelius! ¡Siéntate en el pozo! ¡Cúbrelo hasta que se me ocurra qué hacer! —indicó ella. El unicornio la miró como si estuviera loca—. ¿Por favor? —rogó Alex.

Cornelius se acercó con cuidado al pozo. Sus pezuñas estaban desaliñadas a causa de todo el lodo fresco que el géiser estaba creando. Alzó su cola y se sentó sobre el pozo, lo que cubrió el paso de agua y detuvo la erupción. Fue una experiencia denigrante para él, pero resultó útil. La aldea vitoreó desde abajo, pero solo duró un momento. El agua se acumuló dentro del pozo e hizo

que el unicornio saliera disparado en el aire. Aterrizó en la colina lodosa y se deslizó hacia la aldea como una avalancha. Todos los aldeanos regresaron corriendo a sus hogares y a las tiendas para evitarlo.

Cornelius chocó contra el lateral de un granero. Estaba cubierto en tanto lodo que parecía Belleza Negra.

—¡Sécate! —gritó Alex y apuntó al pozo con la varita—. ¡Sécate, dije! ¡Sécate! ¡Sécate! ¡Sécate!

De pronto, una enorme bola de fuego brotó de la punta de la varita de Alex y golpeó el pozo, lo que destruyó la mitad del aljibe. Por fortuna, la presión de agua disminuyó, y el géiser se apagó. El pozo estaba roto, pero lleno de agua… y la aldea también estaba cubierta de líquido.

—¡Lo arreglé! —exclamó Alex con alegría, dirigiéndose a la aldea que estaba a los pies de la colina. Los aldeanos se asomaron desde el interior de sus casas y la miraron: todos estaban empapados, goteando y furiosos—. La buena noticia es que tienen agua otra vez —Alex trató de tomarlo con humor, pero nadie la acompañó.

El unicornio lleno de lodo se acercó a la joven hada en la cima de la colina.

—Está bien, Cornelius, vayámonos de aquí.

Montó su lomo y se marcharon, no en dirección a su próxima parada sino lo más lejos de la aldea empapada como fuera posible en ese momento. Encontraron un arroyo diminuto en el bosque y se limpiaron la suciedad. A Cornelius le resultaba difícil ver su propio reflejo en el agua: era gordo, estaba roto y sucio.

—¿Quieres que utilice mi varita para que estés limpio de nuevo? —le preguntó Alex a Cornelius. El unicornio movió la cabeza de lado a lado; no quería que lo que le había ocurrido al pozo le sucediera a él—. Está bien —dijo ella—. Entonces, vayamos a nuestra última parada.

Faltaban algunas horas para el mediodía y el cuerno mágico de Cornelius los llevó hacia el sudoeste del Reino Encantador. Una granja que Alex creyó reconocer apareció en la distancia.

—¿No hemos estado aquí antes? —le preguntó a Cornelius, pero él estaba seguro de que su cuerno los estaba guiando hacia el lugar correcto. Más adelante, Alex vio a un granjero construyendo una cerca alrededor de su huerta y supuso que él era el hombre que estaban buscando.

—¿Disculpe? ¿Necesita ayuda? —le preguntó al granjero.

El hombre se limpió el sudor de la frente y la miró por encima del hombro. De inmediato se puso de pie y la echó, como si fuera un animal

salvaje con el que no quería lidiar.

—Ey, ey, ey —dijo el granjero—. ¡No quiero problemas, mujer!

Alex se sintió insultada. ¿Qué aspecto de ella podía siquiera hacerle creer al hombre que causaría problemas?

—Señor, no estoy intentando lastimarlo —le aseguró Alex—. Soy un hada. Estoy aquí para ayudar.

El granjero colocó las manos sobre la cadera y la miró con los ojos entrecerrados.

—Eso dijiste la última vez —replicó.

—¿La última vez? —preguntó Alex—. Entonces, ¿he estado aquí antes?

El granjero asintió arrepentido.

—Sí, me ayudaste a colocar una cerca alrededor de mi jardín para alejar a los conejos y a los ciervos —le informó.

Alex presionó su dedo índice contra sus labios mientras lo recordaba.

—¡Ah, me acuerdo de usted! ¡Es el granjero Robins! Pero ¿qué sucedió con la cerca que le di?

Alex escuchó que una puerta se cerró. Alzó la vista y vio al hijo del granjero Robins saliendo de la casa; la chica no tuvo ningún problema para recordarlo. Era alto y fuerte, no era más que un año mayor que ella, tenía el cabello ralo que le cubría el rostro y, en opinión de Alex, era muy apuesto.

—Los animales se comieron tu cerca —dijo el hijo del granjero con una sonrisa desenvuelta—. Estaba hecha de enredaderas y hojas; fue divertido verte haciéndola crecer por arte de magia desde el suelo, pero no fue lo ideal para alejar a los herbívoros.

—¿No tienes una mesa que construir? —le preguntó el granjero Robins a su hijo.

—Estoy en un descanso —respondió él. Era evidente que quería quedarse allí ahora que Alex estaba presente. Ella hizo su mayor esfuerzo para no mirarlo directo a los ojos; podía sentir cómo se sonrojaba cuando lo hacía.

—Bueno, entonces, ¿por qué no me dijo que la cerca no funcionaría la última vez que estuve aquí? —le preguntó al granjero.

—No nos diste la oportunidad de hacerlo —respondió en su lugar el hijo de Robins—. Solo agitaste tu varita y después te marchaste, insistiendo en que no era necesario agradecerte.

Alex movió la cabeza de lado a lado y puso los ojos en blanco.

—Cielos, ninguna buena acción queda libre de castigo —dijo en voz baja —. Bueno, entonces, ¡insisto en que me permitan compensárselo! —Alex alzó

la varita; estaba a punto de hacer que una nueva cerca apareciera cuando el granjero la bloqueó.

—Jovencita —dijo con brusquedad el granjero—, me espera un día lleno de tareas, y construir esta cerca es solo el comienzo. Lo mejor que puedes hacer es dejarnos en paz y dejar de hacernos perder el tiempo.

—Eso es una tontería —Alex intentó discutirle—. Lo único que debo hacer es agitar mi varita y la cerca estará lista en…

—¡Dije que te FUERAS! —gritó el granjero Robins, perdiendo la paciencia—. No queremos tu ayuda y no la necesitamos. Sé que ustedes solucionan todo apenas moviendo la muñeca, pero las personas como nosotros sabemos cómo cuidarnos por nuestra cuenta. Así que, por favor, vete a alguna parte a convertir a una criada en princesa antes de que haga o diga algo de lo que me arrepentiré.

Alex estaba boquiabierta. No permitiría que alguien le hablara de ese modo, en especial después de la mañana horrible que había tenido. El granjero Robins había elegido el día equivocado para meterse con esa hada.

—¡No! —le gritó Alex al granjero en respuesta.

—¿Qué? —exclamó Robins.

—No, no me iré.

El hijo del granjero se enderezó; esto sería interesante.

—Lamento mucho haberme desviado de mi camino para ayudarte, pero no eres el único que tiene un trabajo, amigo mío —dijo Alex. Dio un paso hacia el granjero Robins—. El hecho es que necesitas mi ayuda la quieras o no, ¡y por eso estoy aquí! ¡Por ese motivo me trajo mi unicornio! ¡Así que trágate tu orgullo, retrocede y sal de mi camino porque no me marcharé hasta haber construido esa cerca!

El granjero Robins se veía realmente aterrorizado de Alex. Su hijo se mordió el puño y se ahogó de la risa que se acumulaba en su interior. Ella apoyó su varita en el suelo y subió sus mangas. Se acercó al granjero y extendió la mano hacia su martillo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Robins.

—Dame tu martillo —le ordenó el hada—. No necesito magia para construir esta cerca.

Le arrebató la herramienta de la mano, reunió algunas piezas de madera y continuó construyendo la cerca que el granjero había empezado. Robins y su hijo permanecieron de pie, inmóviles, y observaron a la joven hada trabajar.

—Si ustedes dos tienen tanto trabajo que hacer hoy, les sugiero que lo hagan mientras construyo esto —replicó ella con una mirada asesina. Ellos no

le discutieron. El granjero Robins se puso a trabajar a unos metros de distancia de Alex, arrancando zanahorias de la tierra, y su hijo regresó dentro de la casa para terminar la mesa.

Alex construyó la cerca a un paso muy rápido. Motivada por la frustración, terminó todo en menos de dos horas. Puso el último clavo en la última madera y regresó con su unicornio.

—¡Terminé! —le indicó al granjero Robins.

Su hijo salió de la casa para ver la cerca completa: quedó impresionado por la destreza de la joven hada.

Ella tomó su varita del suelo y montó de un salto al lomo de Cornelius.

—¡Que tengan un buen día, caballeros! —dijo Alex—. Y, por cierto, ¡no es necesario que me lo agradezcan! ¡PORQUE SOY UN HADA Y ES MI TRABAJO!

Alex y Cornelius se alejaron galopando, y dejaron atrás a dos granjeros sorprendidos en medio del polvo. Habían pasado pocos minutos del mediodía cuando Alex regresó al Reino de las Hadas. Dejó a Cornelius en el prado que estaba en el límite de los jardines y se apresuró a regresar al Palacio de las Hadas; no quería hacer que su abuela la esperara ni un minuto más.

—Ah, vamos, ¡no las picarán! —dijo una voz alegre en el jardín. Tangerina estaba alimentando con bellotas a una familia de ardillas en un árbol cuando Alex pasó corriendo junto a ella. Las abejas que revoloteaban alrededor de la colmena de Tangerina estaban inquietando mucho a las ardillas.

—Hola, Tangerina —saludó Alex.

—Oh, por todos los cielos, ¿qué te sucedió? —le preguntó asombrada el hada cuando la vio pasar a toda prisa. Entre arreglar el pozo y construir la cerca, Alex había quedado en un estado repugnante—. ¡Te ves como si hubieras caído dentro de un arroyo!

—Es una larga historia —dijo Alex, tratando de evitar dar explicaciones.

—¿Alguien dijo arroyo? —preguntó una voz etérea desde el extremo opuesto del jardín. Cielene se asomó del estanque más cercano. Su largo cabello sedoso y su vestido eran uno con el agua mientras flotaba a través de ella.

—Pobre Alex, ha tenido una mañana difícil.

—Solo intenté ayudar a la mayor cantidad de personas posible antes de la clase con mi abuela al mediodía —les explicó Alex a sus compañeras hadas.

—No trabajes demasiado, Alex —le aconsejó Cielene—. ¡Un gran día se avecina para ti! —sobrevoló el estanque y tocó con dulzura la superficie, lo

que causó que lirios blancos aparecieran a su alrededor—. Ya he comenzado con la decoración. Siempre he amado una buena fiesta inaugural. ¡Es una excusa para que el reino se vea mejor que nunca!

—¡No puedo esperar al Baile Inaugural! ¡En este mismo instante, mis abejas están haciéndome un nuevo vestido de panal! —dijo Tangerina.

—¿Qué tan elegante es el Baile Inaugural? —les preguntó Alex, sintiendo que un huracán de ansiedad se formaba en su interior—. Creí que solo sería una ceremonia sencilla. ¿Tengo que vestir algo elegante?

Tangerina y Cielene intercambiaron la misma mirada preocupada, como si ella les hubiera preguntado qué era el sol.

—Corazón, el Baile Inaugural de las Hadas es tu presentación en sociedad —dijo Cielene—. Tienes que lucir como te gustaría que te recuerden.

—Todas las hadas del reino estarán presentes —continuó Tangerina—. ¡Y todas asistirán para verte!

Alex cerró los ojos.

—Ah, genial… —dijo—, como si unirme al Consejo de las Hadas no fuera suficiente, ahora tendré que preocuparme por verme bien frente a todo el reino. ¿Por qué parece que las hadas siempre obvian los detalles hasta el último minuto?

—No te preocupes, querida, te verás bien sin importar lo que elijas —le aseguró Tangerina.

—Sí, solo no elijas eso —comentó Cielene y señaló el vestido sucio que llevaba puesto.

Alex suspiró despacio. Agitó su varita sobre su cuerpo y el vestido resplandeció hasta que estuvo otra vez como nuevo.

—Bueno, ¡gran charla, chicas! ¡Gracias! —dijo, y continuó su camino hacia el Palacio de las Hadas.

Alex subió con rapidez los escalones dorados de la entrada del palacio, atravesó el vestíbulo principal y subió corriendo una escalera que llevaba al piso superior, donde estaba la habitación de su abuela. Era una de las únicas partes del palacio que tenía cuatro paredes, así que Alex tuvo que llamar a la puerta.

—Adelante, cielo —escuchó que la mujer decía, y entró. No importaba cuántas veces hubiera estado allí, los aposentos de su abuela siempre la deslumbraban.

Afirmar que la recámara del Hada Madrina era espectacular sería poco decir. Los muebles estaban hechos de nubes rosadas como el atardecer y flotaban por la habitación. Su cama estaba bajo las ramas de un sauce blanco

que tenía hojas de cristal. En lugar de fuego ardiendo en la enorme chimenea, esta emitía burbujas que llenaban el aire. Un candelabro hecho de cientos de palomas posadas flotaba en el centro de la habitación, dado que no había techo del cual colgarlo.

Cada superficie del cuarto estaba cubierta con los artículos de colección del Hada Madrina. Las joyas que los monarcas de ambos mundos le habían dado a lo largo del tiempo cubrían la repisa de la chimenea. Una gran mesa junto al hogar estaba llena de botellas coloridas de pociones y elixires. Un exhibidor de vidrio colgado de una pared contenía la colección de varitas del Hada Madrina. Una pequeña biblioteca llena de libros de hechizos, fantasía e historia cubría la pared opuesta a la chimenea.

Pero frente a todos esos bienes había incontables fotografías familiares de Alex, Conner y su papá, dibujos hechos con crayolas que ellos le habían regalado cuando eran pequeños, exámenes de matemáticas y de ortografía en los que habían obtenido notas excelentes, y espeluznantes creaciones de macarrones secos que los mellizos le habían hecho para el Día de los Abuelos. Ella no se deshacía de nada que los mellizos le hubieran dado.

En el fondo de la habitación, elevado sobre una plataforma, estaba el escritorio del Hada Madrina, que estaba hecho completamente de vidrio, aunque Alex nunca había visto a su abuela sentada en él. Siempre la encontraba de pie junto a una de las cuatro ventanas altas detrás del escritorio que tenían una vista imponente del Reino de las Hadas.

—Hola, Alex —dijo la abuela, que estaba junto a uno de los ventanales. Llevaba puesto su clásico vestido azul que resplandecía como un cielo lleno de estrellas.

—Lamento llegar tarde, abuela —se disculpó la chica—. Las cosas se salieron un poco de control hoy cuando fui a conceder deseos.

—¿Ah? —preguntó el Hada Madrina—. ¿Por qué lo dices?

Alex suspiró.

—A veces no sé si debería ser un hada —confesó la chica—. No me malinterpretes: amo la magia y adoro ayudar a las personas. Hay días que me levanto y me siento muy bien por lo que estoy haciendo por los demás, pero después hay otros en los que siento que estoy arruinando todo. Algunos días, creo que no estoy ayudando a la cantidad suficiente de personas, y después otros días creo que nadie quiere mi ayuda. Y cuando no me siento confiada, mi magia sufre: se torna impredecible. Y cuando eso sucede, siento que no me corresponde estar en el Consejo de las Hadas.

Alex tomó asiento en los escalones de la plataforma y frotó sus ojos cansados. Su abuela se acercó a ella y le acarició con dulzura la parte superior de la cabeza.

—Creo que te estás exigiendo demasiado, Alex —le dijo el Hada Madrina a su nieta—. Eres solo una persona. Sin importar cuánto te esfuerces, no puedes ayudar a todos. Y estás comenzando a aprender que hay algunas personas a las que no se puede ayudar, no porque no tengan remedio, sino porque no quieren recibir ayuda.

Alex miró el suelo; esa era una lección difícil de aprender.

—Me alegra que hayas mencionado esto —dijo la abuela—. Hay algo que quería mostrarte. Sígueme.

El Hada Madrina ayudó a Alex a ponerse de pie y la llevó fuera de la habitación. Caminaron por un pasillo muy largo y se detuvieron ante una impactante entrada en arco que tenía unas inmensas puertas dobles. Alex nunca antes había visto esas puertas.

—¿Dónde estamos, abuela?

—Este —comenzó a decir el Hada Madrina con una sonrisa—, es el Salón de los Sueños.

La abuela empujó las puertas y las abrió. Alex dio un grito ahogado y sus ojos duplicaron su tamaño. El interior de la habitación era diferente a todo lo que había visto en su vida. Era un espacio oscuro e infinito que parecía extenderse por kilómetros en todas direcciones. Orbes brillantes de todos los tamaños flotaban alrededor de ellas. Era como si hubieran insertado una galaxia entera dentro de la habitación frente a sus ojos.

Entraron y cerraron las puertas. Alex no estaba segura de cómo era posible que estuvieran de pie, dado que técnicamente no había suelo.

—Esta habitación ha estado aquí desde el origen de las hadas —le informó la abuela.

—¿Qué son? —preguntó Alex mientras las orbes flotaban a su alrededor.

—Son sueños, todos y cada uno de ellos —respondió su abuela—. No importa cuán grande o pequeño sea el sueño; en esta habitación puedes encontrar un archivo de cada deseo o anhelo.

—Hay miles; no, ¡millones de ellos! —exclamó Alex.

—¡Ah, sí, y probablemente más! —dijo el Hada Madrina—. Como puedes ver, incluso con todas las hadas del mundo, sería imposible lograr que cada sueño se haga realidad. Cuando miras dentro de ellos, ves qué son y a quién le pertenecen.

Un orbe mediano flotó directo hacia la mano de Alex. Espió dentro de la esfera con detenimiento y en su interior vio a una niña que tenía una corona de papel.

—Esa niñita sueña con convertirse en princesa —le dijo la Abuela—. Encontrarás muchos como ese aquí. Solemos prestarles atención especialmente a los que son más parecidos a este.

Uno de los orbes más grandes flotó hasta su mano y ambas miraron dentro. En el interior, vieron a un niño triste cuidando de su hermana más pequeña, que estaba sentada en una silla de ruedas de madera.

—Ese niño daría lo que fuera solo por ver a su hermana caminar otra vez —dijo la abuela—. Es una de las esferas más grandes porque es uno de los sueños más grandes, y es fácil sostener el orbe porque es un sueño altruista. Lo guardaré y veré si hay algo que pueda hacer por ellos más tarde —la Abuela guardó de inmediato el orbe dentro del bolsillo de su vestido.

—Entonces, ¿así es cómo encuentras a todas las personas que ayudas? —preguntó Alex.

—Así es —respondió el Hada Madrina—. Mucho más eficiente que los unicornios, ¿no crees?

Ambas intercambiaron una sonrisa. Alex intentó tomar otra esfera grande, pero no lograba mantenerla en la mano.

—¿Por qué no puedo tomar esa? —preguntó Alex; temía que fuera debido a algo relacionado a ella.

—Porque a quien sea que le pertenezca ese sueño no quiere tu ayuda y, por lo visto, ni siquiera quiere que sepas cuál es su sueño —explicó la abuela.

—Eso es una tontería —dijo Alex—. ¿Por qué no querría que lo viera?

—Conocer los deseos más profundos de alguien es arriesgarse a conocerlos más de lo que ellos quieren que se los conozca —explicó el Hada Madrina—. Yo he tenido que aprender esa lección del modo difícil muchísimas veces.

Alex reflexionó un momento y dejó de intentar sujetar el orbe.

—Debe ser muy frustrante ver todos esos sueños y saber que no puedes hacer que todos se vuelvan realidad —dijo la chica.

—Cuando era más joven, quizás lo era —respondió el Hada Madrina—. Pero debemos hacer lo que podemos, y no torturarnos por las cosas que no podemos lograr. Es injusto e irreal esperar que uno pueda resolver cada problema en el mundo. Nunca olvides que, sin importar cuántos sueños encuentres aquí, habría muchos más si no fuera por personas como nosotras. Cada deseo concedido por la magia de la varita de un hada inspira cientos

más que se cumplirán por la magia que reside en el interior de las personas. Mira ese.

El Hada Madrina hizo un gesto hacia una esfera que flotaba frente a ellas y que lentamente se desvaneció hasta desaparecer.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Alex.

—El sueño se hizo realidad —dijo la Abuela—. Y no tuvo nada que ver con nosotras. Después de años y años de inspirarse en otros soñadores, esa persona hizo realidad su propio sueño y probablemente inspiró a cientos de otros a hacer lo mismo. No querríamos vivir en un mundo donde nadie tuviera la confianza suficiente en ellos mismos para hacer que sus propios sueños se hicieran realidad.

Una sonrisa tímida apareció en el rostro de Alex.

—Creo que entiendo lo que estás intentando enseñarme, abuela.

La mujer le devolvió la sonrisa.

—Me alegra escucharlo —una esfera pequeña aterrizó en la mano del Hada Madrina, pero se desvaneció de inmediato.

—¿De quién era ese? —preguntó Alex.

—Mío —respondió la abuela—. Cada lección que aprendes es un sueño realizado para mí. Y debo decir que estás aprendiendo mucho más rápido de lo que yo lo hice.

Alex sonrió de nuevo. A pesar de lo frustrante que había sido su día, su abuela la hizo sentir como si ella estuviese cumpliendo sus propios sueños. Sabía que en alguna parte de esa habitación, una esfera que le pertenecía acababa de desaparecer.

—Ahora, más allá de nuestras clases, quiero que te relajes el resto de la semana. No puedes ayudar a nadie si no sabes primero cómo ayudarte a ti misma —le indicó el Hada Madrina.

—Está bien —accedió Alex a regañadientes—. Gracias por la clase, abuela —le dio un abrazo y salió del Salón de los Sueños. No sabía qué hacer el resto del día: había pasado bastante tiempo desde que se había permitido a sí misma tener tiempo libre.

Después de que su nieta se marchó, el Hada Madrina cerró los ojos y unas lágrimas diminutas se formaron detrás de sus párpados. Nunca había creído que sería posible que alguien estuviera tan orgulloso de otra persona como ella lo estaba de Alex. Sabía que, un día, su nieta sería incluso una mejor hada madrina de lo que ella era.

Y por desgracia, debido a algunos cambios que el Hada Madrina había sentido recientemente en su interior, sabía que ese día llegaría mucho más

rápido de lo que ninguna de las dos quería…



Capítulo tres

Las abrazalibros

Conner estaba teniendo un sueño enigmático. Brincaba por la campiña alemana vestido con un traje tirolés color verde brillante y balanceaba con alegría una canasta de flores frescas que acababa de recoger. Cantaba al estilo tirolés felizmente mientras se dirigía dando saltitos a una aldea pintoresca. Todo era muy pacífico y feliz; no quería marcharse nunca de ese lugar. Pero de pronto, una alarma chillona resonó en el área; era un sonido familiar, uno que él había oído muchas veces antes. Conner miró el cielo y vio que la malvada raza alienígena que había visto en el programa de televisión la noche anterior… ¡descendía sobre la aldea y comenzaba a atacarla!

El sueño llegó a un final abrupto cuando se dio cuenta de que el sonido provenía de su reloj despertador. Lo golpeó un par de veces más de las necesarias para apagarlo. Estaba tan cansado que ni siquiera se sentía vivo. Su cabeza parecía estar llena de una nube gigante que le dificultaba mantener los ojos abiertos.

Aunque estuviera feliz de haber podido pasar tiempo con Alex la noche anterior, Conner estaba arrepintiéndose seriamente de su decisión de haberse quedado despierto hasta tan tarde. Se vistió y arrastró a Betsy por la escalera, un escalón a la vez. Bob y Charlotte estaban esperándolo junto a la puerta principal; siempre habían sido de esas personas que preferían las mañanas, una raza que Conner nunca había comprendido.

—¿Listo, campeón? —preguntó Bob mientras hacía girar las llaves de su vehículo en la mano.

Conner gruñó algo que sonaba a un «sí». Charlotte tenía que cubrir un turno temprano en el hospital y ya estaba vestida para el trabajo. Colocó los

brazos alrededor de su hijo y lo envolvió en un fuerte abrazo.

—Toma buenas decisiones, Conner —dijo ella—. Pero lo que es más importante, ¡diviértete!

—Mamá, no puedo irme a Alemania si todavía estás abrazándome —dijo Conner respirando con dificultad, preso en el abrazo de su madre.

—Solo necesito un minuto más —replicó Charlotte—. Eres el único hijo que me queda para abrazar.

Una vez que su madre por fin lo soltó, Conner lanzó su maleta dentro de la parte trasera del automóvil de Bob y ambos se marcharon de la casa. Se detuvieron en un restaurante de comida rápida al paso para tomar un desayuno grasiento (algo que no habrían podido hacer si Charlotte hubiera estado con ellos) y se dirigieron al aeropuerto. Bob rememoró con alegría sus propias aventuras europeas mientras conducía. Conner solo estaba presente de manera intermitente en la conversación; las sacudidas sutiles y las vibraciones del automóvil no dejaban de adormecerlo. Después de un tiempo llegaron al aeropuerto, y Bob detuvo el vehículo al filo de la acera.

—Antes de que bajes, hay algo que quiero darte —dijo Bob en un tono muy serio.

—No será la charla sobre la cigüeña, ¿cierto? —preguntó Conner, temiendo lo peor—. Porque ya he visto en la escuela todos los videos sobre el tema.

—Em, no… —dijo Bob. Hizo una pausa momentánea, preguntándose si esa era la charla que debería haberle dado en cambio, pero después prosiguió como lo había planeado—. Te traje algo de lo que tu mamá no sabe.

Bob introdujo la mano en su bolsillo delantero y extrajo una tarjeta de crédito. Se la entregó a su hijastro y el chico se sorprendió al leer «Conner Jonathan Bailey» escrito en la parte inferior del plástico.

—Ese es mi… mi… mi nombre —dijo Conner—. ¡¿Me conseguiste una tarjeta de crédito, Bob?!

—Así es —respondió su padrastro—. El número de pin es tu año de nacimiento. Es solo para emergencias y solo para este viaje, ¿entendido? En cuanto regreses a casa sano y salvo, me la llevaré. Sé que tu mamá se opone a cosas como esta, pero prefiero prevenir que curar; así que será nuestro secretito, ¿está bien?

La cabeza de Conner rebotó de arriba abajo con entusiasmo.

—¡Por supuesto! Bob, ¡lentamente estás convirtiéndote en mi persona favorita! ¡Muchísimas gracias!

—Me alegra oírlo —Bob sonrió y se rio en voz baja. Le dio una palmadita a Conner en la espalda—. Eres mi familia. Necesito asegurarme de que estarás bien. Ahora, ve a tener una aventura; es decir, ya sabes, una para los estándares normales. Intenta evitar a las hechiceras malvadas y los animales parlantes.

Conner divisó a la señora Peters de pie en la entrada del aeropuerto. Estaba rodeada por un grupo de cuatro chicas de la escuela que también acababan de llegar. Por más entusiasmado que estuviera por el viaje, Conner no estaba esperando con ansias viajar con esas chicas.

—No te preocupes —le aseguró a Bob—. Lo más atemorizante de este viaje me está esperando justo allí.

Conner le dio un abrazo a Bob, tomó a Betsy de la parte trasera, y lo saludó con la mano mientras su padrastro se alejaba en su automóvil. Se unió a la señora Peters y al grupo de alumnas junto a la entrada. Todas las chicas parecían tan cansadas como Conner. Sin embargo, la señora Peters se veía igual que siempre, lo cual fomentó la teoría de Conner de que la mujer en realidad era un robot.

—Buenos días, señor Bailey —dijo la señora Peters, enérgica como siempre.

—Buenos días, señora Peters —saludó Conner—. Buenos días, Mindy, Cindy, Lindy, Wendy.

Ninguna de las chicas respondió, y Conner no había esperado que lo hicieran. No le habían dicho ni una palabra desde el inicio del año escolar. En cambio, solo lo fulminaban con la mirada desde lejos, como si él las hubiera humillado públicamente en el pasado y nunca se hubiera disculpado por ello. A Conner no se le ocurría una razón que explicara por qué ellas se comportaban así, pero nunca lo había pensado demasiado. Sabía que las chicas solían volverse muy extrañas a su edad; y esas cuatro ya eran algunas de las muchachas más raras que él había conocido en su vida.

Mindy, Cindy, Lindy y Wendy habían sido inseparables desde el primer curso, cuando su maestra las agrupó para hacer un proyecto sobre rimas. Juntas, conformaban el Club de Lectura de la escuela y pasaban cada segundo que podían en la biblioteca. De no haber sido tan excéntricas, le habrían recordado a su hermana.

Mindy era la más baja y gritona de todas, y la líder autoproclamada del grupo. Peinaba su cabello en dos coletas todos los días, como si estuviera obligada por contrato a hacerlo. Cindy era la más joven y no dejaba de contarle con orgullo a todo el mundo (incluso actualmente) que se había

salteado el *kínder*. También tenía la boca llena de *brackets* que contenían el metal suficiente para construir un satélite. Lindy era afroamericana, y la chica más alta de la escuela. Incluso pasaba en altura a todos sus maestros. Su postura era un poco encorvada debido a todo el tiempo que pasaba mirando a las personas desde lo alto. Wendy era terriblemente tímida y solía dejar que el resto de las chicas hablaran. Era japonesa y tenía el cabello muy oscuro y los ojos más grandes que Conner hubiera visto en un ser humano.

Sabía desde hacía un tiempo que las cuatro chicas asistirían al viaje, y ese hecho por poco lo había convencido de quedarse en casa. Pero, afortunadamente, Bree iría, lo que de algún modo hacía que todo el viaje valiera la pena.

—Solo estamos esperando que la señorita Campbell llegue, y después iremos a hacer el *check-in* —dijo la señora Peters, mirando la acera de arriba abajo—. Es el único varón del viaje, señor Bailey. ¿Está seguro de que puede manejarlo?

—Ah, sí —respondió Conner—. Estoy acostumbrado. Mi mamá y mi hermana hablaban de todo tipo de cosas de chicas frente a mí… En general también durante la cena, algo que nunca aprecié —agregó. Las alumnas intercambiaron ojos en blanco en cuanto Conner mencionó a su hermana. Él no podía descifrar cuál era su problema.

—Ah, ahí viene la señorita Campbell —dijo la señora Peters.

Conner inclinó la cabeza en la dirección en la que la maestra miraba, y vio a Bree Campbell caminando hacia ellos. Las nubes agotadoras que llenaban su cabeza se disiparon de inmediato. El solo hecho de verla hacía que Conner se sintiera como si hubiera consumido cinco bebidas energizantes.

Bree Campbell era distinta a cualquier otra chica que él hubiera conocido. Siempre estaba muy tranquila y relajada, nunca alzaba la voz por nada, y no parecía permitir que nada ni nadie la afectara de ningún modo. Tenía cabello rubio con una mecha rosada y otra azul en el flequillo. Solía usar cientos de brazaletes y muñequeras, siempre vestía un gorro de lana violeta y tenía un auricular dentro de una oreja cada vez que podía.

—Buenos días, señorita Campbell —saludó la señora Peters.

—Buenos días a todos —dijo Bree con un bostezo.

Incluso bostezaba de una forma más cool que cualquier otra persona, pensó Conner.

—Entremos y hagamos el check-in —ordenó la señora Peters, y ellos la siguieron con su equipaje. Uno por uno, le mostraron sus pasaportes a la señora que estaba detrás del mostrador y se registraron para su vuelo.

Conner estaba en la fila justo detrás de Bree. No podía explicar la ansiedad que ella le causaba. Le entusiasmaba mucho estar cerca de ella, pero a su vez estaba aterrorizado.

Es solo una chica, no una pitón, se dijo a sí mismo una y otra vez en su cabeza. Mantén la calma. No intentes ser gracioso. Solo compórtate de manera normal. Y cuando regreses a casa, necesitas ver a un médico.

—Mindy, Cindy, Lindy y Wendy están en la fila treinta y uno, en los asientos A, B, C y D —dijo la señora Peters mientras entregaba los billetes de avión—. Y Conner y Bree están en la fila treinta y dos, en los asientos A y B.

El corazón de Conner estaba haciendo piruetas. ¡Estoy sentado junto a Bree! ¡Estoy sentado junto a Bree! ¡Iuju!, pensó. Pero ¿por qué me parece que es la mejor noticia de mi vida?

Vio un atisbo de la fotografía del pasaporte de Bree que era, para sorpresa de nadie, mucho mejor que la suya… y Bree lo descubrió observando su documento. Conner tuvo que pensar en algo con rapidez para no parecer el rarito que era.

—Tu foto del pasaporte es mucho mejor que la mía —comentó él—. Yo me la tomé en el verano y cometí el error de preguntar si se suponía que debía sonreír justo cuando la tomaron.

Abrió su pasaporte para que ella pudiera verla.

—Parece como si te hubieras asustado de tu propio estornudo —dijo Bree de modo inexpresivo. No había rastros de prejuicios o burla en su voz. Era una descripción completamente honesta.

—¿Le gustaría despachar su maleta, señor? —preguntó la mujer detrás del mostrador. A Conner le llevó un segundo darse cuenta de que le estaba hablando a él; nadie lo había llamado señor antes.

—¡Ah, por favor! ¡Llévese a Betsy! —dijo Conner, y entregó la maleta para que le pegaran la etiqueta correspondiente. La señora lo miró de un modo extraño al oír que su equipaje tenía nombre—. Es decir, llévesela. Llévese la maleta.

Colocaron a Betsy sobre la cinta transportadora y lentamente su equipaje se alejó más y más de él. La próxima vez, la vería en Alemania. Conner y las chicas pasaron por el control de seguridad y, en una hora, el grupo entero estaba subiendo a bordo.

El avión era inmenso. Conner no lograba comprender del todo cómo algo tan grande podía flotar en el aire. Incluso después de haber presenciado todas las cosas mágicas que había visto en la Tierra de las Historias, ese hecho aún lo fascinaba. Caminaron por el pasillo y encontraron sus asientos. Conner

tragó saliva con dificultad cuando se dio cuenta de todo el tiempo que pasaría en un área tan pequeña.

—¿Dónde está su asiento, señora Peters? —preguntó Mindy. Todos los lugares alrededor de ellos se estaban ocupando con rapidez.

—Estaré en primera clase —respondió la mujer—. Pero no se preocupen; si alguno me necesita, solo díganle a la azafata que me avise. Estaré en la fila uno, en el asiento A. será un vuelo largo, así que pónganse cómodos.

Y con esas palabras, la señora Peters volteó de inmediato y se abrió paso entre los viajeros que llegaban, en dirección al frente del avión. Conner tomó asiento junto a la ventanilla y Bree ocupó el lugar junto a él. El chico miró por un momento el respaldo del asiento que estaba frente a sus ojos; no tenía idea de cómo empezar una conversación con ella.

—¿Estás bien junto a la ventana? —le preguntó Conner.

Bree parecía confundida.

—Pero tú estás junto a la ventana —dijo ella.

Conner quería golpearse la cabeza contra la estúpida ventanilla; había empezado con el pie izquierdo.

—Ah, cierto, lo que quise preguntar era si querías sentarte junto a la ventana —dijo él—. No me molestaría cambiar de lugar.

—Estaré bien —respondió Bree—. Leeré durante la mayor parte del vuelo —señaló su mochila y Conner vio que estaba llena de gruesas novelas de misterio y asesinatos. Bree continuaba volviéndose más cool a cada segundo que pasaba.

—Genial. Dime si cambias de opinión —dijo Conner, y volvió a observar el asiento frente a él hasta que pensó en algo más que decir—. La señora Peters me dijo que a ti también te gusta escribir.

—Ajá —asintió Bree—. Sobre todo cuentos. Leí algunos de los tuyos cuando fui asistente de la señorita York el año pasado; son adorables. Me recuerdan a los cuentos de hadas clásicos.

Conner no podía creer lo que escuchaba.

—¿Has leído mis historias?

—Sip —respondió Bree—. Me gustaron mucho, en especial la del Árbol Sinuoso y la del Pez Caminante. Son muy ingeniosas.

—Gracias —dijo Conner y se sonrojó hasta tomar un tono rojo oscuro. No solo las había leído, sino que las recordaba—. Se llamaban originalmente «La Jirafa Sinuosa» y «La Rana Voladora», pero cambié los títulos para que sonaran más… em… realistas. ¿Qué clase de cuentos escribes?

—Acabo de terminar uno llamado «El cementerio de los muertos vivos» —dijo Bree—. Es bastante obvio el argumento.

Conner asintió con demasiada intensidad como para parecer normal.

—Suena encantadora.

Se sentía un idiota hablando acerca de cuentos de hadas cuando sabía que ella escribía sobre cosas como cementerios y zombis. ¿Cómo la convencería de que él era cool cuando ella era la persona más genial que jamás había existido?

—He pensado en cambiar de género —dijo Conner—. Creo que sería divertido escribir historias más oscuras sobre cosas como esas. Historias con vampiros y hombres lobo, pero sin triángulos amorosos ni nada de…

—Oh, Conner; olvidé que tenía que preguntarte algo —lo interrumpió Bree.

—Lo que quieras —respondió él.

—¿Te gusto, o algo así? —preguntó ella sin rodeos.

Conner estaba seguro de que cada parte de su cuerpo se había detenido por completo, empezando por su cerebro. Podía sentir cómo sus mejillas se llenaban de tanta sangre que le preocupaba que su cabeza fuera a explotar.

—¿Qué? —preguntó él, como si ella le hubiera preguntado si era un duende—. ¡No! ¡Por supuesto que no! ¿Por qué pensarías eso?

—Porque te pones de un rojo intenso y divagas cada vez que estoy cerca de ti —explicó Bree. No lo dijo de un modo acusador ni sospechoso; solo estaba presentando los hechos con su calma habitual.

Conner se obligó a reír, pero su risa fue demasiado fuerte para ser sincera.

—Ah, ¿por eso? No es nada. Es solo mi alergia al sodio —le sorprendió tanto decirlo como a ella escucharlo.

—¿Alergia al sodio? —preguntó Bree—. Nunca he oído algo semejante.

—Es muy rara —respondió él—. Me hace divagar y me vuelvo de un color rojo intenso sin razón aparente… Así que eso explica mis reacciones…

No estaba seguro de cuán lejos pensaba llegar con aquella explicación. Notaba que ella no estaba convencida.

—Lo siento, solo creí que, dado que vamos a estar sentados juntos durante medio día en este avión, debía preguntártelo —dijo Bree.

—Aprecio que lo preguntes —afirmó Conner—. Hubiera sido completamente incómodo… estar sentados aquí… durante horas y horas… si a uno de los dos le gustara el otro… Me alegra que no sea el caso…

Conner quería morir. Fantaseaba con salir por la ventana y hacerse un ovillo en la turbina del avión. No podía decidir qué era más vergonzoso: dar

la impresión de que gustaba de ella o que quizás hubiera algo de verdad en la sospecha de Bree. Conner nunca antes había gustado de alguien; no sabría si le había sucedido. Pero después de que lo acusaran de ello, lentamente cayó en la cuenta de que ese debía haber sido su problema: ¡gustaba de Bree!

Conner miró por la ventana, demasiado aterrado para mirar a cualquier otra parte. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora que le habían diagnosticado un enamoramiento adolescente? ¿Había alguna píldora anti amor que pudiera tomar? ¿Había una glándula en su corazón que se pudiera extraer? ¿Era terminal?

Pronto, el avión se alejó de la puerta y se posicionó en la pista. Despegó con un salto y Conner observó asombrado cómo el aeropuerto debajo de ellos se hacía más y más pequeño.

—Increíble —dijo Conner en voz baja.

—¿Has volado alguna vez? —le preguntó Bree.

—En avión, no —respondió Conner sin pensarlo.

Bree entrecerró los ojos.

—Entonces, ¿en qué volaste? ¿En alfombra mágica? —indagó ella.

A Conner le llevó un segundo notar que estaba siendo sarcástica.

—He… em… volado en globo antes. Fue genial, pero nada como esto. La tecnología es casi como la magia hoy en día.

—Sabes, Arthur C. Clarke dijo que la magia solo es una ciencia que aún no comprendemos —citó Bree.

Conner sonrió.

—No siempre —dijo en voz baja.

—¿Disculpa? —preguntó ella.

—Ah, nada —dijo Conner—. Es una gran cita.

Bree entrecerró los ojos y lo miró con sospecha.

—¿Dónde volaste en globo? —preguntó la chica.

—Es una larga historia —Conner le restó importancia—. Fue con mi hermana en el, em, estado de mi abuela. Pero esta es mi primera vez en avión.

—Parece que estás teniendo toda clase de primeras experiencias —dijo Bree con una sonrisa propia. Por suerte para Conner, en ese momento ella colocó un auricular en su otra oreja y comenzó a leer uno de sus libros antes de que él pudiera entrar en pánico o dar otra respuesta vergonzosa.

Si este solo era el comienzo del viaje, Conner no quería pensar qué implicaría el resto. Quería que lo tragase la tierra, pero Bree no parecía en absoluto afectada por la conversación entre ellos. Solo seguía pasando las páginas de su novela de misterio, completamente inmersa en cada palabra.

Después de alrededor de una hora de vuelo, Conner se puso de pie para ir al baño. Cuando salió del tocador del tamaño de una caja de zapatos, lo abordaron Mindy, Cindy, Lindy y Wendy. Se pararon justo frente a él y le bloquearon el paso de regreso a su lugar.

—¿Puedo ayudarlas? —preguntó Conner.

—Necesitamos hablar contigo —dijo Mindy. Todas lo fulminaban con la misma mirada seria. Parecían una jauría de gatos hambrientos.

—¿Aquí? —preguntó Conner—. ¿En el baño de un avión en movimiento?

Las chicas asintieron.

—Supusimos que era el mejor lugar para hablar en privado —dijo Cindy —. Y para que no pudieras escapar.

Conner buscó ayuda con la mirada, pero la azafata más cercana estaba sirviendo bebidas en el extremo opuesto de la cabina.

—¿Han estado planeando esta emboscada? —les preguntó Conner.

Wendy asintió.

—Desde fines del pasado año escolar —respondió Lindy.

—Está bien… —dijo Conner—. ¿Qué sucede?

Todas intercambiaron miradas, entusiasmadas de interrogarlo por fin.

—¿Cómo está Alex, Conner? —preguntó Lindy, y se cruzó de brazos. La ceja izquierda de la chica estaba tan alta que por poco tocaba el techo.

—Está bien —respondió Conner—. Asiste a la escuela y vive con mi abuela en Vermont. ¿Por qué lo preguntas?

Mindy alzó las manos en el aire.

—¡Vermont! ¡Vermont, dice! —exclamó como si Conner hubiera dicho que su hermana estaba viviendo en Marte—. ¿Tienes alguna prueba de esto? ¿Una fotografía o una postal con la letra de Alex, quizás?

—¿Crees que estoy mintiendo? —preguntó Conner. Estaba empezando a temer que ellas tramaran algo. ¿Cuánto sabían al respecto?

Cindy se acercó más a él y lo miró directo a los ojos.

—Prácticamente vivimos en la biblioteca, y el último año vimos algunas cosas, cosas cuestionables —dijo ella.

—¿Como cuáles? —preguntó Conner.

—Bueno, para empezar, Alex solía venir a la biblioteca todos los días a la hora del almuerzo —respondió Mindy—. Y cada día, se ubicaba en el fondo y tomaba un libro de la estantería.

—¡Lo abrazaba y susurraba palabritas dulces en su lomo! —continuó Lindy.

—¿Por qué haría eso, Conner? Tu hermana era la chica más inteligente de toda la escuela. No era para nada propio de ella hablar con objetos inanimados, ¿no crees? —dijo Cindy.

Wendy entrecerró los ojos y asintió.

—Entonces, ¿me están emboscando en un avión porque mi hermana abrazó un libro? —preguntó Conner, tratando de hacerlas sonar locas.

—¡Creemos que estaba hablando con alguien! —replicó Mindy—. ¡Solía decir cosas como «Por favor, sácame de aquí» y «Quiero regresar»!

—Y después, nos enteramos de la nada que Alex desapareció —continuó Lindy.

—Se marchó a Vermont, o eso dices —prosiguió Cindy y volteó la cabeza.

Conner intentó hacer que su rostro fuera lo más inexpresivo posible. No quería darles ninguna señal de que sus sospechas eran remotamente válidas.

—Están locas —dijo él—. ¿Qué están insinuando? ¿Creen que Alex se escapó?

Mindy apretó ambos puños por la frustración.

—No sé si se escapó, si está trabajando para el gobierno, si la abdujeron unos alienígenas o lo que fuera —dijo con intensidad—. Lo único que sé es que algo anda mal y ¡sé que tú sabes la verdad! ¡Y aunque no nos digas qué está sucediendo, lo descubriremos!

—Porque eso es lo que hacen las Abrazalibros —dijo Lindy—. Leemos entre las mentiras y llegamos al fondo del asunto.

Wendy asintió de nuevo y golpeó su palma de un modo amenazante.

—¿Las Abrazalibros? —preguntó Conner.

—Así es cómo rebautizamos al Club de Lectura —dijo Cindy—. En honor a Alex… donde sea que esté.

Sin importar lo cerca que estuvieran de descubrir la verdad, ellas todavía eran las personas más odiosas con las que Conner había tenido que lidiar, y eso evitaba que él revelara los secretos de su familia.

—Creo que ustedes leen demasiado —respondió él. Se abrió camino entre ellas y regresó a su asiento. Podía sentir las miradas gélidas de las chicas sobre su espalda mientras caminaba.

Cuando Conner tomó siento, notó que Bree no estaba mirando su libro con tanta atención como antes y que se había quitado un auricular de la oreja. ¿Había estado escuchando la emboscada de las Abrazalibros?

—Entonces, ¿tu hermana ahora vive en Vermont? —preguntó ella con curiosidad.

—Sí, con mi abuela —respondió Conner. Las preguntas de Bree eran mucho más difíciles de evadir. Sentía que quería contarle la verdad acerca de su hermana, y cualquier otra cosa que ella quisiera saber.

—Vermont está bastante lejos —comentó la muchacha.

—Así es —dijo Conner—. Pero hablamos mucho por teléfono.

—Entonces, asumo que allí es donde volaste en globo, ¿cierto? —le preguntó, comenzando con su propio interrogatorio.

—Em… sí. ¿Por qué? —preguntó él.

—Solo por curiosidad —dijo Bree, inexpresiva—. Entonces, si nunca antes has volado, ¿cómo llegaste hasta Vermont?

Conner sabía que ella podía ver la vacilación en su rostro.

—¿En tren? —soltó Conner.

Una sonrisa de falsa modestia apareció en el rostro de Bree.

—Interesante —dijo ella—. Ya veo por qué ellas tendrían sospechas.

Bree ya no lo miraba como a un chico que pensó que gustaba de ella, sino que lo observaba del mismo modo en que miraba sus novelas: él era el misterio en el que estaba interesada ahora.

La muchacha puso otra vez el auricular en su oreja y regresó a su libro; ocasionalmente lo miraba de reojo durante el transcurso del vuelo. Conner se puso lo más cómodo posible en su asiento diminuto. Su primer vuelo también sería sin duda alguna el más largo de su vida.



Capítulo cuatro

Una boda en el bosque

Alex pasó la tarde siguiente en el gran balcón del Palacio de las Hadas. Se apoyó sobre la barandilla y observó el hermoso paisaje que la rodeaba. A donde fuera que mirara, veía hadas de todas las formas y tamaños preparando el palacio y los jardines para el Baile Inaugural. Cada flor resplandecía un poco más, el agua de cada estanque fluía un poco más clara, y el trinar de cada ave era un poco más alegre. El reino entero temblaba de emoción a causa del baile… excepto Alex.

Un año atrás, lo único que ella quería más que cualquier otra cosa era vivir con su abuela en la Tierra de las Historias. La mera idea de aprender magia y convertirse en un hada le había parecido una exageración, pero allí estaba, a días de que la presentaran en sociedad como nuevo miembro del Consejo de las Hadas. Era más de lo que hubiera podido desear, más de lo que hubiera creído posible, y quizás más de lo que podía manejar.

Después de derrotar a Ezmia, la malvada Hechicera, Alex había demostrado que era capaz de liderar el mundo de los cuentos, pero tal vez todavía no se lo había demostrado a sí misma.

Una inmensa sombra eclipsó el balcón, y cuando Alex alzó la vista, vio a Mamá Gansa y a Lester descendiendo del cielo.

—¡Hola, niña! ¡Tengo que decirte algo! —exclamó la mujer desde las alturas. Lester aterrizó en el balcón y Mamá Gansa desmontó y se reunió con Alex en la barandilla.

—¿Qué sucede? —preguntó ella. Observó un saco dudoso lleno de monedas de oro que Mamá Gansa sostenía a su lado.

La recién llegada miró a su alrededor con cautela para asegurarse de que no había nadie cerca para escucharla.

—Ahora, no le digas a nadie que te enteraste por mí, pero acabo de encontrarme con unos amigos tuyos en el Bosque de los Enanos —le dijo a Alex.

—¿Qué estabas haciendo en el Bosque de los Enanos?

—Estaba jugando mi partida semanal de naipes con algunos de mis amigos apostadores, pero eso no viene al caso —Mamá Gansa sujetó el saco de monedas de oro un poco más fuerte—. Me topé con Jack y Ricitos de Oro. Tenían una noticia muy emocionante para compartir conmigo y querían que te la comunicara.

—¿De qué se trata? —preguntó Alex con entusiasmo. La última vez que había visto a Jack y a Ricitos de Oro había sido la noche en la que Bob le propuso matrimonio a Charlotte en el Palacio Encantador. Siempre se había preguntado qué clase de travesuras habían estado haciendo desde entonces.

—¡Parece que contraerán matrimonio! —dijo Mamá Gansa.

Alex aplaudió con alegría.

—¡Es una noticia maravillosa!

—Supongo que Jack se lo propuso mientras estaban luchando con un grupo de soldados del Reino del Rincón; dijo que sabía que eso haría que Ricitos de Oro se derritiera por él —prosiguió Mamá Gansa.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó Alex.

—¡Esta tarde! ¡Justo antes del anochecer, en el Bosque de los Enanos! Háblame de avisar sin anticipación —respondió Mamá Gansa—. Decidieron que lo mejor sería hacerlo con la menor anticipación posible. Sabes cuán precavidos son los fugitivos con respecto a su paradero. Me pidieron que oficie la ceremonia y que te invite.

—Vaya, eso sí que es poca antelación, pero ¡no me lo perdería por nada del mundo! —de pronto, Alex se alegró de que su abuela la obligara a tomarse la semana libre—. Pero, ¿en qué parte del Bosque de los Enanos es la boda?

—Me pidieron que me reuniera con ellos en el prado que está al sur de las minas de los enanos —dijo Mamá Gansa encogiéndose de hombros y poniendo los ojos en blanco—. No sé por qué quieren que la boda sea allí; ¿quizás todos los pantanos estaban reservados? Como sea, la lista de invitados es muy exclusiva; solo unos pocos saben siquiera del evento, así que guarda el secreto, en especial en este lugar. Ya sabes lo prejuiciosas que son las hadas cuando cualquiera de nosotros trata de divertirse un poco cada tanto.

—¡Qué emocionante! —dijo Alex—. No puedo esperar. Creo que una boda es justo lo que necesito para distraerme de todo este asunto del Baile Inaugural.

—Ni me lo digas —respondió Mamá Gansa—. Espero que todavía sirva para esto. La última vez que oficié una boda, el Gato con Botas bebió todo mi espumante y comenzó a tocar el violín, una vaca convenció a todos de que podía saltar sobre la luna y un plato encantado se escapó con una cuchara. Sabes que es una buena fiesta cuando incluso la porcelana se «divierte», pero te contaré más al respecto en otra ocasión.

Mamá Gansa montó a Lester de un salto, sujetó las riendas y ambos se alejaron volando por el cielo. Alex estaba agradecida de tener algo en qué pensar que no fuera el Baile Inaugural. Salió del Palacio de las Hadas una o dos horas antes del atardecer para encontrarse con Cornelius y tener tiempo suficiente para llegar a las minas de los enanos. Sin embargo, cuando llegó al prado que estaba justo fuera de los jardines para reunirse con él, una distracción aun mayor la esperaba.

—Hola —dijo una voz suave que Alex no esperaba oír. Se detuvo en seco. En el extremo opuesto del prado, cerca del límite del arroyo, vio a Cornelius recostado de espaldas y al hijo del granjero Robins acariciándole el estómago como si fuera un gatito.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —preguntó Alex y colocó una mano sobre su varita. No estaba segura de cuáles eran sus intenciones.

—Espero que no te moleste la intromisión —dijo el hijo del granjero mientras se acercaba más hacia ella.

La verdad era que a Alex no le importaba en absoluto, pero no permitiría que él lo supiera.

—¿Cómo me encontraste?

—No lo hice; encontré tu unicornio —explicó él—. No fue difícil distinguirlo. Supuse que si lo encontraba a él, en algún momento te vería de nuevo.

Alex tuvo que evaluar dos veces la situación.

Primero, como un hada, supuso que era probable que el chico a quien había ayudado recientemente estuviera buscando su asistencia de nuevo. Segundo, como una chica de catorce años, el hecho de oír que un chico apuesto quería verla la hizo sonrojar.

—Pues, aquí estoy. ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Alex manteniendo la compostura.

—No necesito ayuda con nada —respondió el hijo del granjero—. Solo quería agradecerte por lo que hiciste en nuestra granja. Mi padre odia a las hadas, en especial cuando nos ayudan, pero sé que en lo profundo de su ser él también está agradecido.

Alex asintió.

—De nada; espera, ¿cómo te llamas? —preguntó ella.

—Soy Rook —respondió él—. Rook Robins.

—Es un placer conocerte, Rook —dijo Alex—. Y nunca tienes que agradecerme. Ayudar a los demás es lo que hacemos mejor. Ahora, si me disculpas por favor, Cornelius y yo necesitamos irnos…

—Espera —Rook se interpuso entre ella y el unicornio—. Antes de que te marches, quiero preguntarte algo.

—¿De qué se trata? —preguntó Alex.

Rook miró el suelo y pateó una piedra cercana a su pie.

—La verdad es que eres diferente a cualquier otra hada que haya conocido. No eres puro brillo y burbujas, y no tienes miedo de ensuciarte las manos. Realmente me gustas y he estado pensando en ti muchísimo desde que te vi en la granja.

Alex sentía que su corazón comenzaba a latir un poco más rápido, pero lo ignoró porque no quería hacerse ilusiones. ¿A dónde iba él con esto?

—Puedes negarte y lo entendería, pero me preguntaba si quisieras ir a dar un paseo o algo conmigo alguna vez —dijo Rook. Estaba asustado de hacer la pregunta y aterrorizado de escuchar la respuesta de la chica.

Alex se detuvo por completo: dejó de respirar, dejó de pensar, y estaba bastante segura de que su corazón había dejado de latir. Se olvidó de todo lo que ocupaba su mente: el Baile Inaugural de las Hadas, la boda de Jack y Ricitos de Oro, su nombre, quién era, dónde estaba y todo lo demás que importaba. En lo único que podía pensar era en ese chico atractivo frente a ella, en su cabello corto y abundante, sus ojos castaños y en que él quería ir a dar un paseo con ella.

Con cada segundo que Alex pasaba en silencio, el ceño de Rook se fruncía un poco más.

—Está bien, lo comprendo —dijo Rook—. Eres un hada y yo solo soy el hijo de un granjero. Nunca debería siquiera haberte preguntado.

Volteó y se dispuso a abandonar el prado mientras murmuraba lo estúpido que era.

—¡No, espera! —Alex a duras penas logró recobrar el control de sus sentidos antes de que fuera demasiado tarde—. Me encantaría ir contigo a dar

un paseo algún día.

Rook volteó todo su cuerpo hacia ella.

—¿De verdad? —dijo con una sonrisa bobalicona—. Vaya, eso es… es… ¡espléndido!

Los dos permanecieron de pie en silencio por un momento, con una sonrisa atontada grabada en el rostro.

—¿Cuándo estarás libre? —preguntó Rook.

—¿Mañana por la tarde te parece bien? ¿En el mismo lugar a la misma hora?

—Eso sería maravilloso —respondió Rook—. Nos encontraremos mañana en este prado.

—Lo esperaré con ansias —dijo Alex.

—Disfruta el resto del día; espera, ¿cómo es tu nombre?

—Soy Alex —respondió ella—. Alex Bailey.

Rook estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Entonces, te veré mañana, Alex —abandonó el bosque al trote, con cierto brío confiado en su paso.

Por fin Alex comprendía a qué se referían todos cuando decían sentir mariposas en el estómago. Sentía que un cosquilleo tembloroso le recorría el cuerpo entero, como si miles de mariposas estuvieran migrando en su interior. Una sonrisa enorme apareció en su rostro.

Cornelius se puso de pie y se acercó a Alex. Sopló la cara de la chica y mostró los dientes en una sonrisa coqueta.

—Ah, basta, Cornelius. Solo somos dos personas que han decidido ir a dar un paseo juntas, eso es todo. Nada más eso.

Cornelius relinchó; Alex no estaba engañando a nadie, en especial a sí misma. Esto era algo mucho más importante de lo que ella quería admitir.

—¡Oh, cielos, la boda! ¡Será mejor que nos marchemos, o llegaremos tarde! —dijo ella—. Es una locura cuán rápido pasa el tiempo cuando estás…

Cornelius agitó las pestañas y suspiró, burlándose de ella sin parar.

—No, cuando estás llegando tarde —replicó Alex.

Montó a Cornelius y los dos se dirigieron hacia el oeste, en dirección al Bosque de los Enanos, mientras el sol comenzaba a ponerse. Atravesar la tierra galopando al paso mejorado con la magia de Cornelius hizo que el viaje pasara bastante rápido, y los pensamientos que rondaban en la cabeza de Alex hicieron que pareciera mucho más corto.

Después de todos los problemas que habían enfrentado ella y su hermano durante sus jóvenes vidas, hasta ese momento Alex nunca había tenido ningún

espacio mental para pensar en chicos. Siempre había asumido que algún día quizás conocería a alguien y se enamoraría, pero a medida que crecía, nunca se había dado cuenta de que ese día podría estar acercándose más. Y ahora no podía evitar preguntarse si ese momento ya había llegado.

¿Había llegado el comienzo de la historia de amor clásica de Alex o solo estaba ingresando a una etapa de la adultez? ¿Estaba por empezar a experimentar el romance por primera vez en la vida o solo era un caso leve de enamoramiento adolescente? ¿Acaso quería estar involucrada con alguien a tan corta edad o debería enfocar toda su energía en su entrenamiento de hada?

No podía creer lo rápido que un chico le había traído adrenalina y misterio a su vida.

¿Era demasiado pronto para decir que estaba disfrutando de ese entusiasmo recién descubierto? ¿Llevaría eso a más experiencias emocionantes? ¿Sería Rook Robins el amor de su vida o habría más chicos en su futuro? Y si hubiera otros, ¿significaría eso que Rook le rompería el corazón?

Alex sabía que, ella más que nadie, necesitaba protegerse a sí misma. Había estado esforzándose demasiado como para permitir que un chico tonto viniera y arruinara todo lo que había conseguido. No podía permitirle que la lastimara, que la distrajera de sus objetivos, y —sobre todo— si las cosas salían mal, no podía permitirle que la convirtiera en algo o alguien que no era: no podía dejar que nada la convirtiera en Ezmia.

Dado que él había hecho que la cabeza de Alex diera vueltas en cientos de direcciones solo con preguntarle si quería dar un paseo, se dio cuenta de cuánto podría afectarla tener una mala experiencia.

Cuanto más puro el corazón, más fácil resultaba herirlo; y el corazón de Alex era el más puro de todos.

—Alex, mantén la compostura —susurró—. Que seas una chica de catorce años no significa que necesites pensar como una. Él solo quiere dar un paseo, no contraer matrimonio.

Por suerte, antes de que ella pudiera sobreanalizar la situación hasta más no poder, Alex y Cornelius llegaron al Bosque de los Enanos. No importaba cuánto había crecido y cuán poderosa se había vuelto: el espeso y peligroso Bosque de los Enanos siempre le daba escalofríos a Alex. Esos bosques eran el hogar de algunos de sus peores recuerdos y de algunas de las peores criaturas que habitaban la Tierra de las Historias.

Guio a Cornelius por uno de los únicos senderos empedrados en el territorio y siguió un cartel que señalaba en dirección a las minas de los

enanos. Justo antes de llegar allí, un prado amplio apareció ante ellos. Habían decorado el prado como una capilla a cielo abierto. Había dos docenas de troncos ubicados como asientos mirando hacia el frente, donde una gran roca funcionaba como púlpito.

Talladas en el púlpito, estaban las iniciales J & R dentro de un corazón.

—Ve a buscar algo de césped para comer, Cornelius —dijo Alex mientras desmontaba al unicornio—. Iré a buscarte en cuanto la boda termine. Pero no te alejes demasiado: estos bosques no son exactamente amigables para los unicornios.

Cornelius trotó hacia el otro extremo del prado mientras Alex buscaba un asiento que ocupar. Era uno de los primeros invitados en llegar.

Un hombre con un bigote espeso y ondulado y una pesada capa negra estaba sentado al frente, cerca del púlpito. Una bruja a la que le faltaba el brazo izquierdo y la mayoría de los dientes estaba sentada al fondo de todo con un trol pequeño con grandes cuernos y piel gris.

Sentada en el centro de la capilla improvisada, estaba una joven que Alex podría haber distinguido en cualquier multitud. Estaba sola, y llevaba puesto un enorme vestido abultado color rojo que cubría la mayor parte de su cuerpo. Un sombrero carmesí diminuto con una pluma a juego estaba posado sobre su peinado rubio muy elegante y lucía un par de gafas redondas con vidrios rojos, en un intento de ocultar su identidad. Fulminaba con la mirada a las personas y las criaturas que la rodeaban, ansiosa por estar en entre ellos.

—¡Roja, qué alegría verte! —exclamó Alex y tomó asiento junto a la reina encubierta—. No esperaba verte aquí…

—¡Shhh! —replicó Roja, y presionó su dedo contra los labios—. Baja la voz. No quiero que nadie sepa quién soy.

Alex la miró como si estuviera bromeando.

—¿Estás intentando ocultarte con ese vestido?

—Pues, discúlpame, pero no sabía cuál era el atuendo adecuado para una boda de fugitivos en el bosque —dijo Roja, y ocultó más su rostro debajo de su abrigo—. No estaría aquí si no fuera porque Charlie me convenció de venir. ¡Mira los personajes que nos rodean! ¿Dónde conocieron Jack y Ricitos de Oro a estas personas? ¿En la pesadilla de un niño?

—¿Dónde está Rani? —preguntó Alex. No podía ver a su viejo amigo hechizado en ninguna parte.

—Está en el bosque con Jack, esperando a que comience la ceremonia —respondió Roja—. Es el padrino de bodas de Jack.

—¡Oh, qué adorable! —exclamó Alex—. ¿Quién es la dama de honor de Ricitos de Oro?

Roja soltó un resoplido irritado, sin importarle que los demás invitados la oyeran. Era evidente que ese era un tema delicado.

—Su yegua.

Alex tuvo que morderse el labio para evitar reír.

—Supongo que tiene sentido —dijo Alex—. Ella y Avena han vivido muchas cosas juntas. Ustedes dos, en cambio, siempre han tenido una, cómo decirlo, relación inestable.

—Sí, siempre fue una relación recíproca, de dar y recibir: yo doy y ella me quita todo —replicó Roja—. Pero hicimos las paces cuando me devolvió el collar de diamantes que me robó. Ella pensó que era solo una broma, yo creí que era una acción que merecía la pena de muerte, bla, bla, bla, bla… pero nos reconciliamos y aquí estoy.

—Qué buena noticia —dijo Alex.

—¿Cómo estás tú, cariño? ¿Cómo están tu abuela y los demás en el Reino de las Hadas? —preguntó Roja—. Radiante como siempre, imagino.

Alex soltó un largo suspiro.

—Todos están preparándose para el gran Baile Inaugural de las Hadas que se avecina. Me convertiré en miembro oficial del Consejo de las Hadas y de la Asamblea del Felices por Siempre cuando termine el baile —dijo Alex. Vaciló en mencionar el otro gran tema que ocupaba su mente, pero supuso que no había demasiadas personas en su vida con las que pudiera hablar al respecto—. Y también… conocí a un chico.

Roja la miró dos veces y se quitó las gafas. Sus enormes ojos azules se agrandaron aún más y una sonrisa torcida se expandió por su rostro.

—¡Un chico! —exclamó en voz alta; era evidente que el tema le resultaba tan emocionante que no podía molestarse en seguir preocupada por ocultar su identidad—. ¡Cuéntame todo! ¿Dónde lo conociste? ¿Cuántos años tiene? ¿Es alto? ¿De qué clase es? ¿De qué raza? ¿De qué especie?

A Alex le resultó difícil recordar todas las preguntas.

—Es el hijo de un granjero del Reino del Este. Es más grande y más alto que yo. Y hasta donde sé, es humano.

—Por ahora —dijo Roja—. Créeme, involucrarte con alguien que ha estado maldito para vivir como una criatura grotesca puede dificultar la relación. Pero ¡él suena muy prometedor! Me encanta un buen hombre de clase media. ¿Cómo se llama?

—Rook Robins —respondió Alex, y no pudo evitar sonreír al mencionar su nombre.

—Noto que te gusta mucho este chico —dijo Roja alzando una ceja.

Alex suspiró de nuevo mientras sentía que las mariposas reaparecían en su interior.

—No estoy segura de estar siquiera preparada para todo esto —confesó—. Tengo tantas cosas en la cabeza estos días que no sé si es un buen momento para añadir un chico a la mezcla. Me preocupa constantemente que pueda convertirse en algo muy especial o en algo horrible; y para ser honesta, no estoy segura de qué opción sería la peor.

—Oh, Alex, necesitas relajarte y disfrutar el momento —le aconsejó Roja —. Solo tienes una vez un primer amor. ¿Qué es lo peor que puede suceder?

—Que me rompa el corazón y que desquite mi agresión esclavizando al mundo como lo hizo la Hechicera —respondió Alex como si fuera un hecho.

—Eso es un poco extremista —replicó Roja—. Pero no te pareces en nada a ella, así que no tienes de qué preocuparte.

—¿Quién dice que no? Es la primera vez que me ha sucedido algo como esto. Si no tengo la preparación suficiente, ¡podría quedar herida de por vida!

Roja colocó una mano sobre el hombro de Alex y sonrió con calidez.

—El primer corte siempre es el más profundo, pero no todos los cortes dejan una cicatriz —dijo Roja—. Si pasas toda la vida preocupándote por que no te lastimen, entonces no estás viviendo en realidad. No quieres protegerte tanto de las cosas malas, porque hará que lo bueno tampoco llegue a ti. Salir con un chico apuesto a quien le gustas no te lastimará.

—Gracias, Roja, eso fue revelador —dijo Alex, un poco sorprendida de que tuviera tantos conocimientos sobre el tema.

—Bueno, si hay algo de lo que sé mucho es de primeros amores —admitió Roja—. Aunque cuando tenía catorce años arruiné dos vidas por tratar de estar con el chico que me gustaba, así que no sé cuán bueno es el consejo que te doy. Hay una línea delgada entre el amor y la locura, y yo la crucé muchas veces. Pero reflexionando al respecto, si no hubiera experimentado todas esas cosas horribles, nunca habría conocido a Charlie, así que en retrospectiva todo valió la pena.

Intercambiaron una sonrisa. Roja era quizás lo más cercano que tendría Alex a una hermana mayor. Ella había pasado años de su vida persiguiendo a un chico que nunca podría tener, y sin embargo allí estaba ese día, apoyándolo felizmente en su boda con otra mujer. Roja había recorrido un

largo camino, y si ella podía superar un corazón roto, Alex supuso que también sería capaz de hacerlo.

—Entonces, ¿cuándo lo verás de nuevo? —preguntó Roja.

—Mañana por la tarde —respondió Alex—. Iremos a dar un paseo.

—¡Oh, qué adorable! Siempre me he preguntado qué hacen los pobres en la primera cita —dijo Roja—. Insisto en que vengas a mi castillo mañana antes de reunirte con él. Podemos hablar de chicos y puedo ayudarte a elegir un atuendo.

—¿Estás segura de que no te molestaría? —dijo Alex—. ¿No estás ocupada siendo la reina de tu propio reino y esas cosas?

—Ah no, me encantaría. Solo tengo una reunión sin importancia en la Casa del Progreso, pero puedes venir conmigo y podemos conversar durante las partes aburridas.

—¿Qué es la Casa del Progreso? —preguntó Alex. Seguramente, había escuchado mal.

—¿No te conté? —respondió Roja—. Es como ese lugar de tu mundo del que me contaste; ¿el que tiene todos esos representantes?

—¿El Congreso? —preguntó Alex.

—¡Sí, ese lugar! —dijo Roja con alegría—. ¡Decidí reproducirlo! Hay representantes de cada vecindario del Reino de la Capa Roja que me ayudan a tomar todas las decisiones. De ese modo, cada decisión es integral y no pueden culparme a mí sola por nada que salga mal. Pero Congreso sonaba demasiado deprimente y sombrío; quería que mi casa de representantes sonara prometedora e inspiradora. Me pareció que Casa del Progreso de la Reina Roja sonaba mucho mejor.

—Hablando de sonidos, creo que la boda está por comenzar —dijo Alex.

Hubo movimiento entre los árboles que los rodeaban. Podían oír a muchas personas acercándose al prado desde distintas partes del bosque.

Como un reloj, cuando el sol comenzó a ponerse en el horizonte, el resto de los invitados emergió de los árboles que rodeaban la capilla improvisada. Cada invitado era más oscuro que el anterior. Había un ogro cubierto en verrugas amarillas que tomó asiento al frente. Lo siguió una mujer de brillantes ojos rojos que conocía a la bruja del fondo y se ubicó junto a ella. Un enano robusto guio a uno ciego que tenía dos parches en los ojos hasta un asiento que estaba cerca de Alex y Roja. Una pareja de goblins que tenía la piel cubierta de escamas verdes se ubicó frente a ellas.

Una mujer cubierta en un atuendo bermellón se sentó cerca de Alex y Roja. La única parte de su cuerpo que estaba expuesta eran sus hermosos ojos

verdes. Parecía bastante amigable, pero al igual que Roja, Alex no quería exponerse demasiado en ese ambiente.

Roja miró al cielo y respiró hondo varias veces, tratando de resistirse a la ansiedad que los recién llegados le habían causado. Un fuerte golpe sobresaltó a Alex cuando Mamá Gansa bajó en picada desde el cielo montada sobre Lester. Aterrizaron al frente del prado y Mamá Gansa se ubicó detrás del púlpito. Bebió un gran sorbo de la petaca que había escondido en su sombrero y carraspeó antes de comenzar la ceremonia.

—Hola, damas, caballeros y lo que sea el resto de los presentes —dijo Mamá Gansa—. Comprendemos que muchos de ustedes estén ajustados de tiempo dado que están huyendo de la ley, o que han intentado comerse o matarse entre ustedes en el pasado, así que haremos que esta boda sea lo más corta posible para evitar cualquier incomodidad. ¡Qué comience la ceremonia!

La multitud vitoreó, una combinación interesante de ululatos, gritos y gruñidos. Jack y Charlie, el hombre al que los mellizos siempre conocerían como Rani, apareció de entre los árboles detrás del púlpito. Ambos llevaban puestas camisas elegantes y se veían más apuestos y encantadores que nunca. Jack parecía igual de ansioso que Roja por estar allí, pero de buena manera.

Una secuencia de golpes secos suaves provino del fondo del prado y, al voltear, Alex vio un potrillo blanco y café caminando por el pasillo de la capilla improvisada. Sostenía una canasta con pétalos de rosa en la boca y respiraba fuerte, lo que hacía que los pétalos salieran volando de la canasta y se desparramaran por el suelo con cada exhalación.

—¡Qué adorable! ¿Quién es? —le preguntó Alex a Roja en un susurro.

—Es el potrillo de Avena —respondió Roja por lo bajo—. Lo llaman Avenita.

No mucho después de que Avenita llegara al frente del prado, su madre color crema trotó por el pasillo detrás de él con un ramo de margaritas en la boca. Una vez que se reunió con su potrillo y con los otros junto al púlpito, masticó las flores que sostenía y se las tragó.

—Por favor, si todavía tienen piernas, pónganse de pie para recibir a la novia —indicó Mamá Gansa.

Los invitados obedecieron y voltearon hacia la parte posterior del prado. Roja permaneció sentada hasta que Alex la obligó a pararse.

Una bandada de gorriones posada en las ramas altas de los árboles comenzó a cantar una hermosa balada cuando Ricitos de Oro apareció. Estaba deslumbrante. Llevaba puesto un vestido de encaje blanco sencillo pero

elegante, con un largo velo. Estaba descalza y sus rizos dorados flotaban hasta llegarle a la cintura. Habían enredado flores silvestres a la empuñadura de su espada y la llevaba hacia el altar como si fuera un ramo. Era hermosa, pero letal, igual que Ricitos de Oro.

A pesar de todos los invitados espantosos, nadie podía negar que la ceremonia había resultado hermosa. Ricitos de Oro llegó al púlpito y ella y Jack miraron a Mamá Gansa con lágrimas de felicidad en los ojos.

—Bueno, ya pueden sentarse —le ordenó Mamá Gansa a la multitud. Después de que obedecieran, continuó con la ceremonia—. Hace ocho décadas y siete años… ¡ups, discurso equivocado! Lo siento. Queridos presentes, estamos reunidos en Dios sabe dónde hoy para celebrar la unión de estos dos fugitivos buscados.

Mamá Gansa se dirigió a Jack.

—Jack, ¿aceptas a Ricitos de Oro, una mujer acusada de incontables robos, allanamientos y de huir de la ley…?

—¡Y no olvides de intento de asesinato! —gritó Roja.

—No lo olvidaría —dijo Mamá Gansa—. ¿Y de intento de asesinato, para ser tu esposa fuera de la ley, en la salud y en la enfermedad, en libertad y encarcelamiento, hasta que la muerte los separe?

No había dudas en la mente de Jack.

—Acepto —respondió él con la sonrisa más grande con la que lo habían visto jamás.

Mamá Gansa se dirigió a Ricitos de Oro.

—Ricitos de oro, ¿aceptas a este hombre, un héroe nacional cuya reputación has arruinado sin ayuda de nadie, para ser tu esposo fuera de la ley, en la salud y en la enfermedad, en la libertad y el encarcelamiento, hasta que la muerte los separe?

Ricitos de Oro nunca se había visto tan feliz en la vida.

—Acepto —dijo.

—Bueno, en ese caso, ¡terminemos con esto! —exclamó Mamá Gansa—. Con el poder que me confiere a medias la Asamblea del Felices por Siempre, ¡los declaro ahora marido y mujer! Puedes besar a la…

Antes de que pudiera terminar la oración, Jack y Ricitos de Oro unieron sus labios y la multitud de invitados vitoreó con fervor. Una vez que terminaron de besarse, montaron a Avena, galoparon por el pasillo de la capilla improvisada y se marcharon hacia el atardecer con Avenita siguiéndolos de cerca.

Mamá Gansa chasqueó los dedos y un cartel apareció por arte de magia sobre el lomo de Avena. Decía:

Recién casados

Observar la boda hizo que, de cierto modo, los miedos y las dudas de Alex con respecto a ir a dar un paseo con Rook desaparecieran. Quería algún día ser igual de feliz que Jack y Ricitos de Oro, y no le importaba cuántos obstáculos emocionales debía superar para llegar a serlo.

—De acuerdo, ahora, todos salgan de aquí antes de que me vean con ustedes —dijo Mamá Gansa—. Y al ogro del fondo: ¡todavía me debes diecisiete monedas de oro de nuestra partida de naipes de la semana pasada! ¡No lo he olvidado!

Todos los invitados desaparecieron en el bosque con la misma rapidez con la que habían llegado. Rani se acercó a Alex y a Roja en el centro del prado y le dio a la chica un gran abrazo.

—¡Hola, Alex! ¡Siempre es maravilloso verte! —dijo él—. Fue una boda adorable, ¿no lo crees?

—Fue hermosa —respondió Alex—. ¿No te pareció hermosa, Roja?

La reina no respondió. Estaba de brazos cruzados y miraba con el ceño fruncido hacia la dirección en la que Jack y Ricitos de Oro se habían marchado.

—Querida, ¿qué sucede? —preguntó Rani—. ¿No disfrutaste la ceremonia?

—Sí —dijo Roja, de manera poco convincente—. En especial el vestido… ¡porque era mío! ¡Ella me lo robó!



Capítulo cinco

Una revelación en la tumba

Después de haber estado en el avión durante lo que se sintió como una semana, Conner y los demás por fin llegaron al aeropuerto Heathrow de Londres, donde tomaron el vuelo de conexión a Berlín. Ver a tantas personas de culturas y nacionalidades diferentes viajando alrededor de ellos hizo que Conner se sintiera un chico muy cosmopolita. Estaba seguro de que regresaría a su hogar mucho más majestuoso que cuando se marchó; majestuoso pero exhausto, claro. Cuando su segundo vuelo tocó suelo alemán, Conner apenas había dormido tres horas de las quince del viaje, y se preguntaba si su cuello alguna vez se recuperaría después de haber estado sentado en una posición incómoda durante tanto tiempo.

—Les aconsejo que intentemos dormir en cuanto lleguemos al hotel —le dijo la señora Peters a su grupo mientras los guiaba hacia la zona de retiro de equipaje—. No queremos tener demasiado *jet lag* para la lectura de mañana.

La señora Peters, Bree y las Abrazalibros tomaron su equipaje de la cinta transportadora sin problemas, pero Betsy no aparecía por ninguna parte. Sin embargo, a Conner no le preocupaba que su equipaje estuviera perdido. Al contrario, pensaba que valdría la pena vestir la misma ropa durante los próximos días para no tener que arrastrar la maleta en descomposición por Alemania. Justo cuando había aceptado alegremente la idea, Betsy se deslizó por la cinta transportadora, haciendo más ruido que cualquier otra maleta: Betsy había llegado a Alemania y quería que todos lo supieran.

El grupo siguió a la señora Peters a través de la multitud del aeropuerto de Berlín mientras se abría camino hacia la salida, o *ausgang*. Avanzaron arrastrando los pies hasta llegar al exterior, donde tal como lo había organizado la señora Peters, los esperaba una pequeña camioneta. El

conductor era un hombre mayor serio, que tenía el rostro regordete y un bigote delgado. Sostenía en alto un cartel que decía: PETERS.

—*Guten tag* —saludó la señora Peters al conductor—. Soy Evelyn Peters, un gusto conocerlo.

—HOLA —le dijo Cindy al señor en voz muy alta y lo obligó a estrecharle la mano—. SOMOS DE ESTADOS UNIDOS. ES UN HONOR ESTAR EN SU PAÍS.

Todos pusieron los ojos en blanco, excepto el conductor. Era evidente que esa no era su primera experiencia con un visitante como Cindy, la clase que les da una mala reputación a los turistas.

—Soy alemán; no sordo —respondió el señor en perfecto inglés—. Subiré sus maletas a la camioneta y partiremos hacia el hotel.

Mientras el conductor los llevaba lejos del aeropuerto, todos los ojos del grupo se abrieron de par en par a medida que obtenían las primeras vistas de un nuevo país. Ver los primeros atisbos de Alemania le recordó a Conner a la primera vez que vio la Tierra de las Historias; estaban tan lejos de casa, pero, sin embargo, un mundo propio muy familiar existía aquí. Las Abrazalibros extrajeron sus cámaras y comenzaron a tomar fotografías de todo lo que veían.

—¡Miren, un poste de teléfono! —dijo Lindy, y les mostró a los demás la imagen que había capturado de él.

—Es igual a los postes telefónicos de casa —señaló Bree.

—Pero es un poste de teléfono alemán —replicó Lindy, como si Bree estuviera perdiéndose de algo.

Cada calle que la camioneta tomaba les otorgaba algo nuevo que nunca verían en casa, y observaban todo, boquiabiertos. Una catedral inmensa con gárgolas se erguía junto a un edificio de oficinas hecho completamente de vidrio. Una instalación de arte abstracto de un perro hecho de globos estaba expuesta cerca de una estatua que honraba a un famoso cantante de ópera. Había varias tiendas diminutas que parecían casitas de jengibre frente a centros comerciales parecidos a los que había en Estados Unidos.

Berlín era distinta a cualquier otra ciudad que Conner y las chicas hubieran visitado. Era una combinación de antiguo y nuevo, con monumentos que honraban a personajes y eventos del pasado, junto a tributos que alentaban pensamientos e ideas del futuro.

—De todas las ciudades del globo, Berlín está entre aquellas que le dieron forma al mundo como lo conocemos hoy —dijo la señora Peters—. Hay

historia por todas partes: a veces noble, a veces terrible, pero muy importante de todos modos.

Conner se tomó en serio las palabras de la señora Peters. Miró por la ventana y se preguntó cuántas personas habían recorrido esas calles antes que él, y cómo habían sido sus vidas.

—En mi opinión, parece más sucia que histórica —dijo Mindy, sin mostrar entusiasmo alguno—. Miren esa pared de allá; ¡está cubierta de grafitis!

—Ese es el Muro de Berlín, Mindy —explicó Bree—. Es uno de los lugares históricos más importantes del mundo entero.

El conductor resopló en voz baja, entretenido por la situación, y el rostro de Mindy se enrojeció. De inmediato, el resto de las chicas comenzaron a tomar la mayor cantidad de fotografías posible del muro.

—Ah —dijo Mindy—. Vaya, uno creería que habría un cartel o algo que indicara qué es.

De vez en cuando, veían un cartel color café pegado en la parada de un autobús o clavado en un tablero de anuncios que presentaba el evento de los Hermanos Grimm.

En algunas paradas, observaron que el cartel incluso había sido traducido al inglés:

La Universidad de Berlín presenta:

«El festival de los Grimm»

Sea de los primeros en escuchar las tres historias
jamás contadas, escritas por los hermanos Grimm,
cuando la Universidad de Berlín abra una cápsula
del tiempo que dejó el famoso dúo narrativo.

Miércoles, a las 12 del mediodía

Cementerio St. Matthäus-Kirchhof

Contáctese con la Universidad de Berlín para
obtener más información sobre las entradas
disponibles

Ver los carteles pegados por la ciudad hizo que el grupo se entusiasmara aún más por la lectura. La señora Peters tomó un itinerario grueso de su bolso y lo revisó con sus compañeros de viaje.

—Tomemos una siesta rápida cuando lleguemos y después, quizás podemos ir a dar un paseo por la ciudad antes de la cena —dijo la maestra—. La lectura de las historias será mañana al mediodía en el cementerio, así que nos reuniremos en el vestíbulo a las diez de la mañana para tomar el desayuno incluido; o, si quieren dormir hasta tarde, nos iremos del hotel a las once en punto. Después de la lectura, podemos almorzar en el café que elijamos y he reservado un tour en bicicleta por el Parque Tiergarten. Luego, el jueves visitaremos la puerta de Brandeburgo, la Cancillería, y algunos museos. El último día pensé que podíamos recorrer algunas tiendas locales antes del vuelo de regreso a casa.

Todos asintieron entusiasmados, aunque a Conner no le fascinaba tanto como a las chicas la idea de pasar un día entero de compras.

Pronto, el grupo llegó al hotel Gewaltiger Palast. La señora Peters les explicó que el nombre significaba «inmenso palacio» en alemán. Sin embargo, la traducción no estaba a la altura de las expectativas: no había en absoluto nada demasiado grande o inmenso en el hotel. Era bastante pequeño, muy simple, y tenía un personal muy reducido. Según lo que el grupo pudo suponer por las fotografías enmarcadas en la pared, el hotel había pertenecido a la misma familia desde antes de la Segunda Guerra Mundial.

La anciana que estaba detrás del mostrador de la recepción también parecía que había estado allí desde antes de la guerra. Era alta, tenía rizos grises, y la cadena de cuentas de sus gafas era el objeto más colorido del vestíbulo. Su inglés no era tan bueno como el del conductor, pero pudo registrarlos sin problemas.

Había una molestia evidente en su mirada mientras los ayudaba a acomodarse. Conner no podía discernir si a la señora no le agradaban los estadounidenses en especial o las personas en general. La señora Peters la ayudó a distribuir las llaves de las habitaciones.

—Aunque dudo que tenga que preocuparme en absoluto por este grupo en particular, debo recordarles a todos que si bien estamos en un país diferente, todas las reglas y la política de la escuela se aplicarán estrictamente mientras dure el viaje —les advirtió la señora Peters—. Ahora, intenten dormir un poco.

Subieron al elevador. Wendy y Lindy compartían una habitación en el segundo piso. Bree compartía una con Mindy y Cindy en el tercer piso. Conner tenía su propia habitación en el cuarto piso, pero después de que él bajara, la señora Peters permaneció en el elevador.

—¿Dónde está su cuarto, señora Peters? —le preguntó Conner, mientras mantenía la puerta del ascensor abierta.

—He reservado la suite presidencial para mí —respondió—. Cuando tenga mi edad, señor Bailey, aprenderá que no vale la pena viajar a menos que pueda hacerlo con una comodidad absoluta. Que descanse.

Las puertas del elevador se cerraron y Conner encontró su habitación. No le sorprendió ver lo sombría que era. La cama era pequeña y parecía tiesa, la alfombra era color café, el olor a viejo era igual que el aspecto, y el empapelado color beige estaba saliéndose en las esquinas. Sin embargo, a Conner no le importaba demasiado; sabía que su hospedaje reflejaba el presupuesto con el que viajaba.

Lanzó a Betsy sobre una silla en una esquina y se sumergió en la cama. Era aun más dura de lo que él había creído y las sábanas parecían hechas de papel. Por más incómodo que estuviera, Conner aún esperaba dormirse de inmediato al ponerse en posición horizontal, pero incluso después de quedarse quieto diez minutos con los ojos cerrados, todavía estaba completamente despierto. O era culpa del *jet lag* o estaba demasiado cansado para dormir.

«Me pregunto si Alex estará del otro lado», se dijo Conner a sí mismo. «Le encantará ver esta habitación».

Abrió a Betsy y tomó el trozo de espejo que había quitado del de su hogar. Lo golpeteó con su dedo índice y el espejo comenzó a brillar mientras intentaba conectarlo con su hermana, que estaba en el mundo de los cuentos de hadas. Conner observó su propio reflejo, esperando que cambiara al de su hermana en cualquier segundo. Por desgracia, la imagen no cambió.

«Desearía que los espejos mágicos tuvieran contestadoras», dijo Conner y lo guardó de nuevo en su maleta.

Se acercó a la ventana y miró la pequeña porción de Berlín que podía contemplar desde allí. Una partecita de él se sentía en casa al saber que estaba en la parte del mundo donde los hermanos Grimm habían vivido. Quizás los Grimm habían conocido a su abuela y a las demás hadas en la misma calle en la que estaba su hotel. Quizás antes de que fuera un hotel, el edificio había sido una antigua taberna donde Mamá Gansa se había reunido con ellos a beber un trago alguna tarde.

La señora Peters tenía razón: había tanta historia en esa ciudad, más de la que Conner podría haber imaginado. Hubiera jurado que sentía el corazón viejo y experimentado de Berlín latiendo en lo profundo del suelo debajo de él.

Después de un rato, la mirada de Conner regresó al hotel y vio a Bree apoyada en la ventana que estaba debajo de él. La chica tenía los auriculares puestos en ambas orejas y estaba contemplando la ciudad al igual que él lo había hecho unos minutos atrás. Conner se preguntaba si ella estaba pensando lo mismo que él. Imaginó cuán entusiasmada estaría Bree si le contara la historia de Alemania que solo él sabía. Seguramente, después de hacerlo, pensaría que él era igual de *cool* que ella.

Bree alzó la mirada y vio a Conner observándola. Él se paralizó y su rostro se tornó blanco. No podía creer que había sido tan descuidado. Bree solo rio y lo saludó agitando la mano. Conner le devolvió el gesto, comportándose como si acabara de notar la presencia de la chica. Él cerró la ventana y las cortinas con rapidez antes de que pudiera parecer aún más extraño y se recostó para tomar la siesta recomendada.

Cuando despertó de la siesta, Conner tenía tanto *jet lag* que sentía que estaba bajo el agua. Fue a dar un paseo con la señora Peters y las chicas, y después comieron algo rápido en un pequeño restaurante que estaba en la calle de su hotel. Conner intentó evitar completamente mirar a Bree; estaba seguro de que sus mejillas explotarían si ella lo descubría mirándola otro segundo.

Cuando regresó a su habitación, intentó contactar otra vez a su hermana, pero ella aún no respondía. Supuso que Alex estaba ocupada con los preparativos para el baile.

La mañana siguiente, Conner despertó igual de cansado de lo que había estado cuando se acostó; le preocupaba que el *jet lag* fuera una enfermedad terminal. Miró el reloj que estaba en la mesita de noche y entró en pánico cuando se dio cuenta de que se había quedado dormido y que solo quedaban cinco minutos antes de su supuesto horario de partida. Se levantó de un salto, como si estuviera en medio de un simulacro de incendio, se vistió con rapidez y se lavó los dientes.

Ni siquiera esperó el elevador; bajó corriendo las escaleras hasta llegar al vestíbulo. Tomó a toda velocidad una tostada de la mesa del desayuno, y se reunió con la señora Peters y las chicas en la entrada del hotel a las once y cinco. El grupo estaba de pie junto a un exhibidor de folletos, mirando todas las cosas que se podían hacer en la zona.

—Lamento llegar tarde —dijo Conner—. Me quedé dormido.

Las Abrazalibros lo fulminaron con la mirada como si hubiera cometido una ofensa federal.

—No se preocupe, señor Bailey —dijo la señora Peters—. Cinco minutos tarde no es una tragedia.

—Qué bueno que no eres paramédico o conductor de trenes —dijo Mindy, y se cruzó de brazos. Ella y las Abrazalibros aprovecharían cualquier oportunidad posible para regañarlo.

—Partamos hacia el cementerio para poder disfrutar las celebraciones antes del comienzo de la lectura —dijo la señora Peters.

Salieron del hotel y se encontraron al conductor del día anterior esperándolos fuera. Todos subieron a la camioneta, entusiasmados por vivir su primera aventura alemana. El vehículo recorrió con rapidez las calles de Berlín y las chicas nuevamente tomaron fotografías de todo lo que veían. Atravesaron el parque Tiergarten, que se extendía por el centro de la ciudad como una versión alemana del Central Park, y pasaron junto a la icónica puerta de Brandeburgo. Conner reconoció de inmediato las columnas de la puerta y la estatua de la carroza que estaba en la cima. Pocos minutos después, una vez que atravesaron un laberinto serpenteante de edificios, por fin llegaron al cementerio St. Matthäus-Kirchhof.

Aunque Conner no había estado seguro de qué esperar, el cementerio era diferente a lo que había imaginado. Estaba al final de una larga calle sin salida y por poco parecía el patio de los altos edificios que lo rodeaban. Había un área de juegos abovedada a pocos metros de la entrada del cementerio de ciento cincuenta años de antigüedad; ni siquiera ese lugar escapaba de la integración de lo antiguo y lo nuevo en Berlín.

Una inmensa puerta de piedra custodiaba la entrada al cementerio. Estaba cubierta de rastros de enredaderas marchitas y tenía un crucifijo en la cima. Aunque era la estructura más vieja en esa parte de la ciudad, había mantenido su prestigio autoritario e imperial a través de los años. Había cierta cualidad en la puerta que exigía respeto.

Los carteles color café que anunciaban el festival de los Grimm estaban por todas partes sobre la puerta. La camioneta del grupo era uno de varios vehículos y autobuses que dejaban a los interesados allí para la lectura. Incluso había algunos equipos de noticias cubriendo el evento.

—¡Llegamos! —dijo la señora Peters. Guio al grupo fuera de la camioneta y juntos cruzaron la puerta de piedra.

—Este lugar es espeluznante —comentó Lindy, y Wendy asintió para darle la razón. Vacilaban sobre si adentrarse más en el lugar o no.

—Este lugar es increíble —dijo Bree, y tomó una fotografía de la puerta con su teléfono móvil; era su primera foto del viaje.

Del otro lado de la puerta, el cementerio era muy festivo. A dondequiera que miraran, veían alumnos de la Universidad de Berlín, vestidos con una camiseta color café que combinaba con los carteles, respondiendo preguntas de los asistentes. Maestros y estudiantes de todas las edades y de todos los rincones del mundo se agrupaban por el cementerio, hablando en distintos idiomas.

La mayoría de los asistentes estaban reunidos alrededor de la pequeña capilla en el centro del cementerio. Una cuerda de terciopelo rojo bloqueaba el paso en los escalones delanteros y hacía que el porche pareciera un escenario improvisado. En el centro del porche había un pilar blanco con un exhibidor de vidrio encima. Conner sabía que estaba viendo la cápsula del tiempo de los hermanos Grimm. Sonrió de oreja a oreja. Alex y su abuela hubieran estado tan felices como él de ver a tantas personas entusiastas de las obras de los hermanos Grimm.

—¡Señora Weiss! ¡Señora Weiss! —llamó la señora Peters hacia la multitud que estaba frente a ella. Una mujer a quien solo se podría describir como la versión alemana de la señora Peters volteó para mirarlos. Usaba unas gafas y un vestido prácticamente idénticos a los que la maestra de Conner tenía puestos.

—¡Señora Peters! ¡Es un gran placer verla! —dijo la señora Weiss mientras abrazaba a su vieja amiga.

—Alumnos, permítanme que les presente a una antigua colega: la señora Weiss —les dijo la señora Peters a Conner y las chicas—. Ella es la razón por la cual estamos aquí. Enseña Literatura en Frankfurt y me contactó de inmediato cuando se enteró del evento de hoy.

—Me alegra tanto que pudieran venir —dijo la señora Weiss, y miró su reloj—. La lectura debería comenzar dentro de unos veinte minutos, pero hasta entonces, por favor, paseen por el cementerio. En el jardín sur hay puestos de pintura facial y un concurso de cuentos.

—Sí, por favor, disfruten mientras la señora Weiss y yo nos ponemos al día —les indicó la señora Peters—. Solo no se alejen demasiado.

El grupo se dividió en distintas direcciones, como insectos atraídos a luces diferentes. Mindy y Cindy se apresuraron a ver si era demasiado tarde para inscribirse en el concurso de cuentos. Conner se adentró más en el cementerio, caminando sin rumbo, para descubrirlo en soledad.

El perímetro del cementerio estaba delineado por inmensos mausoleos, mientras que las tumbas y las lápidas más pequeñas estaban desparramadas por el centro de los jardines. Las fechas de nacimiento y de muerte llegaban a

incluso más de doscientos años atrás. Conner apenas podía creer hacía cuánto tiempo la mayoría de los muertos habían estado enterrados allí. Sin embargo, tenía cierta noción de lo que sería, después de hacer un vuelo internacional y estar atrapado en su propio espacio reducido por un largo período de tiempo.

Caminó entre los mausoleos mientras admiraba las columnas, las estatuas y los vitrales. Supuso que esas debían ser las tumbas de personas importantes y adineradas; estaba seguro de que encontraría las lápidas de Wilhelm y Jacob Grimm entre ellas. Pero después de recorrer dos veces el perímetro del cementerio, aún no había hallado el lugar de descanso de los hermanos.

Había un grupo de personas reunido alrededor de una hilera de tumbas más pequeñas en el centro del cementerio. La curiosidad de Conner se apoderó de él y se acercó a ver a qué se debía tanto alboroto.

Por fin, después de abrirse paso a empujones entre la multitud, vio a quién se debía todo el entusiasmo. Todos estaban apiñados alrededor de cuatro tumbas idénticas alineadas en una fila. Cada lápida era alta, oscura, gris y cuadrada. Conner tuvo que leer dos veces los nombres grabados en las últimas dos de la fila antes de creer lo que veía. Estaba mirando las muy humildes tumbas de Wilhelm y Jacob Grimm, enterrados junto a los hijos de Wilhelm, Rudolf y Herman.

—No puedo creerlo —dijo Conner en voz baja.

—¿Qué cosa no puedes creer? —preguntó una voz familiar. Conner miró a su derecha y vio a Bree de pie junto a él. Ella también acababa de abrirse paso hasta el frente entre los observadores.

—No puedo creer que sean estas —comentó él—. Uno creería que los cuentistas más importantes de la historia tendrían tumbas más llamativas. Esperaba una gran cripta con estatuas de los personajes de los cuentos de hadas y vitrales con castillos y casas de jengibre —añadió—. Pero esta tumba es bastante sosa.

—A mí me gusta —dijo Bree, y tomó una fotografía de las tumbas con su móvil—. Muy simple y refinada, así es cómo me gustaría que me recuerden, creo. Además, sospecho que a ellos ya no les importa demasiado.

—Supongo —respondió Conner. La situación lo había desanimado. Sentía que los hermanos Grimm merecían mucho más. Bree pareció encontrar encantadora la decepción de Conner.

—Creo que a ninguna persona se la recuerda del modo que hubiera querido —dijo ella—. Solo debes hacer lo mejor que puedes con lo que tienes y esperar que te den reconocimiento por ello. Pero dudo que haya alguien más

enterrado en este cementerio que pueda convocar una multitud de este tamaño.

Se oyó un cuerno en el cementerio. Todos voltearon hacia la capilla y vieron a un hombre vestido con el ceremonial traje tirolés tocando una trompeta en el porche. El mediodía había llegado y la lectura estaba a punto de comenzar. La multitud extendida por el terreno del cementerio migró hacia los escalones delanteros de la capilla, ansiosa por escuchar las historias inéditas de los hermanos Grimm. Conner y Bree se acercaron juntos y se reagruparon con la señora Peters y las Abrazalibros.

—Estoy muy entusiasmada —dijo Cindy, y aplaudió.

—Espero que uno de los cuentos sea sobre una maldición horrible como la de «La Bella Durmiente» —comentó Mindy—. ¡Siempre he disfrutado de una buena maldición!

—Espero que uno sea una secuela o una precuela de alguno de sus otros cuentos —expresó Lindy—. Sería maravilloso oír qué sucedió con nuestros personajes favoritos antes o después de las historias que conocemos.

Conner rio en voz baja; él sabía qué ocurrió, pero no lo compartiría con ellas.

—¿Algo te parece gracioso, Conner? —preguntó Mindy.

—Ah, no, es solo que yo también estoy entusiasmado —dijo él, encogiéndose de hombros.

Una mujer salió de la capilla y la multitud la recibió con un cálido aplauso. Conner supuso que debía ser una celebridad local. Era alta y regordeta y tenía un rostro redondo y rosado. Llevaba puesto un vestido naranja brillante con grandes botones que combinaban con su corto cabello rizado anaranjado a la perfección. Se ubicó detrás de un micrófono que habían instalado junto a la cápsula del tiempo y saludó con un movimiento de la mano a la multitud.

Les dio la bienvenida a los presentes primero en alemán, después en francés y luego en inglés.

—Buenas tardes todos —dijo alegremente con acento alemán— y bienvenidos al cementerio St. Matthäus-Kirchhof. Soy Sofía Amsel y la Universidad de Berlín me ha concedido el placer de leerles tres cuentos de hadas inéditos escritos por los hermanos Grimm. Nunca nadie los ha escuchado hasta hoy.

Los angloparlantes que estaban en la multitud vitorearon. Sofía extrajo el baúl de madera del exhibidor de vidrio y lo sostuvo con delicadeza entre las manos.

—Encontraron recientemente este baúl en los archivos de la Universidad de Berlín, que datan de 1811. Fue voluntad de los hermanos Grimm que las historias que contiene se abrieran y se leyeran al público doscientos años después —anunció Sofía—. Leeré cada cuento primero en alemán, después en francés y por último en inglés. Las historias serán traducidas a otros idiomas y estarán disponibles en la página web de la Universidad de Berlín. Ahora, será un honor para mí leer el primer cuento.

La multitud celebró sus palabras con alegría. Ella abrió con cuidado el baúl de madera y tomó un antiguo pergamino enrollado que estaba envuelto en una cinta blanca. El hombre vestido como tirolés le quitó el baúl a Sofía y lo sostuvo mientras ella leía la primera historia en el micrófono.

Como lo había prometido, Sofía primero leyó el cuento en alemán y luego en francés. Conner y las chicas oían que los hablantes de esos dos idiomas chillaban y reían de satisfacción mientras escuchaban la historia, y aplaudían en las partes que más les impactaban.

La ansiedad de Conner se incrementaba más y más, cuanto más cerca estaba Sofía de leer el cuento en inglés. No podía esperar a oír sobre qué o quién habían escrito los hermanos Grimm, y se preguntaba si aparecería en la historia alguien que él o su hermana conocía.

Sofía carraspeó antes de comenzar a leer en inglés.

—El primer cuento se llama «El Árbol Sinuoso» —anunció.

De inmediato, el rostro de Conner se tornó rojo. Dio un respingo tan rápido y tan fuerte que comenzó a toser. Podía sentir la mirada fulminante y sospechosa de Bree sobre el costado del rostro.

—Qué curioso —le dijo Conner cuando recuperó el aliento—. Ese es el título de mi cuento. Qué coincidencia.

—Sí, qué coincidencia… —comentó Bree. Sin embargo, las sospechas de la chica fueron breves y pronto desaparecieron. Después de todo, ¿qué más podría haber sido si no era una coincidencia? Bree miró de nuevo a Sofía mientras ella comenzaba a leer el pergamino.

Había una vez, en un bosque muy lejano, un árbol que era diferente a todos los demás árboles del bosque. Mientras que los otros árboles crecían perfectamente derechos hacia el cielo, este árbol en particular crecía en círculos, giros y vueltas. Todos los que lo veían, lo conocían como el Árbol Sinuoso, y muchos humanos y animales viajaban a lo largo y a lo ancho de los reinos para ver su esplendor.

Cuando los humanos y los animales no estaban presentes, en un lenguaje que solo las plantas del bosque podían oír, el resto de los árboles se burlaban

del pobre Árbol Sinuoso. «¡Odiamos tu corteza, tus ramas y tus hojas que se doblan y giran! ¡Un día te harán leña y arderás para siempre!». Esa situación entristecía mucho al Árbol Sinuoso, y si hablaras plantés habrías oído cómo lloraba todas las noches hasta quedarse dormido.

Años más tarde, el último día del invierno, antes del comienzo de la primavera, los leñadores viajaron al bosque en busca de madera; no para leña, sino para construcciones. Talaron cada árbol que había en el bosque para construir casas, mesas, sillas y camas. Cuando por fin abandonaron el lugar, solo un árbol quedó en pie, y apuesto a que no te sorprenderás cuando te diga que ese fue el Árbol Sinuoso.

Los leñadores habían visto cómo su tronco y sus ramas se torcían y giraban, y sabían que nunca podrían utilizar su madera para construir algo. Y así, el Árbol Sinuoso pudo crecer en paz ahora que todos los demás árboles habían desaparecido.

Fin.

Los angloparlantes recibieron el final del cuento con un aplauso ensordecedor.

Conner mantuvo las manos a los costados del cuerpo.

—Qué increíble —le dijo a Bree con una risita culpable—. Se me ocurrió la misma historia que a los hermanos Grimm. Debo ser mejor escritor de lo que creí —no dejaba de reír y sonreír con falsedad, pero él sabía que para Bree no era un tema en absoluto gracioso.

La muchacha lo miró de reojo al igual que lo había hecho en el avión.

—Sí… increíble —dijo por la comisura de la boca; pero increíble no se acercaba ni por asomo a la palabra que estaba buscando.

Sofía tomó del baúl el segundo pergamino enrollado, que también estaba sujeto con una cinta blanca, y comenzó a leerlo en alemán. Después de un tiempo, terminó de leerlo en francés y empezó su traducción al inglés.

—El segundo cuento se titula «El Pez Caminante» —le anunció Sofía a la multitud expectante.

Los ojos de Conner duplicaron su tamaño: ahora sí que se había metido en un serio problema. Bree movió la cabeza de un lado a otro; de seguro había oído mal.

—Espera un segundo; ¿acaba de decir que la segunda historia se llama «El Pez Caminante»…? —comenzó a decir Bree, pero antes de que pudiera terminar la oración, Sofía ya había comenzado a leer la segunda historia:

Había una vez un pez que vivía solo en un profundo lago. Todos los días, el pez observaba con envidia cómo un niño de la aldea cercana jugaba con los

animales en la tierra. El niño corría con los caballos, luchaba con los perros y trepaba los árboles con las ardillas. El pez también ansiaba con todas sus fuerzas jugar con el niño, pero sabía que debido a su condición de pez era algo imposible.

Un día, a un hada que volaba en lo alto sobre el lago se le cayó su varita al agua. El pez, siendo el caballero que era, recuperó la varita y se la entregó al hada.

«Como recompensa por tu gesto amable, te concederé un deseo», le dijo el hada al pez. Él lo pensó un buen tiempo, pero no lo hizo con detenimiento, porque sabía qué deseo quería que el hada le concediera.

«Quiero piernas, como las de los animales terrestres, para que yo también pueda jugar con el niño de la aldea», dijo el pez. Con un rápido movimiento de su varita, el hada convirtió las aletas del pez en piernas y pies, y él caminó sobre el suelo por primera vez.

Al día siguiente, cuando el niño apareció, el pez le mostró con alegría sus nuevas piernas. Los dos se hicieron grandes amigos y todos los días corrían con los caballos, luchaban con los perros y treparan los árboles con las ardillas. Sin embargo, un día, el niño estaba jugando demasiado cerca de la orilla del lago y cayó al agua. El pez corrió hasta allí e intentó salvarlo, pero no podía sumergirse sin sus aletas. El niño tampoco sabía nadar, y se ahogó en el lago.

El pez deseó nunca haber pedido tener piernas, porque si hubiera permanecido en su forma de pez normal que Dios había querido que tuviera, el niño aún estaría vivo hasta hoy.

Los angloparlantes, incluso la señora Peters y las Abrazalibros, soltaron un aww al oír el triste final. Conner y Bree eran los únicos que no emitieron sonido. La boca de ambos se había abierto de par en par mientras escuchaban la historia.

—Guau, otra coincidencia —fue lo único que Conner podía decirle a Bree, pero ella no le respondió.

—Es una historia muy triste, pero creo que todos estamos de acuerdo en que las mejores lecciones provienen de los cuentos trágicos —le dijo Sofía a la multitud—. Supongo que lo que los hermanos Grimm intentan decirnos con este cuento es «tengan cuidado con lo que desean».

La señora Peters estaba frunciendo el ceño con curiosidad.

—Juraría que he leído estos cuentos antes en alguna parte —dijo en voz baja, y el pulso de Conner se aceleró—. ¿No escribiste historias similares, Conner?

—¡Sí! —respondió él, decidiendo que lo mejor sería que se mostrara entusiasmado al respecto—. Es espeluznante lo mucho que se parecen mis cuentos; es una locura.

Las Abrazalibros pusieron los ojos en blanco al mismo tiempo. La señora Peters sonrió y le dio una palmadita en la espalda a Conner, y afortunadamente dejó de pensar al respecto.

Bree estaba más silenciosa que nunca, pero su expresión era tan intensa que Conner podría prácticamente oír cómo intentaba evaluar la situación con lógica. Era una chica que adoraba un buen misterio, pero esta situación resultaba desconcertante. ¿Cómo era posible que Conner conociera esas historias antes que el resto del mundo? Bree debía saber que todo era algo más que una coincidencia.

Conner no podía creer su mala suerte. ¿Cuántas posibilidades había de que dos de las tres historias que los hermanos Grimm habían guardado bajo llave en una cápsula del tiempo fueran las mismas que Conner había intentado hacer pasar como propias? Al menos, las probabilidades estaban a su favor: la situación era tan absurda que lo peor de lo que lo podían acusar era de plagio psíquico. Pero en base a la manera en la que Bree lo estaba mirando, Conner sabía que el plagio era lo último en lo que estaba pensando.

—Ahora llegó el momento de nuestro último cuento —le dijo con tristeza Sofía a la multitud—. Dado que nuestros amigos angloparlantes han sido tan pacientes, leeré esta historia primero en inglés.

Conner soltó un largo e intenso suspiro, preparándose para cualquiera que fuese el problema que podría causarle la tercera historia. Sofía tomó el último pergamino enrollado del baúl. A diferencia del resto, este estaba atado con una cinta roja.

—Esta debe ser una historia muy importante si la ataron con una cinta distinta a las del resto —dijo Sofía. Abrió el pergamino—. El último cuento se llama «El castillo secreto».

Conner relajó un poco los hombros, aliviado. Definitivamente nunca había oído o escrito un cuento sobre un castillo secreto. Con suerte, la tercera historia sería tan buena que Bree olvidaría las primeras dos. Conner se miró los pies; quería que el evento terminara lo antes posible.

Sofía carraspeó de nuevo y comenzó a leer.

Había una vez, en un reino muy lejano, dos hermanos a los que les gustaba contar historias. Todos los habitantes de su aldea adoraban escuchar sus cuentos y creían que los hermanos eran muy creativos, pero ellos tenían

un secreto. Las historias que compartían con su aldea no eran inventadas por ellos, sino que provenían de alguien más.

Los ojos de Conner salieron disparados hacia Sofía. Había algo muy familiar en ese cuento; algo demasiado familiar.

Todos los días, los hermanos se adentraban en el bosque donde se reunían con una hermosa hada. En cada encuentro, el hada les entregaba a los hermanos una historia nueva para compartir con los habitantes de la aldea. El hada vivía en un castillo secreto lejos de cualquier lugar en donde el hombre hubiera estado, y sus historias solían ser sobre una de las muchas criaturas mágicas que vivían con ella en el castillo. Los hermanos estaban muy agradecidos con el hada, y nunca le contaron a nadie que ella y el castillo eran reales.

Conner sentía que su corazón latía en la parte anterior de su garganta. Estaba escuchando con tanta atención que olvidó la presencia de la multitud que lo rodeaba. Muchos pensamientos perturbadores invadieron su mente mientras la historia se tornaba más familiar. ¿Los hermanos Grimm habían organizado todo el evento para confesar el origen de sus cuentos? ¿Estaban por admitir ante el mundo que el Hada Madrina era real y que ella les había otorgado sus mejores obras?

Un día, el rey oyó hablar de los cuentos de los hermanos. El rey era muy inteligente y tenía una corazonada de que las historias eran ciertas. Hizo que sus soldados siguieran a los hermanos hasta el bosque en su próximo encuentro con el hada, y así, se reveló el secreto. El rey ordenó que los hermanos se reunieran con él en su palacio y exigió que lo llevaran junto a su ejército al castillo secreto donde vivía el hada para que ellos pudieran conquistarlo.

Los hermanos le rogaron al rey y le explicaron que ellos no sabían dónde estaba el castillo secreto. El rey no demostró piedad y dijo que si ellos no le entregaban la ubicación del castillo secreto, él asesinaría a todos los habitantes de la aldea.

Sin querer preocupar al hada que había sido tan amable con ellos, los hermanos le pidieron ayuda a una gran ave mágica que también vivía en el castillo secreto. El ave mágica les dio a los hermanos un mapa para el rey que indicaba el camino hasta el castillo secreto. Pero lo que el rey no sabía era que ese mapa mostraba un sendero encantado: él y su inmenso ejército tardarían doscientos años en llegar al castillo.

El ave mágica les aseguró a los hermanos que para el momento en que el rey y su ejército llegaran a destino, el castillo secreto estaría listo para

enfrentarlos. Los hermanos les entregaron el mapa al rey, y él y sus soldados comenzaron de inmediato la cruzada para encontrar el castillo secreto.

Cuando el rey y su ejército se marcharon, la aldea de los hermanos se salvó de la ira del avaro rey. Sin embargo, los hermanos nunca vieron de nuevo al hada o al ave mágica. Con el paso del tiempo, los hermanos temieron que el ave mágica, que era vieja y descuidada, se hubiera olvidado de advertirles a las otras criaturas encantadas que vivían en el castillo secreto que el ejército del rey se acercaba. Entonces, los hermanos decidieron escribir en secreto su último cuento conocido, el cual sabían que sería el más importante de todos los que contarían.

Los hermanos escribieron una historia similar a sus propias vidas, sobre el castillo secreto, las criaturas mágicas y un rey codicioso que quería conquistarlo todo. Propagaron la historia por todo el reino, de una generación a la otra, con la esperanza de que el cuento llegara en algún momento a alguien que lo reconocería por lo que realmente era: no un cuento de hadas, sino una advertencia oculta.

Se hizo una larga pausa antes de que la multitud notara que la historia había terminado. El aplauso fue tan confuso como las expresiones en sus rostros: parecía un cuento muy extraño, sin terminar.

—Me temo que eso es todo —dijo Sofía—. Honestamente, espero que el castillo secreto haya recibido la advertencia sobre el ejército que se acercaba. Quizás los hermanos Grimm dejaron a propósito esta historia sin terminar, para que todos podamos concluirla en nuestra imaginación. Ahora, leeré el cuento en francés…

Conner se sentía mareado y nauseabundo. Había tantas preguntas que daban vueltas en su cabeza que no podía concentrarse. Ni siquiera oyó a Sofía leer la historia en francés o alemán; todo era ruido blanco a su alrededor. Repasó la historia una y otra vez en su mente; todo lo que los hermanos Grimm habían escrito en su tercer cuento estaba obviamente planeado con muchísimo cuidado. Ellos eran los hermanos en su propio cuento, el hada era la abuela de Conner, el ave mágica debía ser Mamá Gansa o una de las otras hadas, y el castillo secreto era la Tierra de las Historias. Y al igual que en el cuento, la historia no era realmente una historia: era una advertencia.

Los hermanos Grimm estaban intentado advertirle a alguien que algo se dirigía hacia la Tierra de las Historias. Y dado que habían planeado con tanto cuidado que el cuento se leyera doscientos años después, lo que fuera que estuviera acercándose a la Tierra de las Historias debía estar por llegar pronto.

Todo era muy obvio; Conner miró a la multitud que lo rodeaba esperando ver a alguien más que hubiera interpretado el cuento por lo que era, pero no había nadie que hubiera hecho la misma lectura que él. El mundo de los cuentos de hadas estaba en gran peligro, y él era el único presente en el Otromundo que se había dado cuenta.

—Conner, ¿estás bien? —preguntó Bree—. Acabas de pasar del rojo intenso a blanco pálido en cuestión de segundos.

—Estoy bien —mintió Conner—. Es solo que ese cuento… fue tan extraño…

—¿Se parecía por coincidencia a algo que estabas planeando escribir? —le preguntó Bree en broma, pero ella sabía por la expresión en el rostro del chico que algo andaba muy mal.

Conner la miraba, pero ninguno de sus pensamientos estaba relacionado con Bree. No le importaba si creía que él estaba enamorado de ella, y tampoco le importaba si ella o las Abrazalibros estaban cerca de descubrir la verdad acerca de su hermana; lo único que le interesaba era advertirles a su abuela y a Alex que se encontraban en peligro.

Sin que él se diera cuenta, Sofía había terminado de leer la historia en los otros idiomas y el festival Grimm había terminado.

—En nombre de la Universidad de Berlín, me gustaría agradecerles por haber venido —dijo Sofía—. Espero que hayan disfrutado el evento de hoy tanto como yo.

Guardó el tercer pergamino dentro del baúl que el hombre vestido de tirolés sostenía y juntos desaparecieron dentro de la capilla. La multitud comenzó a salir del cementerio y la señora Peters reunió a su grupo para hacer lo mismo.

—¿No fue una lectura maravillosa? —preguntó la señora Peters—. Estoy segura de que la recordaré durante el resto de mi vida.

—Señora Peters, ¡estoy famélica! ¿Podemos comer algo? —preguntó Mindy.

—Por supuesto —dijo la señora Peters—. La señora Weiss acaba de proponerme que nos reunamos con ella y sus alumnos en un pequeño café que está cerca de nuestro hotel, si es que nadie se opone…

—¡Señora Peters! —la interrumpió Conner—. ¿Puedo regresar al hotel? No me siento muy bien y creo que necesito recostarme un poco.

La maestra estaba decepcionada pero no sorprendida de escucharlo decir eso debido a la expresión en el rostro del chico.

—Lo siento mucho, Conner —dijo—. Por supuesto que puedes regresar. Haré que el conductor te lleve antes de que nos dirijamos a almorzar.

La camioneta no podía avanzar lo suficientemente rápido. Conner incluso pensó en fingir unas arcadas secas para acelerar las cosas. En cuanto se detuvieron frente al hotel, bajó con rapidez y corrió hacia el interior del edificio antes de que los demás pudieran despedirse. Atravesó como un rayo el vestíbulo (por poco golpea a tres huéspedes en el camino) y subió corriendo los cuatro pisos por escalera hasta su habitación; no quería perder ni un minuto esperando el elevador.

Entró a su cuarto y cerró con llave la puerta. De inmediato, hurgó dentro de Betsy hasta que encontró el trozo de espejo. Golpeteó con impaciencia el vidrio y esperó, ansioso, que lo conectara con su hermana. Conner rogaba que Alex estuviera disponible. Por desgracia, el único reflejo que veía en el espejo era el propio.

«¡Vamos, Alex!», dijo Conner. «¡Tienes que responder! ¡Créeme que ahora mismo nada es más importante que esto!».

Golpeteó el espejo una y otra vez, tratando de comunicarse con su hermana, pero no tuvo suerte. Pasó el resto del día intentándolo, y aun así, fue en vano. Fueron las horas más frustrantes de su vida. A la tardecita, Conner oyó que alguien llamaba a su puerta. La señora Peters se había acercado a ver cómo estaba. Ella y las chicas habían regresado del paseo en bicicleta por el parque Tiergarten.

—¿Cómo se siente, señor Bailey? ¿Mejor? —le preguntó, de pie en la puerta.

—Estoy bien, solo tengo muchas náuseas —le dijo Conner—. Creo que contraje un virus en el cementerio.

—¿Necesita que llame a un médico? —preguntó la maestra.

—No, creo que me sentiré mejor en la mañana —respondió Conner—. Debería estar bien mientras pueda dormir.

—Espero que así sea —dijo la señora Peters—. Odiaría que desperdiciara todo el viaje encerrado en su habitación.

Lo dejó solo para que él pudiera descansar, pero descansar fue lo último que Conner hizo esa noche. Después de intentar comunicarse con su hermana durante algunas horas más, no pudo soportar más seguir en su habitación. No podía quedarse de brazos cruzados mientras sabía que algo muy grave estaba por suceder.

Conner decidió regresar al cementerio, para aclarar las ideas más que para obtener respuestas. Tomó su abrigo y salió de su cuarto en silencio. Bajó de

nuevo por la escalera, tratando de evitar la mayor cantidad posible de personas. Tomó un mapa del exhibidor de folletos que estaba en el vestíbulo del hotel y lo siguió hasta el cementerio. Le llevó una hora caminar hasta allí en la oscuridad y, para empeorar las cosas, también comenzó a llover.

Cuando llegó al cementerio St. Matthäus-Kirchhof, habían quitado todos los carteles de la puerta y no había presente ningún invitado al evento. Ahora que estaba vacío, era un lugar mucho más pacífico. Caminó sobre sus pasos hasta las tumbas humildes de los hermanos Grimm. El terreno que las rodeaba estaba cubierto de flores y regalos de los que asistieron a la lectura más temprano ese día.

Conner miró las tumbas con los ojos entrecerrados, como si estuviera mirando a dos personas muy silenciosas en vez de dos bloques grandes de piedra.

«Vaya, qué historia escribieron», les dijo a las tumbas. «¿Hubo algo más que hayan olvidado mencionar? ¿O alguna pista más que olvidaron incluir?».

La lluvia aumentaba con la frustración de Conner. Le molestaba mucho que las tumbas no le respondieran.

«¿Qué ejército se acerca al mundo de los cuentos de hadas? ¿De dónde proviene? ¿Mi abuela y mi hermana corren peligro? Por favor, necesito saberlo», dijo Conner, esa vez, preguntándoselo al cielo lluvioso sobre él.

Por desgracia, Conner no atestiguó ninguna señal. Tuvo que basarse solamente en lo que su instinto le decía. Sabía que él había estado destinado a visitar el cementerio más temprano ese día, que había tenido que escuchar e interpretar correctamente la historia y que ahora estaba destinado a advertirle al mundo de los cuentos sobre el peligro inminente.

Solo que no sabía cómo hacerlo.



Capítulo seis

La casa del progreso de la reina Roja

Faltaba apenas un día para el Baile Inaugural de las Hadas, pero ese no era el único tema importante que ocupaba la mente de Alex. En cuanto aceptó ir a caminar con Rook, se encontró haciendo malabares con dos asuntos en los que no podía dejar de pensar. Durante un minuto, se obsesionaba con qué ponerse y cómo comportarse en el baile; durante el minuto siguiente, soñaba despierta sobre lo maravillosa o trágica que podría llegar a ser la caminata. Era un malabarismo constante y agotador entre las dos preocupaciones.

Por un lado, estaba agradecida de tener dos asuntos en la mente, ya que uno la distraía del otro; por otro lado, Alex hubiera dado lo que fuera para vaciar su mente durante unos instantes. Pensó que la mejor manera de lidiar con el estrés de los próximos eventos sería alejarse de todo aquello que le recordara a ellos; así que aceptó la invitación que le había hecho Roja para reunirse la mañana siguiente a la boda de Jack y Ricitos de Oro.

Era una mañana soleada, brillante, cuando Alex viajó con Cornelius al Reino de la Capa Roja. Marcharon hacia el noroeste; bordearon el territorio de los Trolls y los Goblins —o el territorio de los Troblins, como se lo llamaba ahora— y, enseguida, el pequeño reino estuvo a la vista.

Alrededor del reino se estaba construyendo un muro alto. Decenas y decenas de picapedreros trabajaban sin cesar; lo estaban levantando ladrillo a ladrillo. A primera vista, el muro nuevo sería igual al que la Hechicera había eliminado.

Alex y Cornelius no tuvieron el más mínimo problema en ingresar al reino. Muchos de los guardias de la puerta sur incluso le hicieron una

reverencia a Alex; la reconocieron como una allegada de la reina. Cornelius trotó con aires de grandeza por las colinas que ocupaban las granjas de la pequeña Bo Peep, para lucirse frente a todos los animales de granja, y llegó al pueblo en el centro del reino, donde se alzaba el palacio de la Reina Roja.

El pueblo seguía igual de encantador que el día en que Alex lo había visto por primera vez junto a su hermano. Era una aldea amigable y pintoresca con muchas tiendas, graneros, casas y monumentos. Un panadero repartía bandejas con muestras gratis a los vecinos que pasaban deprisa por la puerta de su tienda. Un cerrajero había armado una mesa fuera y hacía una demostración de cómo hacía las llaves para una muchedumbre que miraba. Los granjeros arrastraban animales tercos y niños quejosos por las calles, mientras llevaban adelante los quehaceres del día.

El Reino de la Capa Roja se había recuperado con esplendor del caos que había causado la Hechicera.

—Perdón. ¿Sabe dónde queda la Casa del Progreso? —preguntó Alex a un pastor que pasaba.

—Queda frente al palacio, del otro lado del parque —respondió el pastor.

—Gracias —dijo Alex y siguió las indicaciones. Había ido al palacio muchas veces y le resultaba sencillo dirigir a su unicornio hacia allá.

La Casa del Progreso parecía una versión miniatura del Capitolio de los Estados Unidos, excepto por que estaba pintada de rojo y, en el lugar donde estaría el domo, había una canasta, la más grande de todas.

—Eso es típico de Caperucita Roja —dijo Alex y sacudió la cabeza. Incluso Cornelius movió la cabeza adelante y atrás ante la vista ridícula.

Atravesaron el parque, y Alex dejó a Cornelius al pie de los grandes escalones principales del edificio. En cada uno de los peldaños camino a la entrada, posaba heroica una estatua de la Reina Roja en uno de sus trajes preferidos. Alex no podía creer que había hecho todo ese viaje para pedirle consejos a esta mujer, pero al menos el trayecto la había sacado del Reino de las Hadas.

El salón de entrada a la Casa del Progreso estaba decorado con decenas de pinturas de la joven reina. Alex ya estaba acostumbrada a la decoración narcisista de Roja, así que no se sorprendió, pero dos pinturas inmensas en las paredes la hicieron reír. En una, Roja se dirigía a su pueblo antes de partir en el Abuelita, el gigantesco barco volador. La otra representaba el momento en que Roja se negó a entregar su reino a la Hechicera.

Alex había estado presente en los dos momentos y no los recordaba tan dramáticos como sugerían las pinturas, pero pensó que eran graciosos de

todas formas. En el centro del salón, había otra estatua de Roja, pero de proporciones épicas: la Reina Roja sentada en su trono, idéntica a la estatua del monumento de Lincoln.

—Tengo que dejar de mostrarle fotos del Otromundo a Roja —susurró Alex.

En el salón de entrada, empezaba una fila de vecinos que giraba alrededor de la estatua gigante y terminaba frente a la puerta que llevaba a la siguiente habitación. Alex siguió la fila y se encontró en un gran salón circular justo bajo la canasta gigante del edificio.

—¡Alex, cuidado! —gritó Roja desde el fondo del salón.

Lo próximo que supo Alex fue que un enorme lobo negro la empujó al suelo. La varita se le soltó de la mano y rodó lejos. El lobo le apretó el pecho cerca de la garganta con sus inmensas garras. Abrió el hocico gigante y Alex pudo verle los dientes filosos. La muchacha cerró los ojos, tan fuerte como pudo; sabía lo que venía a continuación.

Alex sintió que la lengua ancha y mojada del lobo le lamía la cara una y otra vez; estaba tan contento de verla.

—Hola, Claudino —gruñó Alex debajo de él—. Es lindo volver a verte.

—¡No, Claudino! ¿Qué dije sobre aplastar a las visitas? —gritó Roja.

Algunos de los guardias de Roja que estaban de pie alrededor del salón intentaron levantar al lobo de la joven hada, pero él les lanzó unos gruñidos feroces y enseguida se echaron para atrás.

—¡Claudino! ¡Quítate de la heredera de la magia en este instante! —insistió Roja.

Enseguida, Claudino dejó libre a Alex de un salto. Sin dudas, Roja era la única que podía controlarlo. Alex se puso de pie y el lobo le apoyó la cabeza gigante sobre la mano para que lo acariciara.

—Mira qué grande estás, Claudino —dijo Alex mientras lo rascaba bajo la barbilla—. Estás más grande cada vez que te veo.

El animal le devolvió la varita a Alex, pero cuando ella se acercó para tomársela de la boca, él retrocedió: quería jugar.

—Ah no, Claudino —dijo Alex entrando en pánico—. ¡Con eso no podemos jugar!

—¡Claudino, suelta ya la varita de la linda hada! —ordenó Roja, pero el lobo no le prestó atención—. ¡Dije que la sueltes! ¡No me hagas sacudir la lata llena de monedas!

Claudino se sentó y, con cuidado, apoyó la varita sobre el suelo frente a Alex. Incluso sentado, el lobo era casi tan alto como ella. Alex levantó la

varita y se dirigió al salón donde estaba sentada Roja.

La reina se había encaramado a un trono elevado y estaba impecable con un vestido de gala rojo y una tiara; estaba bañada en diamantes. A su derecha, había dos hileras de asientos elevados sobre los que se sentaban nueve personas y animales por igual, aunque los asientos no estaban tan altos como el de ella, por supuesto. Alex dio por sentado que estos eran los representantes de los que Roja había estado hablando el día anterior.

Alex reconoció enseguida a los tres más cercanos a Roja: la Abuelita, la viejita que manejaba la posada del Zapato y el tercer cerdito. Había también tres ratoncitos blancos que tenían los ojos vendados y compartían un asiento, una oveja negra de lana tupida, una joven nerviosa e inquieta y un hombre obeso con expresión de culpa que comía una tarta.

—Representantes, ella es mi buena amiga, Alex —dijo Roja—. Alex, te presento a los representantes de la Casa del Progreso: los tres honorables ratones ciegos, Sir Oveja Negra, la señora Muffet y Sir Jack Horner. Y, por supuesto, conoces a la Abuelita, la viejita de la Posada del Zapato y al tercer cerdito.

Todos le dieron una cálida bienvenida, excepto la viejita, que tenía la triste fama de no escuchar nada.

—La ex ¿qué? —preguntó la viejita.

—Ex nada… Alex —respondió la Abuelita directamente en la oreja de su amiga—. Es una amiga de Roja.

—Es un placer conocerlos a todos —saludó la chica—. Espero no estar interrumpiendo nada.

—Para nada —dijo Roja—. Estábamos esperando que llegara Charlie para empezar con nuestra reunión abierta semanal. Seguramente, viste a todos esos habitantes del pueblo haciendo fila; les encanta venir a la Casa del Progreso y expresar sus preocupaciones. Me he vuelto buena en descubrir maneras de ayudar a las personas. Es como un juego.

En ese momento, oyeron pasos y vieron entrar a Rani, que cargaba una montaña de papeles.

—Buenas tardes a todos —saludó a los representantes con amabilidad—. ¡Y hola, Alex! No esperaba verte… ¡uhhh!

Ni bien Rani entró en la sala, Claudino lo tiró al suelo. Era simplemente la manera que tenía el lobo de saludar a todos. Los papeles de Rani volaron por los aires.

—Claudino, hace menos de veinte minutos que te vi… Tienes que terminar con esta locura —se quejó Rani sacándose al lobo de encima—.

¡Hay que empezar a encadenarlo!

—Lo intenté, pero se come la cadena —dijo Roja encogiéndose de hombros—. ¡Claudino, ven aquí, bebé! ¡Ven con mami!

Claudino corrió al lado de Roja y dejó caer su cabezota sobre el regazo de ella, feliz. Rani recogió los papeles, pero todo había quedado desorganizado.

—Ven, siéntate a mi lado, Alex —dijo Roja y dio unas palmadas en el apoyabrazos de su trono—. Tenemos tanto de qué hablar.

—¿De verdad está bien que esté de visita durante la reunión abierta? —preguntó Alex al tomar asiento.

—Ay, más que bien —le aseguró Roja—. Charlie dirige las reuniones mientras yo superviso. Van a recibir mi atención si la necesitan.

Rani tomó su lugar al frente de la sala y empezó la reunión.

—Disculpen, pero los formularios que completaron antes de llegar se mezclaron un poquito —se disculpó Rani—. Así que cuando sea su turno, den un paso al frente, digan su nombre y los fundamentos del problema urgente que quieren que resolvamos.

Uno por uno, los vecinos pasaban al frente y contaban sus problemas a Rani y los representantes. Entre ellos, discutían el asunto y luego presentaban al aldeano la mejor solución posible. Para Alex, era un proceso muy lindo; Rani y los representantes parecían en verdad apasionados por ayudar a los habitantes del pueblo.

—Maravilloso, todo está saliendo espléndidamente —dijo Roja y luego dejó que Alex fuera su único foco de atención—. Hablemos de tu cita de esta tarde. ¿Has elegido qué vas a ponerte? Si no, tengo un vestidito rosado en alguna parte de uno de mis armarios que te haría lucir divina.

—Pensaba usar esto —dijo Alex, señalando el vestido brillante que usaba todos los días—. Creo que a él le gustaría que me vista como yo misma.

—Ten cuidado con eso —advirtió Roja—. Uno de los mejores consejos que me dio la Abuelita fue que nunca fuera yo misma cuando me encuentro con alguien por primera vez. No quieres asustarlos.

Alex lo pensó por un momento. Estaba segura de que la Abuelita lo consideraba un consejo personal para Roja, no para todos.

—Es el hijo de un granjero —comentó Alex—. No quisiera hacer algo rebuscado ni decir cosas muy extravagantes que lo asusten enseguida. Prefiero que se sienta cómodo conmigo en lugar de intimidado.

—Puede ser, pero no tienes que hacerlo sentir demasiado bien sobre él mismo en la primera cita —asesoró Roja—. Los hombres tienen que sentir

siempre que son inferiores a ti; de lo contrario, no te dejan espacio para que los entrenes.

Rani interrumpió la conversación.

—Querida, este hombre es del sur del pueblo —dijo sobre el vecino de pie en medio de la sala—. Al parecer, el camino sur se ha llenado de pozos que arruinan todos los carros que pasan por él. Necesitan que se pavimente un camino nuevo.

—Genial, pavimenten uno nuevo —dijo Roja con una gran sonrisa.

—Por desgracia, no tienen los fondos para hacerlo y los bolsillos del reino van a estar vacíos hasta que finalice la construcción del muro nuevo —explicó Rani—. ¿Qué deberíamos sugerir?

Roja sabía qué hacer. Se quitó el brazalete de diamantes de la muñeca izquierda y lo lanzó al hombre del sur del pueblo.

—Tenga, véndalo y use el dinero para pavimentar el camino nuevo; supongo que es más que suficiente.

El hombre se quedó atónito de que la reina le diera algo de tanto valor. Le vinieron lágrimas a los ojos.

—¡Gracias, Su Majestad! ¡Mis más sentidas gracias! —dijo camino a la puerta.

—¡Ni lo diga! —respondió Roja y luego se dio vuelta para seguir hablando con Alex—. Entonces, ¿por dónde van a caminar tú y Rook?

—No estoy segura —dijo Alex—. En realidad, planeaba seguirlo.

Roja sacudió la cabeza.

—Hagas lo que hagas, no dejes que él guíe la caminata —replicó ella—. El hombre es líder por naturaleza y nuestro trabajo como mujer es quitarle ese rasgo animal. Si lo dejas liderar la primera vez, va a terminar liderando la relación por completo.

—¿Así que es una buena señal si él quiere que yo guíe? —preguntó Alex.

—¡No, eso es peor! —respondió Roja—. Eso quiere decir que no tiene confianza y espera que tú hagas todo el trabajo y le sostengas la mano de por vida. Eres muy joven para eso, Alex.

La muchacha se rascó la frente. Roja no hacía más que volver todo más confuso.

—¿En serio crees en estos consejos, Roja? —preguntó.

—Ah, ninguno de ellos aplican a mí —dijo Roja—. Solamente te cuido a ti.

—Querida —interrumpió Rani una vez más—. Esta mujer es del este del pueblo. Es una panadera cuyo esposo murió hace unos años. Se las arregla

para vivir, pero no le alcanza el dinero para cuidar a sus cuatro niños.

A la pobre panadera le caían lágrimas por el rostro. Era claro que la avergonzaba estar frente a ellos pidiendo ayuda.

—No llore —dijo Roja, comprensiva—. ¡No hay razón para llorar! Todos necesitamos que nos den una mano de vez en cuando. Yo no sirvo de nada sin mi equipo.

La reina le echó una mirada a la decena de personas que quedaban en la fila. Al fondo, vio a un hombre débil y triste que sostenía una horca.

—Perdón, señor. ¿Es usted un granjero? —le preguntó.

El hombre estaba anonadado de que la reina le hablara directamente.

—Sí, Su Majestad —dijo, e hizo una reverencia rápida.

—Déjeme adivinar. Ha venido porque ya no puede alimentar a su familia, ¿estoy en lo cierto? —preguntó Roja.

—¿Cómo…? Bueno, sí, Su Majestad —dijo, sorprendido de que ella adivinara con tanta facilidad.

—Ah, maravilloso —dijo Roja, feliz. Todos en la sala la miraron, extrañados—. Ah, no quise decir que eso era maravilloso. Quise decir que es maravilloso que sea un granjero porque creo que usted y esta panadera pueden ayudarse. ¿Tiene vacas en su granja?

El granjero asintió con la cabeza.

—Sí, tengo seis vacas —dijo.

—Genial —luego, Roja volvió a mirar a la panadera—. Asumo que la carga económica para usted es el costo de la leche. ¿No es así?

—Sí, Su Majestad —admitió la panadera, llorosa.

—Entonces, está resuelto —anunció Roja con un aplauso lleno de alegría —. El granjero le va a dar a la panadera la leche que necesita y ella le dará a cambio comida para su familia. ¿Les parece bien a todos?

El granjero y la panadera se miraron y sonrieron; la Reina Roja les había dado una solución. Rani y Alex intercambiaron una sonrisa también: Roja podía ser despistada la mayor parte del tiempo, pero cuando era buena en algo, era buena.

Rani continuó con la reunión abierta y Roja siguió charlando con Alex.

—Ahora, si quiere volver a caminar contigo, tienes que hacerte la ocupada —sugirió Roja.

—¿Por qué? —preguntó Alex.

—Para mantenerlo agradecido de tu compañía —dijo la reina, como si fuera obvio.

En la sala, retumbó el eco de unos pasos apresurados. Una mujer entró en la sala y causó una conmoción; empujó a todos los vecinos que esperaban en la fila. Había sido un día tan agradable hasta ese momento… El alboroto atrajo la atención de todos; en especial, de Roja.

—Disculpe, tiene que esperar su turno —dijo Rani a la mujer, educado.

—No vine a pedir ningún favor —dijo la mujer mientras se ponía al frente —. He venido a hacer un anuncio.

Era una joven muy hermosa y decidida, que parecía de la misma edad de Roja. Tenía la piel pálida, los ojos celestes y el cabello negro atado bajo un bonete amarillo. Llevaba puesto un vestido amarillo de volados con una cinta azul que hacía juego con el bonete y tenía un bastón blanco de pastor. Era la pastora con más estilo que Alex había visto.

—¿Quién es usted? —preguntó Rani. Era bastante nuevo en el Reino de la Capa Roja y no la reconoció.

—Soy la pequeña Bo Peep, dueña de las granjas familiares Bo Peep —anunció.

Se hizo silencio en el salón. La pequeña Bo Peep era muy poderosa y respetada en la comunidad. Nunca se la veía fuera de sus granjas, salvo en ocasiones excepcionales. Los vecinos y los representantes sabían que debía haber una razón muy importante para que viniera a la Casa del Progreso.

La Reina Roja la miró de arriba abajo y de izquierda a derecha. Se negaba a sentirse intimidada por otra persona en su propia casa.

—Gracias por acompañarnos, Bo —dijo—. ¿Qué la trae a la Casa del Progreso hoy?

Bo Peep sonrió.

—Para ser breve, he venido aquí, delante de todos ustedes, a retar a la Reina Roja y pedir el trono del Reino de la Capa Roja.

Todos se quedaron sin aliento. Nunca antes en la historia del Reino de la Capa Roja le habían faltado el respeto a la reina tan abiertamente. Bo Peep sonrió con malicia ante la reacción de todos.

Cuando escuchó esa declaración audaz, Roja se levantó del trono.

—¿Cómo se atreve? —dijo, inmutable—. ¿Piensa que puede entrar en mi Casa del Progreso y amenazar el trono de mi reino sin más ni más? ¡Tiene suerte de que no la haga encerrar de inmediato!

—¿Cree que este es su reino? —replicó Bo Peep sin un atisbo de miedo —. Entonces, está equivocada, Su Majestad. Tendrá su nombre, pero este reino le pertenece al pueblo. El único propósito de la revolución R. A. C. A. L. era liberarnos de la Reina Malvada que, en ese momento, tenía el poder del

Reino del Norte. Ahora mírenos, una década y media después, estamos en uno de los tantos santuarios de otra reina obsesionada con ella misma. Bueno, estoy harta de eso y no estoy sola.

Se metió la mano en un bolsillo del vestido, tomó un rollo de papel y se lo entregó a Rani.

—Es una petición firmada por un centenar de otros vecinos del reino que están de acuerdo en que es necesario un cambio de régimen —dijo la pequeña Bo—. También han declarado que yo soy la candidata elegida para ser la nueva soberana. Elegimos una reina antes; podemos elegir una reina otra vez.

—Esto es absurdo —dijo Rani.

—Es el deseo del pueblo, señor —rectificó Bo Peep—. ¿Van a ignorarlo? ¿Justo aquí? ¿En la Casa del Progreso?

Rani leyó la lista de nombres y la compartió con los representantes.

—¿En serio van a seguirle la corriente? —gritó Roja, horrorizada de que se atrevieran a leer una cosa así.

—La joven Bo tiene un punto, querida —indicó la Abuelita.

—Abuelita, ¿de qué lado estás? —preguntó Roja, indignada.

—Siempre voy a estar de tu lado, querida —respondió la Abuelita—. Pero el pueblo te dio el trono. Entonces, si ahora el pueblo se lo quiere dar a otra persona, tienen el derecho de hacerlo.

Todos los representantes parecían estar de acuerdo con ella; hasta los tres ratoncitos ciegos asintieron con la cabeza, aunque no podían leer la lista.

—¿Qué la hace pensar que está calificada para liderar este reino? —le preguntó Roja a la pequeña Bo.

—Mis granjas ocupan el setenta por ciento del territorio del reino y producen más del ochenta por ciento de los bienes que comercializamos con los otros reinos —declaró Bo—. Todo eso para que usted se quede con el noventa por ciento de las ganancias y lo use para construir palacios y estatuas de usted misma.

Roja resopló, enfadada.

—Lo que le da trabajo a muchos constructores y artistas de todo el reino —dijo en su defensa.

—Sí, pero como puede ver, no hay constructores ni artistas que vengan a pedir ayuda en esta sala —la pequeña Bo señaló—. Creo que este reino puede liderarse con mayor responsabilidad para el beneficio de todos por igual. Y creo que soy la mujer indicada para hacerlo.

Los vecinos y los representantes empezaron a hablar por lo bajo. Roja percibió que algunos empezaban a estar de acuerdo con Bo Peep.

—Entonces, ¿qué quiere, pequeña Bo? —preguntó Roja cruzando los brazos—. No puede entrar tan campante y exigir que la nombren reina.

Sir Oveja Negra levantó una pezuña para unirse a la conversación.

—Podríamos volver a tener elecciones.

Roja lo fulminó con la mirada.

—Ah, típico. Las ovejas quieren que la pequeña Bo Peep se postule para ser reina. Si no es partidismo, no sé qué es.

—Creo que es una buena idea —dijo la Abuelita—. Una elección le daría al pueblo la oportunidad de expresar su deseo.

—¿Y si no autorizo la elección? —exclamó Roja—. Todavía soy la reina, después de todo. La última vez que me fijé, mi palabra todavía era ley.

La pequeña Bo Peep se acercó al trono.

—Entonces, estaría demostrando a su pueblo que no es diferente a la Reina Malvada y la próxima revolución que surja será contra usted.

Esa declaración tenía como objetivo asustar a Roja, y dio resultado.

—Que así sea —dijo Roja—. Le seguiremos la corriente a esta pastora y su eleccioncita. Pero si recuerdo bien, Bo Peep, usted tiene la reputación de no encontrar a sus propias ovejas, así que dudo que pueda encontrar apoyo que pueda hacerle competencia al mío. Me eligieron reina después de la revolución R. A. C. A. L. y volverán a elegirme.

—Entonces, la veré en las elecciones, Su Majestad —dijo la pequeña Bo con una sonrisa que parecía esconder algo más. Dio media vuelta y salió deprisa de la Casa del Progreso.

Roja volvió a sentarse en el trono. Tenía las mejillas bien encendidas, y se le había congelado en el rostro una expresión de preocupación. Alex nunca la había visto tan consternada. Perder el trono siempre había sido el mayor miedo de Roja, pero la idea de perderlo a causa de la voluntad del pueblo era más de lo que podía soportar.

Alex no podía imaginar a Roja siendo otra cosa que no fuera reina. Le puso una mano sobre el hombro; deseaba tener palabras para consolarla.

Rani corrió al trono y se arrodilló a su lado.

—¿Estás bien, querida?

—Estoy espléndida, espléndida —dijo Roja. Miraba fijo el suelo. Pensaba en su próxima jugada—. Si la pastorcita quiere una elección, una elección es lo que le voy a dar.



Capítulo siete

El secreto de la pequeña Bo Peep

Alex dejó la Casa del Progreso de Roja, agradecida de regresar a sus propios problemas. La ansiedad que sentía por el Baile Inaugural de las Hadas y la caminata con Rook era difícil de llevar, pero no le cambiaría la vida, a diferencia de lo que le había ocurrido a Roja esa tarde, aunque Alex tenía la leve sospecha de que la reina encontraría la manera de incluirla en su drama.

Esa noche, la joven fue al campo detrás de los jardines a encontrarse con Rook. Estaba segura de que había llegado a la hora exacta que habían pactado, pero cuando llegó, no pudo ver a Rook por ninguna parte. Alex se sentó en una roca a un costado del arroyo y esperó, paciente, a que él llegara. Al menos, ella sentía que estaba siendo paciente.

Cada segundo que esperaba a Rook parecía un minuto, y cada minuto parecía una hora. Cuanto más esperaba, más se le llenaba la cabeza de dudas. ¿Dónde estaría? ¿Qué estaría retrasándolo tanto? ¿Se habría olvidado de la caminata? ¿Se habría arrepentido y decidido no ir? ¿La había dejado plantada?

Entre un pensamiento negativo y otro, se enderezaba la cinta del cabello o se alisaba algún pliegue del vestido, nerviosa. Después de apenas cinco minutos de esperar, Alex se convenció de que Rook no iría. ¿Qué le diría a Roja la próxima vez que la viera? ¿Cómo confiaría en otro chico otra vez? ¿Cómo podría vivir de la vergüenza?

Justo cuando iba a rendirse y volver al Palacio de las Hadas, escuchó que las hojas se movían en el bosque detrás del campo. Apareció Rook, feliz, emocionado y encantador como siempre.

—¡Hola, Alex! —dijo Rook con una gran sonrisa.

—¡Hola, Rook! —saludó Alex y dio un suspiro. Apenas un vistazo del muchacho la había hecho borrar todos los pensamientos negativos que se le multiplicaban en la cabeza. Se había estresado sin sentido.

Ninguno sabía si abrazar al otro o darle la mano o alguna otra cosa, así que se quedaron a unos metros de distancia y se miraron en silencio durante unos instantes. Era un saludo incómodo.

—¿Qué tal tu día? —preguntó Alex para romper el silencio.

—Bastante normal —respondió Rook—. Planté zanahorias.

—¡Qué lindo! —dijo ella, como si hubiera sido lo más fascinante que había escuchado durante las últimas semanas.

Rook asintió con la cabeza.

—Soy un buen jardinero —dijo—. Mi secreto es el canto. Descubrí que si les canto a los cultivos, crecen mucho más sanos —los ojos de Rook se agrandaron—. Ay, no. Espero que te parezca tierno y no loco… No es que converse con las plantas ni nada…

Alex rio.

—Ay, por favor, donde vivo yo, las plantas responden cantando.

Rook se sintió aliviado cuando escuchó eso.

—Bueno… ¿A dónde te gustaría ir a caminar? —preguntó.

—Pensaba seguirte —dijo Alex. No estaba haciendo caso a ninguno de los consejos de Roja y sabía que la reina la habría matado de solo escucharla decir que lo seguiría.

—Bueno, hay un caminito que se mete en el bosque que conozco bastante bien —dijo Rook.

—Genial —asintió Alex.

Caminaron entre los árboles y encontraron un sendero sinuoso de tierra que se adentraba en el bosque. No era un lugar muy pintoresco, pero no importaba; la caminata era más que nada para conocerse mejor. Sin embargo, los dos tenían miedo de iniciar la conversación.

—¿Y si nos tomamos turnos para hacer preguntas? —sugirió Rook—. Va a ser una caminata muy silenciosa si no empezamos a hablar de nada. O podemos jugar a las adivinanzas.

—Es una buena idea —dijo Alex—, pero empiezas tú.

—Ah, ¿me obligas a mí a ser el primero? —bromeó Rook—. Bueno, aquí va. ¿Hace cuánto tiempo practicas magia?

—Menos de un año, en realidad —respondió Alex—. Aunque todos dicen que aprendo deprisa. Me enteré de que era un hada a los doce años.

—¿En serio? ¿Cómo te enteraste?

—Es una larga historia —dijo Alex, tímida.

—Qué bueno que tomamos un largo camino —dijo Rook con un guiño de ojos que la hizo derretir por dentro.

Alex decidió contarle la versión más corta de la historia.

—Mi hermano mellizo y yo crecimos en un lugar muy lejano y diferente a todo esto —explicó—. Nuestro padre creció aquí. Él pensaba que la magia arruinaba a las personas. Pensaba que las hacía perezosas y egoístas. Quería que aprendiéramos a solucionar los problemas sin recurrir a la magia. Cuando cumplimos doce años, bueno… para resumir, seguimos a nuestra abuela a su casa un día y descubrimos quiénes éramos en realidad.

Las cejas de Rook estaban tan altas que se le mezclaban con el cabello que le caía por la frente.

—Eso es increíble —dijo—. Ahora entiendo por qué eres tan diferente a las otras hadas. ¿Qué piensa tu padre de ti ahora?

—No lo sé —dijo Alex con tristeza—. Él murió antes de que cumpliéramos once. Nunca tuvo la oportunidad de decirnos la verdad.

Rook bajó la cabeza.

—Siento mucho escuchar eso. Seguramente, era un hombre muy inteligente si crio a una hija como tú.

—Gracias —dijo Alex. Se enderezó la cinta del cabello para distraer su atención de las mejillas que se le habían encendido.

—¿Tu hermano es un hada también? —preguntó Rook.

Alex no pudo contener la risa.

—¿Conner? ¿Un hada? Ay, no. Ser un hada es lo último que él quería en la vida. Todavía vive en casa con mamá y nuestro padrastro. Aunque creo que sería muy bueno con la magia si lo intentara.

—¿Y tu abuela? ¿Vive en el Reino de las Hadas contigo? —preguntó Rook.

Alex tardó unos instantes en responder. No se había dado cuenta de lo poco que él sabía sobre ella; era un gran alivio. Seguramente, él se había fijado en ella por la persona que era y no por quien sería en el futuro.

—Sí —respondió Alex. No estaba segura de cómo reaccionaría Rook cuando supiera quién era su abuela, y no sabía si ella misma estaba preparada para que él lo supiera—. Ahora me toca a mí hacer una pregunta. ¿Cuántos años tienes?

Rook tuvo que pensar la respuesta.

—Tengo quince años, pero técnicamente tengo ciento quince.

Al principio, Alex pensó que estaba bromeando y soltó una risita, pero como él no se reía, se dio cuenta de que hablaba en serio.

—Claro, ¡por la maldición del sueño que duró cien años! —se dio cuenta —. Eras un bebé cuando la conjuraron.

—Era muy joven —dijo—. No recuerdo mucho. Estaba jugando fuera cuando me fui a dormir sin razón. Luego, mi papá y yo despertamos cien años después.

—¿Y tu mamá? —preguntó Alex—. ¿Qué le pasó?

Rook hizo una pausa antes de explicar.

—Era mi cumpleaños y mi mamá y mi hermano estaban en el campo recolectando frambuesas para un postre especial que harían esa noche. El campo estaba justo fuera del límite del Reino del Este, entonces cuando la maldición del sueño cayó, no los afectó a ellos. Cuando despertamos mi papá y yo… ellos ya no estaban.

Alex se cubrió la boca con la mano.

—Lo siento tanto, Rook —dijo—. Nunca me había dado cuenta de que hubo familias separadas por la maldición.

—Casi nadie se da cuenta —explicó él—. Asumen que todos se fueron a dormir y despertaron en su vida normal cien años después, pero nuestra vida había cambiado por completo cuando despertamos. Te estaría mintiendo si te digo que no me puso contento saber que mataron a Ezmia. Fue un cierre emocional para mí. Pero no creo que mi papá vuelva a ser el mismo de antes; los culpa por no haber roto la maldición.

Alex asintió con la cabeza.

—Lo entiendo un poco más ahora —se preguntó cómo se sentirían Rook y el granjero Robins cuando supieran que ella era el hada que había derrotado a la Hechicera. ¿Haría que les agradara más? ¿O se convertiría en un recordatorio viviente de lo que habían perdido?

—Mi mamá y mi hermano nos cuidaron mientras dormíamos, durante el tiempo que pudieron —continuó Rook—. Nos escribieron cartas todos los días y las dejaron para que las leyéramos cuando se rompiera la maldición. Leo una o dos cuando los extraño demasiado. Me hace sentir que están cerca.

Alex lo entendía más de lo que él sabía. Una de las razones por las que se sentía tan cómoda en la Tierra de las Historias era que todo en ese lugar le recordaba a su padre y hacía que extrañarlo fuera menos doloroso.

—Otra vez es mi turno de preguntar —dijo Rook cambiando de tema—. ¿Cómo estuvo tu día? Cuéntame todo lo que hiciste.

Alex no sabía por dónde empezar.

—Bueno, empezó muy bien —dijo—. Fui al Reino de la Capa Roja a visitar a la Reina Roja. Somos amigas desde hace mucho, aunque no lo creas. Pero, después, el día dio un giro muy extraño.

—¿Qué pasó?

—La pequeña Bo Peep enfrentó a Roja. Quiere conseguir el trono —explicó Alex—. Logró convencer a todos de que convocaran elecciones para designar un nuevo líder.

Rook estaba tan intrigado que se le iluminó el rostro por completo.

—Es increíble —dijo—. ¿Por qué habrá hecho eso? Siempre pensé que el pueblo amaba a la Reina Roja.

—No todo el pueblo, al parecer —dijo Alex—. Aparentemente, hace tiempo que la pequeña Bo Peep está disconforme con la manera en que se maneja el reino y cree que ella sería una reina mejor. No quiero que Roja pierda el trono, pero si soy honesta, creo que la pequeña Bo dijo algunas cosas válidas.

Rook arrugó la frente y pensó más al respecto.

—¿Qué piensas que se apoderó de la pequeña Bo para enfrentar a Roja hoy en particular y no cualquier otro día? Si está en desacuerdo desde hace tanto tiempo, ¿por qué no hizo algo antes?

Alex pensó en la escena que la pequeña Bo había causado más temprano en la Casa del Progreso, pero no encontró una respuesta.

—Es un buen punto —dijo—. No mencionó nada en particular. Pero algo tiene que haberla provocado para exigir una elección.

—Parece sospechoso, en mi opinión —afirmó Rook. Se detuvo de repente y una sonrisa misteriosa le creció en el rostro.

—¿Qué? —preguntó Alex mirándolo.

—Se me acaba de ocurrir una aventura que podríamos tener —dijo, pero enseguida cambio de opinión—. Olvídalo, tal vez no sea lo tuyo.

Alex se rio. Si solo supiera las travesuras que su hermano y ella habían vivido durante todos esos años.

—Quiero que sepas que da la casualidad de que soy muy aventurera —dijo con tono burlón—. No te dejes engañar por la varita y el vestido brillante.

Rook sacudió la cabeza.

—No quiero ser una mala influencia, en especial para un hada con un futuro tan prometedor. Nos podría meter a los dos en problemas.

Alex valoraba eso, pero sentía más y más curiosidad por lo que él tramaba.

—Entonces, hoy voy a ser solo Alex. ¿Qué tienes en mente?

Rook se rio de ella y dio el brazo a torcer.

—Bueno, pero no digas que no te advertí —dijo él entre risas—. Iba a proponer que si tienes curiosidad acerca de las intenciones reales de Bo Peep, podríamos escabullirnos en su granja y mirar un poco. Sé exactamente dónde queda; está en el lado sudeste del Reino de la Capa Roja, no muy lejos de nuestra granja. Sus peones le vendieron unas ovejas a mi papá una vez.

La conciencia de Alex rechazó la idea de inmediato. Para un hada respetada, era muy irresponsable e infantil espiar a la pequeña Bo Peep. Nunca haría algo que pudiera poner en riesgo su reputación. Pero la respuesta que le dio a Rook tomó por sorpresa a los dos.

—¡Hagámoslo!

Rook quedó estupefacto. No hablaba del todo en serio, pero el entusiasmo en los ojos de Alex era contagioso.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? No te estoy presionando, ¿no?

En realidad, la única que presionaba a Alex era Alex misma. Sentía que habían pasado siglos desde su última aventura real. Moría de ganas de sentir miedo de que la encontraran y extrañaba el entusiasmo de una persecución.

—Vayamos con Cornelius —dijo Alex—. Vamos a llegar en un cuarto del tiempo que nos llevaría ir a pie.

Llena de confianza, dio media vuelta y se dirigió al campo. Rook quedó helado por un momento y luego la alcanzó. Ella le gustaba más y más cada momento que pasaban juntos. Cuando llegaron al campo, Alex silbó y apareció Cornelius enseguida.

—Buenas noches, Cornelius —dijo Alex—. Rook y yo vamos al Reino de la Capa Roja a espiar a alguien. ¿Quieres unirte a esta pequeña travesura esta noche?

Cornelius estaba tan sorprendido como Rook. Nunca había conocido este lado de Alex, pero le gustaba. Asintió con su gran cabeza; quería decir: «no veía la hora de que me invitaras».

Alex y Rook se subieron al unicornio y los tres emprendieron viaje rumbo al Reino de la Capa Roja. Cuando llegaron al muro a medio construir que bordeaba el reino, había bajado el sol y la luna brillaba en el cielo lleno de estrellas titilantes. Todos los picapedreros se habían ido a sus casas por la noche, de modo que Alex y Rook no tuvieron que preocuparse de que alguien los viera entrando al reino.

Rook se bajó de Cornelius de un salto y empezó a trepar el muro en construcción.

—Es un poco difícil, pero te las vas a arreglar con ese vestido —dijo Rook desde lo alto.

Alex ni se molestó en trepar. Tomó la varita del bolsillo del vestido y la apuntó al muro. Una puerta apareció de inmediato y Alex la cruzó para entrar al reino, sin hacer el más mínimo esfuerzo.

—Ah, solo te estás luciendo —dijo Rook y bajó a donde estaba ella.

Cornelius intentó pasar por la puerta, pero no cupo.

—Quédate de ese lado del muro, Cornelius —dijo Alex—. Vamos a volver enseguida.

El unicornio se desplomó en el suelo. Estaba desilusionado de no ir con ellos, pero esperó, paciente, como Alex le había pedido. Rook la tomó de la mano y la guio a través de las colinas cubiertas de césped de las granjas de Bo Peep. Era la primera vez que un chico la tomaba de la mano. Sentía que el corazón le daba volteretas en el estómago.

A unos dos kilómetros del muro, quedaron a la vista los techos de la granja pintoresca de la pequeña Bo Peep. Era un lugar adorable y a Alex le hacía acordar a una granja de juguete que su hermano y ella tenían cuando eran chicos. El granero era grande y estaba pintado de rojo brillante con los bordes blancos. La casa era de madera y chiquita; tenía el tamaño perfecto para una sola persona y tenía un porche que rodeaba la casa. Un molino de metal se alzaba entre los dos edificios y se movía despacio con la brisa de la noche.

Había fardos de heno desperdigados por el lugar y, hasta donde los ojos alcanzaban a ver, había ovejas esponjosas, de color blanco y negro. Era como si la granja hubiera estado cubierta de nubecitas que caminaban.

Cuando estuvieron más cerca, Rook llevó a Alex detrás de un fardo para esconderse de un grupo de peones que vieron a la distancia. Los peones estaban recolectando las herramientas y guardándolas en el granero. Habían terminado el trabajo del día y se preparaban para volver a casa.

De repente, la puerta principal de la casa se abrió de par en par y la pequeña Bo Peep salió al porche. Se había quitado el bonete y tenía el cabello negro atado en un rodete tirante. Llevaba un abrigo azul, largo, sobre el vestido amarillo de volados y sujetaba el bastón con una mano y una linterna con la otra. La piel pálida le brillaba a la luz de la luna.

Al principio, la pequeña Bo parecía estar apresurada, pero se quedó en el porche cuando se dio cuenta de que los peones seguían ahí.

—¡Buenas noches, señorita Peep! —le gritaron los peones.

—¡Buenas noches, caballeros, gracias por todo el trabajo arduo de hoy! —respondió la pequeña Bo—. Hasta mañana.

Los peones se quitaron el sombrero para saludarla, se subieron al mismo carro y desaparecieron en la noche. La pequeña Bo sonrió y saludó con la mano, pero cuando estuvieron fuera de vista, la sonrisa se le transformó en una expresión sombría. Dio la vuelta completa a la casa por el porche, recorriendo con la vista toda la granja y asegurándose de que no quedara nadie.

Cuando estuvo segura de que todos los peones se habían ido, la pequeña Bo bajó los escalones del porche y se dirigió al granero. Abrió las puertas rojas, pesadas, y las cerró detrás de ella. Alex y Rook escucharon un chirrido cuando la pequeña Bo las cerró con llave desde el interior.

—¿En qué piensas que está metida? —susurró Alex.

—Vayamos a ver —Rook le hizo un gesto con la mano para que lo siguiera.

En la corrida hacia el granero, fueron lo más veloces, silenciosos y sigilosos que pudieron. Alex tropezó con el vestido varias veces y Rook tuvo que levantarla cada vez. Los dos se reían y se recordaban entre sí que debían permanecer callados. Alex no podía recordar la última vez que se había divertido tanto.

Dieron la vuelta al granero hasta que encontraron una ventana abierta. Despacio, se asomaron al alféizar de la ventana para ver dentro.

El granero estaba lleno de montañas de fardos cuadrados de heno. La pequeña Bo estaba de pie frente a la montaña más grande, en el medio del granero, y estaba bajando los fardos de a uno por vez. Gruñía y se limpiaba la frente con la punta de su abrigo. Finalmente, quedó a la vista un objeto grande, rectangular, cubierto con una manta. La pequeña Bo había escondido algo en medio del heno.

Tiró de la manta que cubría el objeto y Alex tuvo que cubrirse la boca con la mano para no gritar.

—¡Eso es un espejo mágico! —susurró Alex—. ¡La pequeña Bo Peep está escondiendo un espejo mágico en su granero!

—¿Estás segura de que es mágico? —preguntó Rook.

—Muy segura —el espejo tenía un marco plateado, grueso, con grabados de flores y el reflejo era tan nítido que no podía ser un espejo ordinario.

La pequeña Bo se miró al espejo y se arregló unos mechones del cabello que se le habían caído en el rostro. Cuando estuvo contenta con su apariencia,

apoyó con cuidado la palma de una mano sobre el vidrio. El espejo cobró vida de inmediato, como cuando una roca cae en las aguas calmas de un lago.

La pequeña Bo se acercó lo más que pudo al espejo sin tocarlo.

—¿Estás ahí, mi amor? —susurró con dulzura. Tenía los ojos bien abiertos y ansiosos mientras esperaba. Parecía un cachorro que espera la llegada de su dueño.

Apareció la silueta oscura de un hombre en la superficie ondulante del vidrio.

—Sí —anunció una voz grave y ronca.

La pequeña Bo sonrió y apretó las dos manos contra el espejo.

—Te extrañé tanto hoy —dijo—. Habría venido antes, pero los peones trabajaron hasta tarde.

—¿Cómo te fue en la Casa del Progreso? —preguntó el hombre.

—Todo salió como lo habíamos planeado —la pequeña Bo estaba contenta de compartir las noticias—. Ojalá hubieras estado ahí para escucharme; fui muy convincente. A nadie se le habría ocurrido pensar nada sobre mí que no fuera que estoy muy apasionada por el reino.

—Bien —dijo el hombre—. Asegúrate de seguir así.

El tono duro del hombre puso triste a Bo.

—¿Qué ocurre? No pareces el de siempre —dijo ella y miró el espejo de cerca para verle mejor la silueta.

—Cada día que estoy encerrado aquí es más difícil que el anterior —dijo —. Empiezo a dudar de si alguna vez estaré libre.

—¿No confías en mí? —preguntó la pequeña Bo, triste.

—Confío en tus intenciones, mi cielo, pero no quiero ilusionarme hasta que no te coronen reina —dijo—. La miseria ocupa el vacío que deja la esperanza cuando el mundo te decepciona.

La pequeña Bo apretó el cuerpo contra el vidrio, apasionada.

—Voy a encontrar la forma de sacarte de ahí, aunque sea lo último que haga —dijo—. Dentro de poco tiempo seré reina y tendré un mundo de oportunidades a mi alcance. Agotaré todos los recursos en mi poder hasta tenerte en los brazos de nuevo.

La silueta hizo silencio.

—Ya lo veremos —espetó con frialdad.

—Tienes que creer en mí —dijo la pequeña Bo—. No puedo hacer esto sin tu confianza.

La silueta desapareció lentamente y el vidrio del espejo se volvió sólido.

—¡No! ¡Vuelve! ¡Por favor, vuelve! —rogó la pequeña Bo, pero el hombre no regresó.

La pequeña Bo apoyó el espejo sobre el suelo. Se puso de rodillas y enterró su cabeza entre las manos. Lloraba sin hacer mucho ruido. Cuando dejó de llorar, tomó el espejo y volvió a armar la montaña de heno para esconderlo.

—Nos conviene volver ahora, antes de que termine —sugirió Rook.

Alex estuvo de acuerdo y se dirigieron, sigilosos, hacia el lugar por donde habían llegado. Estuvieron callados hasta que se acercaron al muro y, luego, volvieron al Reino de las Hadas en el lomo de Cornelius.

Mientras viajaban a casa en el unicornio veloz, Rook preguntó:

—¿Qué estaba haciendo la pequeña Bo Peep con ese espejo mágico? ¿Y quién es el hombre que está atrapado dentro?

Alex se había hecho las mismas preguntas.

—No tengo idea —dijo ella—. Me siento mal por ella. Una vez que alguien queda encerrado en un espejo mágico, es casi imposible sacarlo. Y sea quien sea el hombre, parecía que la pequeña Bo lo amaba mucho.

—Esa es la verdadera razón por la que quiere ser reina, entonces —dijo Rook—. Piensa que si se convierte en reina será más fácil encontrar una manera de liberarlo.

—Y por lo que parece, el hombre no está atrapado desde hace mucho —comentó Alex—. Después de estar encerradas un tiempo en un espejo, las personas empiezan a olvidar quiénes son. Los pensamientos y los recuerdos se les borran y, al final, lo único que pueden hacer es reflejar el mundo que los rodea. La mente de ese hombre estaba intacta. Le deben haber lanzado la maldición hace poco y esa debe ser la razón por la que la pequeña Bo decidió enfrentar a la reina hoy.

—Sabes demasiado sobre los espejos mágicos —comentó Rook.

—Tuve un poco de experiencia con ellos —asintió Alex—. Y la pequeña Bo no es la primera en pensar que el trono es la solución para rescatarlo. No muchas personas saben esto, pero el hombre atrapado en el espejo de la Reina Malvada era su enamorado, también. La vanidad de la reina y todas las cosas horribles que le hizo a Blancanieves fueron en cierta medida intentos de salvar lo poco que quedaba de él.

—Ah, bueno —dijo Rook con los ojos sonrientes—. Tenía miedo de que tuvieras encerrados a todos los otros chicos con los que sales a caminar dentro de una colección de espejos mágicos.

Se rieron juntos de ese pensamiento.

—Deja de darme ideas —bromeó Alex—. Además, eres el primer chico con el que salgo a caminar, así que mi colección sería demasiado pequeña.

Que Alex dijera eso hizo que Rook se sintiera el chico más especial del mundo, y la forma en la que miró a Alex hizo que ella se sintiera la chica más especial. Cuanto más cerca estaban del Reino de las Hadas, más juntos se sentaban sobre el unicornio. Enseguida llegaron al campo que estaba fuera de los jardines de las hadas y Rook ayudó a Alex a bajar de Cornelius. Se miraron a los ojos; sabían que la noche estaba por terminar.

—Se está haciendo tarde —dijo Rook mirando el cielo—. Debería volver a casa antes de que mi papá se preocupe.

—Me divertí tanto esta noche —confesó Alex—. Gracias por esta aventura. La necesitaba mucho.

—¿Cuándo puedo volver a verte? —Rook había querido hacer esa pregunta desde que dejaron el Reino de la Capa Roja—. Si es que quieres verme de nuevo, claro.

—Me gustaría mucho —respondió Alex—. Mañana tengo este baile de hadas al que tengo que ir, pero ¿quizá podemos vernos otra vez cuando termine la semana?

—No veo la hora —la miraba a los ojos tan profundamente que ella sentía que le estaba mirando el alma. Él se le acercó, y el corazón se le empezó a agitar: ¿haría lo que ella pensaba que haría? ¿Estaba lista? Pero cuando los labios estuvieron a punto de tocarse, Rook se alejó de ella y empezó a caminar hacia su casa.

—Por más aventuras —dijo.

—Por más aventuras —repitió Alex.

—Buenas noches, Alex —dijo él y desapareció entre los árboles.

La muchacha suspiró y se inclinó sobre Cornelius en busca de apoyo. El corazón le latía al ritmo de una sinfonía gloriosa que le sonaba en la mente. Sentía que flotaba sobre ella misma. Nunca había querido tanto estar con alguien como quería estar con Rook. La presencia de él le daba un propósito que no podía explicar.

Alex le dio las buenas noches a Cornelius con unas palmadas en la cabeza y caminó hacia el Palacio de las Hadas. No podía evitar dar saltitos; estaba llena de entusiasmo, risitas, mariposas…



Capítulo ocho

El baile inaugural de las hadas

Llegó el día del Baile Inaugural de las Hadas y el Reino de las Hadas entero se unió en celebración. Hacía dos años, cuando Alex descubrió por primera vez los jardines de las hadas y el Palacio de las Hadas, no hubiera creído que el reino podía lucir más mágico todavía. Pero cuando despertó esa mañana, miró por la ventana y vio el resultado de todo el trabajo que habían puesto las hadas para que ese día fuese lo más especial posible, se dio cuenta de que se había confundido. Un arcoíris doble, que nunca desaparecía, se arqueaba sobre el reino. Las nubes, esponjosas, tomaban la forma de flores, animales e insectos mientras flotaban por los aires. El aire estaba lleno de burbujas de todos los tamaños, y algunas transportaban a las hadas más pequeñas de un rincón del reino al otro. Las plantas estaban más grandes y brillantes que lo normal y se balanceaban gracias a una suave brisa. Esporádicamente, explotaban unos géiseres altos de las lagunas y los lagos, y nunca salían del mismo lugar.

El reino no pudo estar más mágico que cuando se puso el sol y aparecieron las estrellas. Brillaban con fuerza en el cielo nocturno, y las estrellas fugaces dejaban un rastro resplandeciente que daba la impresión de que llovía polvo de estrellas. El Palacio de las Hadas estaba más radiante que nunca, como si estuviera cubierto con millones de lucecitas en miniatura. Sobre el palacio, estallaban fuegos artificiales en cámara lenta que iluminaban con colores brillantes los jardines y los cuerpos de agua.

Empezó el baile en el salón principal de la planta baja del Palacio de las Hadas, y los sonidos de celebración se volvían más y más fuertes a medida

que llegaban más y más hadas de distintas partes del reino. Alex aún se encontraba en su habitación; estaba muy nerviosa y no se animaba a unirse a los festejos. Todos estaban esperando que ella llegara, todos habían venido a verla a ella; no se sentía cómoda con toda esa atención.

Alex había estado de pie frente al espejo durante horas. Transformaba mágicamente su vestido en otros diferentes y cada uno era más excéntrico que el siguiente, hasta que se conformó con uno simple, blanco, y guantes que hacían juego. Incluso se peinó el cabello de una forma que hubiera puesto orgullosa a la Reina Roja.

Lucía hermosa y, más importante aun, se sentía hermosa. Le hubiera gustado haber podido saber cómo luciría en el futuro cuando tenía seis años. Habría crecido con más confianza si hubiera sabido que iba a verse así. Más que nada, deseaba que su hermano y su mamá la vieran.

El trocito de vidrio que Alex había cortado de su espejo para comunicarse con su hermano durante el viaje no había dejado de brillar en todo el día. Alex suponía que él estaba pasándola como nunca en Alemania y quería contarle todo sobre el viaje. Ella se moría de ganas de escuchar todo, pero dejó el vidrio a un lado; no quería que él le hiciera burlas o comentarios sarcásticos sobre su vestido o el baile de esa noche… Ya estaba muy asustada.

Hubo un llamado a la puerta, y Tangerina y Cielene entraron en su habitación.

—Hola, hola —saludó Tangerina—. Vinimos a ver cómo estabas.

—Todos te están esperando abajo —explicó Cielene.

Alex perdió toda confianza en su apariencia cuando vio los encantadores vestidos que tenían ellas. Tangerina lucía un vestido cuadrado hecho de un panal de abejas. Alrededor del cuello le volaban abejas vivas como si fueran joyas flotantes y, de las orejas, le caían gotas de miel que formaban un par de aretes. Cielene tenía el cabello largo peinado hacia arriba en forma de nenúfar. El vestido estaba hecho de agua que fluía sin parar; empezaba en el cuello y caía por todo el cuerpo, y terminaba justo antes de tocar el suelo. Parecía que tenía puesta una cascada.

—Las dos están increíbles —dijo Alex, asombrada.

—¿Eso te vas a poner? —preguntó Cielene. Tangerina y ella intercambiaron una mirada que hizo que Alex sintiera que no se había vestido para nada acorde a la ocasión.

—Sí —afirmó Alex con confianza, para reconstruir su autoestima—. Las dos me dijeron que debo vestirme como quiero que me recuerden, ¿no? Este

vestido es elegante, pero simple. Sirve para la ocasión sin ser muy llamativo y no atrae tantas miradas. Así quiero que sea mi reputación.

Las hadas asintieron con la cabeza.

—Es tieeerno… —dijo Tangerina por fin.

No parecían convencidas, e hicieron que Alex se sintiera más desanimada que nunca.

—No puedo hacer esto —dijo al fin, y se sentó en la cama—. No estoy hecha para que todas las miradas estén en mí ni para aguantar tanta presión. Soy el tipo de chica que solo quiere ir al baile, no quiero ser la reina del baile.

Tangerina y Cielene se le sentaron una a cada lado.

—Vas a tener que disculpar al reino —dijo Tangerina—. El último Baile Inaugural de las Hadas se canceló cuando supimos lo destructiva que era Ezmia. Hace mucho tiempo que no teníamos razones para festejar. Estamos todos muy emocionados, quizá demasiado emocionados.

—Ni puedo imaginar lo abrumador que esto debe de ser para ti —asintió Cielene—. Y me parece que no ayudamos mucho. Tal vez, te confundimos sobre el verdadero propósito de esta noche.

—Entonces, ¿no tengo que vestirme como quiero que me recuerden? —preguntó Alex.

—Olvida lo que dije sobre eso, Alex —dijo Tangerina—. Ser un hada significa que debes serle fiel a la bondad de tu corazón y no hay nada más fiel a eso que llevar el corazón en la manga.

—Y cuanta más honestidad demuestres en tu apariencia, más van a recordarte y admirarte por eso —agregó Cielene.

Alex pensó lo que le decían durante un instante, pero no estaba segura de entenderlo por completo.

—Entonces, ¿tendría que vestirme con mis sentimientos?

—Es una forma de decirlo —respondió Cielene.

—Pero si de verdad crees que este vestido te representa, no vas a arrepentirte de usarlo abajo —afirmó Tangerina.

—Te vamos a dejar sola un momento para que lo pienses —dijo Cielene —. No hay apuro. Baja cuando estés lista.

Las dos le dieron una palmada en el hombro y se dirigieron a la puerta.

—Ah, Alex —dijo Tangerina antes de irse—, no pienses que tú no eres una razón para festejar.

Las hadas le dedicaron una sonrisa afectuosa a Alex y se fueron de su habitación. Ella se puso de pie frente al espejo de nuevo y, esta vez, miró su corazón en lugar de su apariencia.

Durante ese año, Alex había vivido tantas etapas nuevas: vivir en una nueva dimensión, aprender magia, salir a caminar con chicos, estar lejos de su familia por primera vez. Todo era aterrador y emocionante a la vez, y quería que su vestido reflejara eso.

Alex cerró los ojos y pensó en el vestido perfecto. Levantó la mano y, con un estallido brillante, transformó el vestido una vez más…



El salón principal del Palacio de las Hadas estaba decorado a la perfección. Gracias a un hechizo, los arcos y columnas que eran siempre dorados cambiaban de color a medida que avanzaba la noche. Una pequeña banda de flautas y cuerdas mágicas tocaba música por sí misma en un rincón. Habían vaciado el salón y lo habían llenado de mesas repletas de comidas y bebidas.

Había cientos y cientos de hadas, y todas eran diferentes: hadas acuáticas que brillaban con el rocío, hadas del jardín cubiertas de hojas, hadas con alas de colores, hadas que brillaban como si estuvieran hechas de luz y haditas del tamaño de los insectos. La mayoría estaba en el suelo charlando, mientras que otras se encontraban suspendidas en el aire.

El Hada Madrina estaba en el centro del baile y hacía de anfitriona, saludando a todos los que se le acercaban. Tenía puesto su mejor traje, que brillaba como el cielo nocturno, y el aire a su alrededor también brillaba esa noche, como si su aura se hubiera vestido para la ocasión.

Mamá Gansa y Lester se habían acomodado junto a una mesa de bebidas; trataban de evitar a las hadas a toda costa. Mamá Gansa servía copas de jugo para ella y el ganso grandote y les agregaba una medida de lo que llevaba en su termo de metal.

Tangerina y Cielene esperaban al pie de las escaleras a que bajara Alex.

—Espero que le hayamos levantado el ánimo —comentó Tangerina—. La pobrecita estaba aterrada.

—Va a bajar cuando esté lista —aseguró Cielene.

—Ah, ¡mira! Ahí viene —señaló el hada hacia las escaleras.

Cielene le dio golpecitos a su copa, emocionada, hasta que el salón estuvo en silencio.

—Señoras y señores, niñas y niños, estamos felices de presentarles al hada del momento —anunció—. Es el hada más joven en unirse al Consejo de las Hadas y a la Asamblea del Felices por Siempre; la única hada que, gracias a su inteligencia, pudo derrotar a la Hechicera, ¡y que será también la futura

Hada Madrina! Por favor, ¡démosle una cálida bienvenida a la increíble Alex Bailey!

Cielene hizo un gran gesto para señalar las escaleras y el salón explotó en aplausos. Alex bajó los escalones y el salón entero quedó asombrado cuando vio su atuendo. Se había dejado el vestido blanco, pero ahora lo tenía cubierto con miles de mariposas que no dejaban de moverse. Las mariposas se sacudían y revoloteaban al ritmo del corazón nervioso de Alex, pero no se iban volando.

Tangerina y Cielene fueron las primeras en recibirla y decirle maravillas de su vestido. Mamá Gansa y Lester levantaron las copas en su dirección desde la mesa de bebidas. El Hada Madrina le sonrió con orgullo desde el centro del salón. Se acercó a saludar a su nieta al pie de las escaleras, la tomó de la mano y la guio al centro de la sala.

El palacio estaba lleno de hadas que Alex nunca había visto antes, pero a excepción de Tangerina y Cielene, el resto de los miembros del Consejo de las Hadas no estaban a la vista.

—Abuela, ¿dónde están todos? —preguntó Alex—. ¿Vienen Rosette, Amarello, Emerelda, Violetta y Coral?

—Están por llegar —dijo el Hada Madrina—. Están esperando que empecemos.

—Empecemos… ¿qué? —preguntó Alex y le dio a su abuela una mirada sospechosa.

—Ya vas a ver —le respondió su abuela, y escondió la sonrisa.

Cielene volvió a golpear la copa para tener la atención de todos otra vez.

—Esta noche, estamos aquí para celebrar a una chica que, durante los últimos meses, ha demostrado sabiduría y habilidades que exceden la edad que tiene. Sin embargo, antes de que se una oficialmente al Consejo de las Hadas y a la Asamblea del Felices por Siempre, hay cuatro pruebas sagradas que tiene que pasar: la prueba del coraje, la prueba de la gracia, la prueba de la bondad y la prueba del corazón.

Las mariposas en su vestido revoloteaban con fuerza.

—Abuela —dijo Alex con los ojos enormes—, nunca me dijiste que me iban a evaluar en el baile.

Una sonrisita apareció en el rostro del Hada Madrina.

—No quería preocuparte —respondió—. Relájate, querida. Ya has pasado las primeras tres sin darte cuenta.

—¡Por favor, hagan lugar! —exclamó Cielene, y la muchedumbre se dividió a ambos lados de la sala y dejó a Alex sola en el centro. Un haz de luz

brillante iluminó el fondo de la sala y, de repente, aparecieron siete podios y un asiento a cada lado de ellos. Eran los puestos oficiales de los miembros del Consejo de las Hadas y, si pasaba las pruebas, Alex ganaría un asiento entre ellos.

Mamá Gansa era la presentadora de la primera prueba. Se acercó a Alex y le puso un brazo alrededor.

—A los trece años, Alex demostró su coraje al mundo cuando derrotó a la Hechicera Malvada —dijo Mamá Gansa a los invitados—. Alex logró hacer lo que ni cinco reinas ni cuatro reyes ni diez hadas pudieron hacer. Descubrió la manera de ser más inteligente que Ezmia. No le importó si iba a sobrevivir o no. No le importó otra cosa que salvar a las personas que amaba. Entonces, Alex, es mi privilegio informarte que, sin dudas, has pasado la prueba del coraje.

Las hadas aplaudieron y Mamá Gansa tomó su asiento junto a los podios. Cuando se sentó, cuatro personas conocidas se hicieron paso entre la muchedumbre de hadas y dieron un paso al centro del salón, junto a Alex: eran la anciana y sus tres nietas mimadas a las que Alex había ayudado en el Reino Encantador.

—Espera, ¿qué hacen ellas aquí? —preguntó Alex.

De repente, aparecieron unas luces brillantes que empezaron a dar vueltas alrededor de la anciana y sus nietas. Alex miraba, sorprendida, cómo la mujer se transformaba en Emerelda y las tres nietas se transformaban en Rosette, Violetta y Coral.

—¿Eran ustedes cuatro? —preguntó Alex, impresionada, y una sonrisa le vino al rostro.

Las cuatro estaban más hermosas que nunca. Emerelda tenía un vestido largo hecho de pequeñas esmeraldas. El vestido de Rosette era rojo y de muchas capas que hacían que la base pareciera una rosa que le rodeaba las piernas. Violetta tenía un vestido morado con un cuello alto con forma de violeta. El vestido de Coral estaba hecho de pétalos rosados, y Pececín, el pez con patas que tenía de mascota, estaba en sus manos y tenía un corbatín que hacía juego.

—Ser un hada no quiere decir que vayan a valorarte siempre —dijo Emerelda—. Pero incluso cuando la sometieron a una casa grosera en la que no era bienvenida, Alex mantuvo un comportamiento amable y elegante. Ella entiende que cuando eres un hada, no importa a quiénes ayudas, sino cómo ayudas. Ha pasado la prueba de la gracia.

Las hadas del salón volvieron a aplaudir. Rosette, Cielene, Tangerina, Emerelda, Violetta y Coral fueron a sus podios respectivos. Solo faltaba un hada.

De repente, antes de que Alex se diera cuenta, Cornelius galopó a toda velocidad hasta el centro del salón, llevando a Amarello en el lomo. Frenaron junto a ella y el hada se desmontó del unicornio.

—¡No me digas que tú eras una prueba también! —dijo Alex a su unicornio y se llevó las manos a la cadera con humor. El unicornio asintió con la cabeza gigante, feliz.

Amarello tenía un traje amarillo fuerte con una capa larga de llamas titilantes. Se dirigió a la muchedumbre, empapándose de toda la atención.

—De todos los unicornios del bosque que Alex pudo haber escogido, eligió a este —les dijo a todos.

Cornelius refunfuñó con fuerza, como para decir: «Tengo nombre».

—Alex le dio a este unicornio la oportunidad de demostrar que tenía valor, incluso cuando los unicornios de su propia manada lo habían despreciado —continuó Amarello—. Ella ha demostrado que la pasión es más importante que la apariencia y, debido a eso, ha pasado la prueba de la bondad.

Las hadas volvieron a aplaudir. Cornelius se puso sensible y tuvo que limpiarse los ojos con un mantel. Amarello se unió a las otras hadas en los podios y completó el arcoíris de colores. A continuación, el Hada Madrina se acercó a Alex. El salón hizo silencio de inmediato; todos sabían que la presentación de la última prueba estaba por comenzar.

—Alex, hay una última prueba que tienes que completar y la tienes que completar aquí, delante de todos —explicó su abuela con tono severo, aunque era más que nada para el espectáculo—. Es la prueba del corazón y no puede probarse con la varita, sino con palabras. ¿Estás lista?

Las manos de Alex temblaban. Había tenido miedo de que hubiera un momento así: un momento en el que podía defraudar a todo el Reino de las Hadas si no pasaba la prueba. Alex se pasó la lengua por los labios y asintió con la cabeza.

—Sí, estoy lista.

—En tus propias palabras, dinos por qué deberías unirte al Consejo de las Hadas y a la Asamblea del Felices por Siempre —dijo el Hada Madrina.

Para Alex, era difícil pensar con tantos pares de ojos mirándola. Se miró el corazón para encontrar la mejor respuesta. Pensó en todas las personas a las que había ayudado desde que era un hada y en todas las personas que la

ayudaron a ella antes de que lo fuera. Pensó en las hadas a su alrededor y en el granjero Robins y Rook, y trató de armar una respuesta con la que todos estuvieran conformes.

—Porque… porque… —dijo Alex con la voz temblorosa—. Porque sé cómo es la vida sin magia. Y sé lo que es esforzarse y trabajar duro por lo que uno quiere. En este momento, pienso que a las personas fuera de este reino les cuesta creer en nosotros porque no ven cómo podríamos entender, de verdad, cómo es la vida para ellos. Y con el tiempo, pienso que puedo convertirme en el hada en quien van a confiar y de la que van a depender, porque siempre voy a ser uno de ellos.

El salón se mantuvo en silencio mientras esperaba el resultado. El Hada Madrina dio media vuelta y miró a los espectadores.

—Ha pasado la prueba del corazón —declaró.

Las hadas estallaron en aplausos estruendosos. El Hada Madrina tomó su asiento junto a los podios y el Consejo de las Hadas estuvo completo. Junto a ella, apareció de la nada una nueva silla dorada. Alex se acercó a la silla y acarició el apoyabrazos. Por fin, era un miembro oficial del Consejo de las Hadas y la Asamblea del Felices por Siempre, y tenía su propia silla como prueba.

El Hada Madrina se le acercó.

—Te dije que no había de qué preocuparse.

Alex le sonrió.

—No puedo creer que me hayan estado evaluando toda la semana —les dijo a los otros miembros del consejo.

—Sabíamos que no nos ibas a defraudar —aseguró Amarello.

—Felicitaciones, Alex —dijo Emerelda.

—Bien hecho —agregó Rosette.

—¿No vas a probar tu asiento? —preguntó Coral.

Alex se sentó en la silla por primera vez. No podía negar que era un sentimiento muy lindo estar sentada a la par del resto de los miembros del consejo y con un propósito.

La celebración continuó, y Alex no dejó de recibir felicitaciones de hadas que nunca había visto. En un punto, se dio cuenta de que había alguien detrás de una columna cercana. Hubiera jurado que lo conocía. Era más alto que ella y tenía un viejo traje que le quedaba un poco grande. Una máscara de plumas le cubría el rostro.

La había estado mirando durante toda la noche, pero nunca se había acercado a felicitarla o saludarla. Cuanto más lo miraba Alex, más nervioso se

ponía. En cierto momento, la atención que ella le prestaba debió haberle preocupado mucho porque se marchó del palacio. La curiosidad de Alex se apoderó de ella y decidió seguirlo.

—Abuela, ¿puedo salir de la fiesta durante unos minutos? —preguntó Alex.

—¡Claro, querida!

Alex salió, apresurada, del salón principal y bajó los escalones centrales del Palacio de las Hadas. Sintió que algo crujía bajo sus pies y descubrió que la persona en cuestión se había quitado la máscara y la había tirado en los escalones. Miró adelante y lo vio corriendo hacia los jardines.

—¡Ey! —gritó Alex. Pero él no se dio vuelta.

Lo persiguió lo más deprisa que pudo con ese vestido. Cada vez que estaba cerca y a punto de ver quién era, él giraba y tomaba otro camino de los jardines. Alex sentía que lo estaba persiguiendo en un laberinto de plantas y flores de colores. Finalmente, lo alcanzó en un puentecito que cruzaba una laguna.

—¡Quieto! —ordenó—. ¡Si no me muestras quién eres, voy a usar mi varita!

Despacio, él se dio vuelta y su rostro quedó iluminado por completo a la luz de la luna.

—¿Rook? —gritó Alex sin aliento.

—Hola, Alex —dijo él, avergonzado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

—Lo siento, no quería escapar de ti. Lo único que quería era verte de nuevo. Pensé que podía escabullirme en la fiesta y sorprenderte, pero cuando te vi y descubrí que era tu baile, tuve que quedarme.

Alex no sabía qué decir. No había sido su intención mantener en secreto quién era, pero hubiera querido que se enterara de otra forma.

—Rook, perdona que no te conté toda la historia sobre quién soy —dijo Alex—. Tenía miedo de asustarte si te decía todo.

Rook la miró durante un momento y luego asintió con la cabeza.

—Así que eres la próxima Hada Madrina, ¿eh?

—Sí —respondió Alex, avergonzada.

—¿Y tú eres el hada que venció a la Hechicera? —preguntó.

—Soy culpable de eso también —respondió ella.

Rook se tomó un minuto para acomodar los pensamientos en su cabeza. Miraba los jardines con total desconcierto.

—Esto es malo —dijo sacudiendo la cabeza—. No sé qué voy a hacer con esto.

Alex sintió que el corazón se le caía en el estómago.

—Rook, sigo siendo yo —rogó—. Soy la misma hada que conociste en la granja y con quien caminaste ayer.

Para el alivio de Alex, Rook levantó la mirada y sonrió.

—No quise decir eso —aclaró y dio un paso hacia ella—. Pensé que eras increíble la primera vez que te vi, y cuanto más pienso en ti, más increíble me pareces. Ahora que sé lo impresionante que eres en verdad, no estoy seguro de poder dejarte ir nunca.

—Ah —dijo Alex. El corazón empezó a darle vueltas y las mariposas empezaron a revolotear—. Bueno, eso es muy… muy… lindo.

—Me haces muy feliz, Alex, de formas que no puedo explicar —añadió el muchacho.

—Tú me haces muy feliz también, Rook —afirmó ella—. Una de las razones por las que llevo mariposas hoy es para que hagan juego con las mariposas que tú me provocas cuando pienso en ti.

Rook se le acercó aún más y le puso una mano en la mejilla. La miró a los ojos durante un momento y luego acercó su cabeza a la de ella. El corazón de Alex estaba a punto de salírsele del cuerpo de un latido. Las mariposas movían las alas más y más rápido a medida que él se acercaba. En el instante en que Rook la besó por primera vez, salieron volando.



En el salón, continuaba la celebración a pesar de la ausencia de Alex. El Hada Madrina estaba sentada en su silla y miraba, alegre, la fiesta a su alrededor. Había sido una noche espectacular y no podía estar más orgullosa de su nieta. Sin embargo, la fiesta la había agotado y se sentía muy cansada y un poco débil.

—Es una fiesta maravillosa —dijo Mamá Gansa acercando su asiento al del Hada Madrina—. Nada le va a ganar al baile que organicé durante las Cruzadas, pero esta fiesta podría estar cerca, en el segundo lugar.

—Sí, creo que todos la están pasando bien —dijo el Hada Madrina con dulzura.

—¿Te sientes bien, HM? —preguntó Mamá Gansa—. No tienes mucho espíritu festivo.

—Estoy contenta de que este día haya llegado —respondió—. El Reino de las Hadas puede estar tranquilo de que su futuro se encuentra en buenas manos.

Mamá Gansa la miró con atención. Sabía que algo andaba mal, aunque no lo tuviera escrito con claridad sobre el rostro.

—Te conozco desde hace siglos. Sé cuándo hay algo que te preocupa —dijo.

El Hada Madrina suspiró.

—¿Puedo confiar en ti? —le preguntó a su vieja amiga.

—Por supuesto —respondió Mamá Gansa—. Si te diera una moneda de oro por cada secreto mío que tú guardaste, estaría en la ruina.

El Hada Madrina la miró a los ojos.

—Años atrás, cuando anuncié que Ezmia era mi heredera, siempre había algo en el fondo de mi mente que me decía que no era lo que debía ocurrir —dijo—. No le presté atención, pero luego me di cuenta de que ese sentimiento era intuición. Ahora que anuncié que Alex es mi heredera, tengo otro sentimiento al que le tengo que prestar atención.

—¿Qué es? —preguntó Mamá Gansa—. ¿Tienes dudas sobre Alex, también?

—Al contrario —respondió el Hada Madrina—. Después de entrenarla durante meses y luego de verla entre los miembros del consejo esta noche, me siento optimista… y cansada.

—¿Cuán cansada? —preguntó Mamá Gansa.

—Nunca me había sentido más cansada en la vida —respondió el Hada Madrina.

El rostro de Mamá Gansa se puso triste.

—¿Me estás diciendo lo que pienso que me estás diciendo?

El Hada Madrina asintió con la cabeza.

—Sí —dijo con una sonrisa amarga—. Tú y yo somos las únicas con la edad suficiente para saber cómo funciona la magia en estas situaciones. Sabemos qué se puede esperar. Pero, por favor, recuerda que son buenas noticias. Quiere decir que por fin encontramos a la verdadera heredera y que ella está lista.

Mamá Gansa no dijo ni una palabra. Tomó al Hada Madrina de la mano y sonrió lo más que pudo, dada la noticia.

—Creo que me iré a dormir —anunció el Hada Madrina—. Si ves a Alex, dile que la veré mañana.

El Hada Madrina desapareció lentamente entre nubes llenas de brillos; estaba muy cansada como para subir las escaleras.

De repente, se dispersó la muchedumbre del salón. Algo estaba causando conmoción en el centro y todos se alejaban de ahí lo más rápido que podían. Tres brujas enfurecidas acababan de llegar al palacio y se hacían oír en su camino al centro del salón.

Las tres tenían una capa negra, larga, deshilachada, y las tres olían terrible. Una bruja tenía ojos de gato y paja en lugar de cabello, a otra le faltaba un ojo, pero tenía dos grandes narices, y la tercera tenía la piel tan suelta que parecía que se estaba derritiendo como cera y que se le iba a caer de la cara. Cacareaban con fuerza a las hadas asustadas que se alejaban de ellas.

Los ocho miembros del Consejo de las Hadas formaron un círculo alrededor de las brujas. Era obvio que habían venido a causar problemas.

—¿Qué vienen a hacer aquí? —les preguntó Emerelda.

—Vinimos al Baile Inaugural de las Hadas, claro —respondió la bruja de un solo ojo con voz chillona.

—No las invitamos —replicó Violetta—. Esta celebración es para hadas únicamente.

—Están rompiendo las leyes de la Asamblea del Felices por Siempre al estar en nuestro palacio —amenazó Amarello—. Las brujas no pueden entrar en este reino, y ustedes lo saben.

—Hagan cumplir esas leyes ahora que las tienen, porque dentro de poco tiempo, no va a existir ninguna asamblea con la que amenazarnos —advirtió la bruja de un solo ojo.

Las hadas susurraban entre ellas. ¿Qué quería decir la bruja? Amarello se puso nervioso y no se preocupó por averiguarlo.

—Váyanse ahora mismo, o las encerraremos en la prisión de Pinocho —amenazó.

Las brujas cacarearon más fuerte frente a ese intento de asustarlas.

—Pero si nos vamos, nunca van a recibir nuestro regalo —dijo entre dientes la bruja con ojos de gato—. No hicimos todo el viaje hasta aquí con las manos vacías.

—No queremos sus regalos —respondió Tangerina. Las abejas que le volaban alrededor del cuello y las muñecas aleteaban a un ritmo rápido—. Vuelvan al lugar del que salieron, sea cual sea.

—Confíen en nosotras… Quieren lo que tenemos para ofrecerles —aseguró casi sin aliento la bruja con piel de cera—. Más que un regalo, es una

profecía. Es algo que las brujas hemos guardado durante mucho tiempo, pero como esta es una noche de gala, pensamos en compartirla con ustedes.

—Tampoco queremos escuchar su ridícula profecía —dijo Rosette.

—¡Yo sí! —admitió Coral con voz aguda y en nombre de todas las hadas curiosas de la sala—. No puede hacernos nada malo escuchar la información que quieren darnos.

Los miembros del Consejo de las Hadas se miraron, pero ninguno lo objetó.

—Bueno —dijo Emerelda—. Si las brujas prometen dejarnos en paz una vez que terminen, pueden compartir el mensaje con nosotros.

Las brujas le fruncieron el ceño a la audiencia de hadas. Se tomaron de las manos y formaron un círculo. Levantaron la vista al cielo y los ojos y la boca les empezaron a brillar. Una brisa fuerte atravesó el palacio cuando las brujas cantaron al unísono:

Hadas, escuchen bien lo que vamos a decir,
porque hay verdad en lo que podemos predecir.
«Felices por siempre» se va a terminar,
cuando una vieja amenaza logre llegar.
Uno por uno, todos los reinos caerán,
a causa de luchas y guerras que comenzarán.
Con sangre de hadas quedarán los reinos marcados,
cuando llegue un ejército de miles de soldados.

Las brujas aullaron de la risa por la conclusión de la profecía. Todas las hadas tuvieron que cubrirse las orejas por los alaridos.

—Váyanse del palacio antes de que las convierta en cenizas —exclamó Amarello, y su cuerpo se puso en llamas.

—Sí, y antes de que haga desaparecer las cenizas, ¡como si nunca hubieran existido! —agregó Mamá Gansa.

Las brujas dejaron el palacio riendo lo más fuerte que pudieron hasta que salieron. Las hadas se miraron, nerviosas. ¿Tenían razones para creer en lo que acababan de decir las brujas? ¿En verdad venía un ejército de miles de soldados? ¿De dónde?

—No se preocupen —dijo Emerelda—. Eso no fue más que un intento de arruinar nuestra noche y no dejaré que lo logren. Opino que sigamos con

nuestro festejo en los jardines, donde podemos celebrar bajo las estrellas.

Las hadas aplaudieron y Emerelda guio a todos los invitados a través del salón y fuera del palacio.

—¿No vienes, Mamá Gansa? —preguntó Coral antes de irse con las demás.

Mamá Gansa era la única que se había quedado atrás.

—Claro, salgo en un minuto.

—Bueno —dijo Coral y se fue volando con las demás.

Los ojos de Mamá Gansa se balanceaban de derecha a izquierda y le aparecieron unas gotas de sudor en la frente. Era la única persona para quien la profecía tenía sentido. Todo lo que habían predicho las brujas estaba conectado con un secreto oscuro que Mamá Gansa había guardado durante mucho tiempo; un secreto que no le había contado a nadie, ni siquiera al Hada Madrina.

Pero años atrás, Mamá Gansa había hecho todo lo posible para asegurarse de que el ejército no pudiera llegar. ¿Continuaba viva la amenaza?

Había solo una forma de averiguarlo y había solo una persona que podía ayudarla, y estaba a mundos de distancia.

Mamá Gansa tomó un largo trago de su termo de metal y se subió a la espalda de Lester. Lo guio a la ventana del cuarto de Alex. La anciana entró por la ventana y miró a su alrededor. En un rincón, encontró un espejo mágico y tocó el vidrio. No hubo respuesta, y Mamá Gansa recorrió la habitación con los ojos, desesperada. En la mesa de luz de Alex, encontró el trocito de vidrio que faltaba y, aliviada, vio que estaba titilando: él quería contactarse con Alex en ese instante.

Levantó el trozo de espejo y apareció el rostro redondo, lleno de pecas, de la persona que ella quería contactar.

—Ay, señor C, gracias a Dios eres tú —le dijo Mamá Gansa a Conner—. Escucha, tenemos que hablar. Necesito tu ayuda…



Capítulo nueve

La interrupción del viaje

Conner les hizo creer a todos que estaba enfermo y pasó los últimos dos días en Alemania encerrado en la habitación. Mientras la directora y sus compañeras de clase iban a los museos y los monumentos históricos, él trabajaba de sol a sol para contactarse con su hermana. Vivía de emparedados y refrescos de una máquina expendedora en el corredor y siestas de veinte minutos cuando las necesitaba.

Nunca antes en la vida había estado tan enfadado con su hermana. Sabía que ella estaba ocupada con los preparativos del Baile Inaugural de las Hadas, pero no era posible que hubiera estado ocupada los últimos tres días por completo. Cuando por fin se contactara, si es que eso sucedía, más valía que tuviera una buena razón para no haberle prestado atención.

Por desgracia, llegó el día de volver a casa y Conner no pudo hacer otra cosa que regresar con los demás. No quería irse; por algún motivo, estar cerca de las tumbas de los hermanos Grimm lo hacía sentir cercano a la cuestión.

El grupo se subió a la camioneta y se despidió de Berlín durante el viaje al aeropuerto. Cuando llegaron, Conner no quiso que la mujer detrás del mostrador despachara a Betsy. Su trozo de espejo estaba dentro y no quiso estar lejos, en caso de que Alex se contactara. No pasó desapercibido por el grupo que de repente no quisiera despegarse de su maleta. Todos subieron una ceja, pero ninguna ceja estuvo tan alta como la de Bree. Ella estaba pendiente de cada uno de sus movimientos.

Aterrizaron en el aeropuerto London Heathrow y encontraron unos asientos junto a la puerta de embarque del vuelo de conexión que tomarían a casa.

Cindy saludaba a todos los británicos que pasaban con un horrible acento londinense.

—Así se dice «hola» aquí —susurraba a los demás, como si les estuviera contando un secreto.

—Claro que no —dijo Bree, avergonzada de Cindy.

Las Abrazalibros le habían echado miradas asesinas desde que dejaron Berlín, pero Conner no lo había notado. Había estado mirando a la nada durante todo ese tiempo y abrazando con fuerza a Betsy, como si estuviera esperando que alguien viniera a arrancársela de las manos.

—¿Cómo se siente, señor Bailey? —le preguntó la señora Peters mientras leía el periódico.

—Mejor —dijo Conner sin levantar la vista.

—Qué pena que se haya perdido todas las actividades; las hubiera disfrutado —aseguró la directora.

—La próxima vez —fue todo lo que Conner pudo responder.

En ese momento sonó el intercomunicador de la puerta y se hizo un anuncio:

—Atención, todos los pasajeros del vuelo internacional 527, empezaremos el embarque en diez minutos. Comenzaremos por nuestros pasajeros de primera clase.

—Ah, genial —dijo la señorita Peters y dobló el periódico—. Vamos a estar camino a casa dentro de poco tiempo.

Conner sabía que resultaría difícil usar el trozo de espejo arriba del avión. Decidió tratar de contactarse una vez más con Alex antes de embarcar.

—Voy al baño antes de subir al avión —Conner les anunció a las chicas. Corrió por el área de espera hasta el baño más cercano con Betsy en brazos.

Las Abrazalibros pusieron los ojos en blanco como lo habían hecho cada vez que él había dicho o hecho algo durante el viaje. Bree miró a Conner mientras se alejaba; le daba curiosidad saber por qué necesitaba su maleta en el baño.

Conner entró al baño de hombres y miró bajo las puertas para asegurarse de que estuviera solo. Se encerró en uno de los cubículos, bajó la tapa del retrete y se sentó. Abrió a Betsy sobre el suelo y encontró el trozo de espejo. Presionó el espejo con el dedo y lo vio brillar durante un momento, pero no logró contactarse con Alex. Estaba tan frustrado y desilusionado a la vez…

Aunque no creía que nada fuera a cambiar en el próximo intento, Conner decidió darle un golpecito al espejo una vez más antes de rendirse. El vidrio brilló durante el mismo tiempo que siempre y justo cuando Conner estaba a

punto de guardarlo, se le cayó el corazón. Un rostro apareció en el espejo, pero no el de la persona que esperaba.

—Ay, señor C, gracias a Dios eres tú —le dijo Mamá Gansa—. Escucha, tenemos que hablar. Necesito tu ayuda…

Conner estaba tan contento de estar finalmente en contacto con alguien que casi se cae del retrete.

—¡Mamá Gansa! ¡Qué bueno ver tu rostro! —estaba como loco.

—Si tuviera una moneda de oro por cada vez que alguien me dijera eso, sería millonaria —interrumpió—. Escucha, tengo que hablarte de algo muy importante.

Parecía tan nerviosa y preocupada como él, pero Conner decidió que la preocupación de Mamá Gansa podía esperar, en comparación con las noticias que él tenía para compartir.

—¡No! ¡Yo tengo algo que decirte que es más importante! —dijo él—. ¡Algo importantísimo ha pasado y necesito decírselo a alguien de la Tierra de las Historias!

Mamá Gansa lo miró, extrañada.

—Niño, ¿estás en el baño? —preguntó—. Porque si es así, quizás deberías hablar con un doctor y no conmigo…

—¡Estoy en un baño porque me estoy escondiendo! —exclamó Conner—. ¡Estoy en Europa en un viaje de estudios! ¡Es el único lugar en el que encontré privacidad!

—¿Europa? —preguntó Mamá Gansa—. Bueno, niño, cálmate y dime despacio lo que está pasando antes de que tengas un accidente.

Conner respiró hondo y empezó por el principio.

—Estaba en Alemania para esta cosa con mi directora y otros chicos. La Universidad de Berlín encontró tres nuevos cuentos de hadas en una cápsula del tiempo que dejaron los hermanos Grimm. Incluían instrucciones de no divulgar ni publicar los libros hasta que pasaran doscientos años. Nosotros y otras personas fuimos al cementerio en donde están enterrados los hermanos Grimm, y hubo una lectura especial de los cuentos. Los primeros dos no tienen importancia, pero creo que el tercero es una advertencia encubierta.

—¿Una advertencia? —preguntó Mamá Gansa—. ¿Una advertencia sobre qué?

—Es lo que estuve tratando de descubrir —dijo—. No tiene sentido que la historia sea tan parecida a la vida real sin un propósito mayor.

—Cuéntame de qué se trataba la historia —interrumpió Mamá Gansa.

—Era sobre un par de hermanos que contaban historias, igual que los hermanos Grimm. Conseguían sus historias gracias a un hada que vivía en un palacio secreto, igual que los hermanos Grimm conseguían sus historias gracias a ti, la abuela y otras hadas. Un día, un codicioso rey forzó a los hermanos a que le dieran un mapa con el camino al palacio secreto para conquistarlo. Un ave mágica que también vivía en el palacio, que asumo eres tú, les dio a los hermanos un mapa encantado para que se lo dieran al rey, y así él tardara doscientos años en llegar al palacio y las personas y las criaturas mágicas tuvieran mucho tiempo para preparar su defensa. Los hermanos de la historia tenían miedo de que el ave mágica se olvidara de avisarles a los otros que vivían en el palacio sobre la venida del rey, así que escribieron una historia, con la esperanza de que llegara al palacio secreto antes que el ejército de miles de soldados.

—Espera. ¿Puedes repetir esa última parte? —interrumpió Mamá Gansa.

—Dije que tenían la esperanza de que la historia llegara al palacio secreto antes que el ejército de miles de soldados, en caso de que el ave mágica se hubiera olvidado de advertirles a los demás —repitió Conner.

Mamá Gansa perdió el color en su rostro y los ojos se le pusieron en trance, llenos de miedo.

—Pero es imposible —se susurró a sí misma.

—¿Qué es imposible? —preguntó Conner—. ¿La historia te dice algo? Porque suena como si algo malo hubiera sucedido hace doscientos años y los hermanos Grimm estuvieran avisándoles a todos ahora.

Mamá Gansa no respondía. Lo único que hacía era mover la cabeza de lado a lado, pensando lo que él acababa de decirle.

—Mamá Gansa, si esta historia es real, entonces algo horrible está a punto de suceder en la Tierra de las Historias y tenemos que evitarlo —dijo.

Finalmente, Mamá Gansa levantó la mirada y miró a Conner a los ojos.

—Lamento decirte que la historia está basada en algo muy real —le confesó con un tono afligido.

Conner sintió que el corazón se le caía al estómago.

—¿Qué pasó? —preguntó él.

Mamá Gansa suspiró y le contó el secreto que había guardado durante años, hasta ese momento.

—Hace doscientos años en tiempo del Otromundo, había un hombre llamado Jacques Marquis, un general de la Grande Armée del Imperio Francés —dijo—. El General Marquis era un hombre inteligente; sabía que las historias de los hermanos Grimm sobre criaturas místicas y reinos eran

más que ficción. Los hizo seguir y descubrió la verdad sobre el origen de las historias. Quería conquistar las tierras espléndidas sobre las que leía, en nombre del Imperio Francés. Así que secuestró a los hermanos Grimm y les exigió que le dieran a su ejército un portal al mundo de las hadas; de lo contrario, mataría a sus familias.

—¿Y le dieron uno? —preguntó Conner.

—Aquí entro yo en la historia —explicó Mamá Gansa—. Nunca les di un mapa como el ave de la historia, pero les señalé a los hermanos Grimm un portal al que podían llevar al General Marquis y su ejército de cinco mil soldados. Solo que hechicé el portal antes de que llegara el ejército para que les llevara doscientos años del Otromundo cruzar el portal a la Tierra de las Historias.

—¡Y eso fue hace doscientos años! —exclamó Conner—. ¿Y por qué aún no han entrado al mundo mágico?

—Porque, después de que derrotaron a la Hechicera, tu abuela cerró los portales entre los mundos, justo antes de que fuera demasiado tarde —respondió Mamá Gansa—. Gracias a Dios, porque así no tuve que contarle sobre el ejército que estaba en camino. Yo amaba mucho el Otromundo, pero no objeté que cerrara los portales porque sabía que eso prevendría que entraran en nuestro mundo un hombre terrible y sus soldados.

—¿Nadie se preguntó a dónde se había ido un grupo de cinco mil soldados? —preguntó Conner.

—No, porque al poco tiempo, en el verano de 1812, Napoleón y la Grande Armée invadieron Rusia —explicó Mamá Gansa—. Los soldados franceses no toleraron el frío y los soldados rusos que se batieron en retirada no les dejaron ni cultivos ni animales para sobrevivir. El número de muertes fue catastrófico y todos asumieron que el General Marquis y sus hombres estaban entre los muertos.

Conner suspiró, aliviado.

—Qué buenas noticias —dijo—. Es decir que el ejército está atrapado en el portal y nunca va a llegar a la Tierra de las Historias, ¿no?

Esperaba que Mamá Gansa confirmara su alivio, pero en su lugar, los ojos se le pusieron otra vez en trance, preocupados.

—El portal se cerró para siempre, ¿no? —preguntó Conner.

—Se había cerrado para siempre —dijo Mamá Gansa—. Pero hay una chance de que el portal entre los mundos… vuelva a abrirse.

—¿Cómo? —preguntó Conner.

Mamá Gansa sabía la respuesta, pero decidió que todavía no estaba en posición de contársela.

—No puedo decirte por qué ni tampoco asegurarte que vaya a pasar. Lo único que puedo decirte es que hay una posibilidad —repitió—. Y solamente vamos a estar seguros si probamos si el portal funciona o no. Si puede abrirse el lado del Otromundo, quiere decir que puede abrirse también el lado de la Tierra de las Historias y que hay posibilidades de que la Grande Armée cruce al mundo de los cuentos después de todo este tiempo.

—¡Entonces dime dónde está! ¡Yo mismo voy a fijarme! —suplicó.

—Claro que no —respondió Mamá Gansa con firmeza—. Aún no me perdono haberle contado a Alex sobre la Hechicera… No podría vivir conmigo misma si te envío a ti también en una búsqueda peligrosa.

Conner estaba tan frustrado que quería tirar el trozo de espejo por los aires. Aún lo trataban como un niño después de todo este tiempo. Pero Mamá Gansa levantó la mano para callarlo antes de que pudiera discutir.

—Pero sé de alguien más que podría decirte —dijo con la ceja levantada, misteriosa.

—¿Quién? —preguntó Conner—. ¿Alguien de este mundo?

—Sí —dijo—. ¿En qué parte de Europa estás?

—Estoy en un aeropuerto de Londres —respondió.

Eso puso muy contenta a Mamá Gansa y cerró el puño que tenía libre, entusiasmada.

—Genial. Tengo un amigo en Londres…

—La reina, no… Espero —dijo Conner—. Sería difícil llegar a ella.

—No, la reina y yo no hablamos desde hace años —Mamá Gansa sacudió la mano rechazando la idea—. Este amigo es muy viejo, pero ha sido mi confidente durante mucho tiempo.

—¿Quién es?

—Es más un qué que un quién —explicó Mamá Gansa—. Encuentra al león de la cervecería Red Lion. Dile que te mandé yo y te dirá todo lo que tienes que saber.

—¿El león de la cervecería Red Lion? —repitió Conner para asegurarse de haber entendido—. ¿Es un león de verdad?

—Es una estatua —respondió Mamá Gansa—. Fue la mascota de la cervecería en la que pasé la mayor parte del 1800. Ahí conocí a la mayor parte de mis compañeros de bebidas. Ahora, de verdad necesito irme antes de que tu hermana me encuentre en su habitación. No tenemos que contarle esto

a nadie, a menos que estemos seguros de que el portal volvió a abrirse. No quiero alterarle el ánimo a nadie por aquí si no hay nada de qué preocuparse.

—¿Y si está abierto? —preguntó Conner.

Mamá Gansa tragó saliva.

—Entonces estaríamos en problemas —dijo—. Buena suerte, chico. Ah, una cosa más. ¿Tienes todavía esa ficha de póker que te di?

—Sí, la llevo a todos lados conmigo —respondió Conner.

—Bueno, la vas a necesitar —dijo Mamá Gansa y luego desapareció del trozo de espejo que Conner tenía en la mano.

Su cabeza daba vueltas, pero sabía que no podía perder el tiempo. Enseguida, armó un plan basado en las tareas que Mamá Gansa le había asignado. Primero, tenía que escabullirse del aeropuerto y encontrar una forma de viajar a la ciudad. Luego, tenía que encontrar la cervecería Red Lion y el león, y preguntarle dónde estaba el portal y cómo saber si seguía cerrado. Si el portal podía abrirse desde el lado del Otromundo, entonces también estaba abierto del lado de la Tierra de las Historias, y la Grande Armée estaba a punto de cruzar. El plan parecía sencillo. Guardó el trozo de espejo dentro de Betsy y dejó el cubículo; no quería perder ni un segundo más. Sin embargo, el ímpetu por el que se había dejado llevar se apagó cuando Conner se dio cuenta de que no estaba solo en el baño. Soltó un grito y se quedó helado.

—¿Bree? —chilló Conner, horrorizado. La muchacha estaba de pie a unos pasos del cubículo y, a juzgar por la expresión de desconcierto que tenía en el rostro, había escuchado cada palabra que habían dicho Conner y Mamá Gansa —. ¿Qué haces en el baño de hombres?

—Empezaron a embarcar temprano —respondió ella—. La señora Peters me pidió que me fijara si estabas bien. Cuando estuve cerca del baño, escuché voces. Sé que no tienes un teléfono celular, así que entré a ver con quién hablabas… y ahora que lo digo en voz alta, me doy cuenta de todas las leyes de privacidad que acabo de romper.

—¿Cuánto escuchaste de la conversación? —preguntó Conner.

—Lo suficiente —dijo Bree, confundida.

Conner no tenía la más mínima idea de qué decirle.

—Bueno, gracias por venir a buscarme, pero no voy a volver a casa —dijo.

—Lo supuse —asintió Bree.

—Por favor, no le digas a la señora Peters adónde voy —le rogó Conner —. Tengo que encontrar a alguien en Londres. Es muy importante.

El rostro de Bree volvió a la normalidad. Inclinó la cabeza abajo y analizó la situación.

—No le contaré a nadie —dijo— porque voy a ir contigo.

Conner sacudió la cabeza; no podía creerlo.

—¿Qué? No puedes venir… Ni siquiera sabes lo que sucede —replicó él.

Bree se cruzó de brazos.

—Sé que algo pasa desde el vuelo a Alemania. Tu hermana despareció el año pasado sin muchas explicaciones, tú sabes el argumento de unos cuentos de hadas que estuvieron escondidos durante doscientos años y acabo de descubrir que estabas hablando con una mujer llamada Mamá Gansa sobre un ejército que va a invadir otra dimensión.

Conner cerró los ojos. Ya no había vuelta atrás.

—Con todo eso en mente, mi mejor hipótesis es que, de alguna forma, estás conectado con el mundo de los cuentos de hadas y ahora tienes que asegurarte de que un ejército del 1800 no cruce a ese mundo y ponga a tu hermana y abuela en peligro. ¿Me perdí de algo?

Bree dijo todo eso sin respirar ni pestañear. Conner estaba sorprendido. Le había servido leer todas esas novelas de misterios.

—Bueno, supongo que los puntos no son difíciles de unir —dijo Conner —, pero no hay forma de que vengas conmigo. ¿Sabes en cuántos problemas te meterías?

Bree llevó la cabeza atrás y gruñó mirando el techo.

—Puedo afrontar algunos problemas. ¿Te digo lo que no puedo afrontar? Oír una conversación más de las Abrazalibros sobre una banda de chicos o una relación ficticia de una novela. Tengo tres hermanas más chicas: fui a Alemania a escapar de todo eso y tener una aventura. Hasta ahora, parece que eres el único que puede proveerme de una y tú seguramente necesites ayuda, así que voy contigo, quieras o no.

La boca y los ojos de Conner estaban bien abiertos. Nunca había visto a Bree tan entusiasmada.

—¿Cómo te estás tomando todo esto tan bien? —preguntó—. ¿No te parece demente que haya otra dimensión?

—Claro que no —replicó Bree—. También soy escritora, Conner, y escribo porque siempre creí que hay más en la vida que lo que cree la mayoría de las personas. Tú no eres más que la primera persona en demostrármelo.

Conner reconoció el entusiasmo que Bree tenía en los ojos; lo había visto todos los días en los ojos de su hermana después de su primer viaje a la Tierra

de las Historias. Ahora que Bree sabía la verdad, ¿cómo podía decirle que no debería ir con él?

—Bueno, puedes venir —Conner le dijo—, pero si prometes que nunca vas a decirle nada a nadie de lo que averigüemos ni nada de lo que llegues a ver.

Bree asintió despacio con la cabeza y con la sonrisa más grande del mundo.

—Lo prometo —dijo, y Conner supo que podía confiar en ella.

—Bueno, ahora debemos escapar del aeropuerto.

Espiaron fuera del baño de hombres y echaron un vistazo a la puerta de embarque donde estaban la directora y sus compañeras. Las cinco esperaban, impacientes, a que Conner y Bree volvieran antes de unirse a la fila para subir al avión. La señora Peters recorría la sala de espera con la mirada; trataba de ver adónde habían ido. Luego miró su reloj, y Conner y Bree lo tomaron como el momento justo para escapar. Sujetaron sus maletas con la mayor fuerza posible y salieron disparados del baño. Se pusieron a correr por la terminal antes de que ella levantara la vista. Siguieron los indicadores hacia la salida y llegaron a migraciones.

—Sabemos cómo hacer esto. Sígueme la corriente —dijo Bree. Se pusieron en la fila con la cabeza baja por si la señora Peters venía a buscarlos. Cuando llegó el turno de Bree, se acercó al oficial de migraciones en la cabina y le dio su pasaporte.

—¿Has venido por negocios o placer? —preguntó el oficial.

—Placer —respondió Bree, relajada—. Vine a visitar a mi tía y a ver unos espectáculos en West End.

Era buena en esto del engaño. El oficial le selló el pasaporte y le dijo que siguiera adelante. A continuación, pasó Conner, confiado de que no tenía nada de qué preocuparse.

—¿Has venido por negocios o placer? —preguntó el oficial.

—Placer —respondió Conner—. Vine por la comida.

El oficial se movió de repente en el lugar y lo miró, extrañado.

—¿La comida? —preguntó.

Bree se golpeó la frente con la mano. Conner hubiera querido ponerse la pierna entera en la boca. De todas las cosas que podía decir, eligió la única cosa por la que Gran Bretaña no era conocida. Entró en pánico y pensó deprisa.

—¿Nunca ha escuchado a La comida? —siguió—. ¡Son el mejor cuarteto de chefs convertidos en tenores del planeta! Tienen un concierto en el Coliseo

de Villabuckinghamshire. Mire, déjeme mostrarle uno de sus discos.

Conner tomó su maleta, pero el oficial levantó una mano para detenerlo.

—No, por favor —dijo. Selló el pasaporte de Conner y lo hizo pasar. Él nunca había estado tan agradecido de que lo vieran como un chico estúpido.

Bree estaba horrorizada de la maniobra de Conner.

—¿Villabuckinghamshire? —susurró—. ¿Estás loco? ¿Cómo se supone que vas a salvar una dimensión si no puedes salir de un aeropuerto?

—No me molestes… ¡Es obvio que me siento muy presionado! —le respondió susurrando también.

Salieron del aeropuerto y vieron un mar de autos, taxis y buses por la zona de recogida de pasajeros.

—¿Cómo vamos a llegar al centro de Londres? —preguntó Bree—. ¿Tenemos edad para tomar un taxi por nuestra cuenta?

Conner miró al final de la calle y vio algo que le dio una idea. Un grupo grande de adolescentes odiosos de los Estados Unidos subía a un bus. Los cuidaba una acompañante que estaba a punto de arrancarse el cabello, según lo que Conner pudo ver.

—Cálmense todos y suban al bus —gritaba la mujer—. ¡Tengo los números de sus padres y voy a usarlos!

Conner le hizo gestos a Bree para que lo siguiera.

—Baja la cabeza. Tengo una idea —dijo. Los dos bajaron la vista y se unieron al grupo de estudiantes que subía al bus. La fila se movía tan deprisa que la acompañante no llegaba a tachar todos los nombres y, finalmente, se dio por vencida. Conner y Bree se subieron sin problemas y tomaron un asiento al fondo del bus.

—Bueno, esa fue una buena idea —dijo Bree—. Casi contrarresta lo de Villabuckinghamshire.

—Gracias —respondió Conner—. Esto tiene que llevarnos al centro sin problemas.

Los otros adolescentes del bus estaban tan ocupados molestándose entre sí que no se dieron cuenta de los extraños del fondo. El bus se encendió y empezó el viaje del aeropuerto a la ciudad.

—Bueno, quiero escuchar la historia completa, y no te guardes ningún detalle —le pidió Bree a Conner.

—¿Sobre qué? —preguntó él.

—Todo lo que tengo que saber antes de emprender esta aventura contigo —explicó ella—. Sobre ti, tu hermana, esa señora gansa y esa dimensión que vamos a salvar.

Conner no sabía por dónde empezar.

—Bueno, pero es una larga historia —advirtió.

—Genial —festejó Bree—. Esas son mis preferidas.

Conner sabía que a esta altura ya no tenía sentido esconderle nada. Le contó a Bree la historia completa de él y su hermana. Empezó por la primera vez que se transportaron a la Tierra de las Historias y terminó con la última despedida, cuando el portal entre los mundos se cerró.

Bree estaba pendiente de cada palabra que él decía. Era tan terapéutico para Conner hablar con alguien fuera de su familia. Estaba contento de que Bree le hubiera insistido para ir con él en esta nueva aventura y, como Conner ya sabía muy bien, las aventuras eran mejores cuando había con quién compartirlas.



Capítulo diez

El león de South Bank

El bus llegó por fin al centro de Londres y todos se callaron cuando empezaron a asimilar las primeras vistas de aquella ciudad real. Londres era un laberinto multicultural de edificios inmaculados y una tradición orgullosa. Resultaba difícil diferenciar los monumentos de otras construcciones que no eran monumentos porque todo estaba tan bien cuidado. Los edificios parecían ser nuevos y tener cien años de antigüedad a la vez.

Los adolescentes señalaban los monumentos a medida que pasaban: el palacio de Buckingham, la abadía de Westminster, el Big Ben, la Torre de Londres y el Puente de la Torre.

—Es el lugar más cuidado que vi en la vida —Conner codeó a Bree—. El solo hecho de estar aquí me hace sentir que debería vestirme de gala.

El bus se detuvo en un lugar llamado Plaza de Trafalgar, cerca del hotel de los pasajeros. La plaza estaba llena de turistas que tomaban fotos a las estatuas y las fuentes impresionantes frente a la Galería Nacional, que ocupaba el fondo de la plaza como si fuera un gran telón. Los adolescentes bajaron del bus a las corridas y se mezclaron entre los turistas, y Conner y Bree bajaron con ellos.

Cuando estuvieron en la calle, lo primero que hizo Conner fue encontrar un cajero automático.

—Perdóname, Bob —dijo mirando la tarjeta de crédito que su padrastro le había dado con tanta amabilidad. La metió en el cajero y sacó la mayor cantidad de dinero que pudo en la mayor cantidad de transacciones que la máquina le permitió.

—Eso es mucho dinero… en cualquier país —comentó Bree. Lo cubrió para que nadie pudiera verlo guardarse los billetes en los bolsillos del abrigo y

los pantalones y poner el resto en la maleta—. Pero es inteligente de tu parte sacar mucho dinero para que nadie pueda seguir tus transacciones para encontrarte. Hacen eso para encontrar a los sospechosos de los libros que leo.

—Ah, no había pensado en eso —respondió encogiéndose de hombros—. No hice más que extraer todo lo que pude porque era la primera vez que usaba un cajero automático.

Lo primero que compró Conner fue un mapa a un vendedor ambulante. Lo abrió y analizó las líneas que representaban las calles y las atracciones a su alrededor.

—¡Ahí hay una! —dijo con alegría y señaló con el dedo un punto en el mapa.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Bree.

—Una biblioteca —explicó él—. Vayamos a la biblioteca y busquemos dónde podemos encontrar la cervecería Red Lion.

—¿Estás seguro de que no quieres que lo busque en Internet desde mi celular? —preguntó Bree.

Como Conner nunca había tenido un teléfono inteligente, no había considerado esa posibilidad.

—No, no confío en esas cosas —dijo—. Prefiero hacerlo de la forma tradicional… estamos en Londres después de todo.

—Como quieras —repuso Bree.

Chequearon el mapa y caminaron unas calles hacia el oeste hasta la biblioteca más cercana, que estaba escondida en un rincón de la Plaza Saint James.

Conner y Bree subieron los escalones principales y abrieron las puertas de madera. Para Conner, las bibliotecas habían sido siempre intimidantes y esa sensación era mayor en una de un país extranjero.

—¿Son miembros? —les preguntó una bibliotecaria en la mesa de entrada. Los miraba a través de unos gruesos lentes. Conner siempre había pensado que las bibliotecarias podían leer la mente, y tenía miedo de que esta le demostrara que su teoría era cierta.

—No, pero queremos asociarnos —respondió Bree con calma—. ¿Podemos mirar un poco?

La bibliotecaria hizo un gesto que insinuaba que podían pasar.

—No se puede entrar con equipaje —dijo la señora cuando vio sus maletas.

—Ah, claro —asintió Bree—. ¿Podemos dejarlas aquí?

Puso su maleta cerca de la puerta principal y Conner dejó la suya a un lado. La bibliotecaria los autorizó con la cabeza y entraron. En el fondo del primer piso, encontraron una mesa.

—Ya vuelvo; voy a buscar algunos libros —dijo Conner, y desapareció entre las hileras de estantes. Bree se sentó, cómoda, y se puso a revisar su celular mientras esperaba. Conner volvió veinte minutos después con una pesada pila de libros.

—Mira lo que encontré —dijo Conner. Le mostró a Bree el primer libro.

—Cervecerías de Gran Bretaña —leyó ella—. Eso es genial, Conner, pero busqué la cervecería Red Lion en mi teléfono y, al parecer, la demolieron en 1949.

—No puedes confiar en nada de lo que te diga Internet —dijo Conner. Pasó las páginas, desesperado, hasta que encontró una hoja sobre la cervecería Red Lion—. Ay no, según esto, la demolieron en 1949.

—Qué inesperado —comentó Bree con tono sarcástico—. No quiero ser pesimista, pero no creo que el león que buscamos siga por aquí.

Conner soltó un suspiro de derrota, pero no estaba listo para rendirse por completo. Sacó otro libro de la pila, titulado Las estatuas de Londres y comenzó a hojearlo. Después de unos minutos, Conner empezó a ponerse inquieto de la emoción por lo que leía.

—Mira esto —dijo, y le mostró a Bree la sección que acababa de leer.

> El León de South Bank
>
> 13 toneladas, 4 metros de ancho
>
> Aunque suene ridículo decir que una estatua ha vivido, de todas las estatuas de Londres, la que se conoce como el León de South Bank ha vivido muchas vidas diferentes. W. F. Woodington la hizo en 1837, en piedra de Coade artificial. El león vivió su primera vida como símbolo; cuidaba la cervecería Red Lion frente al río Támesis en Lambeth, Londres. Un aura intrigante de misterio gira en torno al león, ya que fue una de las pocas esculturas del área que no sufrió daños importantes durante los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial y, cuando se demolió la cervecería Red Lion en 1949, el león salió completamente ileso de la demolición. El rey Jorge VI tuvo simpatía por el león y lo hizo trasladar a la estación de Waterloo. El león pasó su segunda vida expuesto en la estación durante varios años, hasta que lo trasladaron al lugar donde

> ahora descansa, en el puente de Westminster, ubicado en el área South Bank del centro de Londres. También se encontraron restos de una estatua de un león secundario en la demolición de la cervecería Red Lion. Se reconstruyó y se la pintó de dorado, y ahora puede verse en el estado de Twickenham.

Conner y Bree desbordaban entusiasmo.

—¡Tiene que ser ese! ¡Ese es el león que debemos encontrar! —dijo Bree.

Conner miró todos los puentes que cruzaban el Támesis en el mapa.

—¡Encontré el de Westminster! —exclamó—. Está justo al lado del Big Ben. Podemos ir caminando desde aquí.

—Genial —dijo Bree—. ¡Vayamos a ver al león!

El dúo dio por terminado el trabajo en la biblioteca justo antes de abusar del permiso que les habían dado. Tomaron el equipaje y salieron apresurados por la plaza Saint James, siguiendo el mapa hasta el puente de Westminster. Pasaron muchas estatuas y esculturas de leones en el camino; una más majestuosa y feroz que la otra. Conner sintió ansiedad por el momento de presentarse al león de trece toneladas y cuatro metros de ancho de South Bank. Esperaba que no fuera muy aterrador acercarse al león; los objetos encantados eran siempre impredecibles.

El puente de Westminster empezaba en las cámaras del Parlamento, en la base del Big Ben, y se extendía por el río Támesis hasta la base de la vuelta al mundo gigante, conocida como London Eye. En el puente, había cientos de turistas y locales por igual. Además, muchísimos autos y buses rojos de doble piso cruzaban constantemente.

Conner y Bree llegaron al final del puente y miraron al otro lado de la calle. En medio del caos de peatones bajo el London Eye, encontraron el león de South Bank. Era enorme y gris pálido, y se erigía sobre un alto pedestal. Había algo que lo hacía diferente al resto de los leones que habían visto en la ciudad, y Conner y Bree lo notaron apenas posaron la vista en él. En lugar de tener una expresión maligna y amenazadora, el león de South Bank reflejaba preocupación sincera en el rostro. Tenía los ojos bien grandes y la boca abierta.

—Tiene que ser él —dijo Conner.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó Bree.

—Porque yo también pongo esa cara cuando Mamá Gansa me cuenta un secreto —respondió el chico.

Bree miró a la muchedumbre de turistas.

—¿Se supone que debemos acercarnos y hablarle delante de todas estas personas? —le preguntó a Conner.

—No, tendremos que volver cuando se hayan ido —dijo—. Tal vez debamos esperar hasta después de la medianoche.

Dejaron el puente y comieron algo en un pub local. Bree estaba obstinada con que tuvieran una experiencia inglesa genuina y obligó a Conner a pedir el tradicional *fish and chips*, al igual que ella. Cuando terminaron de cenar se acomodaron en la plaza Saint James y esperaron un rato después del anochecer antes de volver al puente.

Hicieron tiempo al otro lado de la calle del león de South Bank hasta que ya casi no quedaban autos ni personas. Cruzaron la calle y se detuvieron justo bajo el león.

—Dile algo —dijo Bree, dándole un codazo a Conner.

—¿Qué se supone que tengo que decir? —preguntó.

—No lo sé. ¿No estás acostumbrado a estas cosas?

—¿A estatuas encantadas en medio de una ciudad repleta de personas? No, no soy un experto —dijo.

—Confío en ti —Bree le sonrió.

Su sonrisa hizo que las mejillas rosadas se le pusieran más rosadas. Supuso que no tenía nada que perder, así que respiró hondo y se dirigió al león como a cualquier otra persona.

—¡Hola! —exclamó—. No quiero molestarlo, pero mi amiga y yo nos preguntábamos si podíamos hablar con usted.

El león no dijo ni una palabra ni se movió un centímetro. Conner parecía un loco hablando con una estatua.

—Seguramente está agotado —continuó—. Ha estado de pie durante, ¿cuánto? Eh, ¿un siglo y medio?

Halagar al león no servía. Saber que estaba quedando como un idiota por hablarle a una estatua tampoco ayudaba.

—Así que… ¿le gusta Londres? —preguntó Conner—. Nosotros llegamos hoy y… ¡guau! ¡Qué lugar tan fantástico!

Bree comenzaba a ponerse nerviosa, así que se acercó para hablarle al león directamente.

—Escucha, gatito —dijo entre dientes—. ¡Tenemos preguntas que hacerte! Sabemos que puedes hablar. Sabemos que eres amigo de Mamá Gansa y ¡no nos vamos a ir hasta que nos des las respuestas que necesitamos!

—¿Qué haces? —susurró Conner—. ¿Piensas que va a hablarnos si lo tratas así?

—Estamos jugando; tú eres el policía bueno y yo el policía malo —le respondió en susurros—. Confía en mí; siempre funciona en mis novelas policiales.

Conner se pasó los dedos por el cabello, convencido de que esa estrategia no tendría futuro. Pero cuando volvió a mirar al león, podría haber jurado que su expresión había cambiado. Se veía más preocupado.

—Bree, ¿notas algo diferente en el león? —susurró.

Bree miró más de cerca y se le iluminaron los ojos.

—Sí.

—Di algo más sobre Mamá Gansa —ordenó Conner—. Creo que le tiene miedo.

Ella asintió con la cabeza y le habló al león otra vez.

—¡Ey! Mamá Gansa nos dijo que hablarías con nosotros, pero si prefieres hablar con ella, puede venir en cinco minutos —agregó.

No quedaron dudas: ¡se estaba moviendo! Vieron cómo el rostro del león de South Bank se alteraba más y más cada vez que mencionaban a Mamá Gansa. En cierto momento, la estatua no pudo tolerarlo más y dejó su posición sólida.

—No, por favor, ¡no llamen a Mamá Gansa! —rogó el león cuando cobró vida frente a los ojos de Conner y Bree. La chica se sorprendió y se puso detrás de Conner de un salto. Era la primera vez que veía algo mágico. Él estaba acostumbrado a ver magia de la mejor, pero nunca se aburría. Miraba al león con una sonrisa de asombro.

—Así que sí puede hablar —dijo.

—Sí, puedo hablar —admitió el león—. Voy a responder las preguntas que tengan, sean las que sean, pero no hagan venir a esa mujer aquí.

A Conner le parecía muy divertido que al león no le gustara Mamá Gansa.

—¿Por qué le tiene tanto miedo a Mamá Gansa?

—No le tengo miedo a ella; lo que no puedo soportar son sus historias —el león sacudió la cabeza—. A lo largo de los años, me ha contado unos secretos descabellados que nunca quise saber… ¡Y nunca deja fuera ningún detalle! Si supieran la mitad de las cosas que sé, también tendrían otra opinión de ella. ¡Es más de lo que un león puede tolerar!

—¿Por eso pareces tan preocupado todo el tiempo? —preguntó Conner.

—En parte —respondió el león, y de pronto su rostro se volvió triste. Lo dijo gimoteando, como si estuviera a punto de largarse a llorar—. ¡Les tengo tanto miedo a las alturas, y estas personas no dejan de ponerme sobre cosas

altas! Y me separaron de mi hermano cuando demolieron la cervecería Red Lion, ¡no sé dónde está!

El león de piedra lloriqueaba con las patas en la cara.

—Ah, hablas de la segunda estatua de león —dijo Bree. Había recuperado la confianza y dio un paso para dejar de estar detrás de Conner—. ¡Todavía sigue por ahí! Lo pintaron de dorado y lo expusieron en un estadio de deportes.

El león de South Bank estaba contento de escuchar eso y parecía un poco menos preocupado que antes.

—Qué alivio —dijo—. A él siempre le gustaron los deportes.

—¿Puede hablar y moverse como usted? —preguntó Conner.

—No, es una estatua normal, pero estamos hechos de la misma piedra artificial —dijo el león—. Soy el único león que Mamá Gansa hechizó.

—¿Por qué lo hechizó a usted? —preguntó Conner. Tenían muchas preguntas importantes que hacer, pero no podía resistirse a escuchar la historia.

—A mediados del 1800, Mamá Gansa solía visitar a sus amigos de la cervecería Red Lion todos los domingos por la noche —les contó el león—. Por esa época, acababa de enseñar a volar a ese ganso horrible que tiene. Volaba pésimo y cada tanto los dos chocaban contra mí en el techo. Una noche que estaban muy poco cuidadosos, me golpearon tan fuerte que caí del techo y quedé hecho pedazos en el suelo. Mamá Gansa me reconstruyó mágicamente y me lanzó un hechizo de invencibilidad para que no volviera a dejar todo hecho un lío la próxima vez que me tiraran.

—Ah, por eso quedaste en tan buen estado durante la guerra y la demolición —dijo Bree.

—Pero eso no explica por qué puede hablar —remarcó Conner.

—Bueno, después de unos años, los amigos que tenía Mamá Gansa en la cervecería empezaron a morir —explicó el león—. Ella quería un amigo que permaneciera con ella y le diera una excusa para volver a la cervecería. Y, por desgracia, me eligió a mí. Aunque no entiendo por qué me dio la capacidad de hablar cuando todo lo que yo hacía era escuchar.

—Hablando de escuchar —dijo Conner—, ¿recuerda si ella mencionó algo sobre los hermanos Grimm y sobre sabotear un portal?

El león estrujó la frente y trató de recordar.

—Me suena —dijo—. ¿Tiene que ver con la vez que guio a los soldados franceses a una trampa?

—¡Sí! ¡Eso! —asintió Conner con un salto de alegría.

Los ojos del león se pusieron enormes y asintió con la cabeza de piedra.

—Ay, ¿cómo podría olvidar esa historia? —dijo—. ¡Ojalá pudiera! ¡Me dio pesadillas durante cincuenta años!

Conner sabía que tenía que ser claro y cuidadoso cuando obtuviera la información que el león tenía para darle, para no equivocarse después.

—¿Recuerda dónde quedaba el portal en el que atrapó a los soldados? —preguntó.

—Sí —respondió el león con seguridad—. Quedaba en lo profundo del bosque bávaro, entre unos árboles mellizos que crecieron entre unos castillos medievales mellizos. Lo recuerdo solamente porque yo también soy un mellizo.

—¿Dónde queda? —preguntó Conner.

—Queda en Baviera, un viejo reino que ahora se conoce como Alemania —explicó Bree—. Dos árboles entre dos castillos parece fácil de encontrar.

—Ah, ya no van a encontrar ni los árboles ni los castillos —dijo el león, apenado—. No están más.

—¿Qué? —exclamaron Conner y Bree a la vez—. ¿Cómo que ya no están?

—Después de que los hermanos Grimm engañaron a los soldados para que entraran al portal saboteado, Mamá Gansa estaba paranoica de que los soldados encontraran una salida a este mundo, así que le pidió a su amigo Ludwig un favor enorme —aclaró.

—¿Qué favor? —preguntó Conner.

—Le pidió a Ludwig que construyera uno de sus elaborados palacios sobre el portal; así, si los soldados reemergían del portal, creerían que habían llegado al mundo de los cuentos —explicó.

—¿Construyó un palacio para ella? —preguntó Conner, incrédulo—. Eso sí que es un gran favor.

Bree tomó aire y unió las manos.

—Espera, ¿hablas del rey Ludwig II de Baviera? —preguntó.

—Así es su nombre oficial, creo —dijo el león—. Mamá Gansa siempre lo llamó Ludwig o Wiggy.

Conner era el único que no había escuchado nunca sobre Ludwig.

—¿Quién era? —preguntó.

—¿Nunca has escuchado sobre el rey loco de los cuentos? —preguntó Bree. Conner sacudió la cabeza—. Era adicto a construir palacios lujosos para él mismo, todos inspirados en otros palacios que había visto por el mundo.

—Suena como alguien que podría ser amigo de Caperucita Roja —dijo Conner, pero dejó de hablar de eso cuando se dio cuenta de que era el único que la conocía.

—La última casa que Ludwig se construyó fue el castillo de Neuschwanstein —continuó Bree—, inspirado en sus historias preferidas de cuando era niño, y parece salido de un cuento. Se lo considera una maravilla del mundo moderno.

—Un segundo, ¿se lo considera? ¿Quiere decir que todavía existe? —preguntó Conner.

—Ah, sí —asintió Bree—. Es uno de los atractivos turísticos más importantes del sur de Alemania. Nunca se supo por qué el rey construyó el castillo, pero ahora tiene sentido.

—Pero ¿qué le pasó al portal? ¿Está en alguna parte dentro del castillo? —preguntó Conner.

—Supongo, ¿cómo podría saberlo? —dijo el león—. He vivido en un radio de cinco kilómetros toda mi vida.

—¿Sabes si podemos probar el portal para corroborar si está abierto o no? —preguntó Conner.

—A ver, a ver —dijo el león, y cerró los ojos para recordar—. ¡Sí! Se accede al portal bávaro cuando una persona de sangre mágica toque ocho notas en una antigua flauta de pan especial.

Conner tomó nota mental de esta información crucial.

—Si tiene que tocarla una persona de sangre mágica, ¿cómo hicieron los hermanos Grimm para abrírselas a los soldados? —preguntó.

El león arrugó la nariz; era la parte de la historia que no le gustaba contar.

—Mamá Gansa tomó una daga y se hizo un corte en la mano, y luego le hizo otro a Wilhelm Grimm —explicó—. Unieron sus manos y dejaron que parte de la magia de Mamá Gansa pasara a su flujo sanguíneo. Ojalá no me hubiera contado esa parte; tan solo pensar en sangre me da impresión, porque yo no tengo nada de sangre.

—¿Y dónde podemos encontrar esa flauta de pan? —preguntó Conner.

—Creo que está con el resto de las pertenencias del Otromundo que tiene Mamá Gansa en una bóveda del banco monegasco —dijo el león—. Y sé eso porque me midió un día para saber si yo también entraba ahí. Gracias a Dios, soy muy grande.

—Entonces, ¿dónde queda el banco? —preguntó Conner.

—Monegasco quiere decir que está en Monte Carlo —respondió Bree.

—Claro. Entonces, ¿en qué parte de Monte Carlo está el banco?

El león pensó en eso y estuvo decepcionado cuando no pudo recordar la ubicación.

—No me acuerdo —dijo frunciendo el ceño—. Si tuviera la mente tan sólida como el resto del cuerpo…

Por suerte, esta era la única pregunta que el león no había podido contestar. Conner iba y venía por la acera, muy concentrado; las palabras del león le hacían acordar a algo que Mamá Gansa le había dicho en el pasado. Sentía que tenía que saber dónde quedaba el banco…

Abrió la maleta y revolvió las cosas hasta que encontró su ficha de póker de la suerte que le había dado Mamá Gansa. Miró con cuidado el diseño. La ficha era color azul oscuro y los símbolos de los palos de los naipes cubrían el borde: un corazón, una pica, un diamante y un trébol. Pero en el centro de la ficha, en lugar de un número que indicara el valor, había una imagen de una llavecita dorada.

—Creo que sé dónde podemos encontrar la bóveda —le dijo Conner con entusiasmo a Bree—. ¿Qué hora es?

Bree miró la pantalla de su teléfono.

—Casi las cuatro de la mañana. Ay, el tiempo vuela cuando hablas con una estatua encantada.

Conner miró al león, agradecido.

—Muchas gracias por toda su ayuda, pero tendrá que disculparnos ahora —dijo—. Debemos llegar a la estación de tren lo antes posible.

El león parecía triste de que se fueran y su rostro volvió a lucir preocupado, como de costumbre.

—Buena suerte —dijo el león—. Y la próxima vez que vean a Mamá Gansa, por favor, díganle que entiendo que es una mujer ocupada y que no hace falta que vuelva a visitarme… nunca.

Conner empezó a caminar por el puente de Westminster lo más deprisa que pudo. Bree saludó al león de South Bank y alcanzó a Conner.

—¿Así que adónde vamos ahora? —le preguntó con los ojos brillantes.

—Vamos al casino Lumière des Etoiles —respondió Conner.

—¿Dónde queda eso?

—En alguna parte de Monte Carlo, supongo.



Capítulo once

El casino Lumière des Etoiles

Conner y Bree llegaron a la estación de St. Pancras un poco antes de las seis de la mañana. No habían dormido nada, pero ninguno mostraba síntomas de cansancio. Estaban viviendo de la adrenalina y la determinación. Conner nunca había escapado antes, pero ahora entendía por qué Jack y Ricitos de Oro preferían vivir huyendo. A pesar de las circunstancias, había sido un día muy emocionante.

Bree no había dejado de sonreír desde que dejaron South Bank.

—Soy amiga de un león de piedra. Soy amiga de un león de piedra —se cantaba a ella misma una y otra vez.

Miraron, embobados, un mapa enorme sobre las taquillas y trataron de entender todas las líneas de colores que mostraban qué trenes viajaban a qué lugar.

—No parece haber algo directo a Monte Carlo —comentó Conner—. Tendremos que bajar en París y subirnos a la línea naranja de puntitos.

—Tu conocimiento sobre terminología de viaje es impresionante —bromeó Bree.

Se pusieron en la fila y caminaron en zigzag hasta la taquilla entre los otros pasajeros matutinos. La vendedora de boletos tenía cabello rojo muy ondulado y ojeras enormes bajo los ojos. Bebía café de un gran vaso como si fuera agua.

—Siguiente —dijo.

Conner y Bree se acercaron.

—Dos boletos a París, por favor —pidió Bree.

La vendedora los miró como si le estuvieran pidiendo que les prestara su auto.

—¿Tienen a alguien que los acompañe? ¿O el formulario para viajar solos firmado por sus padres? —preguntó.

Bree y Conner se quedaron helados. Los dos habían olvidado que tener catorce años podría ser un obstáculo en el viaje.

—Eh… sí… —empezó Bree, pero no se le ocurrió qué más decir.

Conner entró en pánico y recorrió la estación con la mirada en busca de una solución. Lejos, en un rincón, una anciana estaba sentada en una silla de ruedas, sola. Tenía el cabello atado en un rodete alto y llevaba mucho maquillaje. Miraba el suelo, seria, y tenía un bolso y una maleta chica en el regazo.

—Viajamos con nuestra abuela —dijo Conner.

—¿Con la abuela? —preguntó Bree. Conner señaló a la anciana en el rincón—. Quiero decir, sí, con la abuela. Qué tonta, tres boletos a París —le pidió a la vendedora.

—¿Esa es su abuela? —preguntó la vendedora.

—Sí, es la abuela Perla —dijo Conner—. No habla inglés, así que nos pidió que compráramos los boletos —el chico saludó enérgicamente con la mano a la anciana—. ¡Un minuto y estamos, abue!

Perla, como la habían bautizado, parecía confundida de que dos extraños la estuvieran saludando en medio de la estación de trenes, pero decidió saludarlos de todas formas, con una gran sonrisa. Además, parecía un poco senil; y eso les estaba sirviendo.

La vendedora se encogió de hombros y buscó opciones de boletos.

—Lo único que queda disponible para tres personas en el próximo tren es en primera clase —dijo.

—Bueno, ¿cuánto es? —preguntó Conner.

—Doscientas libras cada uno —respondió la vendedora.

Conner tragó saliva.

—Uy, eso es bastante —dijo y se rio—. Los compraremos. Qué bueno que la abue Perla nos dio mucho dinero.

Pagó los boletos y dejaron deprisa las taquillas, en dirección a Perla. Bree miró hacia atrás y vio que la vendedora los miraba con sospecha mientras bebía de su vaso de café.

—Todavía nos está mirando. ¿Qué hacemos? —le susurró Bree a Conner.

—Tomemos a la anciana y subamos al tren, creo —respondió en susurros.

—¡No podemos secuestrar a una anciana!

—¿Qué otra opción tenemos?

El corazón estaba por salírseles de la boca. Estaban a punto de cometer el crimen más grande de sus vidas. Se inclinaron a la anciana y le hablaron despacio.

—Hola. ¿Le molestaría hacernos un favor? —le preguntó Conner.

Perla les sonrió con la mirada perdida. Conner había adivinado bien; no sabía ni un poco de inglés.

—*Wer sind Sie*? —preguntó la anciana.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Conner.

—Creo que dijo «¿quiénes son?» —respondió Bree—. Es alemana.

—¿Hablas alemán?

—Algo… Mi abuela verdadera nació en Alemania.

—Pregúntale si quiere viajar con nosotros —dijo Conner.

Bree se pasó la lengua por los labios y trató de traducir.

—¿Quiere… emm… *eine Reise con uns*?

Perla pestañeó un par de veces, lo que hizo que se le moviera la cabeza un poco.

—Creo que eso cuenta como un sí… ¡Tómala y vamos! —susurró Conner.

Bree tomó la silla y la empujaron hacia la línea de seguridad. Perla sonreía, más feliz que nunca; era evidente que no tenía la más mínima idea de qué estaba pasando. Le dieron los boletos al hombre del control de seguridad y él los miró, cauteloso.

—*Ich werde entführt* —le dijo Perla al hombre con mucha tranquilidad.

Bree entró en pánico y soltó una risotada falsa.

—Ay, abuela, ¡eres tan graciosa! —exclamó con fuerza—. Has hecho bromas todo el día.

El hombre les devolvió los boletos y los dejó avanzar.

—¿Qué le dijo? —le susurró Conner a Bree.

—Dijo «me están secuestrando» —respondió ella en voz baja.

—Ah —miró con culpa a la prisionera. La sonrisa de Perla no se le iba del rostro—. Se lo está tomando muy bien, entonces.

Empujaron la silla hasta el final de la plataforma y se subieron al primer vagón. La guardia del tren dobló la silla y la guardó con sus maletas. Conner y Bree ayudaron a Perla a subir los escalones del tren y entrar al compartimiento privado de primera clase. Era muy lujoso para dos fugitivos adolescentes y una anciana secuestrada. Tenía asientos rojos acolchados y cortinas blancas sobre una ventana cuadrada.

Sentaron a Perla con cuidado y se acomodaron en los asientos frente a ella. Conner y Bree se quedaron muy quietos en su asiento y miraron a Perla como si fuera un animal venenoso, hasta que el tren salió de la estación. Estaban convencidos de que en cualquier momento empezaría a gritar pidiendo ayuda, pero nunca lo hizo. Perla seguía sonriendo y miraba, contenta, el terreno que se movía fuera de la ventana.

La velocidad del tren fue aumentando y enseguida avanzaron a toda marcha por la campiña inglesa camino a París. Conner encontró un folleto en el compartimento y miró el mapa que había al dorso; era igual al mapa de la estación.

—Entonces, cuando lleguemos a París, vamos a cambiar de tren y viajar a Monte Carlo —comentó Conner.

Perla dejó de mirar por la ventana durante un segundo para decirles:

—*Ich liebe Monte Carlo!*

—Creo que le gusta Monte Carlo —tradujo Bree.

—Bueno —dijo Conner, cauteloso, y luego siguió con el plan—. Después de eso, cuando lleguemos a Monte Carlo, vamos a tratar de encontrar el casino Lumière des Etoiles y ver si mi ficha tiene significado para alguien ahí.

Perla se dio vuelta solo para decir:

—*Ich liebe das Lumière des Etoiles!* —al parecer, era fanática del casino también.

—¿Por qué vamos al casino cuando tendríamos que encontrar un banco? —preguntó Bree.

—Mamá Gansa aseguró que la ficha de póker iba a serme útil —explicó —. Cuando me la dio, me dijo que si alguna vez iba a Monte Carlo, tenía que llevarla a la mesa de ruleta en el rincón noroeste y apostarla a las negras. No tenía sentido para mí en ese momento, pero ahora creo que vamos a encontrar algo allí que nos servirá. Tengo un presentimiento sobre esto.

El tren se puso negro cuando se sumergió bajo el canal de la Mancha y, cuando volvieron a ver la luz, ya estaban en la campiña francesa. Francia estaba apenas a unas horas de Inglaterra, pero cuando el tren empezó a bajar la velocidad cerca de París, sintieron que entraban en un mundo completamente distinto. París hacía que Conner y Bree sintieran que vivían en una pintura. Todos los edificios tenían detalles hermosos, como si hubieran sido esculpidos a mano. Muchos eran altos y angostos con rejas de hierro en cada una de las muchas ventanas. Enseguida, el tren llegó a la estación de París, Gare du Nord.

Conner y Bree ayudaron a Perla a bajarse del tren y la empujaron por la estación atestada de personas.

—Tenemos que cambiar libras por euros —le explicó Bree a Conner—. No vamos a poder comprar los boletos a Monte Carlo hasta que no los cambiemos.

Encontraron una estación de cambio de divisas e intercambiaron todas las libras que les quedaban. Caminaron hacia la taquilla para comprar los boletos a Monte Carlo y otra vez hicieron como si Perla fuera su abuela para no levantar sospechas.

—¿Quiere boletos de primera clase o clase económica, *monsieur*? —preguntó la vendedora francesa de la taquilla.

—Económica está bien, si hay disponibles —respondió Conner.

—No seas tacaño ahora, Bailey —dijo Bree.

—Está bien, primera clase, por favor —aceptó Conner—. Voy a estar más que castigado cuando vuelva a casa.

En menos de una hora, Conner, Bree y la abuelita Perla estaban a bordo de otro tren disfrutando de otro vagón de primera clase. Era un trayecto largo y el tren se movía mucho, y los tres durmieron lo más que pudieron. El tren se detuvo en cinco o seis ciudades en el camino y, cerca de seis horas después, llegaron a la estación de Monte Carlo.

Tomaron el equipaje y a la abuela Perla, y se dirigieron a la salida. Una vez fuera de la estación, Conner y Bree vieron Monte Carlo por primera vez.

La ciudad era preciosa. Un grupo de hoteles coloridos, centros turísticos y residencias que bajaban por las colinas monegascas y se extendían hasta el océano. El olor salobre del océano estaba por todas partes. Una bahía a lo largo de la costa albergaba cientos de botes y yates que flotaban arriba y abajo en el agua más azul que Conner hubiera visto.

—Así que de aquí vienen las postales —dijo lleno de asombro.

Era casi imposible no disfrutar de la brisa refrescante y los rayos cálidos del sol dorado del atardecer. Perla tarareaba una canción alegre mientras la empujaban por aquella ciudad paradisíaca.

Pasearon por las calles sin saber adónde ir, en busca de una guía o señal que les indicara hacia dónde quedaba el casino Lumière des Etoiles. Sin embargo, se dieron cuenta enseguida de que la ciudad entera estaba hecha de casinos.

—Es como buscar una aguja en un pajar —dijo Bree.

—¿Por qué no buscas en tu teléfono? —preguntó Conner.

—Eso quisiera, pero se me acabó la batería en París.

Justo cuando pensaron que se habían quedado sin suerte, Perla tiró de la manga de Conner y señaló un edificio al final de la calle.

—*Das Lumière des Etoiles casino*! —exclamó con entusiasmo.

Bree y Conner estaban tan contentos que querían abrazarla, pero como ni siquiera sabían su verdadero nombre, pensaron que no tenían la confianza suficiente y se abrazaron entre ellos en su lugar.

—¡Abuela Perla, eres genial! —dijo Conner cuando la empujaron hacia el casino.

El casino Lumière des Etoiles era un edificio enorme con columnas altas y un domo gigante. Si no fuera por la señal lumínica que parpadeaba con el nombre del casino, Conner hubiera dicho que se trataba de un ayuntamiento antiguo que habían pintado de un amarillo arenoso, para que combinara con el resto de la ciudad.

A Conner y Bree les costó empujar la silla de Perla por los escalones, pero lo lograron y se metieron dentro. El casino tenía pisos de mármol verde y columnas doradas a lo largo de las paredes. Un enorme candelabro colgaba del domo e iluminaba un mar de máquinas tragamonedas y mesas de cartas.

No había ni un solo huésped en el casino menor de ochenta años. A donde fuera que uno mirara, había sillas de ruedas, andadores y cabello blanco. Abuelas que les mostraban a otras abuelas las fotos de sus nietos antes de sacarse el dinero entre ellas. Había ancianos con tatuajes gastados que se habían hecho por error cuando eran jóvenes. Era como si hubieran entrado en una sala llena de Perlas.

—Ahora entiendo por qué a Mamá Gansa y a Perla les gusta tanto este casino —dijo Conner—. Es como si hubiéramos encontrado su hábitat natural.

Apoyaron a Perla contra una máquina tragamonedas y le dieron un puñado de monedas para que se mantuviera ocupada. Como Mamá Gansa había descripto, una mesa de ruleta se encontraba en el rincón noroeste. Era la única mesa del casino en la que no había ni una sola persona. Conner y Bree se hicieron paso entre la muchedumbre de ancianos, que les echaban miradas de lo más extrañadas; eran sapos de otro pozo.

Llegaron a la mesa de ruleta y Conner tomó la ficha de póker del bolsillo. El crupier de la ruleta tenía una camisa blanca con botones, un chaleco negro y un moño al cuello. Levantó la mano para detenerlos antes de que pudieran decir una palabra.

—Mis más sinceras disculpas, *mademoiselle* y monsieur, pero esta mesa está reservada para fichas especiales —dijo el crupier—. Y no creo que

ninguno de los dos tenga edad para estar en este casino, de todas maneras.

Conner le mostró la ficha azul. Los ojos del crupier se iluminaron.

—No vinimos a jugar —respondió Conner—. Pero quisiera apostar esta ficha a las negras.

Tuvo que haber sido un código, porque el crupier bajó la mano y levantó una ceja a los adolescentes. Los miró con complicidad.

—Claro —dijo—. Un momento, por favor —levantó un teléfono que había bajo la mesa de la ruleta—. *Monsieur, nous avons quelqu'un avec un jeton noir* —dijo en francés a quien fuera que estuviera del otro lado de la línea, y luego cortó—. El gerente se encontrará con ustedes enseguida.

Conner y Bree no sabían si estas eran buenas o malas noticias. ¿Los habría guiado la ficha a algo bueno, o estarían a punto de echarlos del casino?

Un momento después, el gerente del casino Lumière des Etoiles se encontró con ellos en la mesa. Era un hombre alto y corpulento con un grueso bigote castaño. Vestía un traje elegante, y se acomodó la corbata cuando los saludó.

—Bonjour —dijo el gerente—. ¿Creo que puedo ayudarlos?

Conner le mostró la ficha.

—Sí, esto pertenece a nuestra abuela —dijo señalando a Perla, que continuaba en la máquina tragamonedas. La anciana había sido una gran pantalla hasta ahora, así que Conner pensó que ya no podía hacer nada que los perjudicara.

—¿Puedo verla? —preguntó el gerente. Conner le dio la ficha, el hombre extrajo una lupa de la solapa del traje y miró con cuidado la textura del borde de la ficha—. Muy bien, por favor, síganme —dijo y se alejó de la mesa de ruleta.

Conner y Bree intercambiaron miradas; los dos querían que el otro pasara primero. Finalmente, Conner siguió al gerente y Bree caminó detrás, casi pisándole los talones.

El gerente los guio por el casino hasta un elevador en el que les mantuvo abierta la puerta amablemente. El elevador tenía un botón para cada uno de los cinco pisos, pero cuando las puertas se cerraron, el gerente presionó varios a la vez, como si estuviera ingresando un código secreto. Cuando terminó, el ascensor tomó a Conner y Bree por sorpresa: empezó a bajar a un nivel que no estaba marcado.

—¿Están disfrutando de Monte Carlo? —preguntó el gerente, despreocupado, mientras bajaba el elevador.

—Sip —dijo Conner con voz aguda, aterrorizado de no saber adónde los estaba llevando.

Finalmente, el elevador se detuvo y las puertas se abrieron.

—Por aquí —anunció el gerente, y los acompañó fuera del ascensor.

Conner y Bree quedaron deslumbrados cuando se dieron cuenta de que estaban en un gigantesco patio subterráneo. Era como si tuvieran una cárcel de cuatro pisos bajo los pies, pero en lugar de haber celdas, las paredes estaban cubiertas por hileras de bóvedas.

—¡Así que aquí está su bóveda! —exclamó Conner.

—No es un casino de verdad. Es un banco secreto —dijo Bree.

—Ah, no. Sigue siendo uno de los mejores casinos de Monte Carlo —les aseguró el gerente—. Pero antes de ser un casino, fue uno de los mejores centros de almacenamiento privados del mundo durante centenares de años. Compraron el edificio a principios del 1900 bajo condición de que continuara siendo un centro de almacenamiento. Las bóvedas no se rentan ni se asignan por contrato, sino que se compran de por vida, como las parcelas del cementerio.

—¿Así que hay cosas en estas bóvedas que nadie verá nunca más? —preguntó Conner.

—En general, las bóvedas y las pertenencias que llevan dentro se heredan, pero en ciertas ocasiones, tenemos clientes que mueren antes de nombrar a un heredero —explicó el gerente.

—¿Y los objetos de valor de esas personas permanecen encerrados para siempre?

—Sí. Pero, en general, cuando las personas guardan algo en una bóveda subterránea, no quieren compartir esos objetos con el mundo.

Conner y Bree tragaron saliva al mismo tiempo. Tan solo pensar lo que pudiera haber detrás de esas puertas metálicas les ponía la piel de gallina.

—Ahora por favor síganme, les mostraré la bóveda de su abuela —dijo el gerente.

Lo siguieron y bajaron dos escaleras hasta el tercer nivel.

—Aquí estamos. Bóveda 317 —anunció el gerente y se detuvo a un costado de la puerta de la bóveda.

—Un segundo, ¿cómo sabe con seguridad que esta es nuestra bóveda? —preguntó Conner.

—Cada ficha tiene un numerito en el borde, y miré cuál era el suyo antes de traerlos aquí —explicó—. Cada ficha hace de llave, también. Los bordes no están cortados como cualquier ficha, sino que tienen muescas y marcas

únicas. Cuando uno pone la ficha correcta en el centro del candado de una bóveda y gira la manilla, la bóveda se abre. Si uno pone una ficha incorrecta en un candado, la ficha se rompe cuando giras la manija.

—Pero ¿cómo sabe que somos los beneficiarios reales? —preguntó Bree —. ¿Cómo sabe que no robamos la ficha?

—Eso no es un problema —explicó el gerente—. Según una política de hace trescientos años, quienquiera que tenga la ficha es el beneficiario legítimo. Le damos una sola ficha a cada cliente. Si se rompe o se la roban, ese no es nuestro problema. Así evitamos muchas demandas y robos.

Conner y Bree asintieron con la cabeza para indicar que entendían. Era un centro de almacenamiento muy extraño; no resultaba sorprendente que Mamá Gansa tuviera relación con este lugar.

—Ahora, por favor, disfruten su tiempo con lo que guarde su bóveda, sea lo que sea —dijo el gerente—. También es política de la casa que yo deje el lugar antes de que ustedes la abran, para honrar nuestra garantía de privacidad absoluta de sus pertenencias. Por favor, esperen a que haya subido al elevador antes de abrir la bóveda. Cuando hayan terminado, por favor, tomen el ascensor al piso principal.

Hablaba con tanta naturalidad a pesar de que el lugar no tenía nada de natural. El gerente se fue por donde habían venido. Subió las escaleras y desapareció en el elevador.

—Este lugar es intenso —dijo Conner.

—Este lugar es genial —añadió Bree—. Piensa en lo que puede haber dentro de las bóvedas… ¡Piensa en quién estará dentro de las bóvedas!

Conner cayó en la cuenta de que lo que le asustaba a todo el mundo, fascinaba a Bree. Y saber esto sobre ella lo fascinaba y aterraba a la vez.

—Crucemos los dedos para que esto funcione —dijo Conner. Puso la ficha en el candado de la bóveda. Giró la manilla que rodeaba el candado y, ¡pop!, se abrió la puerta. También vino una ráfaga de aire que traía una mezcla de aromas. Conner tenía las dos manos en la manilla, pero no abrió la puerta del todo.

—¿Qué esperas? —preguntó Bree.

—Estaba pensando en todas las cosas potencialmente alucinantes y horribles que puedan estar esperándonos dentro —dijo.

—Ya lo sé —asintió Bree—. Qué mal que mi celular se haya quedado sin batería; de lo contrario, podría tomar fotos.

Conner resoplaba mientras abría la pesada puerta. Él y Bree dieron un paso dentro de la bóveda y miraron por todas partes, asombrados de los

tesoros que Mamá Gansa había recolectado a lo largo de los siglos.

Era como estar en el depósito de un museo. Había enormes bustos egipcios, huevos de Fabergé, cientos de pergaminos enrollados, retratos, pinturas, huesos de dinosaurios, ollas y cacharros de arcilla e incluso una ametralladora gigante de la Segunda Guerra Mundial.

Conner y Bree empezaron a buscar entre los artefactos. Algunos eran tan estrafalarios que los hacían olvidar de lo que estaban buscando. Mamá Gansa había rotulado muchos objetos, y a ellos les costaba creer que aquellos carteles fueran ciertos. Sobre un par de dentaduras de madera había una nota que decía: «Dientes de George Washington». Un pergamino llevaba el nombre «Mapa a Atlantis». Un sobrecito que tenía un telegrama decía: «Dirección de Amelia Earhart».

A Bree se le estuvieron por salir los ojos cuando leyó el nombre de una copa pequeña.

—No crees que esto sea de verdad el Santo Grial, ¿no? —dijo y le mostró la copa a Conner.

—Es probable que no —respondió él.

Bree suspiró del alivio y tiró la copa a un costado. Desenrolló un retrato y se rio.

—Entonces, esta pintura titulada «la Mona Lisa original» con una nota de Leonardo Da Vinci no es real tampoco —dijo mostrándosela.

—Emm… esa tal vez sea legítima —repuso Conner recordando las historias de Da Vinci que contaba Mamá Gansa.

De repente, dio la impresión de que Bree tenía explosivos en las manos y los volvió apoyar con cuidado. Conner estaba muy distraído por todo lo que encontraba. Tenía que recordarse todo el tiempo la razón por la que estaban ahí.

—Desearía que Mamá Gansa no fuera tan acumuladora. Sería mucho más fácil encontrar la flauta de pan si ella hubiera aprendido a reciclar —comentó. Sacó del medio un grupo de mapas de antaño y luego saltó de la emoción cuando encontró una flauta de pan de madera bajo ellos.

—¡Bree! ¡Ven aquí y mira esto! —exclamó—. ¡La encontré! ¡La encontré!

—¡Eres genial! —estalló Bree y lo abrazó con fuerza—. ¿Dice qué notas hay que tocar para acceder al portal?

Conner inspeccionó la flauta de pan y encontró una serie de letras talladas en el cilindro más grande.

—Dice «G-E-F-C, C-E-G-F». Asumo que son notas musicales, o quizás es cómo se deletrea un estornudo.

—¡Esto es increíble! Ahora, lo único que tenemos que hacer es ir al castillo de Neuschwanstein y encontrar el portal.

Estaba tan entusiasmada que le besó la mejilla y se apresuró a la puerta. Conner se sonrojó con mucha intensidad, y casi se desmaya. Lo hizo sentir el tesoro más especial de la bóveda.

Bree volvió a asomar la cabeza dentro de la bóveda.

—¿No vienes?

—¡Sí, perdón, ya voy! —tomó la flauta de pan, volvió en sí y la siguió afuera.

Cerraron y aseguraron la bóveda con cuidado. Conner se guardó bien la llave en el bolsillo. Subieron al casino con el elevador y le agradecieron al gerente por su ayuda. Cuando bajaron los escalones de la entrada, planearon lo que harían a continuación, aunque les inquietó que el sol se hubiera puesto mientras estaban dentro.

—Antes de dejar la estación, miré las próximas partidas —dijo Bree—. Si llegamos a tiempo, hay un tren nocturno a las nueve en punto que va a Praga y hace una parada en Múnich.

—Perfecto —asintió Conner—. Solamente nos falta algo.

—¿Qué?

—¡Perla!

Se dieron vuelta y volvieron corriendo al casino. Perla seguía en la máquina tragamonedas en la que la habían dejado. Sin embargo, abrazaba tres cubetas repletas de monedas que había ganado mientras ellos estaban abajo.

—Muy bien, Perla —dijo Bree.

—Perla, ¿quieres acompañarnos en un último viaje en tren? —preguntó Conner.

La anciana no parecía entenderlo, pero muy amablemente asintió con la cabeza. Perla ya era parte de la aventura tanto como ellos.

La bajaron por los escalones principales del casino y fueron hasta la estación lo más deprisa que pudieron. Llegaron justo a tiempo y fueron los últimos en comprar los boletos y subir al tren. El compartimiento no era tan lindo como los otros, pero no les importó… Con tal de que estuvieran yendo a Alemania, todo estaba bien en el mundo.

La puerta del compartimiento se abrió de repente y dejó ver un guardia de apariencia agresiva. Los ojos se le achicaron cuando vio a Conner y Bree detrás de la puerta.

—Pasaportes, por favor —exigió el guardia.

—¿Por qué necesita ver nuestros pasaportes? —preguntó Conner.

El guardia entrecerró los ojos ante la renuencia del chico.

—Nos han pasado la información de dos adolescentes de los Estados Unidos que se han fugado —dijo—. Es el protocolo pedir una identificación a todos los pasajeros del tren que se ajusten a esa descripción.

Conner y Bree se pusieron tensos. Estaban tan cerca de llegar al portal, pero no había formar de escapar de esto.

—Pero si estos son mis nietos —replicó Perla en perfecto inglés.

Conner y Bree voltearon tan deprisa que casi se lastiman el cuello. ¿Había estado en sus cabales todo este tiempo?

—Comprendo, *madame*, pero necesitamos ver sus pasaportes de todas formas —insistió el guardia.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Perla—. Espere a que tome mi bolso y los encuentre para usted.

Lentamente, revisó su bolso: un bolígrafo, un caramelo duro, una moneda. Sacó una pila de pañuelitos, billetes doblados y cartas con estampillas que había olvidado enviar. El guardia se puso impaciente mientras esperaba que ella encontrara los pasaportes.

—¿Dónde puse esos pasaportes? —se preguntó Perla—. Estábamos en Monte Carlo cuando me los puse en el bolsillo, luego subimos al tren y los guardé en la maleta… Sí, ¡están en la maleta! Si no le molesta esperar otro minuto, los voy a buscar en la maleta.

—Está bien, *madame* —dijo el guardia. Se había quedado sin paciencia por el día—. Confío en usted. Por favor, disculpe las molestias —cerró la puerta y escucharon que sus pasos se alejaban por el tren.

Perla guardó sus pertenencias en el bolso y luego miró a Conner y Bree. Ambos la estaban mirando con los ojos grandes y la boca abierta, como si ella estuviera prendida fuego.

—Entonces, ¿adónde vamos ahora? —les preguntó Perla con dulzura.

—¿Se dio cuenta de lo que estuvimos haciendo todo este tiempo? —preguntó Conner, totalmente avergonzado.

—Soy vieja, pero no vetusta. Hablo inglés también, ¿saben? —dijo.

—¿Y dejó que la lleváramos por todo el continente por voluntad propia? —preguntó Bree, horrorizada.

—Sí —dijo Perla—. Parecían unos chicos buenos en la estación de tren de Londres. No estaba segura de lo que pasaba al principio, pero sabía que sería divertido una vez que subiéramos al tren.

Conner y Bree se miraron. Tenían la misma mirada de desconcierto.

—Escapé para tener mi propia aventura cuando tenía su edad —dijo Perla —. Me enamoré de un payaso de circo llamado Fabrizio y lo seguí alrededor del mundo.

—¿La atraparon? —preguntó Bree.

—No, y después de seis meses de seguirlo tuve el coraje de decirle a Fabrizio cómo me sentía —respondió la anciana.

—¿Qué pasó? —preguntó Conner—. ¿Estaba asustado de que lo estuviera siguiendo? ¿Le rompió el corazón?

—No, estuvimos casados durante sesenta y cuatro años… hasta que murió —respondió—. En el pasado, las acciones valían más que las palabras. No hicimos más que seguir lo que nos decía el corazón. Hoy en día las personas actúan como si el amor fuera una isla: todos quieren nadar a ella, pero nadie quiere mojarse.

—¿Qué hacía en la estación de tren de Londres? —preguntó Bree.

—Había ido a visitar a mi hijo —explicó—. Me dejó en la estación, pero aún no estaba lista para volver. Ahora sí lo estoy, creo. Dos días es el tiempo perfecto para desaparecer y que tus hijos te valoren un poco más. Disfruté esta pequeña aventura con ustedes, pero estoy muy cansada; debería bajar en la próxima estación y tomar un tren a casa.

Conner y Bree sacudieron la cabeza y se rieron.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —preguntó Conner.

—Elsa —dijo con una gran sonrisa—. Pero insisto en que me llamen abuelita Perla.

A Conner y Bree les gustó la idea de tener una nueva abuela.

—Bueno, nosotros nos llamamos…

—Eh —interrumpió Perla—, si no me dicen cómo se llaman, nunca voy a tener que decirle a nadie dónde los vi.

Conner y Bree pensaron que la mujer frente a ellos era demasiado buena y no podía ser real.

—Es tanto más genial que mi abuela alemana de verdad —dijo Bree.

—Bueno, la razón por la que escaparon de sus padres no es de mi incumbencia, pero prométanme que van a mantenerse a salvo durante esta aventura —les pidió Perla—. Es todo juego y diversión, hasta que alguien sale herido.

Asintieron con la cabeza, aunque sabían que era una promesa que ninguno de los dos podía cumplir.



Capítulo doce

Los secretos del castillo de Neuschwanstein

El tren de Monte Carlo llegó a Múnich a las seis de la madrugada, luego de hacer varias paradas. Trataron de dormir el mayor tiempo posible, pero no lograron descansar mucho. Conner y Bree se aseguraron de que Perla estuviera a salvo y a bordo del tren que la llevaría a casa antes de dejar la estación.

Cuando dejaron Alemania dos días atrás, ninguno de los jóvenes hubiera pensado que estarían de regreso tan pronto. Y como las otras ciudades que habían visto hasta ahora, Múnich era un mundo aparte. Era una ciudad de espirales, torres de reloj y techos en punta. Había hermosos edificios con vitrales y puertas de madera talladas a mano. Sobre los techos y balcones había estatuas de figuras míticas y religiosas que vigilaban las calles repletas de peatones.

—No puedo creer que estos países estén tan cerca y sean tan diferentes entre sí —dijo Conner.

—Y no conoces en serio un lugar hasta que has estado ahí —añadió Bree —. Puedes ver centenares de fotos y decenas de mapas, pero si no has estado en una ciudad y no le has sentido el ritmo, no sabes nada sobre ella en realidad.

Conner no lo hubiera podido decir con mejores palabras. Sin tiempo que perder, pensaron cómo ir desde Múnich hasta el castillo de Neuschwanstein.

—Tengo malas noticias —dijo Conner—. Estamos cortos de dinero. Tengo lo suficiente como para comprar comida durante un par de días, pero no más que eso. No sé cómo iremos al castillo ahora.

—No te preocupes. Tengo una idea —respondió Bree—. Busquemos un hotel y hagamos como si fuéramos a hospedarnos allí. Luego, engañemos al

conserje para que nos dé lo que necesitamos.

—Déjame adivinar. ¿Esto pasa en los libros policiales también? —preguntó Conner.

—No. Esto lo pensé yo sola —dijo Bree, orgullosa—. Mi abuela vive en un condominio en Atlantic City cerca de varios hoteles. Hubo veranos en los que no pagué ni un almuerzo.

Subieron y bajaron por las calles de piedra hasta que Bree encontró un hotel grande y lujoso, ideal para su plan. El hotel estaba pintado de amarillo y tenía varias banderas de diferentes países expuestas sobre las puertas giratorias de la entrada principal. Empujaron las puertas y Bree se puso en la fila para hablar con alguien en la mesa de entrada.

Conner esperó unos minutos detrás de ella; Bree había dicho que se sentía confiada para hacerlo sola, o tal vez, no quería que él le estuviera encima.

—*Guten Morgen, gnädige Frau* —saludó el hombre de la mesa de entrada.

—*Guten Morgen*, es un placer volver a verlo —dijo ella, a pesar de que nunca había visto al hombre—. Quisiera saber si recibí algún mensaje mientras estuve fuera.

—¿Ah? —el conserje parecía confundido; hubiera podido jurar que no se conocían—. ¿Qué número de habitación?

—La 723 —respondió Bree como si se lo hubiera dicho centenares de veces.

—¿Y cómo es su nombre? —preguntó.

—Bree Campbell —dijo, sincera, e hizo como si estuviera un poco dolida de que él no se acordara—. Pero como debería saber, la habitación está a nombre de mi padrastro.

—¿*Herr* Hueber es su padrastro? —preguntó.

—Ah, ¿se registró con ese nombre? —comentó Bree poniendo los ojos en blanco—. No le preste atención, por favor. Es de Milwaukee. Siempre que vamos a algún lugar nuevo, trata de engañar a los locales para que piensen que es uno de ellos. Seguramente, se registró usando un acento ridículo también. Bueno, con respecto a los mensajes…

—Ah sí, claro —dijo el conserje y revisó los papeles sobre el escritorio—. Ningún mensaje para la habitación 723.

—¿Ni siquiera de Jacob? —preguntó Bree con tristeza.

Conner la miró durante un segundo y luego volvió a mirarla… ¿Quién diablos era Jacob?

—No, perdone —dijo el conserje.

—Qué lástima —respondió ella y luego tomó cartas en el asunto—. Bueno, ya que estoy aquí, ¿podría decirme cuál es la forma más sencilla de ir al castillo de Neuschwanstein? Papá tiene que trabajar todo el día y no tengo nada que hacer.

—Hay un bus que la lleva en dos horas hasta ahí —dijo—. Por desgracia, ya está agotado para hoy y mañana.

Conner se desanimó cuando escuchó esto, pero Bree pensó deprisa en un plan B.

—¿Alquilan bicicletas en el hotel? —preguntó Bree.

—Sí, *madame* —respondió el conserje. Estaba feliz de darle por fin buenas noticias.

—Genial. Supongo que un paseo en bicicleta por la campiña también está bien —dijo ella.

—¿Una bicicleta?

—Dos, por favor —pidió Bree.

—¿Y lo cargo a la habitación? —preguntó.

—Sí, por favor. Y si pudiera, por favor, dejarle una nota a mi papá para avisarle que me fui a dar un paseo corto en bicicleta, se lo agradecería mucho.

—Sí, sería un placer —asintió el conserje—. Haré que traigan las bicicletas al frente del hotel ya mismo.

—Le agradezco mucho —dijo Bree.

Conner casi ni recordaba que no se estaban hospedando en el hotel. Hizo un ruido con el pie para llamarle la atención.

—Tenemos que averiguar cómo ir hasta ahí —susurró.

—Ah y una última cosa —le dijo al conserje—. ¿Le molestaría indicarme en un mapa cómo llegar al castillo de Neuschwanstein? Si es que convenzo a mi papá de que me lleve cuando haya terminado de trabajar.

El hombre asintió con la cabeza y le señaló el camino en un mapa. Bree le agradeció de nuevo y luego esperó en el frente del hotel con Conner a que llegaran las bicicletas.

—Eres muy buena en eso —dijo Conner—. Tan buena que das miedo.

La mente de Bree se había perdido en el mapa.

—Bueno, a decir por el mapa, el castillo está a unos trece kilómetros… lo que quiere decir que vamos a tener que andar en estas bicis todo el día.

—Ay, no —dijo Conner mirando la maleta que había estado cargando todo el viaje—. ¿Qué se supone que voy a hacer con Betsy?

—Déjala en la mesa de entrada y diles que estás conmigo —respondió Bree y le dio su maleta para que dejara las dos.

—Creo que aquí es donde nos separamos, viejita —dijo con tristeza. Tomó el trozo de espejo de la maleta y se lo puso en el bolsillo de la chaqueta. Se acababa de dar cuenta de que ahora que había llegado a Múnich, había hecho vivir a Betsy tantas aventuras como Bob. La llevó dentro y la dejó para la habitación 723 sin saber si iba a volver a verla.

Un hombre del hotel trajo a Conner y Bree una bicicleta para cada uno, y ellos comenzaron el largo viaje al castillo de Neuschwanstein. Bree tomó el lugar de líder. Conducía la bici con una mano y, con la otra, sostenía el mapa que miraba una y otra vez.

Les tomó cerca de una hora alejarse del tráfico de Múnich y entrar a la campiña alemana. Enseguida, estuvieron a la vista los Alpes, magníficos. Eran más altos de lo que parecía posible, como si los hubieran pintado contra el cielo. Las cimas puntiagudas y recortadas estaban salpicadas con nieve, como la barba de un anciano. Se alzaban, majestuosas, como soldados a cargo de la vigilancia de su tierra natal.

Cuanto más se adentraban en el paisaje, más se elevaba el terreno con la altitud de los Alpes. Conner y Bree miraban con ojos asombrados las colinas de césped a su alrededor. Estaban convencidos de que Alemania era el lugar más verde de la Tierra.

Cada tanto, aparecía una villa a un costado del camino. Cada una era más pintoresca que la anterior, con los techos anaranjados que contrastaban con el telón celeste del cielo detrás de los Alpes. El paisaje era tan hermoso que no parecía real. Conner no sabía que el mundo podía ser tan hermoso, y cada kilómetro que pasaba, veía algo que le recordaba a la Tierra de las Historias y lo mucho que la extrañaba.

Empezaron a llegar nubes de las cimas de las montañas y cubrieron el campo con un techo gris, grueso y esponjoso. Resultaba difícil saber dónde terminaban las montañas y dónde empezaban las nubes.

Luego de varias horas de pedalear, Conner y Bree se detuvieron en un pueblito llamado Oberammergau, en busca de algo para comer. Todas las casas y tiendas tenían aspecto de cabañas y estaban pintadas con murales de arte inspirado en cuentos de hadas y relatos religiosos, como si fueran una sola cosa. Conner y Bree se detuvieron a mirar una adorable casa pintada con escenas icónicas del cuento de Caperucita Roja.

—No podría contarle nunca esto a Roja —dijo Conner—. Ya tiene la cabeza enorme; No me imagino cómo reaccionaría si supiera que también aparece en pinturas del Otromundo.

Les fascinó ver qué bien representados estaban los cuentos de hadas en el centro del pueblo. Había estatuas de trolls y de Humpty Dumpty, tiendas llenas de juguetes y chucherías y títeres de todos los personajes de cuentos, e incluso había un pequeño hotel que se llamaba Hotel del Lobo, donde decidieron comer.

—Es como si estuviéramos comiendo en el Reino de la Capa Roja —dijo Conner durante el almuerzo.

—Si estas personas supieran lo que sabemos nosotros… —comentó Bree.

Conner bajó la vista a la comida.

—Sí… —murmuró, triste.

—¿Qué te pasa? —preguntó Bree.

Dudaba sobre si contarle o no lo que pasaba por su mente.

—No quiero que nada le ocurra a mi hermana ni a mi abuela ni a nadie en la Tierra de las Historias —dijo—. Pero hay una parte de mí que quiere que se abra el portal, para volver a ver a todos.

Bree sonrió con dulzura.

—No creo que eso tenga nada de malo —respondió—. Tomémoslo como una situación en la que vas a ganar, pase lo que pase. Si el portal está cerrado, tus amigos están a salvo, y si está abierto, al menos puedes volver a verlos.

—Sí, mientras los atacan centenares de soldados franceses —dijo Conner.

—Tal vez los soldados hayan cambiado de parecer en el portal —comentó Bree—. Doscientos años da mucho tiempo para reflexionar; tal vez hayan cambiado toda su obsesión de dominar el universo.

—Tal vez —Conner se encogió de hombros. Los dos sabían que no había muchas probabilidades de que eso hubiera pasado, pero él valoró su optimismo de todas formas. Deseó tener una vida en la que no siempre hubiera un precio o una elección… Deseó que alguna vez cuando alguien dijera «Y vivieron felices por siempre», fuera en serio.

Terminaron de comer y continuaron camino al castillo. Resultaba fácil perder la noción del tiempo ahora que el sol se había escondido detrás de las nubes. Horas más tarde, cuando empezaban a dolerles el trasero y los pies de andar en bici todo el día, llegaron a la villa de Hohenschwangau.

Conner y Bree vieron las puntas de las torres del castillo de Neuschwanstein escondidas detrás de los árboles que crecían en las montañas sobre la villa. Daba la impresión de que los estaba espiando un gigante.

—¡Lo logramos! —exclamó Bree, entusiasmada—. ¡Y nos llevó apenas nueve horas y media!

—¿Apenas? —preguntó Conner quejándose mientras se bajaba de la bicicleta—. Me parece que voy a tener la forma del asiento de la bici tallada en el trasero durante el resto de mi vida.

Hohenschwangau era un lugar diminuto y consistía más que nada en restaurantes, hoteles y tiendas de recuerdos para los turistas que visitaban Neuschwanstein. La villa también tenía otro castillo más chico y más viejo que se erigía sobre una colina frente al Neuschwanstein. Era cuadrado y color oro y los viajeros que visitaban la villa se olvidaban casi por completo de él.

En unos quioscos de vidrio alineados en el centro de la plaza, se podían comprar excursiones al Neuschwanstein. Una larga fila de turistas esperaba los buses que los llevaban al camino que conducía a las montañas y al castillo.

—Bueno, creo que tengo un plan —dijo Conner—. Hagamos una excursión al castillo y quedémonos al final del grupo para que se olviden fácilmente de nosotros. Cuando nadie nos mire, busquemos un lugar para escondernos. A la noche, cuando todos los guías y turistas se hayan ido, podremos recorrer el castillo y buscar el portal.

—¡Suena excelente! —exclamó Bree.

Encadenaron las bicicletas a un portabicicletas y fueron a comprar los boletos. Pero en el momento en el que se acercaron a los quioscos, alguien puso un letrero en la ventana, escrito en varios idiomas:

ALLE TOUREN VON SCHLOSS NEUSCHWANSTEIN
SIND FÜR DEN REST DES TAGES AUSVERKAUFT
ALL TOURS OF NEUSCHWANSTEIN CASTLE
ARE SOLD OUT FOR THE REST OF THE DAY
TOUS LES BILLETS POUR LES VISITES DU CHÂTEAU
DE NEUSCHWANSTEIN ONT ETE VENDUS
POUR LE RESTE DE LA JOURNEE
TUTTI I TOUR DI NEUSCHWANSTEIN CASTELLO SONO
ESAURITI PER IL RESTO DELLA GIORNATA
TODOS LOS TOURS AL CASTILLO DE NEUSCHWANSTEIN

—¡Ay, no! —gritó Conner—. ¿Qué hacemos ahora?

—Veamos si podemos ver mejor el castillo —dijo Bree—. Tal vez haya una ventana o algo por donde podamos meternos.

Caminaron y se alejaron un poco de la villa, y así tuvieron a la vista más torres del castillo.

—No tiene sentido mirarlo desde aquí, tendremos que subir la colina y mirarlo de cerca —dijo Conner.

Trató de luchar contra los pensamientos desalentadores que empezaron a molestarle, pero la situación no se veía muy bien. Si la base de la colina del castillo estaba tan llena de personas, seguramente el castillo estaría repleto. Sería imposible husmear por ahí sin levantar sospechas.

Conner cerró los ojos y rezó por un milagro. No necesitaban más que entrar al castillo; ¡eso era todo! El destino del mundo de los cuentos de hadas dependía de lo que encontraran dentro. Por suerte para Conner, todavía tenía un poco de magia en la sangre que debió haber escuchado su pedido…

—Ey, Conner —dijo Bree entre susurros—. Ese chico no deja de mirarnos.

Conner giró en la dirección que ella se refería. A unos metros delante de ellos, junto al camino, había una casita con aspecto de cabaña. Un chico estaba sentado en los escalones mirándolos sin vergüenza. Era muy joven, no tenía más de diez años, y su cabello era oscuro y su piel, pálida. Era muy delgado, aunque tenía las mejillas rosadas y regordetas, lo que lo hacía parecer un títere que había vivido en un reloj cucú.

—Hola —dijo Conner y saludó, incómodo, al observador.

—Hola —saludó el chico con un acento alemán encantador—. ¿Son estadounidenses, chicos?

—Sí —respondió Bree.

Se le abrió una gran sonrisa entre las mejillas rosadas y se incorporó, atolondrado.

—¿Te gusta Estados Unidos? —preguntó Conner.

—¡Sí! —dijo el chico y asintió con la cabeza, fascinado—. ¡De ahí vienen todos los superhéroes!

—¿Has estado allí? —preguntó Bree.

—No —respondió, y se le hundieron los hombros—. Voy a la escuela en Füssen, al final de la calle, pero además de eso, nunca estuve lejos de aquí. ¡Pero estoy ahorrando todo mi dinero para visitar Ciudad Gótica algún día!

Conner y Bree se miraron como si fuera un precioso cachorro que querían conservar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Conner. Se acercaron para hablar con él un poco más.

—Me llamo Emmerich —les dijo, contento—. Emmerich Himmeslbach. ¿Cómo se llaman ustedes?

—Yo soy Conner y ella es mi amiga, Bree.

—¿Qué los trae a Hohenschwangau? —preguntó y, luego, se corrigió a sí mismo—. Ah, es una pregunta tonta; vinieron a ver el castillo, ¿no? Todo el mundo viene a ver el castillo.

—Sí —dijo Bree—. ¿Has entrado alguna vez?

—Ah, ¡muchas, muchas, muchas veces! —les dijo—. Mi abuelo solía hacer visitas guiadas por el castillo y mi mamá trabaja en la tienda de recuerdos del castillo en la villa. Así que no hay nada que no sepa del castillo.

—Bueno, habíamos venido a ver el castillo —dijo Conner, desanimado—. Anduvimos en bicicleta desde Múnich, pero los boletos están agotados.

Esto le voló la cabeza a Emmerich, que estuvo a punto de caerse al suelo al escucharlo.

—¿Vinieron en bicicleta desde Múnich? —preguntó con gestos enormes —. ¿Por qué harían eso?

Una idea le vino a la mente a Conner. Miró a Bree y ella pudo verle la luz en los ojos. Estaba lista para seguirle la corriente, fuera lo que fuera que estuviera pensando.

—Bueno, te lo diríamos, pero no queremos ponerte en peligro —comentó Conner.

—Sí, eres muy joven —agregó Bree.

Los ojos y la boca de Emmerich se abrieron.

—¿Decirme qué? —preguntó.

—Lamento no poder decírtelo —dijo Conner—. Nuestro plan secreto se arruinaría si alguien se enterara.

—¿Qué plan secreto? —preguntó el niño, desesperado por saber—. Pueden decirme… ¡Ni siquiera tengo amigos a quienes contarles!

Conner y Bree se miraron; lo tenían justo donde lo querían.

—Bueno, vinimos a Alemania a esconder algo —explicó Conner—. Nos contrató el gobierno de los Estados Unidos porque nadie sospecharía de unos niños que viajan con esta cosa.

Emmerich se llevó las manos a las mejillas; la curiosidad se lo estaba comiendo vivo.

—¿Qué quieren esconder? —preguntó.

Conner tomó la flauta de pan del bolsillo de la chaqueta y se la mostró.

—Esto.

Emmerich se quedó sin aliento antes de saber qué era.

—Esperen, ¿qué es eso?

—Parece una flauta de pan, pero en realidad es un arma —dijo Bree—. Y un hombre muy malo quiere encontrarla.

—¿Y quieren esconderla en Hohenschwangau? —preguntó Emmerich.

Asintieron.

—Íbamos a esconderla en el castillo —dijo Conner—. De esa forma, pasaría por un objeto histórico, pero como no hay más excursiones, bueno, vamos a tener que esconderlo en alguna otra parte.

—Sentimos haberte molestado, Emmerich —añadió Bree—, pero debemos irnos. Cuando llegue la noche, tenemos que estar fuera del país para que no nos encuentren.

—¡No! ¡Esperen, por favor! —gritó—. Puedo hacerlos entrar a Neuschwanstein si quieren.

—Pero ¿cómo puedes hacer eso? —preguntó Conner.

Emmerich miró hacia todos lados para asegurarse de que nadie escuchara.

—Conozco un pasaje secreto al castillo —explicó—. Mi abuelo me llevó una vez.

A Conner y Bree se les levantó el ánimo cuando escucharon eso, pero tuvieron que permanecer calmados para seguir con el plan.

—No lo sé, no quisiera poner en peligro tu vida, Emmerich —dijo Bree.

—Pero yo mismo estoy ofreciendo ponerla en peligro —rogó—. ¡Por favor! Incluso puedo vigilarla por ustedes una vez que se hayan ido.

Conner y Bree se alejaron unos pasos y le dieron la espalda. Actuaron como si tuvieran que pensarlo.

—Eres un genio —le susurró Bree a Conner—. ¿Quién hubiera dicho que encontraríamos a alguien que nos guiara a un pasaje secreto al castillo?

—Sí, ¿quién hubiera dicho? —susurró Conner con una sonrisa. Sabía, muy en el fondo, que tenía un poquito de magia, pero nunca lo habría aceptado abiertamente.

A la fuerza, se sacaron las expresiones de entusiasmo del rostro y volvieron con el niño.

—Bueno, Emmerich, si prometes no decirle nada a nadie sobre esto, vamos a dejar que nos lleves al castillo —anunció Conner.

Emmerich se puso a saltar. Era lo más emocionante que le había ocurrido en su corta vida.

—Sabía que ustedes tenían algo especial —dijo—. Vi muchas películas, ¡así que reconozco a un agente secreto cuando lo veo! ¿Cuándo quieren ir?

—En algún momento después de que oscurezca —dijo Bree—. Así nadie nos ve ahí.

—¡Genial! Encontrémonos en el puente de María después de la cena, en una hora o dos —dijo Emmerich—. Mi mamá me matará si no estoy para la cena, aunque sea para salvar el mundo.

—Me parece bien —asintió Conner—. ¿Dónde queda el puente de María?

—En el camino al castillo —explicó el niño—. Hay letreros que los guiarán hacia allí. No pueden confundirse. Tiene las mejores vistas del castillo.

—Perfecto. Te veremos allí —dijo Bree.

Emmerich seguía saltando y tenía las mejillas aún más rosadas.

—¡No veo la hora! —dijo, pero luego se detuvo cuando tuvo otro pensamiento—. Si voy a salir después de la cena, ¡será mejor que limpie mi habitación antes de que llegue mi mamá!

Les pasó por delante deprisa y subió los escalones de su casa a las corridas.

Conner y Bree suspiraron de alivio a la vez.

—Hasta ahora, escapamos de la directora, secuestramos a una anciana, le mentimos a un conserje y engañamos a un niño alemán que ahora cree que somos agentes secretos —enumeró Bree—. ¿Todo eso nos hace malas personas?

—No… —dijo Conner sacudiendo la cabeza—. A veces, hay que hacer cosas malas por razones buenas. Ahora vayamos a ver el puente. Estoy ansioso por ver el castillo.

Volvieron a la villa y siguieron el camino al castillo. Había muchos letreros que indicaban el camino a diferentes lugares de la montaña, pero ellos siguieron las flechas que decían Marienbrücke («Puente de María»).

El puente era largo y angosto. Estaba hecho de madera con barandillas de hierro, y se extendía desde un acantilado a otro. Muchos turistas se animaban a subir y tomaban fotos de las montañas y el bosque a su alrededor. Conner y Bree tuvieron que enfrentar un poco de vértigo cuando dieron los primeros pasos sobre el puente… No esperaban ver una cascada y un arroyo cientos de metros por debajo.

Cuando llegaron a la mitad del puente, levantaron la mirada y vieron el castillo de Neuschwanstein completo por primera vez.

—Por Dios —dijo Bree sin aliento, y se llevó las manos a la boca.

—No… no puedo… no puedo creer que estoy viendo esto —tartamudeó Conner.

Era fácil entender por qué el castillo de Neuschwanstein era conocido como una de las maravillas de Europa. Era una estructura blanca gigantesca con miles de ventanas, decenas de torres altas, techos en punta y espirales afiladas del color del cielo nocturno. El castillo se erigía sobre una base de piedra rodeada de árboles en la cima de una colina; parecía que estaba creciendo desde dentro de la montaña.

Conner había visto muchas estructuras impresionantes en la Tierra de las Historias, pero nunca en su propio mundo. El castillo de Neuschwanstein se había construido ladrillo a ladrillo gracias a las manos del hombre, sin ningún tipo de magia.

—Diría que es algo genial, pero no llega a describirlo.

—Tienes razón, no existen palabras para describirlo —dijo Bree—. Es gracioso que seamos los únicos que sabemos que hay un portal para ir al mundo de los cuentos ahí dentro… Uno diría que eso es obvio.

Conner no pudo estar más de acuerdo. Las montañas verdes, cautivantes; los lagos transparentes que reflejaban las nubes grises del cielo y las villas en el horizonte lo hacían sentir que estaba viendo algo de otro mundo. Era como si una parte del mundo de los cuentos de hadas hubiera penetrado una grieta del Otromundo y hubiera recibido el nombre de Baviera.

Las pocas horas que esperaron a Emmerich pasaron deprisa mientras disfrutaban de las vistas. La noche había caído sobre el campo alemán y los turistas habían ido desapareciendo lentamente, hasta que Conner y Bree fueron los últimos en el puente. Vieron una lucecita entre los árboles, y enseguida apareció Emmerich, que caminaba hacia ellos con una linterna en la mano.

—*Guten Abend* —dijo Emmerich—. ¿Listos para explorar el castillo?

El niño los guio a un camino que entrecruzaba la colina hasta un mirador cerca de la cascada. Treparon las barandillas del mirador y siguieron el arroyo hasta la base de la colina donde se erigía el castillo.

—Cuidado, no se mojen los zapatos —les advirtió Emmerich. Cuanto más cerca estaban de la colina, más terreno cubría el arroyo, como una tina que desbordaba.

El puente, el castillo y las montañas se perdieron de vista detrás de los gruesos árboles que rodeaban la base de la colina. Sobre una de las laderas, escondida por una capa de tierra y rocas, había una puerta redonda. Emmerich buscó la manija y abrió la puerta.

—Por aquí —dijo el niño, feliz.

Conner y Bree cruzaron la puerta a rastras después de él y llegaron a un largo túnel de piedra. El túnel giró de una dirección a otra bajo el castillo durante lo que parecieron kilómetros. Sin la linterna de Emmerich, habrían estado en la oscuridad total. Finalmente, llegaron al otro extremo del túnel y el niño empujó otra puerta circular que daba a un depósito de una tienda de recuerdos.

—Esta solía ser el ala de la servidumbre —explicó—. Ahora, quédense cerca de mí. Tengo que ingresar el código antes de que suene la alarma.

Pasaron la tienda de recuerdos y un salón dedicado a la historia de la construcción y el diseño del castillo. En medio del salón había una reproducción del castillo y las paredes estaban cubiertas de fotos de la construcción y dibujos con los primeros diseños.

Emmerich encontró un teclado numérico detrás de una de las fotos e ingresó un código. Una luz verde parpadeó cuando terminó.

—¡Neuschwanstein es nuestro! —dijo el niño.

—Bueno, Emmerich, danos una visita —le pidió Conner—. Queremos ver todo.

Emmerich los guio al final del salón escaleras arriba y allí empezó el lujo del castillo. Las paredes circulares alrededor de la escalera en espiral estaban cubiertas de un empapelado con dibujos de dragones y símbolos que no conocían.

—Este lugar me da miedo —dijo Conner.

—A mí también —comentó Bree—. ¡Me encanta!

—Muchos piensan que está embrujado —dijo Emmerich—. Muchos visitantes aseguran haber visto fantasmas que atraviesan las ventanas por la noche o haber escuchado ruidos que vienen del castillo cuando está vacío.

Conner tragó saliva y Bree sonrió. Al final de las escaleras, pasaron una estatua de un dragón sentado como un perro grandote que vigilaba el corredor.

El corredor estaba empapelado por completo con diseños de diamantes, cuadros y flores. En los arcos de las ventanas había columnas con grabados de animales y todas las ventanas estaban pintadas de oro. Era probable que los

colores se hubieran gastado con los años, pero el castillo seguía siendo un espectáculo más de un siglo después.

Emmerich los hizo cruzar la puerta que llevaba al salón del trono. El techo era un domo altísimo. Un candelabro gigantesco colgaba del techo y tenía los bordes repletos de velas. Las paredes estaban cubiertas de hermosas pinturas de personajes religiosos y mitológicos. En el piso de mosaicos, aparecían todas las especies del reino animal, como si tuvieran el círculo de la vida bajo los pies.

Los bordes del salón estaban llenos de columnas y arcos de colores. En lo alto, había balcones que daban a una plataforma alta delante de un mural de Jesucristo. La plataforma era el lugar perfecto para un trono, pero estaba vacío.

—Si este es el salón del trono, ¿dónde está el trono? —preguntó Bree.

—Nunca tuvo uno —explicó Emmerich—. El rey Ludwig II hizo construir un trono extravagante que combinara con el salón, pero lo declararon insano antes de que el trono estuviera listo.

—Entonces ¿el rey nunca se sentó en el trono? —preguntó Conner—. Qué mala suerte.

—La mayor parte del castillo está sin terminar —explicó Emmerich—. Ludwig usaba el dinero de Baviera para la construcción de sus casas lujosas y, cuando empezó a acabarse ese dinero, comenzó a pedir prestado dinero de otros países para terminarlas.

—Entiendo cómo eso pudo llevarlo a una mala reputación —dijo Bree.

Conner prestaba atención a cada centímetro del castillo mientras caminaban; buscaba algo que pudiera ser el portal, pero no había encontrado nada que le llamara la atención en el salón del trono.

—¿Piensan que puede ser un buen lugar para esconder un arma? —susurró Emmerich, aunque eran las únicas tres personas dentro del castillo.

—No, aquí no —dijo Conner—. Sigamos buscando.

—Ahora les voy a mostrar la habitación del rey Ludwig —lo siguieron al corredor y atravesaron unas pesadas puertas de madera. La habitación del rey estaba cubierta desde el piso hasta el techo con madera trabajada a mano de una calidad espectacular.

Todo, desde el lavabo hasta el escritorio y la cabecera de la cama, estaba tallado con figuras de los discípulos, la nobleza y las cosechas. Las paredes que no estaban decoradas con madera se encontraban cubiertas por murales de Tristán e Isolda, una de las historias favoritas del rey.

Luego, le echaron una mirada rápida a una gruta artificial entre dos habitaciones; era como si el rey hubiera tenido una pequeña cueva en el armario. Pero a Conner no le pareció muy atractivo.

—¿Vieron algún lugar que sirva? —preguntó Emmerich.

Bree estaba igual de interesada; no estaba muy segura de lo que estaban buscando tampoco. Sin embargo, no era algo que Conner pudiera explicar; parte de reconocer un portal tenía que ver con la capacidad de sentirlo.

—Aún no —dijo Conner—. Voy a estar seguro cuando lo vea.

—Entonces, ahora los llevaré a la sala de los cantores. ¡Hay mucho que ver ahí! —dijo Emmerich.

Volvieron a la escalera en espiral y subieron al quinto piso del castillo. Cuando entraron a la sala de los cantores, lo primero que escucharon fue el eco de sus pasos. Ese salón era, por lejos, el más grande del castillo, y era muy ancho y largo.

Aquella era una visión que estimulaba en exceso y les tomó un rato a Bree y Conner diferenciar todo el trabajo artístico. La sala completa parecía fusionarse en una gran obra de arte compuesta de pinturas, estatuas, bustos, tallados, grabados y símbolos de los mitos y leyendas favoritos del rey Ludwig. Había dibujos de caballeros con armaduras brillantes, damiselas en peligro, bodas reales y malhechores castigados. El perímetro de la habitación estaba repleto de candelabros sobre todas las superficies, y también en el techo alto.

Bree miró a una mujer en uno de los retratos.

—¿Han notado alguna vez que todas las mujeres de los retratos viejos dan la impresión de que las engañaron por algo? —preguntó.

—Todavía usan esta sala —comentó Emmerich—. La llenan de montones de sillas e instrumentos y hacen conciertos y obras hasta el día de hoy. Sería un lugar apropiado para esconder la flauta de pan.

Cuando escuchó eso, Conner estuvo de acuerdo.

Emmerich tenía razón; tenía sentido que la flauta de pan tuviera que ver con esta sala. Si Conner hubiera construido el castillo, habría puesto una flauta de pan que diera acceso a un portal en una sala que tuviera que ver con la música. El portal tenía que estar en la sala de los cantores… lo sentía.

Al fondo del salón había una plataforma de un metro de altura. En el frente de la plataforma, cuatro columnas de mármol rojo oscuro sostenían tres arcos coloridos. Detrás de las columnas y los arcos, la pared estaba cubierta por la pintura más grande del salón. Era de un bosque majestuoso con árboles, flores, ardillas, ciervos y rocas.

Conner no podía dejar de mirar esa área de la sala. La pintura le resultaba familiar; parecía un lugar que había visto con su hermana. Tenía algo intrigante y atractivo que él no podía explicar con palabras.

—¿De qué es esa pintura? —preguntó Conner.

—Es una pintura de un jardín mágico —respondió el niño—. Aunque no sé de dónde viene.

Conner sonrió por fuera y por dentro.

—Yo sí —dijo y miró a Bree—. Creo que lo encontré.

Bree y Emmerich también se acercaron al fondo del salón. Se detuvieron junto a Conner y los tres miraron la pintura detrás de las columnas.

—¿Quieres poner el arma ahí dentro? —preguntó entusiasmado Emmerich.

Conner decidió decirle la verdad al joven guía.

—Emmerich, no es un arma en realidad —dijo—. Y no somos agentes secretos.

El niño miró con tristeza al suelo.

—Ya lo sé. Pero pensé que sería divertido actuar con ustedes. No tengo muchas oportunidades de divertirme con otros chicos; todos los que vienen a Hohenschwangau se quedan un día y luego se van.

A Conner y Bree se les rompió el corazón cuando escucharon eso. Era la segunda persona del viaje que se había dejado manipular porque se sentía sola. Bree se inclinó para mirarlo bien a los ojos.

—No te preocupes, Emmerich —dijo ella—. Tenemos que probar una cosa ahora y, si funciona, será mucho mejor que cualquier cosa que pueda mostrarte un agente secreto.

A Emmerich le dio curiosidad. Bree miró a Conner y asintió con la cabeza, y él se sacó la flauta de pan del bolsillo. Miró las notas grabadas al dorso y se aseguró de saber a qué cilindro correspondía cada nota.

—El cilindro del medio debería ser C, es decir, Do central —dijo Bree—. Al menos, así funciona en el piano… mi mamá me hizo tomar clases cuando era chica.

—Aquí va —anunció Conner. Tocó las primeras cuatro notas en la flauta y luego se detuvo un momento antes de tocar las otras cuatro. Sonaban puras y escalofriantes en el castillo vacío.

Las notas hicieron eco en el salón, como todos los otros ruidos que habían hecho, pero estas notas no se detenían. El sonido aumentaba más y más; el salón comenzó a vibrar. Los candelabros que colgaban del techo se balanceaban, y el suelo empezó a hacer ruido.

—¿Qué sucede? —gritó Emmerich. Se cubrió las orejas con las manos y miró a todas partes con puro terror.

De repente, apareció un brillante haz de luz entre las dos columnas del centro de la plataforma. La luz aumentó y empezó a girar; cuanto más grande se hacía, más deprisa giraba. Enseguida, todo el fondo del salón estuvo cubierto de luz.

—Ay, no —dijo Conner y cruzó miradas con Bree—. ¡Funciona! Podemos acceder de nuestro lado. Eso quiere decir que el portal se ha vuelto a abrir y que los soldados franceses…

Los tres salieron disparados hacia delante contra su voluntad. La luz se había convertido de golpe en un vórtice y los estaba atrayendo hacia él.

—¡Corran! —gritó Conner.

Los jóvenes corrieron hasta el otro lado del salón, pero el vórtice era muy fuerte. Emmerich se sujetó de Bree, Bree de Conner y Conner de uno de los candelabros sujetos a la pared. Se balanceaban en el aire y el vórtice no dejaba de crecer. Emmerich se soltó de Bree, Bree de Conner y Conner del candelabro.

Volaron por los aires y la luz circular succionó a los tres. Conner, Bree y Emmerich desaparecieron dentro del vórtice y no quedaron rastros de ellos en el castillo de Neuschwanstein.



Capítulo trece

La reina desalojada

Alex disfrutó mucho de las semanas que siguieron al Baile Inaugural de las Hadas. Asistió a las reuniones del Consejo de las Hadas todos los días, realizó visitas diarias a los reinos con Cornelius para ver si alguien necesitaba ayuda de un hada y pasó las tardes dando largas caminatas por el bosque con Rook. No podía decidir cuál era su parte preferida del día… excepto los días en que la caminata terminaba con un beso de despedida: esos días, sin dudas, la caminata era su parte preferida.

Después de semanas de agonizar a causa del baile y días de preocuparse por Rook, Alex estaba tan contenta de volver a divertirse… Había pasado tanto tiempo desde la última vez que se había sentido contenta que ya casi había olvidado cómo se sentía estar tranquila. Había estado tan ocupada que ni siquiera le había preguntado a Conner sobre su viaje a Alemania.

Sin embargo, a pesar de que sus días estaban libres de preocupaciones, Alex sabía que eran limitados. Y una tarde, recibió una carta de Roja que lo comprobó.

Queridísima Alex:

Felicitaciones por haberte graduado de la Escuela de Hadas o lo que sea que hayas logrado hace poco tiempo. ¡Estoy muy orgullosa de ti! Estoy segura de que tu incorporación a la Liga de las Hadas o sea lo que sea a lo que te hayas incorporado será muy positiva.

Te escribo porque necesito un favor. ¡Esa horrible mujer Peep me volvió a atacar! Convenció a la Casa del Progreso de que organizaran un debate entre nosotras antes de que empiecen las

elecciones mañana por la tarde. ¿No te parece lo más cruel del mundo? ¿Qué tipo de reino quiere ver cómo su soberano se defiende de una serie de ataques personales a su carácter? ¿Será que las palabras nobleza y gracia ya no van de la mano?

De todos modos, me preguntaba, si no estás muy ocupada con la Corte de las Hadas, ¿podrías venir al debate para apoyarme? Que el público sepa que tengo un hada de mi lado beneficiará mucho mi imagen y, cuando los resultados de las elecciones lleguen mañana en la noche y pierda la pequeña Bo Peep, podrás convertirla en una calabaza y podremos turnarnos para aplastarla con un mazo.

Mis mejores deseos.

Su majestad, la Reina Caperucita Roja del Reino de la Capa Roja

P. D.: Charlie te manda saludos. Me ha guiado a lo largo de la ridiculez de esta campaña. Convencí a la Casa del Progreso para que lo dejaran ser el moderador del debate. ¡Él espera verte también!

Un mensajero de Roja había entregado la carta en persona. Estaba muy cansado por viajar durante toda la noche.

—Por favor, dígale a la Reina Roja que allí estaré —dijo Alex después de dar un suspiro.

Más tarde, le contó a Rook sobre la carta mientras caminaban.

—¿Vas a decirle a Roja lo que vimos en el granero de la pequeña Bo? —le preguntó Rook.

—No, no lo creo —respondió—. No puedo culpar a la pequeña Bo de no tener buenas intenciones cuando Roja tampoco tiene las intenciones más nobles.

—¿Así que eso quiere decir que no te veré mañana para nuestra caminata? —preguntó Rook y puso ojitos de perro triste.

—Es probable que no —dijo Alex—. Pero voy a verte el día después de eso.

—Está bien. Mi padre y yo vamos a desmalezar mañana, y eso lleva casi todo el día —Rook dejó salir una risita de lástima.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Alex.

—Comparé nuestros días en mi cabeza. Tú serás parte de una elección que va a cambiar el destino de un reino y yo voy a desmalezar.

—Todos hacemos nuestra parte —bromeó Alex—. Pero si te sirve de consuelo, los problemas de Roja son muy parecidos a las malas hierbas. No importa cuántas veces las arranques, vuelven a crecer.

La tarde siguiente, Alex cabalgó sobre Cornelius hasta el Reino de la Capa Roja y llegó al pueblo justo cuando el debate estaba por comenzar. A la distancia, parecía que el reino entero se había pintado de rojo, pero cuando Alex se acercó, se dio cuenta de que no era pintura lo que cubría el pueblo. Todas las tiendas, casas y árboles tenían letreros de la campaña de Roja.

La mayoría decían: «Vote por la Reina Roja» y tenían dibujos de la reina. Otros eran más pegadizos y decían: «Para el reino que se le antoja, vote a la Reina Roja» o «Si piensa que un reino tan espléndido tiene que estar haciendo las cosas bien, vote a Roja también». Otros difamaban por completo a la pequeña Bo y decían: «No crea que la pastora se preparó, no vote a la pequeña Bo» o, más sutil, «La pastora pierde hasta la flora».

Alex trató de encontrar letreros a favor de la pequeña Bo, pero no vio ninguno. Era claro que no había hecho tanta campaña como Roja, o quizá todos sus letreros estaban cubiertos por los de la actual reina.

El parque en el centro del reino estaba lleno de cabinas de votación. Se habían preparado dos podios en las escaleras de la Casa del Progreso, frente a los que se había reunido la mayoría del reino. Los representantes estaban sentados en la base de los escalones, con el privilegio de tener asientos de primera fila en el debate.

Alex dejó que Cornelius comiera un poco de césped en el parque y se encontró con Rani en los escalones. Iba de acá para allá, nervioso, sosteniendo una pila de tarjetas en la mano.

—¿Está lista para esto? —le preguntó Alex.

—Lo más lista que puede estar. La entrené toda la semana.

—Seguramente has sido un profesor excelente —dijo Alex y le puso una mano en el hombro.

—Quiero mucho a Roja y creo que es una gran reina a su manera —dijo —. Su confianza es contagiosa y es buena para el reino. Que otros lo vean de esa forma es el desafío.

La Reina Roja y la pequeña Bo salieron de la Casa del Progreso y recibieron un aplauso de bienvenida cuando bajaron los escalones hasta sus respectivos podios. Roja avanzó un poco más deprisa que la pequeña Bo, caminó delante de ella y se adueñó de los aplausos.

Alex se sentó con los representantes, y Rani le habló al público.

—Hola, caperucianos, y bienvenidos al primer debate electoral de la historia del Reino de la Capa Roja —dijo Rani—. Nuestras candidatas van a tener la oportunidad de expresar la razón por la que merecen sus votos y luego concluiremos el debate con preguntas suministradas por los ciudadanos de distintas partes del reino. ¡Empecemos!

Rani tomó su posición en los escalones inferiores bajo los podios y empezó el debate. La Reina Roja fue la primera que intentó persuadir al reino para que la votara.

—Queridos caperucianos —declaró—. Suena muy bien eso. ¿No creen? ¿Cómo van a llamarlos si la pequeña Bo Peep se sienta en el trono…? ¿Los peeperinos? Apuesto a que les gustaría tan poco como a mí. Bueno, sé que mi oponente va a gastar los próximos minutos diciéndoles que ella los entiende y que es una de ustedes y bla bla bla… y ¿saben qué? ¡Tiene razón!

Los ciudadanos estaban sorprendidos del enfoque de Roja. A Alex le daba miedo saber a dónde iría con eso.

—La pequeña Bo Peep es como ustedes. Y yo no podría ser más diferente a ustedes —continuó Roja—. Pero ¡así es cómo les gusta su reina! Quieren que su reina los represente, no que sea uno de ustedes. Por eso me eligieron reina cuando era una niña, porque, como víctima joven e inocente, yo era un símbolo para ustedes. Y ahora que nuestro reino se ha convertido en la próspera nación que es el día de hoy, yo soy el símbolo de eso. Cuando los otros reinos piensen en el Reino de la Capa Roja, ¿quieren que piensen en una líder que anda siempre con bastón y que se cocina su propia comida y limpia su propia casa? ¡No! Quieren que piensen en una reina rica y hermosa y valiente, ¡porque así es el Reino de la Capa Roja! Gracias.

Roja terminó su discurso e hizo una pose con las manos en el aire. Sus ciudadanos habían recibido el entrenamiento necesario para saber que debían aplaudir cada vez que ella hiciera eso.

La pequeña Bo se aclaró la voz; era su turno de convencer a los ciudadanos de que la votaran.

—No pegué letreros por la misma razón por la que no voy a aburrirlos con un largo discurso ahora: es una pérdida de tiempo —dijo la pequeña Bo—. La Reina Roja puede gastar los recursos y el tiempo de la población, pero yo no voy a hacer lo mismo.

Un leve susurro rompió el silencio de la muchedumbre. A Roja le había enfadado la respuesta de la pequeña Bo. No dejaba de mirar a los ciudadanos; esperaba que alguien le dijera a la pastora que estaba rompiendo las reglas. La pequeña Bo continuó calma y serena como siempre. No era el caos emocional

que Alex había visto en el granero hacía unas semanas. Roja estaba desesperada por recobrar el apoyo de la muchedumbre.

—Les recuerdo a todos que cuando yo era más joven y tenía que sobrevivir al ataque de criaturas salvajes, ¡esta señorita perfección no podía ni cuidar sus propias ovejas! —dijo Roja—. Y luego sus propias ovejas sintieron lástima por ella y regresaron, con el rabo entre las patas, para que ella no se sintiera tan patética. Y ahora esta mujer quiere ser reina.

Los espectadores silbaban y chillaban ante la respuesta valiente de Roja. El debate se estaba poniendo interesante. Rani se pegó en la frente con la mano. Alex se dio cuenta de que él había tratado de enseñarle a no reaccionar así.

—Para la información de la reina, perdí mi rebaño de ovejas una sola vez y fue una experiencia traumática que me inspiró a convertir las granjas de mi familia en las granjas más productivas del reino, sin la ayuda de nadie —declaró la pequeña Bo—. Somos los productores de lana número uno de todo el mundo y, gracias al sistema de contaduría que inventé, mi granja nunca ha vuelto a perder a una oveja desde entonces.

Roja reaccionó a esta respuesta poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, si las experiencias traumáticas hacen que uno crezca, no puedo creer que todavía quepo entre las puertas de mi propio palacio —dijo—. Estuve dentro del estómago del Gran Lobo Feroz… ¡Dentro! Con seguridad, eso tiene más valor que no ser más que una despistada…

—Entró al bosque con una capa roja brillante y una canasta de comida recién hecha —interrumpió la pequeña Bo—, estaba rogando que la atacara un lobo, y luego la elegimos reina. Si un pez saltara a un bote con un anzuelo en la boca, ¿lo hubiéramos elegido rey?

Algunos entre el público sintieron que la pequeña Bo estaba insultando su criterio y protestaron. Enseguida, Roja buscó la forma de sacarle jugo a lo que estaba pasando.

—¿Les está diciendo a los caperucianos que se equivocaron cuando me eligieron reina? —preguntó Roja.

Los ojos de la pequeña Bo recorrieron la muchedumbre, que se sentía más y más insultada a medida que pasaba el tiempo. Era su turno de volver a tenerla de su lado.

—Lo que quiero decir es que la Reina Roja fue un símbolo en cierto momento, pero que ya no hay más Grandes Lobos Feroces —dijo la pequeña Bo—. Los tiempos han cambiado y también debe cambiar el líder de este reino. El reino necesitaba un símbolo entonces, ahora necesita un gobernante.

El silencio se apoderó de la muchedumbre. Los ciudadanos empezaron a mirar de otra forma a la pequeña Bo; no simplemente como alguien que era valiente y se animaba a retar a la reina, sino como una verdadera gobernante.

—Leamos algunas de las preguntas —dijo Rani—. Empecemos con la Reina Roja y, a continuación, seguirá la pequeña Bo. La primera pregunta es: «¿Cómo va a ayudar a los granjeros cuyos cultivos se congelan durante el invierno?».

Roja se animó, como si supiera la respuesta perfecta.

—No solo daría abrigos a los granjeros, sino que podría dar abrigos a los cultivos también —dijo con alegría. Todos la miraron con los ojos entrecerrados… ¿Hablaba en serio?

—Abastecería de mantillo a los granjeros para darles a sus cultivos una mejor oportunidad de soportar el frío, así como barriles de agua caliente para evitar que se congelen los cultivos —dijo la pequeña Bo. Los ciudadanos se miraron unos a otros y asintieron con la cabeza. Les había gustado más su respuesta. Rani pasó a la siguiente pregunta.

—Ahora la pequeña Bo va a responder primero y, a continuación, la Reina Roja. «¿Cómo hará para que la escuela sea una experiencia más significativa para los niños de nuestro reino?».

La pequeña Bo estaba lista para responder.

—Uno puede aprender en el salón de clases hasta cierto punto —dijo—. Invitaría a los niños a mi granja o haría que visiten las tiendas del pueblo para que conozcan los diferentes ambientes de trabajo antes de elegir el área al que se quieran dedicar… y eso daría un descanso de vez en cuando a nuestros pobres maestros que trabajan tanto.

La respuesta fue bien recibida con una ronda discreta de aplausos por parte de los maestros que estaban presentes. Roja pensó su respuesta antes de darla.

—En realidad, me gustó su respuesta —dijo con confianza—. Sí, haría lo mismo.

Alex suspiró… No pensaba que el debate fuera a terminar bien para su amiga.

—Próxima pregunta —dijo Rani, y dio vuelta la siguiente tarjeta—. La Reina Roja responde primero. «¿Cuál es su postura frente a la seguridad del reino?».

Roja se llevó el dedo índice a la boca y pensó qué decir. Alex cruzó los dedos; esperaba que diera una respuesta que los ciudadanos apoyaran.

—¡Me gusta! —fue todo lo que Roja dijo, con una gran sonrisa en el rostro.

Alex se cubrió los ojos; era como mirar un choque de carruajes. Algunos ciudadanos incluso se rieron de Roja. La pequeña Bo esperó un momento a que se disipara la humillación de la reina antes de dar su propia respuesta.

—Creo que la clave para la seguridad del reino es tener un ejército —dijo la pequeña Bo—. Ningún reino ha decaído por ser demasiado fuerte.

Los caperucianos empezaron una ronda de aplausos para la pequeña Bo.

—¡Bo Peep! ¡Bo Peep! ¡Bo Peep! —cantaba la muchedumbre—. ¡Bo Peep! ¡Bo Peep!

Roja miró, triste, a sus ciudadanos; no entendía en qué se había equivocado. Rani cerró el debate de inmediato, antes de que resultara peor para ella.

—Queremos agradecerles por habernos acompañado en este debate —dijo Rani—. Por favor, voten en una de las tantas cabinas de votación del parque.

Mientras los ciudadanos elegían a su reina, Alex y Rani hicieron compañía a Roja en la biblioteca de su castillo. No podían más de la ansiedad por conocer los resultados de la elección. Alex y Rani estaban sentados en unas cómodas sillas junto a la chimenea, pero Roja había estado caminando de aquí para allá durante horas desde el debate. Claudino la miraba, triste, desde un rincón de la sala; si tan solo hubiera algo más que pudiera hacer.

—¡La pequeña Bo es una molestia en el… granero! —gritó Roja con tanta fuerza que se escuchó en todo el castillo—. Nunca va a ser ni la mitad de la reina que soy yo. ¿Podría haber huido de una manada de lobos y vivir para contarlo? ¡No! ¿Se habría subido a un barco volador y navegado alrededor de todo el mundo para salvarlo? ¡No! ¿Habría cortado un tallo de frijoles para que un gato gigante come humanos no se comiera a sus ciudadanos? ¡No! ¿Se habría negado a entregar su reino a la Hechicera? ¡No! ¿Alguien además de mí recuerda las cosas que hice por el reino?

—Tal vez lo recuerdan, querida —dijo Rani—. Tienes que ser paciente y esperar los resultados. Aún no te des por vencida.

—Tal vez tu gente tenga más confianza en ti que la que tú les tienes a ellos —dijo Alex—. Confía en ellos de la misma forma en que ellos han confiado en ti.

Eso alivió un poco a Roja, y la distancia por la que iba y venía se redujo. Hubo un llamado a la puerta y el tercer cerdito entró en la sala. Rani y Alex se levantaron de sus asientos y Roja se detuvo en el lugar.

—Buenas noches, Su Majestad —dijo.

—¿Han contado los votos? —preguntó Rani.

—Sí, señor —respondió el tercer cerdito.

Empezó a haber una tensión incómoda en la sala y Roja no supo qué hacer más que reír.

—Bien —dijo actuando como si no fuera importante—. ¿Terminamos por fin con todo este tema de la elección, entonces? ¿Podemos avisarle a la pequeña Bo que llegué para quedarme?

El tercer cerdito dudó antes de dar la respuesta, y Alex y Rani se dieron cuenta de que la elección no la había favorecido. Roja estaba a punto de escuchar las peores noticias de su vida.

—En realidad, eligieron a la pequeña Bo Peep como reina —dijo el cerdo.

Roja cayó en uno de los asientos que tenía cerca y se llevó las manos al pecho con fuerza: se le había roto el corazón en mil pedazos.

—Perdón —dijo e intentó luchar para que no se le formaran lágrimas en los ojos—. ¿Repites eso?

—Eligieron a la pequeña Bo Peep como reina, señora.

Rani se sentó junto a Roja y la tomó de la mano con fuerza. Alex le puso una mano en el hombro a su amiga. Claudino se acercó y se le sentó a los pies. Aunque Roja había escuchado las noticias dos veces, todavía no las comprendía del todo.

—No es posible —dijo sacudiendo la cabeza—. Este es mi reino. Lleva mi nombre después de todo.

—En realidad, señora, el reino va a cambiar de nombre —dijo el cerdo con pesar, como si Roja no hubiera escuchado suficientes malas noticias.

—¿A cuál? —preguntó Alex.

—La república de Bo Peep.

Roja soltó una risa forzada de nuevo.

—Bueno, ese es un nombre ridículo —dijo, desesperada por restarle importancia al asunto, por su propio bien.

—¿Cuándo asume oficialmente la pequeña Bo? —preguntó Rani.

—En una semana —dijo el cerdo—. Ha solicitado amablemente que la Reina Caperucita Roja saque todas sus pertenencias del castillo para entonces.

Ni Roja pudo mantener el rostro impasible después de escuchar eso. Se largó a llorar y sepultó el rostro en el hombro de Rani.

—Les daré un momento a solas —añadió el cerdo, y dejó la sala.

A veces, era difícil estar cerca de Roja cuando estaba feliz, pero Alex no esperaba que fuera tan doloroso verla tan triste. La muchacha sollozó durante

el resto de la noche. Se le había roto el espíritu y Alex tenía miedo de que no pudiera repararse nunca.

—Pero yo soy la reina… —lloraba en los brazos de Rani—. Yo soy la reina… Yo soy la reina.



Después de siete días, mil vestidos, ochocientos pares de zapatos, quinientas pinturas, veintiocho estatuas y un lobo, al castillo no le quedaban rastros de Caperucita Roja en ninguna parte. Roja pasó el último rato en el castillo, sola, en su habitación vacía mirando las paredes desnudas que alguna vez había llamado hogar. Estaba tan deprimida que no tenía puesto más que un simple vestido rojo y un abrigo que hacía juego.

Llamaron a la puerta y Rani asomó la cabeza.

—Todos los carruajes están cargados, querida —dijo—. Es hora de irse.

—Está bien —respondió ella secándose los ojos con un pañuelo. No solo cerró la puerta de su habitación, sino de su vida como reina.

Rani le dio el brazo y la escoltó escaleras abajo y hacia la salida del castillo. Todos los sirvientes se pusieron de pie frente a las paredes, uno junto al otro, cuando ella pasó. Le hicieron una reverencia respetuosa por última vez. Roja y Rani salieron fuera, donde los esperaba un desfile de doce carros repletos de las pertenencias de Roja.

Los vehículos eran de madera lisa, muy diferentes a los carruajes de lujo en los que Roja estaba acostumbrada a viajar.

Rani y Claudino se subieron al primer carruaje y esperaron a Roja. Ella levantó la mirada al castillo y admiró las torres y ventanas que había diseñado personalmente. Pensó en los recuerdos no tan felices que había tenido dentro y se despidió de todo.

La procesión de carruajes dejó el Reino de la Capa Roja y llegó al Reino de las Hadas. Alex había invitado a Roja a pasar unos días con ella mientras decidía cuál sería su próximo paso en la vida. Tuvo que encoger mágicamente las pertenencias de Roja para que cupieran en un armario diminuto; de otro modo, nunca habrían cabido en el palacio.

Alex llevó a Roja, Rani y Claudino al gran balcón del Palacio de las Hadas; esperaba que la increíble vista le levantara el ánimo a Roja.

—Supongo que di todo por sentado —dijo Roja. No había dado ni una mirada al paisaje; tenía la vista fija en el suelo—. Así como espero que el cielo siempre sea azul, esperaba ser reina para siempre.

—Tenemos que dar por sentadas ciertas cosas de vez en cuando —le respondió Alex a su amiga—. De lo contrario, viviríamos con miedo de perder todo.

Claudino gimoteaba a sus pies… incluso él extrañaba el castillo. Rani había estado callado desde que llegaron y no había estado actuando como siempre. Parecía que se estaba enfermando, pero aún no mostraba síntomas.

—¿Te sientes bien, Rani? —le preguntó Alex.

—Voy a estar bien —dijo—. Estoy un poco mareado, nada más. Me parece que se me está viniendo encima toda la semana.

Se alejó un poco de ellos tomándose de la barandilla con fuerza, pero Alex no insistió. Intentó pensar en algo que distrajera a Roja de sus problemas.

—Al menos, mientras estés aquí, puedo presentarte a Rook —le dijo Alex.

Roja asintió con la cabeza, pero enseguida puso cara de confundida.

—Perdón, ¿a quién? —preguntó.

Alex suspiró. Roja estaba tan extenuada que no podía culparla por no recordar su nombre.

De pronto, Emerelda se aproximó corriendo al balcón y se acercó a ellas.

—Alex, tienes que venir conmigo —dijo con tono serio.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —preguntó.

—Es tu abuela —dijo Emerelda—. Está enferma.

Alex no supo qué responder. Hasta lo que sabía, su abuela nunca había estado enferma en la vida. ¿Se enfermaban las hadas madrinas?

De repente, en el fondo del balcón, algo croó e interrumpió su cadena de pensamientos.

—Por casualidad, ¿tendrá que ver con mi situación? —preguntó Rani.

Todos miraron a un costado de la barandilla para verlo y Roja soltó un alarido. Sin aviso ni razón, Rani se había vuelto a transformar en rana.



Capítulo catorce

La llegada de la Armée

Conner daba vueltas en un mundo de luz. Era tan brillante que casi no veía nada. No escuchaba ni el sonido de su propia voz… Todo lo que oía era el viento que abatía contra él. De vez en cuando, veía pasar volando a Bree o Emmerich. Se estiraba para llegar a ellos, pero no alcanzaba a tocarlos. Sabía que estaban en un espacio entre dimensiones; había estado allí hacía dos años, cuando él y su hermana viajaron a través del libro La tierra de las historias. Pero esta vez estaban tardando mucho más en llegar al otro lado.

Conner vio un destello y sintió que algo lo rozó, como si hubiera atravesado una cortina. Lo próximo que supo fue que estaba boca arriba bajo un brumoso cielo nocturno. Permaneció así durante un momento, inmóvil, esperando poder recobrar los sentidos.

Cerca de él hubo dos destellos más y dos estallidos en el suelo: Bree y Emmerich habían caído a su lado. Conner se sentó para ver cómo estaban sus amigos y vio que se encontraban tan perdidos y confundidos como él.

—Bueno, ahora no quedan dudas de que el portal está abierto —dijo Conner.

Bree se incorporó.

—¿Siempre es tan duro llegar aquí? —preguntó.

—No. No sé por qué fue así.

Emmerich estaba tan mareado que casi no podía hablar.

—Me parece que ya no estamos más en Hohenschwangau —dijo y la cabeza se le balanceó arriba y abajo.

Conner se puso de pie y miró el bosque que tenían alrededor. Los árboles eran altos y las ramas se extendían en la profundidad del cielo. Pero no tenían hojas y parecían casi muertos. Había tanta niebla que no veía a la distancia.

Bree se levantó también.

—Así que… es esto, ¿no? —preguntó.

—Una parte —dijo Conner—. Pero no estoy seguro de cuál se trata.

Emmerich estaba intentando ponerse de pie, pero no dejaba de caerse. Conner y Bree lo cargaron hasta el árbol más cercano y lo levantaron contra el tronco.

—¿Alguno va a decirme dónde estamos? —les preguntó Emmerich—. ¿Y qué pasó en Neuschwanstein?

—Te dije que sería mejor que la historia de los agentes secretos —dijo Bree con tono pícaro.

—Estamos en el mundo de los cuentos de hadas, amigo —explicó Conner —. Accedimos a un portal que estaba escondido en Neuschwanstein.

Emmerich miró el bosque con ojos grandes y sorprendidos.

—¿El mundo de los cuentos? —preguntó—. ¿Como la Bella Durmiente, Blancanieves, Rapunzel…?

—Están todas aquí —asintió Conner—. Mi abuela y mi hermana viven aquí también. El portal entre este mundo y el nuestro estuvo cerrado por un tiempo, pero una amiga me pidió que me fijara si se había vuelto a abrir… y aquí estamos.

Emmerich tenía tantas preguntas que no sabía cuál hacer primero.

—¿Por qué te pidió tu amiga que te fijaras? —fue la pregunta que eligió.

—Para asegurarnos de que las personas malas no pudieran entrar —dijo Conner.

Bree se dio vuelta y miró el bosque.

—Hablando de eso, si nosotros atravesamos el portal al mundo de los cuentos, ¿eso no quiere decir que los franceses…?

De repente, empezaron a brillar luces muy fuertes alrededor de ellos. Con cada destello, aparecía un objeto muy pesado en el aire y caía de golpe al suelo. Bree gritó cuando se dio cuenta de que la mayoría de los objetos eran humanos. Conner tuvo miedo de que algo o alguien se les cayera encima y buscó un lugar donde esconderse.

—¡Deprisa! ¡Trepen al árbol! —gritó. Ayudaron a Emmerich a levantarse y los tres subieron al árbol a toda velocidad. Desde la copa, vieron bien lo que estaba sucediendo. Era como si una tormenta eléctrica hubiera azotado el bosque y estuvieran lloviendo cañones, carruajes, caballos, espadas, armas de fuego y soldados.

—¡Es el ejército! —susurró Conner a sus amigos—. ¡Llegaron!

No daba la impresión de que la tormenta de soldados fuera a detenerse. Desde lo alto del árbol, los tres chicos vieron cómo aparecieron destellos en la niebla a lo largo de varios kilómetros. La tormenta creció y los centenares de soldados y equipamientos que llovían del cielo se volvieron miles. Muchos soldados se salvaron por poco de ser aplastados por los carruajes, cañones y caballos que caían.

Finalmente, amainó la tormenta y no se escucharon más estruendos en el bosque. El sonido de las quejas y gruñidos de miles de hombres ocupó el silencio. Los soldados se retorcían y daban vueltas en el suelo… Estaban unas cien veces más mareados que Conner, Bree y Emmerich. La mayoría se llevaba las manos a la cabeza en agonía o vomitaba.

Todos vestían botas negras, pantalones blancos y chaquetas azules. Los sombreros de la mayoría eran lisos y los de unos pocos estaban decorados con accesorios coloridos y plumas que representaban su rango. Permanecieron en el suelo durante un largo rato sin siquiera intentar ponerse de pie.

Un hombre apareció entre la niebla, a la distancia. Era más chico que el hombre promedio y tenía un sombrero curvo. Miró a los soldados que tenía alrededor, lleno de repulsión. Un aroma a colonia de almizcle llenó el aire cuando él se acercó al árbol en el que se escondían Conner, Emmerich y Bree. Aunque Conner y Bree nunca lo habían visto, estuvieron seguros de que se trataba de Jacques Marquis, sobre quien les había advertido Mamá Gansa.

Al parecer, el general tenía el estómago mucho más fuerte que los soldados y no se veía afectado por la llegada.

—*Debout*! —gritó a los hombres doloridos en el suelo—. *Vous êtes une honte pour la France!*

—¿Qué dijo? —les susurró Conner a los otros.

—Dijo: «Pónganse de pie, son una vergüenza para Francia» —tradujo Emmerich.

—¿Hablas francés? —preguntó Conner.

—Hablo alemán, inglés, francés y danés.

Conner se quedó helado.

—¡Vaya! Yo aún lucho con el inglés.

Bree les cubrió la boca con las manos.

—¡No es el lugar donde compartir truquitos! —dijo bruscamente y los dos se quedaron callados.

Varios soldados se pusieron de pie como lo había ordenado el general. Emmerich tradujo en voz baja lo que decían para que Conner y Bree entendieran.

—Quítense las náuseas caminando, como hombres —dijo el general a los soldados mareados—. Esto no tiene punto de comparación con la batalla que se aproxima.

Salió otro hombre de la niebla. Era un hombre muy alto y corpulento y tenía un sombrero curvo como el del general, pero lo llevaba de costado.

—General Marquis, ¡felicitaciones, señor! Hemos llegado —dijo el Coronel Baton.

—Sí, coronel, me doy cuenta de eso —ladró el general—. Pero no tiene sentido que me felicite hasta que sepamos con certeza dónde estamos —añadió. Dos soldados corrieron hasta el general y el coronel. Arrastraban a otro hombre que no tenía para nada aspecto de soldado.

—¡General Marquis! ¡Coronel Baton! —dijo el capitán De Lange—. ¡Encontramos a alguien!

—¡Este hombre estaba caminando en el bosque cuando llegamos! —explicó el teniente Rembert.

Empujaron al anciano débil al suelo, frente al General Marquis. Estaba aterrorizado y miraba a los soldados en estado de shock.

—¡Los vi caer del cielo! —exclamó temblando—. ¿Qué tipo de magia es esta?

El general no tenía tiempo para ese alboroto.

—Dinos dónde estamos y tal vez puedas conservar la vida —dijo.

—¿Por qué… por qué…? Están en el Reino del Este, señor —respondió el anciano.

Conner y Bree cruzaron miradas; era información valiosa para ellos también.

—¿Y qué hay cerca de aquí además de árboles? —preguntó el general.

—La frontera con el Reino de las Hadas está al oeste, pero la prisión de Pinocho está más cerca, al este.

El general se le acercó, intrigado.

—¿Una prisión, dices? ¿Qué tipo de criminales alberga?

—Los peores criminales de todos los reinos —respondió el anciano, sorprendido de que el general no lo supiera.

El ceño del General Marquis dejó de estar fruncido y los bordes de los labios se le curvaron en una sonrisa siniestra.

—Caballeros —dijo a sus soldados—, ¡los dioses nos han sonreído! ¡Muy pronto, vamos a tener el mundo de los cuentos de hadas en la palma de la mano! ¡Napoleón estará tan orgulloso!

Los soldados reunieron las energías suficientes para hacer una ovación.

—¿Vienen a conquistar el mundo? —preguntó el anciano—. ¿Quiénes son ustedes?

El general se puso de cuclillas para mirarlo a los ojos.

—Por desgracia, sabes demasiado —dijo—. Desháganse de él.

El anciano se puso a gritar.

—¡No! ¡Por favor! ¡Tengo familia! —rogó, pero no sirvió de nada. El general no tenía ni un gramo de piedad. El capitán De Lange y el teniente Rembert arrastraron al hombre al bosque nebuloso y los gritos hicieron eco a través de los árboles que los rodeaban. Momentos después, se escuchó un disparo y el bosque volvió a estar en silencio.

Bree tuvo que cubrirse la boca para no gritar. Emmerich recorrió el bosque con la mirada, como si hubiera aparecido en una pesadilla. Conner los miró con una expresión seria en los ojos… Tenían que quedarse lo más callados posible o ellos serían los próximos.

—Coronel Baton, debemos reagrupar a los hombres de inmediato —ordenó el general—. La mitad permanecerá en el bosque y armará el campamento; la otra mitad nos acompañará a la prisión. Atacamos al amanecer.

—¿Qué vamos a hacer en la prisión, señor? —preguntó Baton.

—Reclutar —dijo el general.

Caminaron entre los árboles en la misma dirección de la que habían venido y desaparecieron en la niebla. Los otros soldados recogieron las armas que estaban diseminadas entre los árboles, aseguraron los caballos a los carros y los siguieron al bosque. Conner, Bree y Emmerich fueron los únicos que quedaron en el área.

Conner les hizo un gesto a los demás para que permanecieran en silencio mientras él bajaba del árbol. Cuando estuvo seguro de que no había moros en la costa, les indicó que bajaran con una seña.

—¡Pobre anciano! —exclamó Emmerich con los ojos llenos de lágrimas —. ¡No puedo creer que el general le hiciera eso! Siempre pensé que en caso de que alguien necesitara ayuda, yo podría salvarlo como un superhéroe de las películas, pero veo que me equivoqué.

Bree le puso una mano en el hombro.

A Conner las ideas se le agolparon en la cabeza cuando pensó en lo que los soldados habían dicho.

—¿Escucharon lo que les dijo a los soldados? —Conner les preguntó—. Dijo que Napoleón iba a estar orgulloso.

Bree había tenido el mismo pensamiento.

—Sí —respondió—. Napoleón murió hace… eh… como unos doscientos años. Creo que no se dieron cuenta de todo el tiempo que estuvieron dentro del portal.

—Entonces, ¿cómo sabemos nosotros cuánto tiempo estuvimos allí? —preguntó Emmerich.

Conner y Bree se miraron y a los dos se les puso la piel de gallina. ¿Podrían haber estado en el portal más tiempo del que pensaban también? Eso hacía que fuera más urgente encontrar a alguien que conocieran.

Conner se sentía tan culpable de haber expuesto a Bree y Emmerich a esto; por poco se le caían las lágrimas. Sabía que tenía que sacarlos de la Tierra de las Historias lo más deprisa posible.

—No voy a mentirles; estos tipos asustan mucho —dijo—. Y ahora tenemos que llegar enseguida al Reino de las Hadas para advertirles a mis amigos de que el ejército está aquí. Cuando estemos en el palacio, prometo encontrar la manera de enviarlos de nuevo al Otromundo.

Bree y Emmerich asintieron con la cabeza.

—Ahora, síganme —dijo Conner—. Tenemos que ir hacia el oeste, hasta el Reino de las Hadas… y tenemos que ir deprisa.



Capítulo quince

Una reunión agridulce

Alex se sentó junto a la cama de su abuela y la tomó de la mano. El Hada Madrina dormía, tranquila, desde que ella había llegado. No tenía aspecto de albergar ninguna preocupación, pero Alex sabía que esta era la fachada que más le gustaba conservar; uno no podía confiar en que mostrara sus verdaderos sentimientos, ni siquiera cuando dormía. Algo estaba muy mal y Alex lo sentía.

—¿Van a decirme qué le pasa? —preguntó—. ¿O se quedarán allí sentados y dejarán que lo descubra por mí misma como todo lo demás?

Emerelda y Mamá Gansa estaban sentadas del otro lado de la cama, silenciosas. Roja y Rani se encontraban allí también. Se pusieron al pie de la cama; deseaban poder hacer algo para consolar a su amiga. La semana había sido dura para todos.

—Tu abuela ha estado muy cansada durante mucho tiempo —dijo Mamá Gansa—. Me pidió que no le contara a nadie… Y hoy no despertó.

—Yo también escuché eso hoy por primera vez, Alex —dijo Emerelda—. No se lo había contado a nadie.

—Pero ¿qué quiere decir «cansada»? —preguntó Alex, frustrada—. ¿Necesita descansar? ¿Hay algo que pueda conseguir o darle para despertarla? ¿O se… o se…?

Alex no pudo terminar la oración.

—Por desgracia, ninguno de nosotros puede hacer nada —dijo Mamá Gansa.

—Entonces… se está muriendo —concluyó Alex finalmente—. Si eso es lo que pasa, ¿por qué no me lo dicen de una vez?

Emerelda suspiró por ella misma más que por Alex.

—Sí —confirmó—. Pensamos que el Hada Madrina se está muriendo.

De inmediato, a Alex le cayeron lágrimas por el rostro. Siempre había sabido que su abuela no estaría para siempre con ella, pero no esperaba perderla tan pronto.

—Lo siento tanto, Alex —dijo Roja.

—Por favor, dinos si hay algo que podamos hacer —añadió Rani.

Alex no dijo nada. Claro que no había nada. Solo quería que su abuela despertara.

—No viví aquí ni un año completo —dijo Alex entre lágrimas—. Mi abuela es la única familia que tengo. No entiendo por qué sucede esto…

Mamá Gansa esperaba que la joven hada sintiera un poco de consuelo si le explicaba.

—Hace mucho tiempo que tu abuela está aquí, Alex —comenzó Mamá Gansa—. Trabajó mucho para que el mundo de los cuentos de hadas sea el mundo que es hoy. Sabía que no podía estar aquí para siempre y, durante los últimos siglos, buscó a alguien que pudiera continuar su trabajo cuando ella dejara el mundo. Tuvo muchas aprendices y todas han fallado, menos tú. En ti, finalmente encontró a alguien en quien confiar para continuar con su legado y continuarlo bien. Y cuando supo eso, le permitió seguir viaje a su alma.

Esto no hizo más que hacer sentir peor a Alex.

—Entonces, lo que dices es que es mi culpa —dijo—. Si nunca hubiera venido a vivir a la Tierra de las Historias ni me hubiera unido al Consejo de las Hadas, ella todavía estaría buscando su sucesora y no estaría en esta cama. Yo la estoy matando.

—Por Dios, no —replicó Mamá Gansa—. Lo que quiero decir es que la estás salvando. Le estás dando a tu abuela la libertad de continuar su viaje, y eso es un derecho que todos los seres vivos merecen cuando llega la hora de partir.

Era algo muy difícil de escuchar para Alex. Si hubiera sabido que con cada lección o cada prueba que pasaba se estaba acercando a la pérdida de su abuela, habría renunciado a todo en un segundo. Pero también sabía que eso habría sido lo último que hubiera querido su abuela.

—¿Cuánto tiempo nos queda con ella? —preguntó Alex—. ¿Despertará antes de partir?

—Es difícil saberlo —respondió Emerelda—. Siempre hay una posibilidad. Podría superar esto y vivir unos cien años más… todo depende de cuánta magia quede en ella. Pero en base a la información que compartió con Mamá Gansa, no creemos que sea muy probable.

—Y por eso Rani se convirtió en rana otra vez —dijo Alex cuando empezó a entender mejor lo que ocurría—. Como está muriendo, su magia está muriendo con ella, así que sus hechizos y encantamientos más recientes van a volverse débiles y disolverse.

—Correcto —asintió Emerelda—. Y nuestra función es asegurarnos de que el trabajo que hizo en este mundo no desaparezca por completo.

Alex le acarició un lado del rostro a su abuela. Era una mujer tan extraordinaria… No sería sorprendente que todavía le quedara un poco de magia en alguna parte.

—Rani, me haría más que feliz volver a convertirte en hombre —dijo Alex—. Tal vez tenga que intentarlo varias veces, pero creo que puedo hacerlo.

A Rani lo conmovió el gesto, dada la situación, pero sorprendió a toda la habitación con su respuesta.

—No, no hace falta —dijo—. Roja, querida. Espero que puedas entenderlo, pero lo pensé bien y he decidido quedarme como rana.

Todos estaban extrañados de escuchar eso; en especial, Roja.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Roja—. ¿Por qué llegaste a esa conclusión?

—Porque aunque me conviertan en hombre una y otra vez, siempre vuelvo a convertirme en rana —explicó—. Creo que el universo me está diciendo algo. Y aunque hago un buen papel como hombre, cada transformación es más agotadora que la anterior. Entrenarse una y otra vez para caminar y comer y funcionar tiene sus consecuencias. Prefiero elegir una de las formas y quedarme así y, al parecer, estoy destinado a ser una rana.

Roja hizo su mayor esfuerzo para tomarse bien las noticias, pero dado que acababa de perder su trono, no podía actuar como si no le afectaran.

—Perdóname —dijo Roja conteniendo las lágrimas—. No quiero parecer tan desilusionada. Charlie, estuviste a mi lado incluso cuando perdí mi reino… Sé que puedo acompañarte en algo tan trivial como esto… Solamente va a llevarme un tiempo acostumbrarme, supongo. Por favor, discúlpenme; voy a tomar algo de aire fresco.

Roja dejó la habitación del Hada Madrina, inmutable, pero apenas cruzó la puerta, la escucharon echarse a llorar. Alex apoyó con cuidado la mano de su abuela sobre la cama y se levantó.

—Necesito un poco de aire también —dijo Alex.

—Salgo contigo —respondió Mamá Gansa.

—Yo me quedo con el Hada Madrina —comentó Emerelda.

—Yo también —añadió Rani y tomó el lugar de la joven hada.

Cuando Alex caminó con Mamá Gansa por los salones del Palacio de las Hadas se dio cuenta de que habían volado las noticias sobre su abuela. Todas las hadas que pasaban la miraban con seriedad para expresar sus condolencias y respeto.

—Esto va a ser difícil de atravesar sin mi hermano —dijo Alex—. Daría lo que fuera por tenerlo aquí conmigo.

Los ojos de Mamá Gansa miraron el corredor de arriba abajo. Cuando llegaron a un sector donde no había nadie, escondió a Alex detrás de una columna.

—Alex, tengo que contarte algo —dijo Mamá Gansa—. Es sobre tu hermano.

—¿Qué? —preguntó la joven hada.

—Cuando tu abuela me contó por primera vez cómo se sentía, contacté a tu hermano de inmediato —explicó—. No le dije que ella estaba enferma, pero le encomendé una pequeña misión para que se asegurara de una cosa.

—¿De qué cosa? —preguntó Alex.

—El hechizo de Rani no es la única magia de tu abuela que puede disolverse. El hechizo que conjuró para cerrar el portal entre los mundos podría disolverse también. Así que le pedí a Conner que fuera a revisarlo.

Una montaña rusa de emociones le recorrió el cuerpo a Alex. ¿Era posible que esta tragedia trajera consigo un poco de buenas noticias? Después de todo, si el portal volviera a abrirse, podría ver a su hermano de nuevo.

—¿Cuánto falta para que lo sepamos? —preguntó Alex.

—Sigo esperando sus noticias —dijo Mamá Gansa—. La magia de tu abuela se está disolviendo, pero mientras quede un poco de magia en ella, no hay forma de saber qué hechizos van a quedar para siempre. Podríamos tardar semanas, meses o incluso años en saber qué ocurrirá con el portal.

De repente, Roja pasó corriendo por el corredor, pero se detuvo cuando vio a Alex y Mamá Gansa hablando detrás de la columna.

—Roja, ¿qué pasa? —le preguntó Mamá Gansa—. ¿Estás triste porque Charlie es pro-rana? ¿O Claudino se comió un duendecillo otra vez?

—Estaba en el balcón sintiendo lástima por mí misma cuando vi algo —dijo Roja con los ojos bien grandes—. Tal vez esté alucinando a causa de todas las desgracias, ¡pero podría jurar que vi a Conner corriendo al palacio!

Mamá Gansa giró enseguida la cabeza hacia Alex.

—O tal vez, el portal está abierto y vamos a saberlo en algunos minutos —dijo para finalizar sus ideas previas—. ¡Salgamos al balcón!

Las tres corrieron por el pasillo y salieron al gran balcón del Palacio de las Hadas. Recorrieron los jardines con la vista hasta que vieron a un joven conocido corriendo hacia ellas.

—¡Conner! —gritó Alex desde arriba. Ver a su hermano corriendo por los jardines la puso en estado de shock, como si estuviera mirando un fantasma. ¿Lo estaba viendo de verdad o estaba alucinando a causa de las desgracias también?

—¡Alex! —gritó Conner. Respiraba con dificultad y estaba sudado, como si hubiera corrido durante horas—. ¡Tengo que decirte algo…! —su voz se debilitó, los ojos se le pusieron en blanco y Conner se desmayó en el lugar.

Sin pensarlo dos veces, Alex salió corriendo del balcón, atravesó el palacio y los jardines y llegó a su hermano. Se puso de rodillas a su lado y apoyó la cabeza de Conner en el regazo. Mamá Gansa y Roja llegaron enseguida.

—¿Está muerto? —preguntó Roja, escondida detrás de Mamá Gansa.

—Conner, ¿me escuchas? —dijo Alex a su hermano inconsciente—. ¿Me escuchas?

Mamá Gansa se sacó el termo de metal del sombrero y le mojó la cara con el líquido que llevaba dentro. Conner despertó y se incorporó enseguida.

—¡Ay! ¡Eso quema! —dijo secándose el líquido de los ojos—. ¿Qué te pasa?

—Perdona, pero eso siempre funciona —dijo Mamá Gansa.

Cuando Alex vio que él estaba bien, comenzó a llorar de inmediato. Había pasado meses pensando que nunca más lo vería en persona… y aquí estaba, sentado frente a ella. Lo rodeó con sus brazos y continuó llorando en su pecho.

—¡Conner! ¡Estás aquí! ¡Estás aquí de verdad! —lloraba—. ¡Nunca había estado más feliz de ver a alguien en la vida!

Conner todavía no había recobrado el aliento, pero encontró las fuerzas para devolverle el abrazo.

—También me alegra verte, Alex —resopló.

Mamá Gansa interrumpió la reunión.

—Niño, si estás aquí, asumo que…

—¡El portal está abierto! —dijo Conner si respirar—. Y el ejército… ¡ellos también están aquí!

De inmediato, Mamá Gansa se puso blanca como un fantasma. Inclinó la cabeza hacia atrás y bebió lo que quedaba en el termo de metal. Alex no sabía de qué estaban hablando.

—Conner, ¿qué ejército? —preguntó—. ¿Y de qué corres?

—Es una larga historia —dijo Conner—. Pero primero, tengo dos amigos aquí conmigo del Otromundo que me ayudaron a encontrar el portal. Están en el bosque en alguna parte detrás de mí; no podían correr más, así que se quedaron atrás. Tenemos que encontrarlos y enviarlos a casa lo antes posible.

—Yo me ocupo —dijo Mamá Gansa, y le silbó a Lester. Unos segundos después, el ganso gigante bajó volando de las torres del palacio y aterrizó en el suelo a un costado de ellos. Lester estaba igual de sorprendido que los demás de ver a Conner.

—¿Cuaaak? —graznó Lester.

—Hola, amigo, hace mucho que no te veo —dijo Conner y le acarició el largo cuello.

Mamá Gansa se subió a la espalda del ganso y salieron volando al cielo nocturno en busca de los amigos de Conner. Él se puso de pie; aún no recobraba el aliento.

Rani apareció en la cima de los escalones principales del castillo y miró hacia los jardines. Se sorprendió de lo que vio.

—¿Conner? —dijo jadeando—. ¿En serio eres tú?

—¡Sí! ¡Volvió Conner! —le gritó Roja—. ¡El ventanal se abrió, o algo así!

Rani cruzó los jardines a los saltos y le dio un abrazo gigante a su amigo. No le importaba cómo había hecho Conner para volver; estaba feliz de que surgiera algo bueno de ese día.

—Hola, Rani —saludó Conner—. ¡Qué bueno volver a ver a todos!

—Estás agitado, amigo —dijo Rani—. ¿Qué pasa?

—Por favor, dinos cuál es el problema —rogó Alex—. Me estás asustando.

Conner tomó aire para calmar su corazón acelerado y luego les explicó lo que sucedía. Empezó con el viaje a Alemania y la advertencia que los hermanos Grimm habían dejado en el cuento. Explicó cómo había tratado de comunicarse con Alex y que terminó hablando con Mamá Gansa. Los puso al tanto de cómo los hermanos Grimm habían engañado a la Grande Armée para que atravesaran el portal hechizado. Les contó sobre el viaje por Europa en busca del portal para saber si estaba abierto, con la ayuda de Bree y Emmerich. Y, luego, les contó sobre el ejército de miles de soldados que había llegado a la Tierra de las Historias después de doscientos años, y todos quedaron horrorizados.

No encontraban las palabras. Ninguno quería creer que esa semana horrible sería incluso peor de lo que pensaban.

—Por Dios —dijo Alex—. Esto es increíble.

—Dímelo a mí —respondió Conner—. Los últimos días fueron terribles.

Alex se sintió confundida cuando escuchó eso.

—¿Los últimos días? —preguntó—. Espera, ¿dijiste que trataste de comunicarte conmigo durante el baile?

—Sí —dijo Conner y levantó la vista recordando todos los intentos—. Debió haber sido un baile muy ocupado, porque no me hablaste ni una vez en tres días.

—Lo siento. Estaba ocupada con muchas otras cosas —respondió Alex sin querer entrar en detalles—. Pero el baile fue hace un mes. Conner, ¡estuviste en el portal durante semanas!

Justo cuando el corazón de Conner se estaba calmando, empezó a acelerarse otra vez. La sospecha de Emmerich era cierta. Los soldados no eran los únicos que habían perdido la noción del tiempo dentro del portal. Con razón se habían mareado tanto cuando llegaron.

—Ay, no —dijo Conner—. Eso quiere decir que Bree y Emmerich estuvieron lejos de sus familias durante un mes.

—Cuando Mamá Gansa los traiga, los llevaremos a mi habitación para enviarlos de regreso a través de nuestro viejo libro de La tierra de las historias —decidió Alex—. Tiene que estar activo, ya que el portal está abierto ahora.

De repente, a Conner le surgió una duda.

—Pero Mamá Gansa nunca me explicó por qué se había abierto el portal —dijo—. ¿Saben por qué está pasando ahora?

Alex miró con tristeza a Rani y Roja, y todos se quedaron callados. Conner se dio cuenta de que sabían algo que él no… algo importante.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Pasó algo que yo no sé?

Alex tomó aire antes de darle la noticia.

—Conner, el portal se abrió por la misma razón que Rani es una rana otra vez —dijo—. La magia de la abuela se está disolviendo porque… porque la abuela está muriendo.

Conner sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Cayó de rodillas y los ojos le dieron vueltas a diferentes partes del jardín. No podía estar pasando. Había puesto tanto en riesgo en el Otromundo para salvar a sus seres queridos y ahora descubría que no podía salvar a su abuela después de todo. Era como estar atrapado en una pesadilla de la que no podía despertar.

—La abuela no puede morir —dijo Conner y se le formaron lágrimas en los ojos—. Es el Hada Madrina… Las hadas no mueren…

Contárselo a él fue más difícil que escuchar las noticias.

—Al parecer, sí mueren —dijo Alex. También se le caían las lágrimas.

—¿Cuánto tiempo le queda? —preguntó Conner sollozando.

—No hay forma de saber eso. Emerelda dice que mientras le quede magia dentro, hay posibilidades de que sobreviva; pero parece poco probable, porque sus hechizos se están disolviendo.

Sintieron una repentina ráfaga de viento cuando Mamá Gansa y Lester volvieron. Habían encontrado a Emmerich y Bree y los habían traído a salvo al Reino de las Hadas. Los dos estaban mirando de lado a lado los jardines majestuosos y el sensacional palacio. Nunca habían visto un lugar tan hermoso.

—¡Vaya! No ves eso todos los días —dijo Emmerich.

—¡Esto es lo que yo esperaba! —afirmó Bree con alegría.

Mamá Gansa bajó de un salto de Lester y los ayudó a bajar del gran pájaro. Se ubicaron junto a los otros, alrededor de Conner.

—¡Qué rana tan grande! —dijo Emmerich cuando vio a Rani. Se puso detrás de Bree y se escondió de él.

—¡Hola, Alex! —saludó Bree con timidez. La hermana de Conner estaba casi irreconocible para ella—. No sé si me recuerdas, pero estuvimos en la misma clase de Ciencias Sociales en séptimo curso. Te ves genial. ¡Lindo palacio!

—Hola, Bree —casi no se acordaba de ella—. Gracias por ayudar a mi hermano a encontrar el portal.

—No hay problema —dijo Bree—. Mi agenda estaba bastante vacía.

Conner miró a Mamá Gansa con los ojos llenos de lágrimas.

—No me dijiste que el portal se estaba abriendo porque la abuela estaba enferma.

Mamá Gansa suspiró.

—Perdón, señor C. No me pareció que me correspondiera a mí decírtelo —explicó.

Conner evitó su mirada.

—No, nunca quieres tomar responsabilidad por nada —dijo con frialdad.

Mamá Gansa se quedó callada y miró al suelo con vergüenza; él tenía razón. Bree y Emmerich se quedaron callados también; no sabían en qué drama se habían metido.

—¿Te haría mejor ir a verla ahora? —preguntó Alex a su hermano—. Está descansando en su habitación.

Conner sacudió la cabeza; quería hacerse cargo de la culpa antes de pasar a la tristeza.

—No, quiero hacer que Bree y Emmerich vuelvan a casa primero —dijo —. No quiero ponerlos en más peligro del que ya los puse.

Alex los guio al palacio y los llevó escaleras arriba a su habitación. Retiró el viejo libro La tierra de las historias, de tapa color esmeralda y letras doradas, de su lugar especial en la biblioteca. Apoyó el gran libro sobre el centro de la cama. Le dio tres golpecitos con la punta de su varita de cristal, pero no ocurrió nada. Lo intentó dos veces más, pero no dio resultado.

—No entiendo —dijo—. Si el portal está abierto, ¿por qué no funciona el libro?

Mamá Gansa levantó el ejemplar e inspeccionó cada centímetro. Los ojos se le encendieron cuando de repente se dio cuenta de todo.

—Porque el portal está a medio cerrar —explicó—. Como la magia de tu abuela ha empezado a disolverse, el portal se abrió del lado del Otromundo, pero la magia que queda alcanza para que el portal siga cerrado de este lado. Es como una puerta que solo se abre de un lado.

—Entonces, ¿quieres decir que Bree y Emmerich se quedaron atascados aquí? —preguntó Conner. La situación no dejaba de empeorar.

—Por ahora —respondió Mamá Gansa.

—Espera —dijo Alex y miró a todos los invitados en su habitación. Los ojos se le agrandaron y una sonrisa le apareció lentamente en el rostro—. Esas son buenas noticias.

—¿Cómo pueden ser buenas? —preguntó Conner.

—Porque si el portal está cerrado de nuestro lado, quiere decir que a la abuela aún le queda un poquito de magia —dijo con alegría.



Capítulo dieciséis

El hombre enmascarado de la prisión de Pinocho

La Prisión de Pinocho acababa de restaurarse después del ataque despiadado de la Hechicera cuando tuvo que enfrentarse a una nueva amenaza. Como un rayo ágil, la Grande Armée atacó la fortaleza en las primeras horas de la mañana y desató todo el poder de su artillería del siglo XIX.

Las pesadas puertas de entrada cubiertas de púas de la prisión se hicieron añicos a causa de los cañones del ejército. Solo doscientos soldados encantados de madera custodiaban a los prisioneros y no eran rival para los miles de franceses que invadían la prisión. La Grande Armée entró a la fuerza y los soldados de madera estallaron en cientos de pedazos a manos de una lluvia de disparos de rifle.

Luego de que destruyeron a los soldados de madera y el humo comenzó a disiparse, el general Marquis ingresó en la prisión y observó su nueva conquista. La Prisión de Pinocho tenía treinta pisos de alto y su interior estaba abierto como un cilindro; desde el centro de la planta baja, el general podía ver piso tras piso de diversas criaturas encerradas en sus celdas sobre él.

Los prisioneros conformaban un grupo revoltoso que consistía en ogros, brujas, trolls, goblins, elfos, animales, hombres y mujeres por igual. Algunos les dieron la bienvenida a los soldados franceses que habían destruido a los guardias de madera dándoles golpes a las barras de las celdas. Otros se acobardaron, asustados: temían ser el próximo objetivo.

No se sabía nada acerca de esos intrusos. Hablaban y se vestían de un modo diferente a todo lo que habían visto los prisioneros en sus vidas. A

juzgar por sus armas, los prisioneros solo podían suponer que aquellos hombres eran soldados con una magia muy oscura.

Apilaron los restos de los soldados de madera en el centro de la prisión. Muchas partes, como las piernas y las manos, aún se retorcían. El general vertió aceite de lámpara sobre la pila de los caídos y la prendió fuego para que los prisioneros que estaban sobre ellos pudieran ver arder a los guardias que los habían mantenido cautivos.

El general Marquis caminó en círculos alrededor de las llamas y un silencio se apoderó de la prisión.

—Buenos días —les dijo el general a los prisioneros que estaban en los pisos superiores—. Soy el general Marquis de la Grande Armée del Imperio Francés. Estoy seguro de que muchos de ustedes nunca antes han oído hablar del imperio y de su ejército, así que quisiera cambiar eso ahora mismo. En el lugar del que venimos, nos conocen como una de las mejores fuerzas militares de la historia. Hemos dominado cada territorio en nuestro camino y hemos derrotado a cada nación que se nos ha interpuesto. Y ahora, hemos venido a su mundo para reclamarlo como propio.

Los prisioneros se pusieron incómodos en su presencia. El general no necesitaba decir nada más para convencerlos de que era un hombre astuto y poderoso: ellos lo percibían.

—En el lugar del que venimos, tenemos un dicho —prosiguió el general —: El enemigo de mi enemigo es mi amigo, decimos. Hoy quisiera darle a cada uno de ustedes la oportunidad de hacerse amigos de la Grande Armée. Les ofrecemos la oportunidad de unirse a nuestra conquista y de que les perdonen los crímenes que cometieron. Ayúdennos a luchar contra las personas que los encerraron: ¡ayúdennos a tomar este mundo en nombre de Francia y a formar parte del Imperio Francés!

La mayoría de los prisioneros vitoreó ante la oferta que les hacía.

—O pueden permanecer aquí y pudrirse como era la intención —dijo el general—. La decisión es suya.

La prisión vibró cuando los presos rugieron de satisfacción. Cualquier cosa era mejor que pasar otro día en la cárcel; incluso unirse a un ejército. Finalmente podrían experimentar la libertad y la venganza con la que solo habían soñado.

El coronel Baton, junto al capitán De Lange y al teniente Rembert, reclutó a los criminales de a una celda a la vez. Les daban a los reclusos la opción de jurarle lealtad al Imperio Francés o de permanecer encerrados en su celda. Y

para el placer del general, casi todos los prisioneros esperaban, conteniendo el aliento, jurarles lealtad y ser liberados de sus celdas.

Solo un prisionero les dio a los comandantes una respuesta que no esperaban. Su celda estaba en la cima de la prisión y les dio un mensaje para el general que era demasiado tentador para ser ignorado.

—General Marquis —dijo el coronel Baton—. Hay un prisionero que desea hablar con usted, señor.

Al general lo irritó que Baton siquiera le hubiera comunicado semejante pedido.

—¿Y qué hace que ese hombre valga mi tiempo?

—Desea ayudarlo —explicó Baton—. Y dice que, sin su ayuda, no podrá conquistar el mundo de los cuentos de hadas.

Escuchar el mensaje del prisionero lo enfureció. ¿Quién sería tan osado de darle un ultimátum al general Marquis? Pero el general estaba tan decidido a lograr su cruzada por la dominación, que permitió que la curiosidad pesara más que su ego. Decidió hablar con el prisionero y ver si él tenía algo que valiera la pena para contribuir.

Baton llevó al general hasta la cima de la prisión y le mostró la celda del hombre audaz. Una gran placa que estaba sobre la pared junto a su celda decía:

EL HOMBRE ENMASCARADO:
SENTENCIADO A CADENA PERPETUA EN
LA PRISIÓN DE PINOCHO POR INTENTO DE
ROBO DEL HADA MADRINA

El general miró el interior de la celda para ver al prisionero con sus propios ojos. El Hombre Enmascarado era alto, pero muy frágil. Vestía un traje hecho jirones y su corbata estaba cortada a la mitad. Un saco gris sobre su cabeza le ocultaba el rostro; había hoyos recortados alrededor de sus ojos y boca.

—Supongo que tú eres el Hombre Enmascarado —dijo Marquis.

—Hola, general —respondió el hombre—. Disfruté muchísimo el discurso que dio allí abajo. Vaya, sí que sabe hacer una entrada triunfal. ¿Le enseñaron eso en el entrenamiento militar?

El general fulminó con la mirada a aquel hombre ridículo.

—No tengo tiempo para juegos —dijo él—. Asegúrense de que este hombre permanezca en su celda.

El general comenzó a partir hecho una furia, pero el Hombre Enmascarado extendió las manos a través de los barrotes con desesperación y le rogó a Marquis que se quedara.

—¡No, espere, general! —suplicó—. ¡Discúlpeme! No era mi intención ofenderlo; ¡solo estoy tratando de ayudarlo! ¡Tengo información que le concederá una victoria asegurada!

Ante esas palabras, el general volteó en el lugar y enfrentó al prisionero.

—¿Y cómo puede un hombre como tú ayudar a un hombre como yo?

—¡Porque usted no es de este mundo, y yo sí! —respondió el Hombre Enmascarado—. Sé cómo moverme en él y cómo funciona. Usted tiene un ejército impresionante, pero eso no será suficiente para tomar el poder. Necesitará algo más grande, algo mucho más poderoso si es que va a enfrentarse a las hadas. ¡Y yo sé dónde puede conseguirlo!

El general dio un paso hacia el hombre; había despertado el interés de Marquis, aunque su rostro no lo demostrara.

—Tienes dos minutos de mi tiempo —dijo—. Explícate.

El Hombre Enmascarado se frotó las manos y comenzó a hablar. Era un hombre muy extraño y animado que hizo muchos gestos con las manos mientras hablaba, cuya mayoría no concordaba con lo que decía. Era como si sus manos y su boca estuvieran describiendo dos cosas diferentes.

—Lo primero que debe saber sobre este mundo es su historia —dijo el prisionero—. El pasado se divide en tres períodos: la Era de los Dragones, la Era de la Magia y la Edad de Oro, que está transcurriendo actualmente. Hace cientos de años, en la Edad de los Dragones, ¡este mundo era un desastre! Estaba lleno de reyes tiranos y hechiceras malvadas y, obviamente, dragones, cientos y cientos de ellos: ¡eran animales casi imparables y se reproducían como conejos!

—¿De qué me sirve esta lección de historia? —preguntó el general. Estaba comenzando a sentir que le hacía perder el tiempo, y eso lo enfurecía.

—Estoy llegando a eso, general —le aseguró el Hombre Enmascarado—. Como decía, había dragones por todas partes que destruían todo; entonces, las hadas se unieron y los detuvieron. Así alcanzaron el poder y el mundo entró en la Era de la Magia. Crearon la Asamblea del Felices por Siempre y la paz reinó en la tierra, etcétera… Ahora, el Hada Madrina, la líder de la asamblea, y sus hadas han estado a cargo desde que los dragones se extinguieron y nadie ha podido derrocarlas porque …

El prisionero esperaba que el general le siguiera el juego y terminara la oración, pero la expresión estoica de Marquis no se inmutó.

—¡Los dragones! —dijo el Hombre Enmascarado, haciendo gestos místicos con las manos—. Nadie ha podido derrocar a las hadas porque se necesita un dragón; ¡y yo sé dónde conseguir uno!

El general Marquis había esperado que su ojo izquierdo comenzara a latir desde el instante en el que el Hombre Enmascarado comenzó a hablar, pero eso no sucedió. Debía haber algo de verdad en las palabras del prisionero.

—Entonces, ¿dónde consigo al dragón? —preguntó el general.

El Hombre Enmascarado dejó caer las manos y una expresión igualmente seria apareció en su propio rostro.

—Primero déjeme salir de esta celda y después se lo mostraré.

El general Marquis estaba impresionado por la estrategia rápida y calculadora del Hombre Enmascarado. Pero supuso que había mucho más en ese hombre de lo que se veía a primera vista. Quería saber más sobre el prisionero antes de abrir la puerta de su celda.

—¿Cuánto tiempo has estado en prisión? —preguntó Marquis.

—Una década —respondió el Hombre Enmascarado.

—¿Y por qué te sentenciaron a cadena perpetua por intento de robo? —insistió el general—. Obviamente, incluso en este mundo, ese es un castigo demasiado severo para un crimen tan leve.

El Hombre Enmascarado bajó la cabeza, avergonzado; no por cometer el crimen, sino por haber fallado en llevarlo a cabo.

—Fue lo que intenté robar lo que selló la condena —dijo y después miró al general a los ojos—. Usted y yo somos hombres muy parecidos, general. Sabemos reconocer una oportunidad cuando la vemos; de otro modo, ninguno de nosotros estaría aquí ahora.

Al general le resultó atractivo el entusiasmo que había en los ojos azul pálido del Hombre Enmascarado. Quizás ese hombre podía ser útil después de todo.

—Una última pregunta —dijo el general—. ¿Por qué usas ese saco en la cabeza?

El Hombre Enmascarado sonrió con timidez.

—Por la misma razón que usted viste ese uniforme —respondió él—. Para cubrir algo que no quiero que el resto del mundo vea.

Normalmente, una declaración como esa hubiera enfurecido al general, pero esa vez lo hizo sonreír. El Hombre Enmascarado era un ser extraño, pero era uno de los pocos con los que el general podía identificarse.

—Coronel Baton —ordenó el general Marquis—. Saque a este hombre de su celda. En cuanto nos marchemos de esta prisión, organizaremos un grupo de viaje y él nos llevará hasta un dragón.



Capítulo diecisiete

El único testigo

Alex y Conner permanecieron sentados junto a la cama de su abuela toda la noche. Ninguno podía pensar en dormir en un momento como ese. Temían que si se marchaban, desalentarían a su abuela a despertarse. Esperaban que ella sintiera su presencia durante el tiempo suficiente; quizás eso activaría el último resto de magia en el interior de su abuela.

Una reunión de emergencia del Consejo de las Hadas tuvo lugar temprano la mañana siguiente para discutir los asuntos en juego. Alex le pidió a Conner que la acompañara. Los mellizos siempre pensaban mejor cuando estaban juntos y esperaban poder ayudar al Consejo de las Hadas a evaluar la situación actual. Alex tomó asiento en su lugar y Conner se recostó en el apoyabrazos de la silla de su hermana. A pesar de que el asiento de su abuela estaba vacío, Conner no se sentó en él; no quería sentir que ese lugar estaba disponible.

La reunión ya había comenzado y los mellizos notaron que la conversación era intensa cuando llegaron. Todas las hadas estaban de pie en sus respectivos podios fulminando con la mirada a Mamá Gansa.

—A ver si entendí bien —dijo Emerelda—. ¿Un ejército del Otromundo que ha estado atrapado en un portal durante doscientos años ahora ha llegado y planea apoderarse de nuestro mundo?

—Así es, en resumidas plumas —respondió Mamá Gansa. Se movió nerviosa en su asiento mientras los demás la miraban con furia.

—¿Y por qué no le comunicaste esto a nadie? —preguntó Tangerina, completamente enfurecida. Sus abejas revolotearon agresivamente alrededor del panal. Habrían atacado a Mamá Gansa si se los hubiera ordenado.

—No quería preocupar al Hada Madrina —explicó—. Creí que podía encargarme de la situación yo sola y me avergonzaba involucrar a alguien más. Los hermanos Grimm y yo encerramos al ejército dentro del portal y después, por suerte, cuando pasaron los doscientos años, el Hada Madrina había cerrado permanentemente el portal. Creí que ya no estaría en problemas hasta que enfermó.

—Entonces, ¿no le contaste a nadie esto porque no querías que nadie se preocupara o te respetara menos? —le preguntó Cielene—. En mi opinión, eso sería como sumergirse al lago para evitar la lluvia.

Mamá Gansa miró a los mellizos, en especial a Conner, y después le dijo al consejo algo que nunca le había dicho a nadie.

—Hace mucho tiempo, antes de que cualquiera de ustedes estuviera en el consejo, antes de que el Hada Madrina y yo perdiéramos el color de nuestro cabello, antes de que ganáramos las arrugas en el rostro y cuando ambas éramos mucho más delgadas, antes de Ezmia y Alex, yo fui la primera aprendiz del Hada Madrina —confesó.

Todas las hadas se miraron unas a otras, pasmadas. Luego de todas las cosas que sabían sobre ella involuntariamente, Alex y Conner se sorprendieron de que hubiera podido guardar eso en secreto.

—Solo me llevó unos pocos meses darme cuenta de que no estaba hecha para ese trabajo —explicó Mamá Gansa—. Por supuesto que era capaz de hacerlo, pero simplemente no estaba dispuesta a ello. Era un espíritu demasiado libre para asumir esa clase de responsabilidad. Así que renuncié al más grande honor que un hada puede tener y me convertí en el hazmerreír del reino. El Hada Madrina dijo que lo entendía, pero yo sabía que ella estaba decepcionada y eso me mataba. Me prometí que nunca la decepcionaría de nuevo, así que en el 1800, cuando me descuidé lo suficiente para que me atraparan aquellos francesitos codiciosos, traté de manejar la situación de la mejor forma que pude para no tener que ver nunca más la decepción en esos ojos.

Ninguna de las hadas sabía qué decir, por lo que solo movieron la cabeza de un lado a otro. Conner sentía lástima de Mamá Gansa. Después de haber crecido con una hermana tan precoz como Alex, él sabía muy bien lo que era decepcionar a los demás constantemente. Ahora comprendía por qué Mamá Gansa no había sido honesta con él acerca del portal.

—Ah, vamos —les dijo Conner a las hadas—. ¡Denle un respiro a Mamá Gansa! Están todas allí meneando la cabeza como si ustedes hubieran manejado mejor la situación. Bueno, sin ofender, pero al menos a ella se le ocurrió una solución. No recuerdo cuándo fue la última vez que vi a alguno de ustedes resolver algo. Cada vez que hay una crisis, Alex y yo solemos ser los que deciden qué hacer.

—¿Cómo se supone que no tomemos esas palabras como ofensa? —les preguntó Amarello a las demás.

—Mi punto es que el que esté libre de pescados que arroje la primera piedra —dijo Conner.

—La frase es «el que esté libre de pecados que arroje la primera piedra» —lo corrigió Alex.

—Ah, sí —asintió él—. Bueno, entienden mi punto.

Mamá Gansa le sonrió a Conner y movió los labios sin emitir sonido: Gracias, señor C. Emerelda masajeó su propia frente mientras pensaba en qué hacer a continuación.

—No tiene sentido culpar a nadie por lo que ha sucedido; necesitamos avanzar para encontrar un modo de solucionar esto —dijo el hada—. Alex, ¿qué crees que tenemos que hacer?

La chica no podía creer que Emerelda estuviera preguntándole eso a ella.

—¿Yo?

—Sí, por supuesto que tú. A menos que tu abuela se recupere milagrosamente, tú serás quien actúe como el Hada Madrina.

Eso fue algo difícil de digerir para los mellizos. Cuando las personas se referían a Alex como la próxima Hada Madrina, ella siempre suponía que todos hablaban de un futuro distante, no del presente.

Alex se mordió el pulgar y bajó la vista al suelo mientras reflexionaba.

—Primero necesitamos ver al ejército, así sabremos con certeza a qué nos enfrentamos —respondió ella—. Cuanto más sepamos sobre ellos, más fácil será hallar una solución.

—Lo último que escuché fue que estaban conversando sobre un ataque a la Prisión de Pinocho —dijo Conner.

—¿Por qué atacarían una prisión? —preguntó Rosette.

—El general dijo que estaban reclutando.

De pronto, la habitación se llenó de tensión. Todas las hadas intercambiaban miradas y susurraban frenéticamente entre ellas.

—Se los dije, el general Marquis es un hombre inteligente —señaló Mamá Gansa.

—Esperen, ¿estoy perdiéndome de algo? —dijo Conner—. ¿De qué le sirve reclutar a un grupo de criminales?

—Hay personajes bastante poderosos en esa prisión —respondió Mamá Gansa—. Créanme, conozco a la mayoría. Y los que están en la Prisión de Pinocho son solo los que lograron capturar. Los Bosques de los Enanos y los lugares remotos de cada reino están infestados de criminales, y cuando ellos vean que sus amigos se han unido a un ejército que se enfrenta a nosotros, también querrán unirse. Si el general tiene éxito en su reclutamiento, no solo estaríamos enfrentándonos a un antiguo ejército: podríamos estar librando una guerra.

Conner tragó con dificultad. Lamentaba haber siquiera preguntado. A Coral también le resultaba difícil digerir la información. Ella alzó la mano educadamente e hizo una pregunta.

—Entonces, ¿estás diciendo que es posible que la Asamblea del Felices por Siempre se enfrente a…?

—¿Todo el mundo? —completó Mamá Gansa—. Todas las criaturas que viven en los otros reinos han estado esperando tener una oportunidad para derrocar a las hadas y los humanos. Esta podría ser su oportunidad.

Coral parecía a punto de llorar. Abrazó aún más fuerte a Pececín al pensar en lo que depararía el futuro.

—Las brujas, los ogros, los trolls, los goblins, los duendes… ¡todos ellos han querido que desaparezcamos desde la Era de los Dragones! —añadió Violetta—. Solo les ha faltado la capacidad de organización para desafiarnos.

—Y eso es algo que el general puede darles —afirmó Mamá Gansa.

Mientras Conner y las hadas comenzaban a entrar en pánico, Alex se mantuvo firme en su plan original. Cuanta más información obtuvieran, más opciones tendrían. Alzó su varita y un brillante haz de luz salió disparado de la punta, y silenció la habitación llena de hadas temerosas.

—Estamos preocupándonos por demasiadas situaciones que no sabemos si sucederán —dijo Alex—. No sabemos si los prisioneros ya se han unido al general. Aquellos criminales están en prisión porque no pudieron seguir las reglas de la sociedad; ¿qué nos hace pensar que seguirán las órdenes del general?

Señaló un punto importante: no tenía sentido preocuparse a menos que tuvieran pruebas para hacerlo.

—Mi hermano y yo iremos a la prisión para corroborar si tuvieron éxito en reclutar a los prisioneros —continuó—. Necesitaremos una forma de

ingresar a la prisión sin que nos detecten… y un barco volador o un unicornio no van a pasar desapercibidos por los hombres de nuestro mundo.

—Puedes llevarte a Lester —propuso Mamá Gansa—. Por eso anduve en él por el Otromundo; si alguien lo ve en el cielo, asume que es un ave normal.

—Genial —dijo Alex—. Nos iremos lo antes posible; así tendremos una mejor noción de a qué nos enfrentamos.

Ninguna de las hadas se opuso. Por primera vez, la palabra de Alex fue determinante y respetada.

Sin tiempo que perder, los mellizos siguieron de inmediato a Mamá Gansa hasta el gran balcón. La mujer llamó a Lester con un silbido y él bajó en picada hacia ellos desde las torres más altas. Mamá Gansa tomó las riendas del ganso y le susurró el plan en el oído.

Rani y Roja también estaban en el balcón, mostrándole la vista de los jardines a Bree y a Emmerich. Bree se acercó a Conner en cuanto lo vio.

—Hola, Bree —dijo el chico—. ¿Dormiste bien?

—Ah, ya sabes —respondió ella—. Supongo que tan bien como cualquiera lo haría la primera noche que pasa en una nueva dimensión.

Conner sonrió; recordaba demasiado bien esa sensación inquietante. Si bien estaba cansada, Bree aún tenía un brillo de entusiasmo en los ojos mientras miraba el palacio que los rodeaba.

—Lamento mucho que estén estancados aquí. Haremos que regresen a casa lo más rápido posible —dijo Conner.

—Es mi culpa por querer una aventura —respondió Bree—. Yo hice que me trajeras, ¿recuerdas?

Su respuesta hizo que Conner se sintiera un poco mejor. Observó a Emmerich mientras Rani le señalaba las distintas partes de los jardines que estaban abajo: parecía que el niño estaba pasándolo genial. A Conner le recordó a él mismo durante su primer viaje junto a Alex a la Tierra de las Historias. Hubiera dado lo que fuera por lidiar con esos problemas de nuevo.

—Ya le expliqué a Lester —dijo Mamá Gansa—. Él sabe volar a la altura suficiente para que nadie los vea.

—Squaaa —asintió Lester.

—Entonces, vámonos —dijo Alex.

Montaron al ganso gigante y salieron volando hacia el cielo, en dirección a la prisión. Sobrevolaron los jardines del Reino de las Hadas y las aguas resplandecientes de la Bahía de las Sirenas, y divisaron la Prisión de Pinocho en el centro de la península, al sur del Reino del Este.

—¡Allí está! —señaló Alex—. Lester, ¡sobrevuela en círculos la prisión hasta que podamos ver algo!

El ganso asintió y voló circularmente sobre el lugar. Había destrucción por todas partes: Alex y Conner veían desde las alturas que la entrada había estallado y se había hecho trizas. Sin embargo, no había ningún rastro de prisioneros o soldados.

—Creo que es seguro acercarse un poco más —dijo Conner.

Lester descendió de manera gradual, rodeando la prisión con la mayor precaución posible. Cuanto más se acercaban, más seguros estaban de que no había nadie cerca. Buscaron un lugar para aterrizar, pero la prisión estaba cubierta de púas enormes, justamente para evitar que alguien hiciera eso. Alex agitó su varita hacia el techo y las púas se convirtieron en largas briznas de césped para que Lester pudiera aterrizar sobre ellas.

—Muy bien, veamos si queda alguien adentro —dijo Alex. Apuntó de nuevo su varita hacia el techo y una pequeña escotilla apareció. La abrieron, se metieron en ella y aterrizaron en el piso más alto de la prisión.

El aire dentro de la cárcel estaba lleno de humo. Todas las celdas del piso superior estaban abiertas de par en par y vacías. Miraron hacia abajo, al centro de la prisión, y vieron que los veintinueve pisos debajo de ellos estaban exactamente igual.

—No creo que nadie esté aquí —dijo Conner—. Es como si hubieran participado de un simulacro de incendio y nunca hubieran regresado.

Los mellizos se sobresaltaron cuando, de pronto, oyeron una voz que no les pertenecía a ninguno de los dos. Sentada sola en una celda del piso superior, estaba una mujer.

—¡Pssst! —dijo ella—. ¡Por aquí!

Alex y Conner se acercaron a la mujer con cautela. Quienquiera que fuera, todavía era una prisionera y no se podía confiar en ella. La mujer solo tenía unos pocos años más que Roja, pero no estaba envejeciendo ni por asomo con la misma gracia. Tenía el cabello fino y alborotado y bolsas debajo de sus enormes ojos. Llevaba puesto un vestido simple color negro y estaba descalza.

—¡Aquí abajo! —exclamó la mujer desde su ubicación en el suelo. Su voz sonaba asustada, pero parecía completamente cómoda en esa posición—. ¡Tienen que advertirle a alguien! ¡Un ejército saqueó la prisión esta mañana y se llevó a los prisioneros! ¡Están tratando de conquistar el mundo!

Alex y Conner se agazaparon para hablar con ella. La mujer pasó su cabeza entre los barrotes y la extendió lo máximo que pudo.

—Sabemos del ejército y estamos intentando detenerlo —dijo Alex—. Hemos venido aquí a buscar más información.

—¿Se llevaron a los prisioneros a la fuerza o ellos se unieron al ejército? —preguntó Conner.

—Se unieron —respondió la mujer—. Los soldados abrieron todas las celdas y le dieron a cada recluso la opción de quedarse allí o unirse a su ejército. Y como pueden ver, fue casi una decisión unánime.

—¿Por qué no te marchaste con ellos? —preguntó Alex.

La mujer los miró como si estuvieran locos.

—No iré allí afuera —dijo y movió la cabeza de un lado al otro—. No hay nada para mí allá. Es decir, quizás en un momento lo había, pero ya no. Pertenezco aquí, a mi celda.

—Has estado encerrada durante un largo tiempo, ¿cierto? —preguntó Conner. Alex pensó que había algo curioso en ella. Vio que había una placa en la pared junto a la celda de la mujer, y se puso de pie para leerla.

LADY GRETEL
SENTENCIADA A CADENA PERPETUA
EN LA PRISIÓN DE PINOCHO POR
EL ASESINATO DE SIR HANSEL

Alex le hizo una seña a Conner para que él también leyera la placa.

—¡Conner, es Gretel de «Hansel y Gretel»! —le susurró Alex—. ¡Asesinó a su hermano!

—¿Qué? —murmuró Conner.

—Está bien, no tienen que hablar en murmullos —comentó Gretel—. Sé lo que dice la placa. Sé quién soy. Sé lo que hice.

De pronto, Alex estaba llena de preguntas.

—¿Por qué asesinaste a tu hermano?

Gretel miró, soñadora, a la distancia.

—Porque era la única manera en la que yo podría ser libre.

—¿Libre de qué? —preguntó Alex.

—De «Hansel y Gretel» —dijo la prisionera.

—¿Del cuento? —preguntó Conner.

—No, de la etiqueta —respondió ella. Sus miradas curiosas le suplicaban que explicara más—. Después de que mi hermano y yo sobrevivimos a la casa

de jengibre, lo único que deseaba era tener una vida normal; pero Hansel no quería eso; él quería que fuéramos héroes. Les contó a todas las personas que conocíamos lo que nos había sucedido en el bosque y después aquellas personas se lo contaron a todos sus conocidos y rápidamente la historia se propagó y nuestros nombres se hicieron célebres en todos los reinos. Nos trataban como miembros de la realeza; organizaban desfiles para nosotros, nos honraban con medallas a donde fuera que íbamos, incluso le pusieron nuestro nombre a una celebración.

—Suena bastante agradable —dijo Conner.

Los ojos de Gretel se clavaron en el muchacho.

—No, era terrible —replicó—. Porque yo no le importaba a nadie; solo les importaban «Hansel y Gretel». Yo solo quería ser Gretel, solo Gretel, pero sin importar lo que hiciera nadie me permitía serlo. Era como si mi hermano se hubiera convertido en un grillete invisible que yo estaba obligada a acarrear el resto de mi vida.

—Pero era tu hermano —replicó Alex—. ¿No lo amabas?

Gretel gruñó y sacó la lengua como si hubiera saboreado algo asqueroso.

—¡No, no lo soportaba! —dijo ella—. ¡Hansel podría haber aparentado ser un joven agradable, pero lo único que le importaba era él mismo y la atención que recibía! ¡Solía arrastrarme con él por todas partes para poder recibir más admiración! Hansel también se llevó todo el crédito por lo que sucedió en la casa de jengibre, ¡a pesar de que yo fui quien engañó a la bruja y la empujó dentro del horno! ¡Ni siquiera habría sobrevivido sin mí! ¡Si hubiera sabido en ese momento lo que sé ahora, habría dejado que la bruja se lo comiera!

—Entonces, ¿en cambio decidiste asesinarlo?

Gretel asintió.

—Fue un accidente. Un día, estábamos caminando entre los árboles y él comenzó a mencionar todos los lugares a los que había planeado que fuéramos, a todas las personas que conoceríamos y todos los premios que recibiríamos en los próximos días. Bueno, me enfadé tanto que lo empujé… ¡pero no vi que había un acantilado detrás de él!

—¿Le contaste a alguien que fue un accidente? —preguntó Alex.

—Planeaba hacerlo —dijo Gretel—, pero después me di cuenta de que esta celda me permitía ser algo que el resto del mundo no: ser solo Gretel. Así que me declaré culpable y he estado aquí desde entonces. Y así, hoy, cuando los soldados me preguntaron si quería unirme a su ejército o quedarme en esta celda, no lo dudé ni un minuto.

Gretel suspiró al pensar en toda la paz que su celda le otorgaba. Conner miró a Alex y dibujó círculos con el dedo en la sien.

—¡Está demente! —dijo él, moviendo los labios sin emitir sonido.

Pero Gretel no había terminado su historia.

—Lo peor que una persona puede hacerle a otra (además de comérsela, por supuesto) es reducir su identidad a ser solo la mitad de un todo. Cuando a alguien se lo trata como si fuera la mitad o menos de la mitad de una identidad, no se lo está tratando siquiera como un humano. Todos deberían tener derecho a la individualidad.

Lentamente, Conner se puso de pie y se alejó de la celda.

—Pues, ¡gracias, *Lady* Gretel! —dijo él—. Ahora, deberíamos marcharnos. Necesitamos descubrir adónde se dirigió este ejército.

—¡Espera! —exclamó Gretel—. ¡Yo puedo decírtelo! El ejército y los soldados regresaron a su campamento, ¡pero el general y sus hombres se dirigían a otra parte!

—¿Adónde? —preguntó Alex.

—No sé adónde, solo sé que era a otro lugar —dijo Gretel—. El prisionero que estaba en la celda frente a la mía (lo llaman el Hombre Enmascarado debido al saco que cubre su cabeza) estaba conversando con el general antes de que lo dejaran salir. ¡Lo convenció de que necesitaba un dragón para deshacerse de las hadas y apoderarse del mundo! ¡Dijo que era la única manera en la que el general podía ganar!

Alex y Conner intercambiaron una mirada confundida.

—¿Un dragón? —preguntó Alex—. Pero han estado extintos durante cientos de años. Nuestra abuela y sus amigos fueron los únicos que los vencieron en la Era de los Dragones.

—Aparentemente, el Hombre Enmascarado sabe dónde encontrar uno —dijo Gretel—. Y no me sorprendería que fuera así. Es un hombre muy inusual. Ha estado en esa celda durante casi una década. Le gusta hablar solo en la noche; a veces, juro que escuchaba a alguien más allí dentro con él, pero sería imposible.

Conner se acercó a la celda del Hombre Enmascarado y se asomó dentro.

—Oye, Alex, este tipo tiene muchas cosas aquí dentro.

Alex se acercó a Conner. La puerta de la celda aún estaba abierta y entraron juntos. El mero hecho de estar adentro de ella les causó escalofríos. Los muros estaban cubiertos de extrañas ilustraciones talladas de criaturas aladas, barcos piratas y animales de orejas y pies grandes. Había una pila de carbón y él había tallado los trozos en forma de garfios, corazones y espadas.

Un espejo oval con un marco plateado colgaba de la pared.

—¿Para qué querría un espejo un Hombre Enmascarado? —preguntó Conner.

—No tengo idea —dijo Alex—. Pero deberíamos salir de aquí. Necesitamos volar cerca del campamento y averiguar qué trama el ejército.

Salieron de la celda y regresaron a la escotilla del techo. Alex apuntó su varita al suelo y las piedras se alzaron y formaron una pequeña escalera para que pudieran subir a través de la escotilla.

—¡Adiós! —exclamó Gretel—. ¡Espero que puedan detenerlos!

—¡Nosotros también! —dijo Conner antes de subir al techo.

—Adiós, solo Gretel —dijo Alex—. Gracias por tu ayuda.

Cuando los mellizos subieron al techo, Lester había comido todas las grandes briznas de césped. Montaron al ganso gigante y despegaron otra vez hacia el cielo.

—El general le dijo a la mitad de sus hombres que acamparan en alguna parte del sudeste donde el portal nos lanzó —le contó Conner a su hermana —. Apuesto a que ya se han reagrupado.

Alex tomó las riendas de Lester y lo guio en lo alto del cielo sobre la parte sur del Reino del Este. Alex y Conner observaban el suelo mientras lo sobrevolaban, sin estar seguros de qué estaban buscando. Sin embargo, en cuanto el campamento apareció a la vista, supieron exactamente qué era lo que buscaban.

Habían talado cientos de árboles para hacer espacio para el extenso campamento que los soldados habían armado. Había cientos y cientos de grandes tiendas color beige y los árboles talados se habían utilizado para construir una muralla alrededor del campamento.

Había miles de soldados montando tiendas y marchando por el lugar, y no estaban solos. Más de mil reclutas de la Prisión de Pinocho también estaban diseminados por el campamento. Ogros gigantes levantaban lo más pesado mientras los soldados montaban el campamento, las brujas tejían escobas hechas con las ramas de los árboles y los soldados les enseñaban a los goblins cómo disparar cañones y a los trolls cómo utilizar un rifle.

Para el horror de Alex y Conner, el banco en el que practicaban era una hilera de muñecos de madera con forma de hadas.

—Mamá Gansa tenía razón —dijo Conner—: Se están preparando para una guerra.



Capítulo dieciocho

Enviando a los cisnes

Mamá Gansa estaba de pie junto a la barandilla del gran balcón observando los cielos mientras esperaba el regreso de Lester y los mellizos. Emmerich y Bree conversaban con Rani y Roja, a pocos metros de distancia de ella.

—Entonces ¿hay seis reinos, dos territorios y un imperio? —preguntó Emmerich, mientras intentaba comprender la lección de historia que Rani les daba sobre su mundo.

—¡Precisamente! —dijo Rani—. Y los líderes de los seis reinos, incluyendo al Consejo de las Hadas, conforman la Asamblea del Felices por Siempre.

—Solía haber seis reinos, pero ahora hay cinco reinos y una república —carraspeó Roja.

A Bree casi se le cruzaron los ojos al recibir tanta información.

—Entonces, Roja solía ser la monarca de su propio reino, que solía formar parte del Reino del Norte hasta la revolución C. H. A. C. A. L., ¿verdad?

—La revolución R. A. C. A. L. —la corrigió Roja—. Significa Revolución Aldeana Contra la Autonomía de los Lobos. La Reina Malvada tenía el poder en el Reino del Norte en ese entonces y no hizo nada para detener a los lobos que aterrorizaban las aldeas de los granjeros. Así que hicimos una revolución y me dieron mi propio reino.

—Reino que acabas de perder en la elección —razonó Bree—. Pero ahora el reino es una república porque la nueva reina cambió la forma de gobierno. ¿Puede hacer eso?

—Evidentemente, sí —respondió Roja, y frunció los labios al pensar al respecto.

—En nuestro país tenemos un Congreso y una Casa de Representes para evitar que el presidente haga cosas como esa, supongo —dijo Bree.

—Sí, pues yo creí que también lo tenía para eso —replicó Roja con los orificios nasales ensanchados—. Yo misma seleccioné a los representantes para que nadie me culpara de tomar decisiones parciales y aun así todo el reino se puso en mi contra. No sé en qué me equivoqué.

—Pero ¿quién es la reina de tu país ahora? —preguntó Emmerich.

—La pequeña Bo tonta —respondió Roja sin un dejo de sarcasmo—. Es la más fea y horrenda criatura que ha vivido en el Reino de la Capa Roja; asustó a todos los aldeanos para que votaran por ella.

—Eso sí suena como la política de nuestro mundo —dijo Bree.

—Nunca oí hablar de la pequeña Bo Tonta —dijo Emmerich y se estremeció al pensar en ella.

—En ese caso eres un hombre muy afortunado —aseguró Roja. Una sonrisita apareció en el rostro de Roja: era muy terapéutico para ella inventar cosas sobre la pequeña Bo Peep. Solo deseaba haberlo hecho durante las elecciones.

—¡Regresaron! —dijo Mamá Gansa, señalando el cielo.

Una sombra pasó sobre el balcón y todos miraron al cielo para ver a Alex y Conner descendiendo a lomo de Lester. Aterrizaron en el balcón y sus amigos se acercaron ansiosos.

—Bueno, ¿qué averiguaron? —preguntó Mamá Gansa.

—¡El ejército reclutó a los prisioneros! —respondió Conner mientras bajaba del ganso gigante—. Los soldados estaban entrenándolos para combatir cuando sobrevolamos el campamento; ¡hay miles de ellos!

Mamá Gansa colocó una mano sobre su corazón.

—Oh, cielos —dijo ella—. ¿Qué deberíamos hacer ahora?

—Estoy pensando —respondió Alex, mientras desmontaba a Lester—. Mientras tanto, Mamá Gansa, por favor asegúrate de que todos los miembros del Consejo de las Hadas se reúnan en el vestíbulo lo más rápido posible. Conner, ve con ella y cuéntales a las demás hadas lo que hemos visto. Lo primero que necesito hacer es convocar a los reyes y reinas al Palacio de las Hadas cuanto antes para que ellos puedan unirse a la conversación. Esto no es un asunto del Consejo de las Hadas; es una cuestión que toda la Asamblea del Felices por Siempre necesita discutir.

Mamá Gansa y Conner asintieron y se dirigieron al palacio. Alex alzó su varita en el aire y después la agitó como si fuera un látigo seis veces. Una sucesión de destellos resplandecientes iluminó el balcón, y seis enormes

cisnes del mismo tamaño que Lester aparecieron por arte de magia frente a ella. Alex movió en círculos la punta de su varita sobre la palma de la mano y una pila de papeles se materializó. Enrolló los mensajes y puso uno en la boca de cada ganso.

—¿Qué son? —preguntó Rani.

—Invitaciones —respondió Alex y le entregó a Rani una copia extra para que la leyera.

A los miembros de las familias de la realeza:

Ha habido una emergencia y todos los miembros de la Asamblea del Felices por Siempre y sus familias deben reportarse de inmediato al Palacio de las Hadas. Les daremos detalles del asunto en cuestión cuando lleguen a destino.

Gracias,

Alex Bailey, Hada Madrina interina

—Necesito que les entreguen esto a los reyes y las reinas del Reino del Rincón, el Reino Encantador, el Reino del Norte, el Reino del Este y la República de Bo Peep cuanto antes y que traigan a los monarcas aquí —les ordenó Alex a los primeros cinco cisnes y después se dirigió al sexto—. Para ti tengo otros conocidos a los que quisiera que les entregaras esta invitación.

Le susurró más indicaciones en el oído al cisne para que el resto no pudiera escucharla.

—Si no cooperan, tienes mi permiso para persuadirlos de cualquier manera posible —dijo ella—. Tráelos de los talones de ser necesario; la invitación no es opcional. Ahora váyanse.

Los seis cisnes hicieron una reverencia y luego despegaron en el aire uno a uno. Volaron en direcciones diferentes a una velocidad que las aves nunca habían alcanzado antes.

—¿Ahora qué? —preguntó Roja—. ¿Crees que los reyes y las reinas tomarán en serio tu mensaje?

—Tendremos que esperar para saberlo —dijo Alex, esperando con todas sus fuerzas que así fuera.

Luego de pocas horas de espera, Roja y Rani llevaron a Bree y a Emmerich dentro para darle a Alex un poco de tiempo para pensar. La chica caminó de un lado a otro tantas veces que por poco dejó un surco en el suelo.

Cuando estudió acerca de las guerras en su clase de Historia en la escuela, Alex nunca se había imaginado que un día ella participaría en una, ni hablar de que la lideraría. ¿Estaba preparada para liderar a la Asamblea del Felices por Siempre en una guerra contra el general de un imperio?

Rogaba que la lógica y el sentido común, sus fortalezas, fueran suficientes para compensar su falta de estrategia bélica. No dejaba de pensar en los grandes héroes de guerra de su mundo, como Franklin Roosevelt y Winston Churchill. ¿Qué habrían hecho ellos si estuvieran en su lugar? ¿Qué clase de plan habrían ideado? ¿Qué habría hecho su abuela de no haber estado enferma?

Alex oyó un alboroto sobre ella y alzó la vista hacia el cielo nocturno. Uno por uno, los cisnes aparecieron, regresando al palacio junto a los reyes y las reinas de extremos opuestos de la Tierra de las Historias.

Alex suspiró aliviada mientras planeaban hacia ella; estaba tan contenta de ver que ninguno había rechazado la invitación.

Cinco cisnes aterrizaron en el balcón, uno tras otro. El primero llevaba al Rey Chance, a la Reina Cenicienta y a su hija de dos años, la Princesa Esperanza del Reino Encantador. El segundo cisne traía a la Reina Bella Durmiente y al Rey Chase del Reino del Este. El tercero, a la Reina Blancanieves y al Rey Chandler del Reino del Norte. El cuarto, a la Reina Rapunzel y a su esposo, Sir William, del Reino del Rincón. Y el quinto cisne llevaba a la pequeña Bo Peep.

Todos los gobernantes aparecieron aturdidos por el viaje inesperado. La Reina pequeña Bo Peep parecía un poco intimidada de estar en el balcón entre los legendarios gobernantes. Era la primera vez que la habían convocado para participar de la Asamblea del Felices por Siempre.

—Hola, Sus Majestades —saludó Alex—. Muchísimas gracias a todos por venir.

—Alex, estoy segura de que a todos nos gustaría saber qué significa esto —comentó Cenicienta—. ¿Y qué sucedió con el Hada Madrina? ¿Por qué no nos convocó ella?

—Porque está enferma —les informó Alex. Los monarcas tomaron la noticia al igual que lo habían hecho los mellizos: ni siquiera sabían que era posible que el Hada Madrina se enfermara—. Me temo que es solo uno de los muchos problemas que enfrentamos, así que por favor, síganme rápido hacia el vestíbulo para que puedan unirse a nuestro debate.

Llevó al grupo de monarcas dentro del Palacio de las Hadas y bajó junto a ellos la escalera que llevaba al vestíbulo donde Conner, Mamá Gansa y el

resto de las hadas esperaban. Todos se sorprendieron de ver a Conner allí, en especial Cenicienta, quien había presenciado cómo el Hada Madrina cerró el portal que llevaba al Otromundo en su propio reino. No les llevó mucho tiempo comprender que algo andaba muy mal.

Rani, Roja, Bree y Emmerich bajaron las escaleras para ver a qué se debía tanto alboroto. A pesar de que Bree y Emmerich nunca habían conocido en persona a ninguno de los reyes y reinas, no tardaron demasiado en comprender a quiénes estaban observando; la piel pálida de Blancanieves y el largo cabello sedoso de Rapunzel eran indicativos evidentes. Se detuvieron en seco y tomaron asiento en la parte alta de la escalera mientras admiraban a todos los hermosos monarcas.

El primer instinto de Roja fue unirse a los recién llegados, pero el ver a la pequeña Bo Peep en el grupo de sus pares anteriores era un recordatorio doloroso de que ella ya no pertenecía allí. Tomó asiento junto a Bree y Emmerich en la escalera y fulminó con la mirada a su némesis desde lejos.

Rani bajó a toda prisa los escalones para saludar a sus hermanos.

—Charlie, ¿qué te ha sucedido? —preguntó Chandler.

—¿Por qué eres de nuevo una rana? —preguntó Chance, igual de curioso.

—Es una larga historia —les dijo Rani—. Les explicaremos todo, lo prometo.

Alex decidió contarles lo sucedido antes de que más confusiones invadieran la habitación.

—El Hada Madrina está muy enferma y su magia se desvanece —les informó a todos los presentes—. El hechizo que le había lanzado al Príncipe Charlie perdió efecto y el portal que llevaba al Otromundo se ha reabierto parcialmente. Un ejército de nuestro mundo lo ha cruzado y planea dominar este mundo, pero dejaré que Conner les cuente acerca del ejército, dado que él es quien lo ha visto de cerca.

Alex le hizo un gesto a su hermano para que tomara la palabra, pero de pronto Mamá Gansa se puso de pie desde su asiento.

—No, yo lo haré —dijo ella—. Después de todo, es mi culpa que ellos siquiera estén aquí.

Alex y Conner intercambiaron miradas; les sorprendió que ella estuviera dispuesta a hacerse cargo frente a toda la Asamblea del Felices por Siempre.

Mamá Gansa les informó a los reyes y a las reinas acerca de la Grande Armée y cómo era culpa suya que ellos hubieran atravesado el portal y llegado al mundo de los cuentos de hadas. Les contó cómo habían saqueado la Prisión de Pinocho y reclutado a los criminales que estaban allí. Y por último,

Mamá Gansa tuvo la tarea desafortunada de contarles a los monarcas que muy pronto podrían estar en guerra.

Alex tomó asiento en su silla mientras los nobles recibían la información. Continuaba pensando en los horrores que podría traer el futuro y en cómo podrían prepararse de la mejor manera para enfrentarlos.

—Entonces, ¿este ejército de cinco mil hombres ahora tiene cientos de soldados adicionales que son criminales que nosotros encerramos? —preguntó Blancanieves con una mano sobre su boca.

—Correcto —dijo Mamá Gansa—. Y tenemos la sospecha de que inspirará a todos los criminales sueltos en el Bosque de los Enanos y en los otros reinos a unirse a la Grande Armée.

—Y ¿cuántos criminales en total están actualmente sueltos dentro de nuestros reinos? —preguntó la Bella Durmiente.

—Hemos estimado que alrededor de tres mil, más o menos —les dijo Emerelda a los presentes.

Rapunzel hizo la suma con rapidez en la cabeza.

—Entonces, eso le da a la Grande Armée un total cercano a nueve mil soldados —comentó Rapunzel—. Eso es más que todos nuestros ejércitos juntos.

—¿Cuántos soldados hay en sus tropas? —les preguntó Conner.

—El Reino del Norte tiene un ejército de dos mil hombres —respondió Chandler.

—El Reino Encantador tiene mil soldados —dijo Chance.

—Muchos de los hombres del Reino del Este murieron mientras intentaban luchar contra las maldiciones de la Hechicera —comentó Chase—. Solo nos quedan alrededor de mil quinientos soldados.

—El ejército del Reino del Rincón también es muy pequeño: consiste en solo quinientos hombres —dijo Sir William.

La pequeña Bo Peep era la única que no había respondido.

—No sé el número exacto, pero diría que son… más o menos…

—¡Ochocientos veintiocho hombres! —exclamó Roja desde la cima de la escalera.

La pequeña Bo le lanzó una mirada asesina.

—Sí, gracias, ex reina Caperucita Roja —replicó ella.

Los mellizos se sorprendieron ante esas cifras tan bajas.

—A diferencia de su mundo, nosotros nunca hemos tenido una razón real hasta ahora para poseer grandes ejércitos —explicó Mamá Gansa.

Conner sumó esos números en su cabeza.

—Entonces, eso significa que sumando todos los ejércitos de la Asamblea del Felices por Siempre apenas tenemos alrededor de cinco mil quinientos hombres. Eso es cinco mil quinientos contra un ejército que tiene potencialmente nueve mil; ¡la Grande Armée podría crecer hasta tener el doble de nuestras tropas!

—Pero esa cifra no incluye los ejércitos del Imperio de los Duendes y del Territorio Troblin —les recordó Mamá Gansa—. Si el general Marquis los convence al igual que hizo con los prisioneros, entonces estamos acabados. Nunca ganaremos esta guerra.

—Entonces, tenemos que llegar a ellos primero —Alex participó del debate por primera vez—. Necesitamos hacer lo que sea necesario para asegurarnos de que los duendes y los troblins estén de nuestro lado. Puede que no tengan una muy buena relación con la Asamblea del Felices por Siempre, pero dudo que quieran ver a la Grande Armée apoderarse del mundo más que nosotros. ¿Alguien sabe de qué tamaño son los ejércitos de los duendes y los troblins?

—Los trolls y los goblins poseen un ejército de setecientos soldados, creo —respondió Tangerina—. Y los duendes tienen mil soldados.

—Entonces, eso es una buena noticia para nosotros —dijo Alex—. Después de que convenzamos a los troblins y a los duendes de unirse a nosotros, eso aumentaría mucho las probabilidades de supervivencia de nuestro ejército. Además, tenemos a las hadas de nuestro lado; no podemos olvidar incluirlas.

Todas las hadas detrás de los podios se negaron de inmediato, pero Amarello fue quien lo hizo con más énfasis.

—Las hadas no pueden ir a la batalla; ¡es en contra del código mágico de la Asamblea del Felices por Siempre! —protestó.

—¡Al diablo el código! —exclamó Conner, y la habitación se silenció—. El código existe para garantizar la paz y la prosperidad del mundo de los cuentos de hadas ¡y pronto ese mundo podría dejar de existir! Si queremos ganar esta guerra, tendremos que combatir fuego con fuego y, Amarello, nadie tiene más fuego que tú; nadie puede agitar las olas mejor que Cielene y nadie puede picar como Tangerina. Tendremos que utilizar cada recurso posible.

Las hadas se oponían moralmente a la idea con cada fibra de su ser, pero Conner tenía razón. Siempre y cuando estuvieran usando su magia para el bien mayor, no tenían otra alternativa. Alex entrecruzó las manos y miró al suelo mientras continuaba reflexionando acerca de lo que necesitaban hacer.

—De acuerdo, creo que tengo un plan. Escúchenme con atención —dijo y se ganó la atención completa de la sala—. No sabemos dónde o cómo la Grande Armée dará el primer golpe; tenemos que suponer que podría ser en cualquier parte. Quiero que todos los reyes y reinas les escriban a sus comandantes a cargo de inmediato y les ordenen que dividan sus ejércitos a la mitad. La mitad de cada ejército se quedará en sus respectivos reinos para que nada quede desprotegido. Las otras mitades se ocultarán; no importa dónde mientras permanezcan fuera de la vista; no saldrán de sus escondites hasta que vean mi señal.

—Pero ¿por qué dividir los ejércitos? —preguntó Amarello.

—De ese modo, ningún reino queda desprotegido, en caso de que los ataquen —explicó Alex—. Y si atacan a un reino, no perderemos un ejército completo.

Alex volteó para hablarles a las hadas.

—Quiero que ustedes estén con los soldados que protegen los reinos —dijo ella—. Rosette irá al Reino del Rincón, Cielene al del Norte, Amarello al Encantador, Tangerina al del Este y Violetta y Coral a la República de Bo Peep. Mamá Gansa y Emerelda permanecerán en el Reino de las Hadas para cuidar del Hada Madrina.

Alex volteó de nuevo para comunicarle a toda la habitación la parte final de su plan.

—Mi hermano y yo iremos personalmente a hablar con los troblins y los duendes y a suplicarles que se unan a nuestro bando. En cuanto los reclutemos, les enviaré una señal al resto de los ejércitos, los que están en casa y los que están ocultos, y los guiaré en un ataque contra la Grande Armée.

Todos repasaron atentamente el plan en sus cabezas. Podía no haber sido una estrategia perfecta, pero era la única que tenían.

—¿Qué sucederá con nosotros? —preguntó Cenicienta—. ¿Regresamos a nuestros reinos o permanecemos en el Palacio de las Hadas?

—Ninguna de las dos —dijo Conner y se puso de pie junto a su hermana —. Si el Ejército los encuentra, los matarán; tienen un historial de asesinatos de familias reales y aristócratas. Para ellos, la muerte es la única forma de rendición. Tenemos que mantenerlos en movimiento permanentemente para que ellos nunca puedan encontrarlos. Sugeriría subirlos a un barco volador como el Abuelita, pero si vieran eso en el cielo, enloquecerían y definitivamente les dispararían hasta hacerlos bajar.

—Entonces ¿dónde podemos ubicarlos que sea secreto y que esté en movimiento constante a la vez? —preguntó Alex.

Sus palabras le recordaban a algo. Conner sabía que él había escuchado algo hacía poco tiempo que concordaba con esa descripción; solo tenía que pensar.

Pensó en el comienzo de toda esa experiencia, cuando estaba de pie en el cementerio escuchando los cuentos de los Hermanos Grimm, y la respuesta apareció en su mente. Los hermanos Grimm no solo le habían dado una advertencia: también le habían otorgado un plan.

—¡Ya sé! —dijo Conner—. ¡Haremos que recorran un sendero encantado como el del cuento «El castillo secreto»! ¡El sendero podría atravesar los reinos como una serpiente que no va en la misma dirección dos veces y que nunca deja un rastro detrás!

—¡Es brillante! —afirmó Alex—. ¡Y los únicos que podrán encontrarlo son las personas que saben de su existencia! Mientras el Ejército nunca sepa del sendero, jamás lo encontrará.

Conner se acercó a Alex y le susurró algo en el oído para que solo ella lo escuchara.

—¿Crees que puedes crear un sendero, Alex? —le preguntó; no quería llenar de esperanza a los presentes si ella no era capaz de realizar ese encantamiento.

Alex respiró hondo.

—Sí —respondió—. Sé que puedo hacerlo —alzó la vista hacia la cima de la escalera donde estaban sentados los demás—. Roja, podemos usar los carruajes en los que llegaste. Eran muy simples y no tenían ningún emblema de la realeza.

Roja gruñó.

—No me lo recuerdes.

Alex observó las prendas, las coronas y las joyas que llevaban los monarcas.

—También deberíamos cambiarles la apariencia para que parezcan menos oficiales —dijo ella—. No pueden utilizar joyas ni tener guardias que los sigan ni nada que los haga parecer de la realeza.

—Pero, no podemos recorrer ese sendero sin protección —señaló Blancanieves.

—Necesitaremos alguna clase de protección —dijo la Bella Durmiente—. Incluso si el sendero está tan disfrazado como nosotros.

Alex miró al cielo y pensó al respecto. Una gran sonrisa se dibujó en su rostro por primera vez en todo el día.

—Conozco a las personas perfectas para protegerlos —dijo Alex. Estaban volando justo sobre ella. Todos miraron al cielo para ver qué la hacía sonreír.

El sexto cisne por fin estaba regresando al Palacio de las Hadas; aterrizó en el vestíbulo. Todos los monarcas y las hadas se sorprendieron al ver a Jack y a Ricitos de Oro desmontando al cisne. Alex había enviado a uno de los animales en secreto para que encontrara a sus amigos fugitivos.

—¿Los invitaste a ellos? —gritó Roja desde la cima de las escaleras.

—Sí, supuse que no haría daño tener algunos amigos cerca —dijo Alex—. Pero ahora tenemos la tarea perfecta para ellos.

Los recién llegados saludaron, incómodos, a los aristócratas. Hacía menos de un año, los reyes y las reinas habían acordado dejarlos libres de sus crímenes como forma de agradecimiento por ayudarlos a vencer a la Hechicera; y desde entonces, a pesar del gesto, Jack y Ricitos de Oro ya habían cometido múltiples crímenes en todos los reinos.

—Hola a todos —saludó Jack—. ¿A qué se debe la ocasión?

—Recibimos tu carta, Alex —dijo Ricitos de Oro—. Supusimos que nos la habías enviado por error, pero el cisne fue muy persuasivo —ella y Jack alzaron los brazos y mostraron las marcas de las mordidas que habían soportado por intentar evitar el viaje.

Alex y Conner les contaron rápidamente acerca de la Grande Armée y los planes que tenía de conquistar al mundo de los cuentos de hadas. Jack y Ricitos de Oro sabían mucho más de lo esperado: los rumores sobre la Grande Armée se estaban propagando por los reinos.

—Muchos criminales que conocemos ya se han unido a ellos —aseguró Jack—. El Ejército crece minuto a minuto.

—Jack, Ricitos de Oro, necesito un gran favor —dijo Alex—. Enviaremos a los reyes y a las reinas lejos para que el Ejército nunca pueda hallarlos. Quiero pedirles que vayan con ellos y los protejan, al igual que nos protegieron a mi hermano y a mí en nuestra cruzada para detener a la Hechicera.

Jack y Ricitos de Oro intercambiaron una mirada: era un gran favor. Los reyes y las reinas comenzaron a murmurar sus objeciones entre ellos. ¿Cómo se suponía que una pareja de bandidos los protegería?

Roja silbó desde la cima de la escalera para atraer la atención de la sala.

—Sé lo que están pensando, porque no existe ningún pensamiento negativo que yo no haya tenido sobre estos dos —declaró Roja—. Pero puedo

asegurarles que no hay nadie en el mundo que pueda enfrentarse a Ricitos de Oro y su espada, o a Jack y su hacha. No habríamos sobrevivido a nuestro viaje por los reinos si ellos no hubieran estado allí. Estarán bien protegidos bajo su cuidado.

Jack, Ricitos de Oro y los mellizos estaban sorprendidos. No podían creer que Roja estuviera defendiéndolos ante todas aquellas personas.

—Gracias, Roja —dijo Ricitos de Oro—. Nunca hubiera esperado un cumplido de tu parte.

—Ah, olvidé decírtelo, Ricitos —respondió Roja con entusiasmo—. ¡Ahora tengo un nuevo némesis! Así que, ¡quedas libre de mí!

Roja le hizo un gesto de pulgares arriba a Ricitos de Oro. La pequeña Bo puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos.

—Muy bien —dijo Cenicienta, y sujetó con un poquito más de firmeza a Esperanza—. Si tú confías en ellos, supongo que son los mejores para esta tarea.

—Entonces está decidido —declaró Emerelda—. Ahora, no debemos perder ni un minuto más. Pongamos a salvo a los reyes y las reinas.

Las hadas transformaron mágicamente las prendas de los nobles en ropa simple. Les dieron pergaminos a los monarcas para informarles a sus oficiales las órdenes de dividir sus ejércitos como Alex había indicado. Todas las hadas, excepto Emerelda y Mamá Gansa, tomaron las cartas y desaparecieron para viajar a los reinos que les habían asignado.

Mientras lo hacían, Conner subió a la cima de la escalera para hablar con Bree y Emmerich.

—Chicos, quiero que vayan con los reyes y reinas al sendero secreto —dijo—. Nunca me lo perdonaría si algo les sucediera. Estarán a salvo si están con Jack y Ricitos de Oro; lo prometo.

Bree y Emmerich asintieron, con los ojos abiertos de par en par. Los eventos de las últimas veinticuatro horas habían causado que sus cabezas se marearan tanto que no podían pensar con claridad. Habrían accedido a cualquier cosa.

—Por supuesto —dijo Emmerich.

—Suena bien —afirmó Bree.

Conner sonrió y después miró a Roja.

—Quiero que tú y Rani también vayan con ellos, para que Bree y Emmerich tengan a alguien que conocen a su lado —dijo Conner—. Además, sé que Alex y yo nos sentiremos mejor si sabemos que todos nuestros amigos están a salvo.

—¿Qué? —preguntó Roja con brusquedad—. ¿Quieres que esté atrapada en el grupo de viaje con esa Peep?

—Lamento mucho que hayas perdido tu trono, Roja —dijo Conner—. Pero si el Ejército te encuentra, no le importará que solías ser reina. Sé que adoras los collares, pero no creo que la guillotina te quede bien.

—Está bien —aceptó Roja—. Pero si nos capturan, entregaré voluntariamente a la pequeña Bo como blanco.

Una vez que disfrazaron a todos los monarcas, salieron del vestíbulo y siguieron a Alex afuera, hasta los escalones de la entrada del Palacio de las Hadas. Tres carruajes con dos caballos cada uno esperaban en fila frente al palacio.

El rey Chance, la reina Cenicienta y la princesa Esperanza subieron al primer carruaje con la Reina Bella Durmiente y el Rey Chase. La reina Blancanieves y el rey Chandler se unieron a la reina Rapunzel y a Sir William en el segundo carruaje. Rani, Roja, Emmerich y Bree subieron al tercero, y para pesar de Roja, la Reina pequeña Bo Peep se les unió.

—¿Podría alguien devolverme al interior del estómago del lobo, por favor? —agonizó Roja.

—Será un largo viaje —suspiró la Pequeña Bo y negó con la cabeza. Bree bajó del carruaje antes de que cerraran la puerta y le dio a Conner un gran abrazo.

—Por favor, cuídate.

El gesto hizo que Conner se tiñera de un rosado brillante.

—No te preocupes por mí —dijo él—. Estoy acostumbrado a estar en peligro.

Conner cerró la puerta del carruaje una vez que ella subió, y le dio al vehículo una palmada de buena suerte. Cenicienta asomó la cabeza desde el primer carruaje para llamar la atención de Conner.

—Me preguntaba si has tenido noticias de mi madrastra y mis hermanastras —dijo la reina—. ¿Están bien en el Otromundo?

—Ah, sí —respondió Conner—. La última vez que hablé con ellas, Lady Iris y Rosemary habían inaugurado un restaurante y Petunia estaba trabajando en una clínica veterinaria. Parecían muy felices.

Oír esas noticias también hizo muy feliz a Cenicienta. Conner se alegraba de poder darle un poco de alegría antes de que tuviera que partir por el sendero secreto.

Jack y Ricitos de Oro montaron sus caballos, que estaban adjuntos al primer carruaje para que pudieran vigilar el sendero mientras viajaban.

Emerelda encantó a los vehículos para que se condujeran solos mientras Alex se ponía de pie frente al primer carruaje, lista para crear el mayor encantamiento que había hecho hasta ahora.

De acuerdo, se dijo Alex a sí misma en un susurro. Aquí voy.

Visualizó el camino con la mayor claridad que pudo. Lo imaginó serpenteando a través de los reinos, sin dejar nunca ni un indicio de hacia dónde se dirigía ni rastros de dónde había estado. Tocó el suelo con la punta de su varita y un resplandeciente sendero dorado apareció delante de ella. Tenía menos de cuatrocientos metros de largo y desaparecía en ambos extremos.

Jack y Ricitos de Oro tomaron las riendas de los caballos y la hilera de carruajes avanzó por el sendero secreto. Alex se acercó a los escalones de la entrada, donde estaban Emerelda, Mamá Gansa y su hermano; todos despidieron con la mano a los viajeros hasta que el sendero dorado y los carruajes desaparecieron de vista.

Emerelda colocó una mano sobre el hombro de Alex.

—Tu abuela estaría muy orgullosa de ti.

—Lo sé —dijo Alex con tristeza. Solo deseaba que ella hubiera podido estar allí para verlo.

Emerelda, Mamá Gansa y Conner regresaron al Palacio de las Hadas. Alex estaba a punto de voltear y entrar con ellos cuando vio a alguien de quien se había olvidado por completo durante las últimas horas.

—¡Rook! —dijo Alex. El chico estaba asomándose detrás de una de las rosas agrandadas con magia de Rosette.

—Alex, ¿vienes adentro? —preguntó Conner.

—Sí, iré en un minuto —respondió ella, y corrió hacia el jardín para ver a Rook. Lo empujó detrás de una gran área de tulipanes y lanzó sus brazos alrededor del cuello del muchacho.

—Lamento haberme entrometido de nuevo, es solo que no te he visto desde hace un tiempo y estaba preocupado. ¿Qué hacían todos esos carruajes…? —dijo Rook, pero su expresión alegre se desvaneció rápido cuando vio la seriedad en los ojos de la chica—. Alex, ¿sucede algo malo?

—Todo —respondió ella y reprimió las lágrimas. Había logrado mantener la compostura muy bien ese día, pero Rook era la única persona frente a la que no sentía que debía mostrarse valiente—. ¡Mi abuela está enferma y hay un ejército invadiéndonos y tratando de apoderarse del mundo!

—¿Qué? —dijo Rook—. ¿A qué te refieres con que un ejército…?

Alex sujetó la camisa del muchacho y lo acercó a ella para mirarlo directamente a los ojos.

—Tu papá y tú deben marcharse lo más lejos posible de aquí. ¡Tienen que irse antes de que los lastimen!

—Espero que esta no sea tu manera de rechazarme de un modo amable —comentó él, tratando de hacerla reír.

—Hablo en serio, Rook —dijo Alex—. Por favor, ¡debes irte! ¡No podría vivir conmigo misma si algo te sucediera! ¡Prométeme que saldrás de aquí!

—Está bien, está bien. Te prometo que buscaré a mi papá y nos iremos.

Alex suspiró y miró al suelo.

—Bien —dijo—. Ahora, tengo que regresar al palacio; hay tantas cosas que todavía necesitamos planificar.

Rook la miró con los ojos más tristes que Alex había visto.

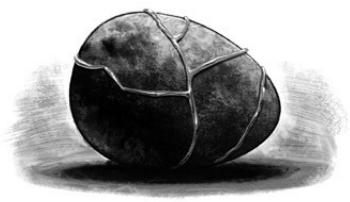
—Pero, ¿cuándo te veré de nuevo?

—No lo sé. Te buscaré una vez que todo esto termine. Ahora, por favor, vete para que no tenga que preocuparme por ti —insistió Alex. Rook asintió. Le dio un beso en la mejilla y después se dirigió a su hogar.

Sentada detrás de los tulipanes, fue la primera vez que Alex había estado sola en todo el día. Se arrodilló en el suelo, cerró los ojos y solo respiró. Había logrado mantener las apariencias frente a las hadas, los nobles y su hermano, pero después de ver a Rook, todas las emociones se acumularon en el interior de su joven cuerpo y, de pronto, brotaron de ella.

Solo respira, Alex, solo respira, se dijo a sí misma. Puedes manejar esto, puedes lidiar con esto.

Permaneció detrás de los tulipanes hasta que sintió que el miedo se desvanecía de sus ojos y que su expresión valiente regresaba.



Capítulo diecinueve

Un intercambio helado

Los soldados temblaban a causa del viento gélido. Las condiciones se habían vuelto demasiado severas para sus caballos, así que los dejaron atrás y a los soldados los obligaron a avanzar a través de la gruesa nieve a pie. Durante horas y horas, subieron más y más alto por las montañas empinadas del norte sin saber el destino ni el horario estimado de llegada.

—¿Cuánto falta? —preguntó el general Marquis.

—Cuando veamos las luces, sabremos que hemos llegado —les respondió el Hombre Enmascarado a los hombres que estaban detrás de él.

Una unidad que al principio estaba compuesta por veinte soldados de la Grande Armée, se había reducido a menos de una docena de miembros. Los soldados caían como moscas mientras el Hombre Enmascarado los guiaba a través del frío. Cada cien metros un soldado se desmayaba por las condiciones climáticas y desaparecía en la nieve. Les habían ordenado que continuaran avanzando y que dejaran atrás a los caídos.

El general Marquis y el coronel Baton llevaban puestos unos abrigos gruesos sobre sus uniformes mientras viajaban y, aunque a los soldados que caían detrás de ellos les habían dado muy poca protección contra el frío, los reprendieron por ralentizar la expedición. Al Hombre Enmascarado solo le habían dado una harapienta manta vieja para mantenerse caliente, pero sin embargo él avanzaba con mucha más agilidad que los demás. Él ya había desafiado muchas veces aquellas montañas.

—Su grupo no lidia muy bien con el frío —rio el Hombre Enmascarado.

—Estoy comenzando a perder la paciencia —lo amenazó el general.

—No se inquiete, general, estamos a punto de llegar —le aseguró el hombre.

Pronto, las luces del norte que él había descripto aparecieron a la vista. Iluminaban el cielo oscuro con brillantes matices de verde y se movían en círculos sobre los glaciares que estaban más adelante. Cuando llegaron allí, la unidad se había reducido a seis hombres, incluyendo al general y el coronel Baton. El Hombre Enmascarado guio a los soldados restantes a través de una abertura que había entre los glaciares y por un enorme laberinto de hielo. Zigzaguearon entre los glaciares y después de un tiempo ingresaron a un amplio cráter.

—Caballeros, bienvenidos a la guarida de la Reina de las Nieves —anunció el Hombre Enmascarado.

Los soldados observaron el cráter, perplejos.

Varios pilares de hielo rodeaban el cráter, donde un lago congelado cumplía el rol de suelo, y una cascada congelada caía desde las altas montañas y fluía alrededor de un trono de hielo gigante. La Reina de las Nieves estaba sentada en el trono junto a sus fieles osos polares; uno sentado a cada lado de ella. La reina llevaba puesto un abrigo de piel largo y una corona de copos de nieve. Tenía una tela envuelta sobre las cuencas vacías de sus ojos. La Reina de las Nieves y los osos polares estaban siniestramente callados, como si hubieran estado esperando la llegada de los soldados.

—El Hombre Enmascarado ha regresado otra vez —dijo la Reina de las Nieves con su voz ronca y áspera—. Hemos estado esperándote.

—Hola, Su Majestad —saludó el Hombre Enmascarado, y realizó una reverencia superficial—. Ha pasado mucho tiempo, pero se ve más glacial que nunca.

—No lograrás nada con cumplidos —replicó la Reina de las Nieves—. Si has venido a realizar un intercambio, ya sabes lo que quiero en retribución.

—No, lo comprendo. La última vez que estuve aquí, dejó perfectamente en claro lo que quería a cambio del objeto en cuestión, y con gran placer he regresado con la intención de por fin concretar ese intercambio.

De pronto, el general se puso muy tenso.

—Nunca mencionaste un intercambio —dijo con desprecio.

El Hombre Enmascarado le hizo señas al general para que mantuviera la calma.

—Su Majestad, él es el general Marquis de la Grande Armée.

—Ya sé quién es —replicó la Reina de las Nieves—. Yo profeticé la llegada del general y su Ejército a este mundo mucho antes de que tú nacieras.

Algo en las palabras de la mujer le resultaba muy perturbador al general y les hizo una seña a sus soldados para que se mantuvieran alertas, pero el Hombre Enmascarado le aseguró que eso eran buenas noticias.

—Espléndido —dijo el hombre—. Entonces, sabe que a cambio del huevo de dragón, él puede darle lo que usted siempre ha querido.

—Puede que sea capaz de hacerlo, pero hay que ver si puede serle fiel a su parte del trato —dijo la Reina de las Nieves—. El futuro está lleno de muchas certezas y de muchas incertidumbres para el general. Hace mucho tiempo, predije que él y su Ejército atravesarían la tierra y conquistarían todo a su paso, pero no lo veo enfrentándose a las hadas. Si él desea conquistar este mundo, necesitará mi confianza en el trato que estamos a punto de hacer.

—¿Y cuál es exactamente el trato? —preguntó el general, acercándose a ella.

La Reina de las Nieves sonrió y sus dientes filosos quedaron expuestos.

—Hace muchos años, yo era la gobernante del Reino del Norte hasta que me robaron el trono. Si el general quiere mi huevo de dragón para poder conquistar este mundo como es su intención, debe prometerme que me devolverá el Reino del Norte cuando tenga éxito.

Eso era una novedad para el general y lo enfureció.

—Discúlpeme un momento, su Frialeza —le dijo a la Reina de las Nieves. Tomó al Hombre Enmascarado de la solapa y lo empujó contra un pilar de hielo que estaba junto al cráter.

—¡Nunca mencionaste un intercambio! —susurró.

—General, tiene que confiar en mí —respondió el Hombre Enmascarado en un murmullo—. Esta es la única forma en la que puede ganar esta guerra. Acepte hacer el trato con la Reina de las Nieves y no importará lo que le prometa a cambio: una vez que tenga un dragón en su poder, ¡será invencible! Podrá destruirla a ella y cualquier cosa que se entrometa en su camino.

El general reflexionó al respecto, pero la ira nunca abandonó su mirada.

—De acuerdo —dijo. Miró a la Reina de las Nieves—. Si usted me entrega ahora mismo un huevo de dragón, le doy mi palabra de que cuando tomemos el poder, el norte será suyo de nuevo.

Una grave y ronca risa festiva brotó de la boca de la Reina de las Nieves.

—Música para mis oídos —dijo ella—. Acepto tu oferta, pero con una advertencia. Predigo nada más que grandeza para ti si cumples con tu parte del trato, pero si me traicionas, tu cruzada terminará con una muerte abrasadora.

El ojo izquierdo del general comenzó a temblar. Era evidente que la Reina de las Nieves estaba intentando engañarlo con visiones que no había tenido. Miró con rapidez al Hombre Enmascarado, quien en silencio lo alentó a continuar.

—Entendido —dijo el general—. Tenemos un trato.

Los soldados sintieron un temblor debajo de ellos. Miraron a través del hielo bajo sus pies y vieron cómo unas burbujas aparecían mientras algo grande y redondo flotaba lentamente hacia ellos desde las profundidades del lago. Un huevo de dragón llegó a la superficie y se balanceó contra el hielo debajo del lago congelado.

El general Marquis les habló a sus hombres.

—¡No se queden ahí de pie! ¡Tómenlo! —ordenó.

Los soldados se acercaron al huevo de dragón y golpearon el hielo sobre él con la culata de sus rifles. El hielo comenzó a romperse y el General Marquis y el coronel Baton se alejaron de él. Uno de los soldados cayó a través de una grieta en el hielo dentro del agua helada que corría debajo. La Reina de las Nieves rio, extremadamente entretenida por sus intentos de tomar el huevo. La caída del hombre creó un gran hoyo en el hielo y pronto el huevo de dragón flotó dentro de él a una distancia que podían alcanzar.

—¡Nadie se mueva! —gritó el Hombre Enmascarado, y los dos soldados restantes se paralizaron. Con cuidado, se apoyó sobre sus manos y rodillas, se deslizó sobre el suelo gélido y tomó el huevo del agua—. ¡Frío, frío! —chilló. Pasó el huevo de una mano a la otra sin cesar y lo envolvió en su manta harapienta. El huevo estaba tan frío que tocarlo le quemaba las manos.

El huevo de dragón tenía el doble de tamaño que la cabeza del Hombre Enmascarado. Su forma era la de un huevo común, pero estaba cubierto por una cáscara negra que tenía la misma textura áspera del carbón. Las rajaduras que se le habían hecho al huevo a lo largo de los años estaban cubiertas de oro para preservarlo, como un diente en decaimiento. El Hombre Enmascarado contempló el huevo con orgullo, como si estuviera sosteniendo a su primogénito; había soñado con ese momento durante mucho tiempo.

De inmediato, el general Marquis se acercó a él y le quitó el huevo de las manos.

—Maravilloso —dijo el francés, y observó el huevo con grandes ojos curiosos, como si estuviera contemplando su futuro en una bola de cristal—. Coronel Baton, por favor, dispárele al Hombre Enmascarado; ya no se requieren sus servicios.

El coronel Baton tomó su pistola del interior de su abrigo y le apuntó al hombre de la máscara.

—Ey, ey, ey —dijo él y alzó las manos en el aire—. ¡No pueden matarme! ¡Aún me necesitan!

—Hemos conseguido el huevo y no perderemos ni un segundo más con tus tonterías —concluyó el general y le hizo un gesto con la cabeza al coronel para que disparara cuando quisiera.

—Pero alguien tiene que cuidar del huevo; y dudo que usted o cualquiera de sus hombres conozca la manera apropiada de incubar y criar a un dragón —replicó.

—¿Y qué te hace un experto? —preguntó el general con maldad.

—He pasado años intentando ponerle las manos encima a este huevo —respondió el hombre—. ¡Sé todo lo que hay que saber sobre los dragones! Ahora tenemos que colocar el huevo dentro de algo muy caliente. Cuanto más ardiente el entorno, más rápido y más fuerte crecerá el dragón; y tengo en mente un lugar abrasador si continuamos trabajando juntos.

Un ruido que era mitad gruñido mitad suspiro brotó del general Marquis. Había estado deseoso de deshacerse del Hombre Enmascarado desde que se marcharon de la prisión, pero ahora tendría que esperar un poco más. Movió la cabeza de lado a lado mirando a Baton y este guardó su arma.

—Parece que el Hombre Enmascarado ha demostrado de nuevo su utilidad —dijo el general—. Permanecerás con vida el tiempo suficiente para incubar y criar el dragón para mí. Ahora, sácanos de estas montañas heladas antes de que provoques que mi irritación atropelle mi necesidad de eficiencia.

El general Marquis lo fulminó con la mirada y luego se dirigió hacia la abertura por la que habían ingresado. El coronel Baton y los dos soldados restantes lo siguieron. El Hombre Enmascarado frotó su pecho para calmar su corazón agitado; tendría que continuar siendo lo más útil posible en los días venideros si quería conservar la vida.

—Gracias, Su Gelideza —le dijo el Hombre Enmascarado a la Reina de las Nieves. Hizo una reverencia y se unió con rapidez al resto del grupo. En cuanto él y los soldados se marcharon, otra risa ronca brotó del interior de la Reina de las Nieves y resonó a través del cañón.

—¿Qué le resulta tan divertido, Mi Alteza? —preguntó el oso polar a su izquierda.

Una maliciosa sonrisa burlona apareció en el rostro de la reina.

—De pronto, tuve una visión de algo muy certero en los días venidos de nuestro amigo enmascarado —respondió.

—¿Qué es lo que Su Alteza ve? —preguntó el oso polar a su derecha.

—Su máscara ha ocultado su identidad durante un período de tiempo sorprendente —dijo ella—. Pero al finalizar esta semana, su peor miedo tendrá lugar cuando se revele su identidad a la persona que él más desea ocultársela.



Capítulo veinte

El gran lago troblin

Los mellizos apenas durmieron después de enviar a los nobles y a sus amigos por el sendero secreto, y ambos se levantaron antes del amanecer. Las pocas horas que habían logrado dormir no se debían a la necesidad de descansar: se habían preocupado tanto que sus cuerpos llegaron al punto del agotamiento. Se reunieron con Mamá Gansa en el gran balcón del Palacio de las Hadas mientras el sol se alzaba sobre el Reino de las Hadas. Ella estaba preparando a Lester para que los llevara al Territorio Troblin y al Imperio de los Duendes.

—Quiero que escuches a Conner y Alex y que hagas exactamente lo que ellos digan; vuela con mucho cuidado, siempre préstale atención al cielo que te rodea y asegúrate de que cada aterrizaje sea lo más seguro posible —le indicó ella—. En otras palabras, haz todo lo que no sueles hacer por mí.

Lester asintió y erizó las plumas, lo que hizo que estuvieran bien esponjosas para su vuelo inminente.

—¿Estás seguro de que estás dispuesto a venir, Lester? —preguntó Conner—. Podemos ir en uno de esos cisnes encantados si tienes dudas.

Lester abrió el pico y lo fulminó con la mirada; se sentía insultado de solo pensarlo. Tomó sus propias riendas con el pico y las colocó en la mano de Conner. Estaba absolutamente listo para esto.

—Tomaré eso como un sí —dijo Conner, riendo. Él y su hermana pasaron una pierna sobre el ganso gigante. Se sentaron en su lomo con Conner al frente.

—Nuestra primera parada es el Territorio Troblin, Lester —anunció Alex —. Y después de lo que espero que será una visita exitosa, iremos al Imperio de los Duendes.

—¿Quién está a cargo del Imperio de los Duendes? —preguntó Conner.

—Elvina, la Emperatriz de los duendes —respondió Mamá Gansa, resoplando incómoda de solo oírlo.

—Veo que no es amiga tuya —dijo Conner.

—Solo tengan cuidado con ella —les advirtió Mamá Gansa—. La Emperatriz Elvina es tan astuta como hermosa. Es como una flor venenosa, bonita y tranquila en el exterior, pero peligrosa en el interior. No dejen que los engañe; no importa lo que les prometa, su lealtad siempre estará con su pueblo antes que el bien mayor.

Conner tragó saliva con dificultad.

—Flor venenosa; entendido —dijo él.

—Los duendes son muy astutos y son famosos por su buena memoria; y vaya que pueden ser rencorosos —prosiguió Mamá Gansa—. Al principio, vacilarán mucho sobre si cooperar o no, pero no dejen que eso los desaliente. Nunca han perdonado al Consejo de las Hadas por no incluirlos en la Asamblea del Felices por Siempre, y no nos han hablado desde entonces.

—Si no les han hablado durante tanto tiempo, ¿qué les hace pensar que hablarán con nosotros? —preguntó Alex.

—Ni idea —respondió Mamá Gansa encogiéndose de hombros—. Buena suerte, chicos. Estaré aquí en cuanto regresen.

Las palabras de aliento de Mamá Gansa hicieron lo opuesto a darles aliento. Lester retrocedió unos pasos y extendió las alas. Se tambaleó hacia delante y comenzó a aletear hasta que él y los mellizos abandonaron el balcón y se alzaron en el cielo. Pronto, Mamá Gansa y el Palacio de las Hadas desaparecieron de vista.

—Quién hubiera creído que tú y yo estaríamos salvando al mundo de nuevo tan pronto después de la última vez —dijo Conner con una risa nerviosa para romper la tensión.

—Siempre tuve la esperanza de que el portal entre nuestros mundos se abriera otra vez de algún modo, pero nunca a este precio —respondió Alex—. Es como si nuestros intercambios siempre fueran un ojo por un brazo.

—Entiendo a lo que te refieres —asintió Conner, y pensó en algo para levantar el ánimo de los dos—. ¿Alguna vez piensas en cómo serían nuestras vidas si nunca hubiéramos descubierto la Tierra de las Historias? ¿Alguna vez te preguntas qué estaríamos haciendo tú y yo si la abuela y papá no fueran del mundo de los cuentos de hadas?

Alex sonrió ante la idea.

—Probablemente, yo estaría pensando en universidades y carreras en vez de guerras y batallas.

Conner rio ante su propia predicción.

—Y yo solo estaría intentando sobrevivir a Álgebra, no a un ejército de miles.

Su hermana rio, pero su sonrisa se desvaneció con rapidez. Habían experimentado muchas cosas extraordinarias, pero también habían renunciado a mucho por ser quienes eran.

—Piensa en todas las cosas de adolescentes normales que podríamos estar experimentando —dijo Alex con un suspiro tan intenso que era evidente que tenía más de un pensamiento en mente—. Después de este capítulo de nuestras vidas, me pregunto si alguna vez disfrutaré algo sin sentir el miedo constante de perderlo.

—Por cierto —añadió Conner, leyendo entre líneas lo que su hermana decía—, ¿quién era ese chico con el que hablabas anoche en los jardines de las hadas?

Conner sintió que el cuerpo de su hermana se tensaba.

—¿De qué estás hablando? —Alex trataba de hacerse la tonta—. ¿El chico de los jardines? Ah, te refieres a Rook Robins, el granjero del Reino del Este. Es solo un amigo que hice hace poco.

—¿Rook Robins? —repitió Conner—. Suena como un jugador de béisbol. ¿Estás segura de que es solo un amigo? —por un motivo que no podía explicar, le desagradaba instantáneamente todo lo relacionado al chico.

—Ah, por favor, Conner —dijo Alex a la defensiva—. Como si tuviera tiempo para el romance mientras me uno al Consejo de las Hadas y llevo a la Asamblea del Felices por Siempre a la guerra.

Odiaba mentirle a su hermano, pero él nunca se callaría si sabía la verdad, en especial si se enteraba de que Rook era una de las razones por las cuales él no había podido contactarla mientras estaba en Alemania.

Conner se alegraba de que Alex estuviera sentada detrás de él para que no pudiera ver la mirada que le lanzaba. Sabía exactamente lo que le sucedía a su hermana, por más que ella quisiera admitirlo o no.

—Sabes, podrías decirme si él fuera más que un amigo; prometo que no le contaré a mamá —dijo Conner; ya estaba ansioso por decirle a su madre todo lo que sabía.

Alex se rio, restándole importancia.

—Serás el primero en enterarse si mi relación con Rook se transforma inesperadamente en algo más, pero por el momento no parece ser algo posible

—respondió de forma abrupta.

—Me alegro, pero si te rompe el corazón, lo moleré a golpes por ti —dijo Conner.

Alex estalló en carcajadas.

—Eso es algo que pagaría por ver —respondió ella, y cambió rápido de tema para sentirse menos expuesta—. Pero ya que estamos hablando sobre el tema, he querido preguntarte algo: ¿te gusta tu amiga Bree?

Si Lester hubiera sido un automóvil, Conner habría clavado los frenos. En cambio, sujetó las riendas de forma abrupta, lo que hizo que el ganso graznara. Se sonrojó tanto que Alex podía ver su nuca y orejas enrojecidas.

—¿Si me gusta Bree? —dijo Conner como si fuera una idea absurda—. Vamos, Alex, solo porque te hice un par de preguntas inofensivas acerca de tu vida amorosa, no significa que tengas que ser grosera.

Alex gruñó ante la doble moral de su hermano.

—No estoy siendo grosera, solo decidí preguntarte porque te sonrojas cada vez que estás cerca de ella o cuando alguien menciona su nombre —señaló Alex—. Anoche, cuando te abrazó para despedirse, creí que te explotaría la cabeza; no me sorprendería que a ella también le gustaras.

Conner comenzó a sonreír y no podía detenerse. ¿Bree también gustaba de él? Nunca había creído que fuera posible. ¿Había paseado con él por Europa no solo porque quería vivir una aventura, sino porque también quería pasar tiempo con él? Con rapidez, se obligó a reducir su sonrisa cuando recordó que estaba en medio de su defensa.

—Te lo aseguro: no siento nada por Bree —dijo él—. Para ser honesto, estaba empezando a ponerme nervioso cuando estábamos en Europa. La forma en la que siempre me criticaba, cómo siempre mantenía la calma en cualquier situación, el modo en que lleva el cabello debajo de su gorro con mechones azules y rosados delante, el hecho de que me sorprendía todos los días con un nuevo dato interesante sobre ella… Todo era tan molesto.

Alex no tenía que hacerle más preguntas: era obvio lo que Conner sentía en realidad. Estaba contenta de que él no pudiera verla alzando una ceja.

—Ajá, suena como si no hubieras pensado mucho en ella. De hecho, me alegra que no suceda nada entre ustedes.

—¿Por qué te alegra? —preguntó Conner, y se puso a la defensiva en la dirección opuesta—. ¿Crees que no tengo la madurez suficiente para gustar de alguien o para que le guste a alguien? Para tu información, yo también soy un buen partido…

—No —lo interrumpió Alex—. Porque estamos a punto de visitar a nuestra vieja amiga Trollbella, y no nos iremos sin el apoyo de su ejército… Incluso si eso implica que te cases con ella.

Conner se lamentó emitiendo un largo sonido agotador en voz baja. Por poco se había olvidado de la joven reina troll que había estado perdidamente enamorada de él desde que se conocieron.

—Cielos, espero que exista el divorcio en este mundo —comentó Conner.

Los mellizos permanecieron bastante callados el resto de su viaje hacia el Territorio Troblin; temían exponer más sobre ellos mismos de lo que estaban dispuestos. Se conocían tan bien que era un misterio por qué cualquiera de los dos siquiera intentaba engañar al otro.

Los peñascos montañosos que rodeaban el Territorio Troblin aparecieron en el horizonte, y Lester comenzó su descenso gradual. A medida que volaban más cerca, Conner se sorprendió al ver que la tierra entre los peñascos estaba cubierta de agua. El territorio entero parecía una inmensa piscina superficial.

—Espera un momento —dijo Conner—. ¿Nunca drenaron su territorio después de que la Hechicera lo inundó?

—Nop —respondió Alex—. Las hadas se ofrecieron a restaurar el territorio por completo, pero la Reina Trollbella tenía otra idea en mente.

—¿Cuál? —preguntó él.

—Ya verás.

Lester ingresó al territorio y aterrizó con suavidad sobre el agua. Era como un barco en miniatura mientras viajaban por el lago gigante en el que se había convertido el territorio.

—No puede ser —dijo Conner, atónito, cuando vio a qué se refería su hermana. La Reina Trollbella había convertido el territorio en una vasta ciudad flotante.

Cientos de fuertes hechos con restos de su hogar subterráneo flotaban en las aguas delante de ellos. Familias de trolls y goblins ocupaban los fuertes más pequeños, mientras que lo más grandes funcionaban como áreas comunes compartidas. Algunos goblins nadaban de fuerte a fuerte mientras que los trolls se deslizaban sobre el agua en aparatos de madera flotantes. Muchos estaban sentados en el borde de sus fuertes con sus inmensos pies sumergidos en el agua, y tenían cañas de pescar; aunque los mellizos estaban bastante seguros de que no había peces que atrapar allí. Los trolls y los goblins tenían la tez más oscura que lo habitual ahora que vivían en la superficie. El sol les había bronceado la piel a tonos más oscuros de verde, azul y café.

A pesar del cambio de entorno, todas las criaturas se veían increíblemente aburridas mientras navegaban en el agua. Alex y Conner flotando a su lado en el ganso gigante fue la cosa más interesante que habían visto en semanas, así que causaron una gran escena.

—Sí que son un público difícil de entretener —dijo Conner, y su hermana asintió.

Los mellizos oyeron una voz familiar mientras un largo y amplio bote viajaba hacia ellos.

—¡Remen, troblins, remen! —ordenó la Reina Trollbella. Estaba recostada y relajada al frente del bote, disfrutando del sol. Una docena de trolls y una docena de goblins estaban sentados en el centro del bote y usaban unos remos largos, tal como ella lo había ordenado.

El navío se inclinaba levemente hacia un lateral dado que los brazos de los trolls eran más cortos.

Un joven troll estaba de pie en la parte trasera del bote y supervisaba a los remeros. Era bajo y robusto, al igual que Trollbella, y llevaba puesto un gran casco con cuernos y una pechera. Todos los remeros se detuvieron de forma abrupta en cuanto vieron a los mellizos flotando sobre Lester. Señalaron el inmenso ganso e intercambiaron susurros al igual que lo habían hecho todas las criaturas de los fuertes que los rodeaban.

—¿Acaso dije que podían dejar de remar? —dijo Trollbella. Como el barco continuaba detenido, ella se incorporó inquieta para ver a qué se debía la situación. Colocó ambas manos a los laterales de su boca abierta cuando su mirada cayó sobre lo que los otros habían visto.

—Hola, Trollbella —dijo Conner con timidez, saludándola con la mano —. ¿Me extrañabas?

—¡Mantecoso! —exclamó ella con un grito ahogado—. ¿De veras estoy viéndote o eres un espejismo en el agua?

—Está aquí —respondió Alex—. Ambos lo estamos.

—Pero creí que había perdido a mi Mantecoso para siempre —replicó Trollbella completamente atónita—. ¡Regresaste a casa a través de ese portal y creí que nunca volverías! ¿Nuestro amor fue tan fuerte que el portal no pudo contenerlo? ¿El cariño mutuo que sentíamos lo abrió? ¿Has regresado por fin para ser el rey del Gran Lago Troblin?

—Em… no —aclaró Conner—. Pero el portal se ha abierto de nuevo; por eso estoy aquí.

—El Gran Lago Troblin, ¿eh? —preguntó Alex—. ¿Así se llama ahora este lugar?

—Sí, chica hada —dijo Trollbella con el ceño fruncido—. ¡Y espero que todos los mapas se cambien de inmediato! Siempre he querido vivir cerca del agua y, sin quererlo, la Hechicera hizo que ese sueño se volviera realidad. Ahora, deben subir a bordo de mi barco para que pueda abrazar como es debido a mi Mantecoso.

Lester nadó hasta el lateral del bote y dos trolls remeros ayudaron a Alex y Conner a abordar. Trollbella saltó sobre Conner como un mono araña que abrazaba un árbol y por poco ambos caen al agua. Él supuso que a ella le llevaría un rato soltarlo, pero la reina se separó de él mucho antes de lo que Conner esperaba. Trollbella alzó la vista para mirar al chico y sus enormes ojos estaban plagados de preocupación, en lugar de la lujuria habitual. Había algo muy diferente en ella, pero el tiempo apremiaba demasiado a los mellizos como para descubrir de qué se trataba.

—Escucha, Trollbella —dijo Conner—. Hemos venido a conversar contigo. Ha sucedido algo muy malo y necesitamos tu ayuda.

Trollbella colocó ambas manos sobre la cadera.

—Nuestra relación se desgasta cuando solo vienes a mí para compartir noticias devastadoras, Mantecoso —dijo ella—. Alguna vez me gustaría que en cambio me trajeras flores o chocolates.

—Por milésima vez, ¡no tenemos una relación! —replicó Conner.

—Sí, sé que nuestro amor es demasiado fuerte para esos términos infantiles. Nuestro amor es infinito… es eterno… es indestructible… —de pronto, la reina troll rompió en llanto.

—Trollbella, ¿qué sucede? —preguntó Alex.

—Hay algo que mi Mantecoso debe saber antes de que continuemos hablando. Cuando no estabas, encontré a alguien más.

—¿Qué? —exclamaron los mellizos al unísono. Aquello era lo último que habían esperado oír de la boca de la reina troll.

Los ojos culposos de Trollbella recorrieron rápido el bote y ella volteó para darles la espalda; lo que tenía que confesar era demasiado doloroso para decírselos mirándolos a los ojos.

—Sabía que después de que desapareciste en otra dimensión para siempre sería desafiante mantener nuestro amor con vida. Intenté serte fiel todo el tiempo que fue posible, y fueron los seis días más difíciles de mi vida. Era débil sin ti, Mantecoso, y mi corazón estaba perdido. No podía tolerar la idea de estar sola para siempre, así que le entregué mi corazón a alguien más.

Alex y Conner intercambiaron la misma mirada anonadada. Con todo lo demás que estaba sucediendo en ese momento, Conner se sorprendió ante el

gran alivio que sintió al escuchar esas palabras.

—Siempre creí que un día, si lo imposible se hacía realidad y tu regresabas a mí, yo podría fácilmente volver a darte mi corazón, pero ahora, al verte frente a mí, me doy cuenta de que estaba equivocada —aseguró Trollbella—. Una vez que he invertido mi amor en alguien, no puedo quitárselo a menos que sepa que no hay futuro, y me temo que he planeado un camino largo y alegre que recorrer con mi nuevo amor.

—De acuerdo, tengo que saberlo: ¿quién es ese pobre tipo? —Conner no pudo evitar preguntar.

—Se llama Gator, y es el comandante de mi ejército y de mi corazón —respondió Trollbella. Miró con ojos soñadores hacia la parte trasera de su bote y saludó moviendo la mano al pequeño troll que tenía puesto el casco con cuernos. Gator devolvió el saludo con incomodidad; al parecer, Trollbella no buscaba reciprocidad en una relación.

—Felicitaciones —les dijo Conner a ambos.

—¡Pero te he fallado, Mantecoso! —replicó Trollbella y cayó de rodillas —. ¡Me prometí a mí misma que nuestro amor sería eterno y he faltado a mi palabra! ¡Nunca amarás a nadie más de lo que me has amado a mí! ¡Me siento terrible por dejarte solo en este mundo cruel! ¡Por favor, dime si hay algo que pueda hacer para compensarte!

Alex le dio un golpecito con el codo a Conner y se aclaró la garganta. Esa era su oportunidad.

—No lo sé —dijo Conner, y realizó su mejor interpretación de hombre desconsolado—. Estoy atónito, completamente impactado. Siento que me han arrancado el corazón del pecho, que una estampida de lobos lo aplastó y que un ogro lo masticó. Necesitaré un tiempo para superar esto…

—Pero hay algo que podrías hacer por él que lo haría sentir mucho mejor mientras tanto —dijo Alex, intentando acelerar las cosas.

—¡Ah, sí, Mantecoso! —Trollbella se postró a los pies del muchacho—. ¡Haré lo que sea para aliviar tu corazón roto! ¡Por favor, no puedo soportar tanta culpa! ¡Solo dime lo que quieres!

—Bueno… —dijo Conner melodramáticamente—. Si realmente quieres curar mis heridas emocionales, reparar los trozos de mi corazón y coser las roturas de mi alma… me ayudaría muchísimo tener acceso a tu ejército.

—¿Quieres mi ejército? —preguntó Trollbella. Alzó la vista hacia él de manera inquisitiva. Incluso su Mantecoso podría haber sobrepasado sus límites con ese pedido.

—Sí, pero hay incluso una razón más importante por la que lo necesitamos —añadió Conner.

—Trollbella, un ejército de miles de hombres ha invadido este mundo y planea conquistarlo… —Alex intentó explicar la situación, pero ella la interrumpió.

—¡Cállate, chica hada! —ordenó la reina troll—. Esto no tiene nada que ver contigo. ¡Mantén tu varita fuera de nuestros asuntos!

Alex puso los ojos en blanco y le hizo un gesto a su hermano para que explicara el resto. Conner le contó rápidamente sobre la Grande Armée y por qué necesitaban la ayuda de los troblins para detener al ejército. Su explicación podría no haber cautivado a la reina, pero despertó el interés en el resto de las criaturas que los rodeaban.

—¡Yo iré! —dijo uno de los goblins remeros.

—¡Eso suena maravilloso! —exclamó un troll que estaba escuchando a escondidas desde uno de los fuertes cercanos.

—Yo ni siquiera estoy en el ejército, pero ¡los ayudaré a pelear! —dijo un goblin desesperado.

—¡Yo también! —exclamó otro troll.

Los mellizos estaban muy entusiasmados de ver tanta exaltación. La vida en la ciudad flotante debía haber sido muy aburrida si la idea de una guerra sonaba fascinante.

Trollbella entrecerró los ojos y se cruzó de brazos mientras reflexionaba al respecto.

—Pero aun así, un ejército a cambio de un corazón roto parece un trato poco razonable —dijo ella.

Sin perder ni un segundo, Conner sujetó su pecho y cayó en la cubierta por el dolor.

—¡Ay, mi corazón roto! ¡Duele tanto! ¡Ah, la agonía, la miserable agonía! —gritó.

—El corazón está del otro lado del pecho, Conner —le susurró Alex y él corrigió con rapidez su error.

Las lágrimas inundaron los ojos de Trollbella al ver a su Mantecoso sufriendo a causa de ella.

—¡Oh, no, Mantecoso! —dijo y se apresuró a acercarse a él—. Si mi ejército te ayudará a calmar tu dolor, entonces ¡lo tendrás!

Conner se incorporó rápido, completamente recuperado.

—Gracias al cielo —respondió—. ¡De verdad te lo agradezco mucho! Ahora, necesitamos reunir a tu ejército y contarle nuestro plan cuanto antes.

La Reina Trollbella se puso de pie para hablarles a los remeros a bordo de su bote.

—¡Llévennos con el ejército de inmediato, troblins! —ordenó—. Mi Mantecoso necesita hablar con nuestros soldados y comenzar su proceso de sanación.

Los trolls y los goblins remeros viraron por completo el bote y se dirigieron hacia el ejército flotante. Alex le hizo una seña a Lester para que siguiera el bote, y ayudó a Conner a ponerse de pie.

—Bien hecho —le susurró ella a su hermano en el oído.

—Gracias —dijo Conner, pero su rostro se convirtió en un mohín.

—¿Qué sucede? —preguntó Alex—. ¡Reclutamos al ejército troblin y fue más sencillo de lo que esperábamos!

—Lo sé —dijo Conner con tristeza—. Es solo que no puedo creer que Trollbella eligiera a ese troll en vez de a mí.



Capítulo veintiuno

Del humo y las cenizas

El camino secreto serpenteaba a través del campo.

Cruzaba ríos sin puentes y escalaba montañas en las que nunca se habían construido caminos, mientras los carruajes atravesaban los reinos. Jack y Ricitos de Oro estaban muy atentos a su entorno y hasta el momento no se habían enfrentado a ningún problema durante su viaje encubierto. Sin embargo, por mucha tranquilidad que hubiera en el terreno que rodeaba los carruajes, el interior del tercero era otra historia.

Roja había logrado morderse la lengua desde su partida del Reino de las Hadas. Ella y la Reina pequeña Bo no habían dicho ni una palabra durante todo el viaje, y los demás habían permanecido igual de callados, temerosos de que cualquier conversación pudiera generar una discusión sanguinaria entre las dos. En cambio, como si estuvieran observando un partido de tenis, Rani, Bree y Emmerich observaban a Roja y a la pequeña Bo intercambiar miradas maliciosas.

Finalmente, el silencio se tornó demasiado para Roja, e intentó hablar con la pequeña Bo con la mayor diplomacia posible.

—Dime, pequeña Bo —dijo Roja—, ¿has disfrutado ser la reina de mi reino, disculpa, de tu reino?

—Sí —fue todo lo que respondió la pequeña Bo. Observó a Roja estoicamente y no apartó la mirada, como si Caperucita estuviera jugando un juego infantil del que ella no quería participar. Los otros en el carruaje intercambiaron miradas incómodas. Era inevitable que esa conversación terminara en un desastre.

—Me alegro —mintió Roja, apretando la mandíbula—. ¿Has cumplido con todas las promesas que le hiciste al pueblo durante la elección?

—Casi —dijo la pequeña Bo; su expresión estoica aún no se desvanecía.

—Maravilloso —chilló Roja—. Y, ¿cómo está la Casa de los Representantes?

—Los reemplacé a todos con representantes reales de la aldea —le informó la mujer.

Roja no pudo evitar que una risita aguda escapara de su boca. Los demás se relajaron un poco al verla tan entretenida; quizás había una posibilidad de que pudieran ser civilizadas la una con la otra.

—Bueno, se lo merecían —dijo ella—. Y, ¿qué hay del castillo? ¿Ya te has acostumbrado a él? Estoy segura de que llevó algo de tiempo habituarse, en comparación con la casa de granja en la que vivías antes.

—De hecho, aún vivo en mi granja —respondió la Reina pequeña Bo.

De pronto, Roja se atragantó como si hubiera tragado un insecto.

—¿De verdad? —preguntó, haciendo su mayor esfuerzo por mantener la calma—. Entonces, ¿por qué me pediste que me mudara?

—Porque lo convertí en un orfanato —respondió la pequeña Bo con una sonrisa maliciosa.

Roja permaneció sentada increíblemente quieta mientras su cerebro procesaba la información. Entonces, como si su instinto animal se hubiera apoderado de su cuerpo, se lanzó hacia la pequeña Bo con los puños alzados.

—¡La mataré! —gritó Roja.

Rani había estado preparándose para ese momento y de inmediato sujetó a Caperucita antes de que hubiera algún daño. Fue necesaria la ayuda de Bree y de Emmerich para mantenerla en su asiento.

—¡Eres una tonta pastora de ovejas asquerosa! ¡Lo hiciste a propósito! ¡Sabías que lo que más me lastimaría sería cederle mi castillo a un grupo de mocosos!

—Roja, ¿cómo puedes decir eso de los huérfanos? —la reprendió Bree.

—Ah, ¡no permitas que el mundo te engañe! ¡He conocido a todos esos delincuentes en persona y cada uno es más desagradable que el otro! La mayoría de sus padres están vivos y bien; es solo que esos niños son demasiado terribles para que los críen solos —dijo Roja.

La pequeña Bo no negó el razonamiento detrás de sus acciones. Solo permaneció sentada frente a Roja y sonrió con malicia. Después de un tiempo, se calmó lo suficiente y los demás la soltaron. Emmerich decidió cambiar el tema de conversación antes de que alguien saliera herido.

—¿Qué es tu collar? —le preguntó el chico a la pequeña Bo.

Nunca nadie le había hecho un comentario al respecto y a la pastorcita le sorprendió que él lo hubiera notado. Una cadena tan delgada que por poco era invisible descansaba alrededor de su cuello y estaba guardada con cuidado dentro de la parte superior de su vestido. Ella extrajo el collar y le mostró una pequeña roca en forma de corazón que colgaba de la cadena.

—Es un corazón de piedra —dijo la pequeña Bo.

—¿Por qué lo llevas puesto? —preguntó Emmerich.

La pastorcita no sabía cómo responder, dado que nunca antes alguien le había hecho esa pregunta.

—Perdí a alguien que una vez quise mucho —dijo ella—. Llevo puesto este collar para recordarlos. De un modo extraño, me ayuda a no extrañarlos demasiado.

—¿Murieron o solo se escaparon de tu lado? —recalcó Roja con un bufido.

La pequeña Bo no respondió. Jugueteó con el collar en la mano y solo le sonrió a la exreina. Su mera presencia exasperaba a Roja mucho más que cualquier cosa que pudiera decir

Las cosas no estaban igual de animadas en el primer carruaje, pero los pasajeros estaban comenzando a inquietarse. La Princesa Esperanza se encontraba muy nerviosa por haber estado encerrada durante tanto tiempo y comenzó a llorar. Cenicienta tomó en brazos a su hija con dulzura y la acunó hasta que se quedó dormida. La Bella Durmiente, sentada frente a ella, admiraba sus habilidades maternales.

—Eres tan buena con ella —dijo la Bella Durmiente—. Me hace extrañar muchísimo a mi madre.

—A mí también —respondió Cenicienta—. Tantas veces deseo que mi madre aún estuviera viva para poder preguntarle si estoy haciendo lo correcto.

—Si existe una madre mejor que tú en el mundo, jamás la he visto —le dijo el Rey Chance a su esposa—. Y eso incluye a nuestra propia madre.

El Rey Chase rio ante las palabras de su hermano.

—Sí, nuestra madre tenía el corazón de una buena persona, pero a veces era bastante fría.

La Bella Durmiente sonrió y después miró por la ventana con tristeza. Conversar sobre madres se había convertido recientemente en un tema muy delicado para ella.

—¿Creen que si todo el caos termina…? —dijo Cenicienta, pero corrigió su elección de palabras con rapidez—. Cuando todo este caos termine, ¿querrán comenzar una familia?

Chase colocó una mano consoladora sobre la de la Bella Durmiente y ella luchó contra las lágrimas que se formaban en sus ojos. Había algo que aún no habían compartido con ellos.

—Lo siento mucho, no era mi intención… —repuso la Reina Cenicienta, pero no sabía por qué estaba disculpándose.

—No, está bien —respondió la Bella Durmiente—. Por desgracia, debido a los efectos de la maldición del sueño, muchas mujeres de nuestro reino, incluida yo, hemos quedado incapaces de concebir hijos.

Cenicienta y Chance estaban devastados ante la noticia.

—Oh, mi querida amiga, lo siento tanto —dijo Cenicienta, pero no había nada que pudiera decir para consolarla.

La Bella Durmiente miró de nuevo por la ventana antes de que sus rostros compasivos despertaran más dolor y frustración en ella.

El carruaje se tornó muy silencioso. El sendero secreto giraba a través de la frontera entre los reinos del Norte y del Este, y la Reina Bella Durmiente reconoció el paisaje que los rodeaba.

—Estamos en casa —le anunció a su esposo—. Reconocería estas colinas a kilómetros de distancia…

Su voz se desvaneció y abrió la boca de par en par. De pronto, apareció algo a la vista que hizo que unos escalofríos le recorrieran la columna. Antes de que pudiera decirles a los demás lo que estaba viendo, abrió la ventana y asomó la cabeza a través de ella.

—¡Detengan los carruajes! —gritó la Bella Durmiente a Jack y Ricitos de Oro.

Ellos jalaron de las riendas y los carruajes comenzaron a reducir la velocidad, pero la Bella Durmiente ya había saltado antes de que los carros se detuvieran por completo. Corrió directamente hacia lo que había visto, lo más rápido posible.

—¡Espera! ¿Qué sucede? —gritó Jack.

—¿Adónde vas? —preguntó Ricitos de Oro. Pero la reina no le respondió a ninguno de los dos.

Los otros viajeros del grupo descendieron de sus vehículos para comprobar a qué se debía tanto alboroto. Una vez que los monarcas vieron a la Bella Durmiente corriendo en la distancia, corrieron tras ella, pero no llegaron muy lejos. La Bella Durmiente se detuvo al límite de una aldea que nadie más había visto y la observó, horrorizada.

La alea había sido atacada agresivamente. La mayoría se había incinerado, pero el humo todavía inundaba el aire debido a sectores de la aldea que aún

estaban en llamas. No se oía ni se veía a un alma. El daño era tan grave que todos los reyes y reinas sabían que debía haber sido causado por la Grande Armée. Solo sus armas podían haber dejado una marca tan horrible en una aldea inocente.

—No lo entiendo —dijo la Bella Durmiente—. ¿Por qué parece que mi reino es el que más sufre en tiempos de crisis?

Blancanieves dio un paso adelante y colocó una mano sobre el hombro de la Bella Durmiente.

—Puede que el Reino del Este sea el primero en ver el ocaso, pero también es el primero en ver el amanecer —dijo ella.

Sus palabras de aliento no fueron escuchadas, porque la Bella Durmiente se distrajo con un ruido que provenía de entre las llamas. Era un sonido tan débil que no podía distinguir si realmente estaba escuchándolo o si su mente la engañaba.

—¿Oíste eso? —preguntó la Bella Durmiente.

—¿Qué cosa? —respondió Blancanieves.

—Suena como un llanto —dijo ella.

Los demás no escucharon nada. El sonido apareció de nuevo y esta vez la Bella Durmiente salió disparada hacia la aldea.

—¡Bella, regresa! —gritó Chase detrás de su esposa.

—¡Es demasiado peligroso! —dijo Cenicienta.

—No se preocupen, nosotros iremos tras ella —dijo Ricitos de Oro, y ella y Jack corrieron en busca de la reina.

La Bella Durmiente permitió que el sonido la guiara; cuanto más se acercaba, más fuerte lo escuchaba. Empujó la puerta de un hogar incinerado en ruinas y entró. Tuvo que cubrirse la boca debido al humo que llenaba el aire. El llanto era tan fuerte que supo que debía ser real.

Jack y Ricitos de Oro encontraron a la reina y también escucharon el sonido, claro como el agua.

—¿Qué es eso? —preguntó Ricitos.

—Suena como un bebé —dijo Jack.

—¡Por aquí! —exclamó la Bella Durmiente.

Había un pequeño baúl enterrado bajo una pila de escombros que había caído desde el techo. Jack y Ricitos de Oro ayudaron a la Bella Durmiente a quitar los restos de encima del baúl y lo abrieron. Habían escondido a una niña dentro del cofre, y definitivamente era la única sobreviviente del ataque de la Grande Armée.

—No puedo creerlo —dijo, asombrada, Ricitos de Oro.

—¿Cómo escuchaste su llanto? —preguntó Jack.

La Bella Durmiente tampoco podía explicarlo.

—Supongo que estaba destinada a escucharla —respondió. La alzó en brazos y la niña dejó de llorar.

Ricitos de Oro observaba el techo sobre sus cabezas.

—Debemos salir rápido de aquí.

Los tres abandonaron la casa corriendo junto a su nuevo descubrimiento justo cuando el techo se derrumbó. La Bella Durmiente había salvado la vida del bebé segundos antes de que la hubiera perdido. Regresaron con el grupo de viaje, que todavía estaba esperándolos al límite de la aldea. Todos estaban igual de atónitos al ver a la niña sobreviviente.

—¿De quién es ese bebé? —preguntó Bree.

—Hasta donde sabemos, es una huérfana —dijo la Bella Durmiente.

—Bueno, yo conozco un gran castillo al que pueden enviarla si necesitan un orfanato —respondió Roja y miró con desprecio a la pequeña Bo.

La Bella Durmiente le sonreía a la bebé que acunaba, con una calidez en los ojos que los demás nunca habían visto.

—Yo también conozco uno —dijo la reina—. Vendrá a vivir con nosotros.

Chase se acercó a su esposa para hacerla entrar en razón, pero una vez que vio el rostro de la niña, sintió lo mismo que su esposa. La bebé había estado esperando que ellos la salvaran.

—¿Qué hay del linaje real? —Chandler hizo la pregunta que el resto del grupo tenía en mente.

—Si alguno de ustedes está preocupado por la sangre, los invito a echar un vistazo por la aldea y ver toda la sangre que se ha derramado de mi pueblo —dijo la Bella Durmiente—. Esta niña es una sobreviviente y es de este reino, y por lo tanto es una heredera digna de nuestro trono.

A pesar de que Cenicienta y Chance eran los únicos monarcas que sabían que la Bella Durmiente no podía concebir un hijo propio, nadie se opuso. La niña era un faro de esperanza en un momento muy oscuro: si ella había podido sobrevivir a la ira de la Grande Armée, ellos también podrían.

—¿Cómo la llamarás? —preguntó Cenicienta.

La Bella Durmiente intercambió una sonrisa con todos los monarcas que la rodeaban y lágrimas de felicidad llenaron sus ojos. Todos aceptaron a la niña de esa adopción espontánea como un hijo propio.

—Dado que la encontramos entre las cenizas y el humo de su aldea, creo que la llamaré Huma —dijo ella.

—La Princesa Huma del Reino del Este; suena bien —respondió Rani.

—Es hermosa —comentó Rapunzel.

Roja observó la aldea saqueada y una gran cantidad de culpa llenó el fondo de su estómago. La ira y el dolor por perder su trono parecían muy pequeños en comparación con lo que el mundo enfrentaba. Ese ataque podría haber ocurrido en su reino, y aquella idea la enfadó más que nada en su vida. Roja marchó hacia Ricitos de Oro. Los demás esperaban que comenzara una discusión, pero sorprendió a todos con un pedido.

—Enséñanos a luchar —dijo Roja.

—¿Disculpa? —preguntó Ricitos de Oro.

—Quiero aprender yo misma a pelear contra este ejército —les explicó Roja a los demás—. Ese ataque podría haber ocurrido en cualquier aldea de nuestros reinos; no fue un ataque contra el Reino del Este: fue un ataque contra todos. Me niego a permanecer sentada y observar cómo esa Grande Armée destruye todo lo que tanto amamos. Si muero, no quiero morir en un carruaje cómodo o en el salón de un trono: quiero morir luchando junto a nuestro pueblo.

Los monarcas intercambiaron miradas mientras las palabras de Roja los conmovían. Estaban sorprendidos, impresionados y, lo que era más importante, inspirados por lo que Roja había dicho. Todos dieron un paso hacia Ricitos de Oro para unirse al pedido.

—Tengo una fuerza bastante decente en la parte superior del cuerpo por haber limpiado la casa de mi madrastra todos los días —alardeó Cenicienta.

—Y nos vendría bien descansar un poco del encierro en los carruajes —añadió Blancanieves encogiéndose de hombros.

Ricitos de Oro se sorprendió ante el interés de los monarcas y desenvainó su espada.

—De acuerdo —dijo ella—. Sus Majestades, por favor, encuentren un palo largo para cada uno. Lo primero que les enseñaré es cómo usar una espada.



Mamá Gansa estaba de pie en el gran balcón del Palacio de las Hadas contemplando las estrellas en el cielo nocturno. Rogaba en silencio que donde fuera que estuvieran los mellizos y Lester, tuvieran éxito en sus esfuerzos de reclutar a los ejércitos. Pero, sobre todo, rogaba que estuvieran a salvo.

Emerelda ingresó al balcón apresuradamente.

—Mamá Gansa —dijo sin aliento—. Es el Hada Madrina; despertó.

El ánimo de Mamá Gansa mejoró tanto que por poco flotaba en el aire.

—¿Permanentemente? —preguntó.

—Por lo que veo, diría que es un despertar momentáneo —dijo Emerelda —. Parece extremadamente cansada y está preguntando por ti.

Sin desperdiciar ni un segundo, Emerelda y Mamá Gansa corrieron a la habitación del Hada Madrina.

Mamá Gansa se arrodilló junto a la cama y tomó su mano. Tenía los ojos abiertos pero muy cansados, como si recién hubiera despertado de un sueño profundo y estuviera a punto de sumirse en otro.

—Hola, amiga querida —le dijo en voz baja Mamá Gansa.

—Emerelda, ¿podrías por favor dejarnos solas? —preguntó débilmente el Hada Madrina.

Emerelda asintió y abandonó la recámara.

—Mamá Gansa, necesito pedirte algo antes de irme —dijo el Hada Madrina.

—¿Irte? Pero, ¿adónde irás? —rio Mamá Gansa—. ¿A las montañas Poconos? ¿Martha's Vineyard? ¿Palm Springs?

—Sabes adónde iré —dijo ella.

—Lo sé —respondió con tristeza Mamá Gansa—. Pero esperaba que todavía hubiera una oportunidad para que te quedaras. ¿Qué necesitas pedirme?

Los ojos del Hada Madrina se volvían más pesados cuanto más intentaba hablar.

—A lo largo de los años, he guardado muchos secretos por ti. Solo te he pedido que guardes uno mío, y te pido que continúes guardándolo incluso después de mi partida.

Mamá Gansa sabía a qué se refería su amiga sin tener que preguntar nada.

—Supongo que estás hablando del otro heredero —dijo ella.

—Sí —confirmó el Hada Madrina con un suspiro profundo—. Si Alex no se hubiera probado a sí misma que es la verdadera heredera de la magia, yo no estaría en esta cama. Su compasión es su mayor fortaleza, pero a la vez su mayor debilidad. Si alguna vez se enterara de que había otro… Si alguna vez descubre quiénes son… la engañarán del mismo modo que a mí, y eso la destruiría.

—Entiendo —respondió Mamá Gansa—. Tienes mi palabra: guardaré tu secreto, y Alex nunca lo sabrá.

El Hada Madrina le sonrió a su más vieja amiga.

—Gracias —dijo, aliviada. Sus párpados se tornaron demasiado pesados para permanecer abiertos y volvió a sumirse en un sueño muy profundo. Dormía aún más tranquila que antes, ahora que había lidiado con ese asunto.

Mamá Gansa suspiró y apretó la mano del Hada Madrina. Guardar aquel secreto sería el desafío más difícil que debería enfrentar.



Capítulo veintidós

Hasta el centro de la tierra

En medio de la noche, tres aldeas del sur del Reino del Este estuvieron bajo ataque. Los soldados de la Grande Armée invadieron los pueblos y les robaron a los aldeanos todas sus provisiones. Los encerraron y los llevaron al campamento de los soldados.

Solo una aldea tuvo el valor de enfrentarse al Ejército y la destruyeron en el proceso. Hasta donde los soldados sabían, ni un alma había sobrevivido al despiadado ataque.

Cuando los aldeanos prisioneros llegaron al campamento, los alinearon y le entregaron una pala a cada uno. Solo les ordenaron cavar.

—¿Hasta dónde cavan? —le preguntó el general Marquis al Hombre Enmascarado. Observaban a los aldeanos trabajar desde la cómoda tienda del general.

—Hasta que lleguen al magma —explicó el Hombre Enmascarado. Acunaba el huevo de dragón en las manos y nunca lo perdía de vista—. No deberían tardar mucho en llegar a él. Durante la Era de los Dragones, el Reino del Este estaba consumido por los volcanes. Los dragones ponían sus huevos en el magma porque sus crías crecían muy rápido en el calor.

—¿Y qué sucede después de que se coloca el huevo en el magma? —preguntó el general mirándolo de reojo.

—Te lo haré saber —dijo el Hombre Enmascarado, y sujetó el huevo más fuerte. Estaba siendo muy reservado dado que sabía que su conocimiento sobre los dragones era lo único que lo mantenía con vida.

—Eres más inteligente de lo que pareces —comentó el general.

—General Marquis —llamó el coronel Baton desde el fondo de la tienda —. Hemos terminado nuestro plan de ataque para mañana.

El coronel y el capitán De Lange estaban de pie cernidos sobre el escritorio del general. Un gran mapa del mundo de los cuentos de hadas estaba desplegado sobre él con muchas banderas y estatuillas ubicadas en montones estratégicos a través de los reinos.

—¿El plan sigue lo que hablamos? —le preguntó el general.

—Sí, señor —respondió el coronel—. Mañana al amanecer atacaremos los reinos y tomaremos las capitales. El capitán De Lange y sus hombres han espiado con éxito a los ejércitos de los reinos y nos complace informarle que nuestro ejército de soldados y reclutas tiene más del doble de tamaño que el de los ejércitos de ellos juntos.

—Continúa —ordenó el general.

—Enviaremos a los ogros y mil soldados al Imperio de los Duendes para derrotar a su ejército: no obtuvimos el número exacto de duendes en sus fuerzas, pero estimamos que solo son alrededor de mil. Enviaremos a las brujas y a trescientos soldados al Reino del Rincón para derrotar a su pequeño ejército de doscientos hombres. Los goblins y mil soldados irán al Reino de la Capa Roja para encargarse de su ejército de cuatrocientos hombres. Los trolls y quinientos soldados irán al Reino Encantador para derrotar su ejército de quinientos hombres. El resto de los criminales reclutados y ochocientos soldados irán al Reino del Este para vencer a su ejército de setecientos hombres. El Territorio de los Trolls y los Goblins no vale nada para nosotros; no tienen autoridad en este mundo así que no desperdiciaremos hombres en él.

—Superamos en número a todos sus ejércitos, señor —dijo el Capitán De Lange—. Le quedarán dos mil soldados para que lidere el ataque al Reino de las Hadas y tome el Palacio de las Hadas.

—¡Y un dragón! —les recordó el Hombre Enmascarado—. Tendrá dos mil soldados y un dragón.

—¿En cuánto tiempo estará listo el dragón? —preguntó Baton.

—Criar dragones depende de la sincronización —dijo el Hombre Enmascarado—. Dependiendo de la temperatura del magma y de cuánto lo alimentemos, podría crecer hasta alcanzar su mayor tamaño en un par de días, siempre y cuando me mantengan cerca para criarlo adecuadamente, por supuesto.

El general miró con cuidado el mapa desplegado sobre su escritorio.

Los demás comandantes a cargo ya estaban prácticamente declarando la victoria en base a la información que tenían, pero el general no estaba satisfecho. Había algo en su estrategia que no lo convencía por completo.

—¿Están seguros de que no han contado mal sus tropas? —preguntó el general—. Cuando los hermanos Grimm nos describieron cada reino, sus ejércitos parecían mucho más grandes.

—Mis hombres regresaron ayer, al poco tiempo de que usted volvió del norte, señor —le aseguró el capitán De Lange—. Han visto a los ejércitos de sus reinos preparándose para la guerra en las capitales y han contado a todos.

Al general aún no le convencía la idea. Tenía la corazonada de que necesitarían atacar el Palacio de las Hadas con más que soldados y un dragón si querían tener éxito.

—Muy bien —dijo el general—, pero quiero más ventaja que unos soldados y un dragón antes de atacar a las hadas. Quiero que traigan a cada monarca con vida una vez que se apoderen de sus reinos; ¿está claro?

—Sí, señor —respondió el coronel Baton—. El último que atacaremos será el Reino de las Hadas, una vez que hayamos tomado con éxito a todos los gobernantes de los otros reinos.

—Capitán De Lange, asegúrese de que los aldeanos estén cavando lo más rápido posible —ordenó el general—. Quiero colocar el huevo en el magma antes del amanecer de mañana.

El capitán De Lange hizo un saludo y se dirigió a la excavación. El general Marquis frotó su calva, preocupado por que hubiera información que se les estuviera escapando a sus hombres. El teniente Rembert ingresó a toda prisa con los ojos abiertos de par en par y noticias emocionantes para compartir con el general.

—General Marquis, se ha hecho un descubrimiento en una de las aldeas cercanas. Creí que le gustaría verlo, señor.

—¿De qué se trata, teniente? —preguntó el general como si fuera imposible que algo lo entusiasmara.

—Hemos descubierto un espejo mágico, señor —respondió el teniente.

Esa novedad despertó el interés del general. Sabía que los espejos mágicos guardaban conocimiento intuitivo acerca del mundo. Quizás el espejo podría aliviar sus dudas sobre la batalla venidera.

—Tráigalo ordenó el general. El teniente salió de la tienda y regresó un momento después dándoles órdenes a dos soldados mientras ellos arrastraban algo cuadrado cubierto y pesado. Lo apoyaron en una esquina de la tienda y quitaron la manta protectora en la que estaba envuelto. El espejo tenía un marco grueso de oro con flores talladas y el vidrio más puro que cualquiera de ellos hubiera visto.

El general se acercó a él como si estuviera aproximándose a una serpiente venenosa. El Hombre Enmascarado sabía muy bien de qué clase de espejo se trataba, pero no le advirtió nada al general; estaba mucho más interesado en averiguar qué vería Marquis.

El general permaneció de pie frente al espejo por un largo momento pero nada sucedió. Movió la mano frente a él y nada cambió en el reflejo.

—Idiota, te han engañado —le gritó a Rembert—. Este espejo no tiene nada de mágico.

En cuanto el general volteó, el resto de los hombres en la tienda dieron un grito ahogado. El reflejo del general había cambiado. En lugar de un adulto vestido en uniforme decorado con medallas de honor, un niño débil apareció. El niño era terriblemente delgado, estaba muy sucio y temblaba; era un campesino famélico y asustado. Su ropa estaba llena de agujeros y rasgaduras y su ojo izquierdo estaba hinchado y cerrado debido a una intensa golpiza.

El general había pasado toda su vida intentando olvidar a ese niño, pero supo quién era en el instante que lo vio.

—Teniente —dijo el general Marquis en un tono suave, pero amenazador —. Quiero que saquen este espejo de mi tienda de inmediato y que lo destruyan; y si me molesta otra vez con basura como esta, usted será el siguiente.

Rembert y los otros soldados quitaron el espejo de la vista del general rápidamente. Aunque él ni siquiera había alzado la voz, ninguno de los hombres había visto al general tan afectado por algo antes. Marquis continuó mirando fijamente la esquina, a pesar de que ya se habían llevado el espejo.

—Coronel Baton —dijo el general con brusquedad—. No quiero esperar hasta el amanecer; envíe a los ejércitos a los reinos en cuanto estén organizados.

—Sí, general —respondió el coronel Baton. Salió de la tienda y el Hombre Enmascarado y Marquis se quedaron solos.

—¿Qué clase de espejo mágico era ese? —preguntó el general.

—Era un Espejo de la Verdad —respondió el hombre—. Refleja al verdadero ser de alguien en lugar de lo que aparentan ser.

Marquis se quedó muy callado y quieto.

—Asumo que debe haber sido muy pobre en su infancia —dijo el Hombre Enmascarado—. Supongo que eso explica de dónde proviene su motivación… Una vida de tener que probarse a sí mismo que…

El general viró la cabeza hacia él.

—No te atrevas a analizarme —ladró—. Crees que me conoces, pero no sabes nada acerca de mí. No tienes idea de dónde vengo, a qué vine, o de lo que tuve que hacer para convertirme en quien soy hoy. Ese niño en el espejo es un reflejo del pasado y nada más. Él nunca tendrá que probarle nada a nadie de nuevo.

El Hombre Enmascarado sabía que sería mejor no jugar con fuego.

—Tiene razón, no lo conozco —dijo—. Así que por favor, permítame preguntarle esto, es una pregunta que he tenido desde que nos conocimos: ¿por qué quiere conquistar el mundo? Apoderarse de una dimensión diferente debe parecer un poco extremista incluso de donde viene.

El general caminó hasta su escritorio y tomó un grueso libro que guardaba en la gaveta superior. Hojeó el libro y el Hombre Enmascarado pudo ver que las páginas estaban llenas de mapas y retratos; era un libro de historia.

—De donde vengo, cada era se define por la grandeza de un hombre —respondió Marquis—. Alejandro, el Grande; Julio César; Guillermo, el Conquistador; Genghis Khan… Ellos fueron los conquistadores más grandes de sus tiempos. Pronto, un hombre llamado Napoleón Bonaparte se unirá a esa lista… a menos que otro hombre conquiste algo que esté más allá de los sueños más descabellados de Napoleón.

—Ah, ya veo —dijo el Hombre Enmascarado—. Está tratando de superarlo. Pero seguramente ambos serán recordados como grandes contribuidores del Imperio Francés, ¿cierto?

El general Marquis cerró el libro de un golpe y lo guardó en el escritorio.

—Tal vez —dijo el general—. Pero solo hay lugar para un hombre en los libros de historia.



Capítulo veintitrés

El imperio de los duendes

—La mitad de los ejércitos de la Asamblea del Felices por Siempre están ocultos mientras que la otra mitad están custodiando sus reinos —le explicó Alex al ejército Troblin—. Una vez que hayamos reclutado al ejército de los duendes, todas las tropas ocultas, al igual que las que custodian los reinos, se unirán y atacarán juntas a la Grande Armée. Esperarán mi señal y después se unirán a nosotros en el Reino de las Hadas. ¿Alguna pregunta?

El ejército Troblin consistía en un poco más de ochocientos trolls y goblins en mal estado físico, muchos de los cuales se habían unido recientemente solo debido al aburrimiento. Estaban sentados frente a Alex en un anfiteatro de madera que parecía una dona flotando en el gran Lago Troblin.

Solo un troll alzó la mano con una pregunta relacionada a la explicación de Alex.

—Sí, tú, el del hueso en la nariz —indicó Conner—. ¿Cuál es tu pregunta?

—Si nos unimos a los ejércitos de la Asamblea del Felices por Siempre, ¿qué obtenemos a cambio? —indagó el troll.

Los soldados troblins comenzaron a intercambiar susurros. Alex no había mencionado que recibirían algo a cambio de su ayuda.

—¿Qué quieren? —preguntó Conner—. Podríamos conseguirles unas ovejas o suelo firme, ¿quizás?

—¡Queremos recuperar nuestra libertad! —gritó un goblin en la fila trasera.

—¡Sí! ¡Queremos el derecho a salir de nuestro reino! —gruñó un troll al frente. Todo el ejército Troblin estaba de acuerdo.

—¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad! —cantaron a coro.

—¡Silencio, troblins! —ordenó la reina Trollbella. El anfiteatro se calmó —. ¡Me insulta que quieran abandonar el mundo acuático que he construido para ustedes! ¡En especial porque recientemente hemos logrado dominar las náuseas en los barcos!

Un goblin que estaba en el centro del anfiteatro se inclinó hacia delante y vomitó encima del troll que estaba sentado frente a él.

—Bueno, ahora que la mayoría hemos logrado dominar las náuseas en los barcos —se corrigió Trollbella.

Conner puso los ojos en blanco ante el pedido de libertad.

—¡Los pusieron aquí porque no dejaban de esclavizar personas! ¡Ustedes nos esclavizaron a mi hermana y a mí no una, sino dos veces! ¿De verdad esperan que les otorguemos su libertad?

Trollbella se cruzó de brazos.

—Nunca comprenderé por qué los humanos se toman la esclavitud de un modo tan personal —replicó ella—. ¿Y si mis troblins prometen no esclavizar nunca más a nadie? ¿Lo reconsiderarías en ese caso, Mantecoso?

Conner miró a Alex. En realidad, no tenían elección: necesitaban a los troblins.

—Supongo —dijo Conner.

La Reina Trollbella aplaudió con alegría.

—Haremos el sagrado juramento del meñique Troblin —ordenó ella—. Todos alcen su mano derecha, si es que la tienen, y apunten su meñique al cielo. Repitan después de mí: Yo, la Reina Trollbella…

—Yo, la Reina Trollbella —repitió el ejército.

—No, troblins, se supone que deben decir su propio nombre —indicó, y ellos se corrigieron con rapidez—. Prometo nunca secuestrar, encarcelar, esclavizar ni tomar por prestado a la fuerza a un humano sin su permiso mientras yo viva.

Los troblins repitieron todo de mala gana, palabra por palabra.

—Maravilloso —dijo Trollbella—. Buen trabajo, troblins, pueden bajar los meñiques. ¿Es eso suficiente para ustedes, Mantecoso y chica hada?

Los mellizos suspiraron.

—Tendrá que serlo —asintió Alex.

Un goblin al frente alzó la mano.

—Sí, tú, al que le falta una oreja —indicó Conner.

—¿Cuál será la señal? —preguntó el goblin.

Todos miraron a Alex y esperaron la respuesta, incluso Conner.

—Eh… mmm… aún no estoy segura —dijo Alex—. Pero no se preocupen; la reconocerán cuando la vean.

Trollbella la miró con una ceja en alto.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un poco demasiado confiada?

Cuando el ejército troblin estuvo al día con la estrategia de Alex, el sol se había puesto. Trollbella insistió en que se quedaran a pasar la noche, y a Alex y Conner les dieron un sector privado donde dormir en el fuerte flotante de la reina, que consistía en el suelo de madera y una manta. A Alex le preocupaba que si hacía aparecer unas camas con su varita, el fuerte se inclinara por el peso.

Sin contar el agua que los acunaba y a Trollbella que los espiaba cada diez minutos, a los mellizos les resultó difícil dormir debido a todas sus preocupaciones.

—Conner, ¿estás despierto? —le susurró Alex a su hermano.

—¿De veras tienes que preguntármelo? —dijo él—. ¿Qué sucede?

—Estaba pensando en el Imperio de los Duendes —respondió ella—. Si los trolls querían algo a cambio de su ayuda, me temo que los duendes también podrían pedir un precio a pagar.

—Probablemente solo quieran unos pares de zapatos —dijo Conner—. ¿Los duendes no están obsesionados con el calzado?

—Cielos, espero que sea así de fácil. Tendré que pensar en algo que la emperatriz quiera con tanta desesperación como para estar dispuesta a renunciar a su ejército.

—Qué bueno que eres la próxima Hada Madrina —comentó Conner—. Te da mucho con lo que trabajar.

A la mañana siguiente, los mellizos despertaron con la espalda muy adolorida por haber dormido sobre el suelo de madera. Se despidieron de Trollbella y subieron a bordo de Lester. El ganso desplegó las alas, despegó desde el agua y se alzó en el cielo.

Volaron al noroeste a través de las nubes, hacia el Imperio de los Duendes. Las alturas les recordaron su viaje en el Abuelita. El mundo parecía tan pacífico y seguro desde las nubes. Esperaban que después de reunirse con los duendes estuvieran un paso más cerca de lograr que el mundo debajo del cielo fuera igual de pacífico. Después de unas horas de vuelo, llegaron al reino más al noroeste.

—¡Mira, Conner! —exclamó Alex—. ¡Allí está! ¡Ese es el Imperio de los Duendes!

—Guau —dijo Conner—. Los duendes en verdad viven en los árboles.

El reino entero estaba dentro de un enorme árbol del tamaño de una montaña. A medida que los mellizos volaban más cerca, vieron cientos de hogares construidos a lo largo de las ramas. Algunas estaban construidas como casitas del árbol, otras se balanceaban desde las ramas como casas para pájaros y algunas incluso estaban construidas dentro del árbol, como los nidos de las ardillas.

Las hojas eran del tamaño del cuerpo de los mellizos. Era como si se hubieran encogido y hubiesen ingresado a un mundo en miniatura. Lester aterrizó cuidadosamente sobre una rama fuerte y los chicos desmontaron. Caminaron sobre la rama, que era como una calle, hacia todas las casas distintas y hacia el centro del árbol, donde supusieron que debía vivir la emperatriz.

—En verdad espero que este árbol gigante no venga con ningún insecto o pájaro del mismo tamaño —dijo Conner y tembló ante la idea.

—¡Squaaaa! —graznó Lester, ofendido por el comentario.

—No me refiero a ti, Lester; estoy hablando de cuervos o arañas gigantes —replicó Conner—. No quiero convertirme en el almuerzo de nadie.

De pronto, Lester parecía aterrorizado del árbol. Balanceándose, se acercó mucho más a los mellizos para protegerlos.

—No creo que debamos preocuparnos por eso —dijo Alex—, mira alrededor: no hay nada aquí.

Los mellizos observaron las ramas que estaban abajo, arriba y frente a ellos, pero no encontraron a nadie ni nada. Cada casa del árbol estaba vacía.

—Deben haberse enterado de la Grande Armée y se marcharon —propuso Conner.

Derrotada, Alex tomó asiento en una de las ramas más pequeñas.

—Pero, ¿adónde? —preguntó—. ¿Cómo se supone que los encontraremos?

Conner miró alrededor del árbol mientras pensaba al respecto.

—Bueno, un imperio entero no puede simplemente desplazarse e irse lejos sin que alguien lo note… —se paralizó. Antes de que pudiera terminar la idea, otra lo había interrumpido.

—¿Qué sucede? —preguntó Alex.

—¿Recuerdas el año pasado, cuando me encontraste en la biblioteca de la escuela leyendo cuentos de hadas? —dijo Conner.

—Quizás, ¿por qué?

—Dijiste que leer cuentos de hadas era regresar a nuestras raíces. Después me contaste que algunas especies de aves e insectos se ocultan en las raíces de

sus árboles cuando su hogar está bajo amenaza. ¿Y si los duendes son una de esas especies?

Alex se puso de pie y comenzó a dar saltos.

—Conner, ¡eres un genio! ¡Apuesto a que los duendes nunca se marcharon! ¡Apuesto a que si volamos a la base del árbol, los encontraremos ocultándose!

Conner comenzó a saltar con su hermana; nunca dejaba pasar una oportunidad de celebrar su propia inteligencia.

—Me alegra tanto haber recordado ese momento —dijo, feliz—. Porque debo decirte que la mayoría de las cosas que me dices entran por un oído y salen por el… ¡AAAAH!

¡CRAC! Los mellizos habían estado saltando sobre la parte débil de la rama y cayeron directamente a través de ella. Para su asombro, la rama era hueca y aterrizaron sobre un largo tobogán de madera que viajaba a través de ella y descendía en bucle por el tronco del árbol gigante. Los mellizos gritaron e intentaron sujetarse de lo que podían, pero el tobogán era demasiado resbaladizo, por lo que se deslizaron más y más profundo hacia la base del árbol.

Finalmente, el tobogán terminó y Alex y Conner cayeron al suelo, uno encima del otro. El tronco gigante estaba hueco y descubrieron que se encontraban en una recámara secreta en la base del árbol. Los mellizos alzaron la vista y notaron que el tobogán era uno de muchos que trepaban en espiral por las distintas ramas. Habían caído en una ruta de escape.

Los mellizos también se sorprendieron al ver que ya no estaban solos. Miles y miles de duendes se encontraban ocultos en la base del árbol, tal como lo habían predicho, y estaban igual de sorprendidos de verlos.

Todos eran bajos, pero muy delgados. Cada una de sus características eran puntiagudas: tenían orejas puntiagudas, mandíbulas puntiagudas, zapatos en punta y algunos incluso vestían sombreros cónicos en punta. Su ropa era blanca y negra y asimétrica. Llevaban puestos chalecos que se abotonaban de costado y los pantalones y las mangas eran de distintos largos.

—¿Qué sucede con su ropa? —le susurró Conner a su hermana.

—¿No recuerdas el cuento de «El zapatero y los duendes»? —respondió Alex en el mismo tono—. Los duendes son terribles haciendo sus propias prendas.

En cuanto llegaron, una docena de soldados duendes los rodearon. Les apuntaron con sus ballestas de madera y Alex y Conner alzaron las manos en el aire.

—¿Qué están haciendo en nuestro imperio? —preguntó uno de los soldados.

—¡No queremos problemas! —dijo Conner.

—Hemos venido a hablar con su emperatriz —explicó Alex.

Los duendes acercaron sus ballestas a ellos.

—¿Quiénes son? —exigió el soldado.

—Soy Conner Bailey y ella es mi hermana, Alex —gimoteó el chico. Entró en pánico—. Mi hermana es importante; es algo así como el Hada Madrina en este momento.

—¡Conner!

—¿Qué otra cosa se supone que debo decir? ¡Están a punto de dispararnos!

—¡Mentirosos! —gritó el duende.

Alex tomó su varita y con un movimiento convirtió todas sus ballestas en ramos de flores. Todos los duendes en el árbol dieron un grito ahogado y dieron un paso atrás para alejarse de ella.

—¡Es una bruja! ¡Ha venido a moler nuestros huesos para sus pociones! ¡Atrápenla! —ordenó el duende. Los soldados avanzaron hacia ellos y los mellizos se prepararon para el ataque.

—¡ALTO! —exclamó una voz severa desde el otro extremo del árbol. Todos los duendes voltearon con rapidez en esa dirección. Del otro lado de la recámara secreta, una duende estaba sentada en un trono hecho de hojas.

—Supongo que esa es la emperatriz —dijo Conner en voz baja.

La Emperatriz Elvina era la duende de mayor tamaño en la habitación y, cuando se puso de pie, superaba a todos los demás en altura, incluso a los mellizos; era como una abeja reina en un panal. Tenía mandíbula y orejas puntiagudas, grandes ojos color café y lóbulos muy largos. Su cabello oscuro estaba atado en dos rodetes, uno en cada lateral de la cabeza, y llevaba puesto un gran tocado hecho de hojas que se extendía alto y ancho sobre ella. El vestido de la emperatriz era muy ajustado y estaba hecho completamente de palitos y ramitas, como si los hubieran pegado de forma individual a su cuerpo esbelto. Parecía un árbol caminante.

Una ardilla roja esponjosa pero inmensa estaba posada junto a su trono como un perro gigante. La emperatriz avanzó lentamente hacia los mellizos y los duendes le abrieron paso a medida que avanzaba entre ellos.

—Si ella dice que es el Hada Madrina, entonces, dejen que lo pruebe —la desafió la emperatriz. Era exactamente como la había descripto Mamá Gansa:

muy hermosa por fuera, pero los mellizos sabían que había mucho más detrás de sus intimidantes ojos.

Alex no sabía qué hacer. Podía haber sido una chica con una varita, pero ¿cómo convencería a los duendes de que ella estaba cumpliendo el rol de Hada Madrina de forma legítima?

Un fuerte graznido resonó encima de sus cabezas. El imperio entero alzó la vista y vio a Lester descendiendo por el tobogán hasta la base del árbol. Estaba batiendo las alas sin parar, pero se deslizaba demasiado rápido como para poder detenerse. Cayó de pico al suelo junto a Alex y Conner. Se arrepentía muchísimo de haber decidido seguir a los mellizos dentro del árbol.

—Tenemos un ganso gigante; ¿eso ayuda a nuestro caso? —preguntó Conner con una risa nerviosa. Lo había dicho en broma, pero la emperatriz estaba cautivada por la inmensa ave.

—Reconozco a ese animal —dijo—. Le pertenece a Mamá Gansa.

—Mamá Gansa es amiga nuestra —respondió Alex—. Ella nos prestó su ganso para que pudiéramos viajar de un modo seguro hasta aquí para hablar contigo. Yo soy la nieta del Hada Madrina, y dado que ella está enferma en este momento, estoy reemplazándola.

Los ojos de la Emperatriz Elvina se movían sin parar de un mellizo al otro. Quizás estaban diciendo la verdad, después de todo.

—Espero que sepas que ser el Hada Madrina no significa nada aquí. La Asamblea del Felices por Siempre no tiene poder ni autoridad en mi imperio —dijo ella.

—Sí, lo entendemos —asintió Alex—. Hemos venido a advertirles que un ejército ha invadido nuestro mundo y planea comenzar una guerra…

—Hemos oído hablar de ese Ejército —interrumpió la emperatriz—. Por ese motivo nos hemos refugiado dentro de nuestro árbol y permaneceremos aquí hasta que el Ejército se marche.

Conner avanzó un paso hacia ella.

—Pero no se irán a menos que luchemos juntos —intervino él—. La Asamblea del Felices por Siempre necesita la ayuda de tu ejército para derrotarlo. Las hadas y los humanos no pueden hacerlo solos.

Un murmullo enfadado brotó entre los duendes. Los mellizos podían ver lo escandalizada que estaba la emperatriz al oír eso, pero en lugar de enojarse, Elvina agitó sus pestañas y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Ayuda? —rio Elvina—. ¿Quieren nuestra ayuda? ¿Oyeron eso? Las hadas han enviado a unos niños a pedir nuestra ayuda.

Solo unos pocos duendes rieron con ella. El resto de los presentes fulminó con la mirada a Alex y Conner. No estaban haciendo amigos.

—Mire, Emperatriz Árbol —dijo Conner—. Entendemos que todavía esté enojada porque no incluyeron a los duendes en la Asamblea del Felices por Siempre, pero si no trabajamos juntos, la Grande Armée nos destruirá a todos…

—Mi querido niño —lo interrumpió la emperatriz, y toda la diversión se esfumó de su rostro—. ¿Eso es lo que te dijeron? ¿Qué estábamos enojados porque no nos invitaron a unirnos a su pequeño club de hadas? Pues, si eso te dijeron, parece que han reescrito la historia.

Alex y Conner intercambiaron una mirada preocupada.

—Entonces, ¿por qué está enojada? —preguntó Conner.

La emperatriz sabía que la ignorancia de los mellizos no era culpa suya, así que decidió educarlos.

—Los dragones atormentaron a los duendes durante la Era de los Dragones tanto como a cualquier otra raza —explicó—. Nuestros ancestros ayudaron a las hadas a vencer a los dragones. Una vez que desaparecieron y el mundo entró en la pacífica Era de la Magia, las hadas olvidaron todo lo que habíamos hecho por ellas. Repartieron el mundo entre las especies sobrevivientes. A los humanos les dieron muchos reinos vastos, pero a los duendes solo les entregaron un terreno diminuto e inhabitable aislado de todos los demás. Nos aislaron, igual que a los trolls y los goblins, pero por ninguna razón más que la de no ser humanos.

Los mellizos nunca habían escuchado eso antes. Siempre habían supuesto que los duendes vivían alejados en el noroeste porque así lo querían.

—Cuando los duendes se negaron a aceptar el hogar asignado, las hadas nos ignoraron, y por haberlas cuestionado, no nos invitaron a unirnos a la Asamblea del Felices por Siempre —prosiguió la emperatriz Elvina—. El noroeste estaba lleno de predadores que cazaban duendes, y brujas que destrozaban nuestros cuerpos para sus pociones, pero los duendes no tuvieron más opción que vivir allí. Nuestros ancestros sembraron este árbol gigante y construyeron este imperio en lo alto de sus ramas, lejos del peligro. Y aquí hemos estado desde entonces.

Alex y Conner no sabían qué decir. ¿Podían disculparse por algo que había sucedido hacía tanto tiempo?

—Bueno, ¡ustedes nos devolvieron el gesto el año pasado cuando se rindieron ante la Hechicera! —dijo Conner y se cruzó de brazos—. Así que creo que estamos a mano.

—¿Por qué se esperaba que solucionáramos un desastre que nosotros no creamos? —preguntó la emperatriz—. No hay diferencia entre la Hechicera y este ejército; ambos son problema suyo. Los humanos y las hadas quieren elegir en qué asuntos están involucrados los duendes en base a lo que les conviene a ellos…

Alex la interrumpió antes de que la situación empeorara.

—Su Majestad, cada nación siempre recordará la historia en forma diferente, y así es cómo son las cosas —dijo la chica—. Todos vivimos en el mismo mundo y nadie se beneficiará si continuamos jugando toda la eternidad a quién fue el más idiota. Ahora mismo, más que nunca, este mundo necesita permanecer unido contra la fuerza que nos amenaza a todos. No esperábamos que cooperara solo porque se lo pedimos, así que estoy dispuesta a ofrecerle algo a cambio si nos ayuda a luchar contra la Grande Armée.

—Y ¿de qué se trata? —preguntó burlona la emperatriz.

—Sí, ¿de qué se trata? —repitió Conner, igual de curioso.

Alex sabía que se arrepentiría de hacer esa oferta por el resto de su vida, pero se les agotaba el tiempo.

—Cuando destruyamos este Ejército con ayuda de los duendes, como el Hada Madrina, anularé la Asamblea del Felices por Siempre —declaró.

—¿Qué? —gritó Conner. Toda la recámara estaba atónita de escuchar esas palabras salir de su boca.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó la emperatriz.

—Me oyeron —dijo Alex—. La Asamblea del Felices por Siempre es injusta, exclusiva y ha probado ser ineficiente en tiempos de crisis. Este mundo necesita que marchemos hacia el futuro juntos. Así que estoy invitándola a ayudarme a construir una asamblea nueva y más inclusiva. Cree conmigo la Asamblea del Felices por Siempre Jamás.

Esa era una noticia impactante para todos los presentes, en especial para Alex. Ella nunca había soñado con fundar una nueva asamblea para unir al mundo de los cuentos de hadas, pero sabía que la idea de hacerlo sería el único modo de conseguir la atención de la emperatriz.

Elvina se acercó incluso más a los mellizos con lentitud. Todo el reino estaba al borde del asiento esperando oír su respuesta.

—Si los duendes se unen a esa nueva asamblea, quiero liderarla —dijo la emperatriz.

—¡Deberías haberle ofrecido los zapatos, Alex! —murmuró Conner. Se golpeó la frente con la palma abierta de la mano.

—La nueva asamblea no tendrá un líder —replicó Alex—. Pero puedes encabezarla conmigo. La asamblea buscará guía en el Hada Madrina y en la emperatriz de los duendes, y nosotras los aconsejaremos juntas.

Alex le ofreció la mano a la emperatriz. Elvina la miró con desprecio; nunca antes había confiado en un humano, pero sabía que Alex era una mujer de palabra. La emperatriz le dio un apretón de mano y cerraron el trato. Ahora no había marcha atrás.

—Mi ejército está a tu disposición, Hada Madrina —dijo la emperatriz con una pequeña reverencia.

—Maravilloso —respondió Alex. Miró a su hermano, quien suspiró igual de aliviado que ella. Ahora que los duendes estaban de su lado, quizás podrían ganar esa guerra—. Ahora, quiero que el ejército de duendes me siga de inmediato hasta el Reino de las Hadas —indicó la joven hada—. Les daré una señal al resto de los ejércitos diseminados por los demás reinos para que se nos unan y atacaremos a la Grande Armée antes de que ellos…

Un ruido ensordecedor inundó el árbol gigante cuando una bala de cañón lo golpeó y destrozó parte del tronco. Los mellizos y los duendes cayeron al suelo, y la luz del sol llenó la habitación oscura, colándose por un enorme agujero que el impacto acababa de crear. Llegaron demasiado tarde: la Grande Armée había comenzado su ataque.

Otro sonido estrepitoso surgió cuando otra bala de cañón golpeó el árbol, seguida de otra y otra más.

—¿Qué sucede? —gritó la emperatriz de los duendes.

—¡Es la Grande Armée! —exclamó Conner—. ¡Está aquí! ¡El Imperio de los Duendes está bajo ataque!

Los duendes comenzaron a entrar en pánico y corrieron por el árbol, histéricos.

—¡Mantengan la calma! —gritó Elvina—. ¡Quiero que todos trepen y se pongan a salvo de inmediato! ¡Nuestro ejército se quedará atrás y luchará contra estos invasores!

Alex miró a su hermano como un ciervo mira los faroles delanteros de un vehículo: en cuestión de segundos, todo su plan se había arruinado.

—Conner, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Alex—. ¡Necesitamos que los duendes vengan con nosotros para que podamos atacar al ejército como una unidad!

—Entonces, ¡tenemos que salir de aquí y pensar en un nuevo plan! —dijo Conner—. ¡Si el ejército está atacando, dudo que los duendes sean el único objetivo al que apuntan!

—Pero, ¡los duendes! —rogó Alex—. ¡Los necesitamos si queremos ganar!

—¡No tenemos opción! ¡Necesitamos marcharnos ahora mismo!

Conner tomó las riendas de Lester y obligó a su hermana a montar la inmensa ave. Él subió al lomo del ganso después y salieron volando dentro del árbol hueco. Una bala de cañón perforó el tronco cerca de la copa y creó un agujero, y Conner guio a Lester a través de él para salir del árbol.

Los mellizos vieron a miles de soldados y a cientos de ogros rodeando el árbol del Imperio de los Duendes. Los soldados redireccionaron sus cañones hacia Lester y los mellizos en cuanto los vieron salir del árbol. Los ogros tomaron rocas del suelo y se las lanzaron al ganso mientras los cañones continuaban disparando.

Lester graznó, aterrorizado, cuando a duras penas logró evadir los cañonazos y las rocas dirigidas hacia él. Voló lo más rápido posible, lejos del árbol del Imperio de los Duendes. Crearon una distracción mientras el ejército de duendes comenzaba a disparar sus ballestas apuntándoles a los soldados desde el interior del árbol. Los ciudadanos del Imperio también comenzaron a lanzarle bellotas y ramas gigantes a la Grande Armée desde las ramas superiores.

Justo cuando los mellizos creyeron que habían volado fuera del alcance de los cañones, una bala solitaria atravesó el cielo a toda velocidad y perforó el ala derecha de Lester. El ganso graznó de dolor y él y los mellizos comenzaron a descender con rapidez hacia los árboles del horizonte. Lester agitó su ala izquierda lo más fuerte que pudo, pero no fue suficiente para mantenerse en vuelo.

Aterrizaron con violencia sobre el suelo del bosque. Los mellizos salieron disparados del lomo de Lester en direcciones distintas a través de los árboles. Conner se golpeó contra uno y luego aterrizó en un gran matorral debajo de él. Alex derrapó por una zona cubierta de césped y oyó un crujido debajo de ella. Cuando se detuvo, buscó su varita pero estaba partida en muchas piezas dentro de su bolsillo.

Alex y Conner estaban demasiado heridos para ponerse de pie. Ambos se habían quebrado varios huesos debido al choque. Oyeron a Lester graznando en la distancia: quizás él estaba sufriendo mucho más que ellos. Oyeron que el ataque al Imperio de los Duendes continuaba en la distancia, pero no había nada que pudieran hacer. Miraron los árboles que los rodeaban y se preguntaron dónde habían aterrizado, pero su visión se desvaneció cuando ambos perdieron lentamente la conciencia.

La guerra había comenzado.



Capítulo veinticuatro

El ejército olvidado

Las tropas divididas de la Grande Armée se dispersaron por el mundo de los cuentos de hadas para atacar los reinos que les habían asignado. Cientos de soldados franceses y trolls cruzaron la frontera del Reino Encantador, preparándose para tomar el control absoluto de la capital.

Amarello flotaba en lo alto de las espirales de la torre del reloj del Palacio Encantador y vio a los soldados marchando en la distancia. El momento que más habían temido había llegado: el Reino Encantador estaba enfrentando su primer ataque y el enemigo superaba en número a sus defensas. Amarello apuntó un dedo en el aire y una llamarada intensa salió disparada de él. Abajo, Sir Lampton y sus hombres vieron la señal y se reunieron rápidamente en los jardines delanteros del Palacio Encantador.

—¿Cuántos son? —le preguntó Sir Lampton a Amarello cuando él descendió al jardín.

—Nos superan por unos cientos trolls —dijo el hada—. Es un riesgo alto, pero podría ser mucho peor.

—Debemos enviarle la señal a la otra mitad de nuestro ejército para que salga de su escondite —respondió Sir Lampton—. Si solo nos superan en número con trolls, ¡podríamos ganar esta batalla! No serán muchos de mis hombres los que perderán la vida hoy.

—Lampton, no podemos hacerlo —dijo Amarello—. Tenemos que enfrentar al ejército con los hombres que tenemos mientras esperamos la señal. Confía en mí, esta es solo la primera batalla que enfrentaremos, y si

utilizamos todas nuestras fuerzas ahora, puede que no quede nadie para luchar contra los horrores del mañana.

Sir Lampton se puso muy serio y se acercó un poco más al hada.

—¿Cómo se supone que debo decirles a estos hombres que están a punto de morir en batalla mientras sus hermanos permanecen escondidos?

—Puede que no ganemos esta batalla, pero si queremos ganar la guerra debemos seguir el plan —afirmó Amarello.

Sir Lampton asintió a regañadientes.

—Cielos, espero que el plan de la niña funcione —dijo en voz baja.

—Yo también, Sir Lampton —aseguró Amarello—. No quiero pensar en cómo será el mundo si fallamos.

Sir Lampton montó su caballo y lo hizo andar entre las filas de soldados del Reino Encantador.

—Mis buenos hombres —gritó—. El enemigo ha llegado a nuestro hermoso hogar antes de lo que esperábamos. ¡Puede que nos superen en número de soldados y trolls, pero nunca nos superarán en valor, en coraje ni en amor por nuestro reino! —Lampton desenvainó su espada y la alzó sobre su cabeza—. ¡Seamos los primeros en mostrarles a esos monstruos que el Reino Encantador no está a la venta! ¡Démosles una probada del Ejército Encantador para que huyan despavoridos cuando nuestros hermanos regresen de su escondite para derrotarlos de una vez por todas!

Todos los soldados del reino alzaron sus espadas junto a él y dieron vítores ante las palabras de Lampton, aunque sabían que las probabilidades de sobrevivir a esa batalla no estaban a su favor. Como verdaderos soldados, convirtieron su miedo en valentía y enfrentaron con coraje la amenaza inminente para proteger el reino que amaban.

—¡Pero no nos superan en número! —gritó una voz detrás de los soldados.

Lampton y sus hombres voltearon hacia el sonido y vieron que no estaba solo. Lentamente, detrás del Palacio Encantador y de las calles que rodeaban la capital, comenzaron a emerger cientos y cientos de civiles. Hombres y mujeres que llevaban cacerolas y sartenes, horquillas y azadas, palos de amasar y cuchillos, tijeras y podadoras, trapeadores y cubetas. Eran panaderos, granjeros, herreros y costureras, maestros y carniceros, criadas y mayordomos… Y todos habían venido a acompañar con orgullo a los soldados de su reino.

—¿Qué sucede? —les preguntó Amarello a los civiles.

—¡Hemos venido a unirnos a la lucha! —afirmó un granjero, y todos los hombres y mujeres de su grupo dieron vítores.

—¡Este también es nuestro hogar! —gritó una costurera.

—No permitiremos que nuestro reino caiga en manos de alguien que no sea nuestro rey y nuestra reina —exclamó un carnicero.

Su entusiasmo confundió a los soldados.

En toda su carrera militar, Sir Lampton nunca había visto algo semejante. Los ciudadanos del reino Encantador estaban quizás más impacientes por luchar contra el ejército que los soldados.

—Damas y caballeros —gritó Lampton, haciéndoles un gesto para que se calmaran—, respetamos sus intenciones, pero este es un asunto del Ejército Encantador ¡y moralmente no podemos pedirles que participen!

Una criada miró teatralmente hacia la multitud de sirvientes que los rodeaba.

—¿Pedirnos? ¿Acaso a alguien le pidieron que pelee por este reino? —dijo—. A mí no tienen que pedírmelo; ¡estoy aquí por decisión propia porque quiero proteger mi hogar y no me marcharé hasta que el ejército se haya ido!

Los civiles estallaron en un rugido estrepitoso. Su entusiasmo era implacable. Nada que Lampton pudiera decir o hacer los convencería de marcharse.

Amarello miró al comandante y se encogió de hombros.

—No hará daño tener más números —dijo él.

Sir Lampton miró a la multitud voluntariosa. Su ejército por poco se había duplicado ante sus ojos. Era una visión que le generaba una calidez en el centro del corazón. Las personas que él había protegido fielmente toda su vida habían acudido a su ayuda. Les importaba la prosperidad de su reino tanto como a él.

Lampton alzó su espada hacia el nuevo ejército más grande y fuerte que lo rodeaba.

—Entonces ¡luchemos contra estos invasores juntos y demostrémosles de qué están hechos nuestros soldados y nuestro pueblo! —declaró.

Los soldados del Ejército Encantador alzaron sus espadas, sus escobas, sus rastrillos, sus martillos, sus palos de amasar, sus agujas de tejer y cualquier objeto que hubieran traído para la batalla. Juntos, dieron vítores tan fuertes que el sonido se oyó a kilómetros, y los soldados y los trolls del ejército que se acercaba temblaron.



Capítulo veinticinco

Las llamas sanadoras del fuego de Hagetta

Conner no esperaba despertar. Cuando Lester colapsó en el bosque, supuso que ese era el fin. Esperaba que la Asamblea del Felices por Siempre pudiera ganar la guerra sin ellos, y si lo hacía, esperaba que él y su hermana fueran recordados como héroes de guerra. La última imagen que apareció en su mente mientras perdía lentamente la conciencia fue la estatua que erigirían en su honor. La escultura era mucho más alta y musculosa que él en la vida real y el escultor había añadido una hendidura en su mentón: era exactamente cómo Conner quería que lo recordaran.

Pero para su sorpresa, despertó. Despacio, sus párpados se abrieron y su visión borrosa tardó un momento en adaptarse. Estaba recostado en un catre dentro de una cabaña pequeña y atestada de cosas. Una gran mesa de madera y un caldero de hierro estaban en el centro de la casa y alguien había colocado una pila gruesa de espejos entre ellos. Las paredes estaban llenas del techo al suelo con estantes repletos de frascos: recipientes con tierra, arena, plantas, flores, líquidos coloridos, insectos, reptiles pequeños y trozos de animales más grandes, como orejas de cerdo y pezuñas de vaca. Un pequeño fuego con llamas color durazno ardía en una diminuta chimenea de ladrillo.

—¿Dónde estoy? —se preguntó a sí mismo. Sintió un cosquilleo en el lateral del torso y miró hacia allí: tenía todo el costado engullido en las mismas llamas color durazno—. ¡AHHH! ¡Estoy en llamas! ¡Estoy en llamas!

Conner gritó y miró por la cabaña en busca de algo para extinguir el fuego. No vio nada y golpeó las llamas con sus mangas. Supuso que todo su cuerpo estaba en shock, porque no sentía dolor alguno.

Una mujer salió de otra habitación de la cabaña y se acercó a Conner con prisa.

—Tranquilízate —dijo ella y sujetó las manos del chico—. Estás causando más daño que el fuego.

Era una mujer de mediana edad que vestía prendas color rojo oscuro. Su cabello era del mismo tono que su ropa y tenía brillantes ojos verdes.

—¿Qué me está pasando? —gritó Conner.

—Te quebraste las costillas en la caída —respondió la mujer—. El fuego está curándote.

—¿El fuego está curándome? —repitió Conner.

La mujer se acercó a la chimenea.

—Es fuego mágico. Mira —explicó e introdujo la mano en él. Las llamas oscilaron alrededor de su mano pero no la quemaron—. ¿Ves? ¿Estás satisfecho?

Conner dejó de entrar en pánico, pero estaba lejos de sentirse relajado. Ver su cuerpo cubierto en llamas fue terriblemente perturbador, por más eficaz que fuera para su curación.

—¿Nos viste caer? —le preguntó a la mujer.

—Sí. Todos estaban muy heridos. Los traje aquí para curar sus heridas antes de que empeoraran. Están en el Bosque de los Enanos, pero no te preocupes: están a salvo en mi cabaña.

—¿Dónde está mi hermana? ¿Se encuentra bien? —preguntó Conner.

—Sufrió peores golpes que los tuyos, pero está recuperando la conciencia.

La mujer corrió su caldero del camino para que Conner pudiera ver a su hermana descansando tranquilamente en un catre detrás del caldero. La pierna y la muñeca de Alex estaban cubiertas en llamas que curaban sus huesos rotos.

—¿Quién eres? —preguntó Conner—. ¿Eres una bruja?

—Me llamo Hagetta —respondió ella—. Prefiero el término curandera ahora, pero sí, soy una bruja.

De inmediato, su nombre le resultó familiar a Conner.

—¿Hagetta? —repitió—. ¿Algún parentesco con la bruja llamada Hagatha?

Hagetta asintió.

—Ella era mi hermana mucho más mayor que yo —dijo—. Hagatha me enseñó todo lo que sé de brujería. Pero a mí nunca me interesó la magia negra como a ella, así que nos separamos poco antes de su muerte.

Alex volvió a la conciencia y se incorporó lentamente. Miró la cabaña a su alrededor mientras sus ojos se adaptaban.

—¿Dónde estoy?

—Estás a salvo, cariño —dijo Hagetta.

—Oye, Alex, escucha: ¡tú también estás en llamas! Pero no te preocupes, el fuego está ayudando a sanar tu pierna y tu muñeca —le advirtió Conner.

Los ojos de la chica duplicaron su tamaño cuando vio las llamas engullendo su cuerpo.

—De acuerdo —chilló. Nada podría hacer que estuviera completamente cómoda en esa situación—. Entonces… ¿en qué clase de fuego estoy metida?

—Son llamas sanadoras del aliento de un dragón albino —explicó Hagetta —. Los dragones albinos eran muy poco comunes e igual de terribles que los dragones normales, pero sus llamas tenían propiedades curativas únicas. Mi tátara-tátara-tátara-tátarabuela consiguió algunas de esas llamas en la Era de los Dragones y mi familia las ha mantenido ardiendo de generación en generación.

—Guau —respondió Conner—. Yo ni siquiera puedo mantener viva una planta.

La ansiedad de Alex disminuyó un poco al obtener esa información, pero todavía se sentía incómoda por haber despertado en una cabaña desconocida.

No podía dejar de mirar a Hagetta; podía jurar que sus caminos se habían cruzado antes.

—¿Te conozco de alguna parte? —preguntó Alex.

—Se llama Hagetta y es la hermana menor de Hagatha —le contó Conner.

Alex estaba atónita.

—¿Tú eres la hermana de Hagatha?

—Así es —respondió la mujer—. Pero creo que nos cruzamos en la boda de Jack y Ricitos de Oro.

—¡Tienes razón! —dijo Alex, uniendo las piezas del rompecabezas—. ¿Cómo conoces a Jack y Ricitos de Oro?

Hagetta rio ante la idea.

—He conocido a Ricitos de Oro desde que era una niña muy pequeña; cuando comenzó su vida como fugitiva la descubrí tratando de robarme. La ahuyenté y creí que nunca la vería de nuevo, pero después, unas semanas más tarde, la encontré en el bosque: la había atacado una criatura y apenas había sobrevivido. La traje aquí y curé sus heridas, pero ella se negó a quedarse más tiempo. Insistió en que no necesitaba mi ayuda y me dijo que podía cuidarse sola. Yo sabía que ella era demasiado testaruda para convencerla, así que le di su primera espada. Le expliqué que tendría que aprender a defenderse si iba a vivir sola.

—¿Le entregaste a Ricitos de Oro su primera espada? —preguntó Conner, entretenido por la anécdota—. ¡Es como haberle dado a Shakespeare su primera pluma!

Hagetta sonrió.

—Ella me devolvió el favor años después. Un grupo de trolls me arrinconó en el bosque y trató de esclavizarme. Pero Ricitos de Oro escuchó mi pedido de auxilio y apareció de la nada montada en su yegua.

—Guau, eso es karma —dijo Conner.

—Ni hablar —respondió Hagetta—. Y desde entonces, he intentado ayudar a cualquier persona que conozca que necesite un favor. Nunca creí que una fugitiva buscada me enseñaría el poder que tiene una conciencia limpia.

—No podemos agradecerte lo suficiente por habernos ayudado —dijo Conner y después miró rápidamente por la habitación—. Espera, ¿dónde está Lester?

Los mellizos oyeron un graznido cuando Lester asomó su cabeza somnolienta por debajo de la mesa de Hagetta. Las llamas cubrían su pico quebrado y su ala izquierda estaba ardiendo mientras el fuego color durazno le hacía crecer despacio una pluma a la vez.

—Ese es el ganso más testarudo que he conocido en mi vida —dijo Hagetta—. No me dejaba tocarlos cuando los encontré; era como si estuviera protegiendo a sus propios polluelos. Le dije que solo quería ayudar, pero aun así tuve que sedarlo con una poción del sueño para calmarlo. Ya debería estar fuera de su sistema.

Conner frunció el ceño de manera cariñosa y acarició el cuello del ganso gigante.

—Gracias por cuidarnos, amigo —dijo—. Mamá Gansa estará muy feliz de oír lo que hiciste.

Alex hurgó en los bolsillos de su vestido y de pronto dio un grito ahogado.

—Ay, no —exclamó—. ¡Mi varita se quebró y las partes deben haberse caído de mi bolsillo!

—No te preocupes, cariño, tu varita regresará a la normalidad pronto —respondió Hagetta.

Señaló la chimenea y Alex vio que habían colocado su varita de cristal directamente sobre la leña y las llamas estaban reparándola lentamente.

Alex estaba tan aliviada que se recostó y por poco olvidó que ella también estaba en llamas.

—Eres la bruja más agradable que hemos conocido —dijo Conner—. Creí que todas las brujas eran terribles, pero tú me has demostrado lo contrario.

—Solo hace falta una manzana podrida para desacreditar un árbol entero —respondió Hagetta—. Vengo de un linaje muy largo de brujas y solo he escuchado de una bruja que come niños, pero gracias a la historia de «Hansel y Gretel», el mundo entero cree que todas vivimos en casitas de jengibre y atraemos a jóvenes inocentes a su muerte.

—Ese es un punto interesante —dijo Conner—. He conocido tantos humanos horribles como brujas malas, pero a nosotros no nos estereotipan.

—La mayoría de las brujas no nacen siendo horribles —explicó Hagetta —. La magia oscura deja su marca en quienes la utilizan. Mi hermana Hagatha era la mujer más hermosa que había visto en mi vida, los hombres viajaban a través de los reinos para buscarla y cortejarla. Pero después de dedicarle su vida a la brujería hiriente, sus efectos comenzaron a mostrarse en su rostro.

Alex se incorporó en el catre.

—Espera un segundo, ¿cuánto tiempo hemos estado aquí? —preguntó la chica.

—Un par de horas —respondió Hagetta.

—Ay no —dijo Alex—. ¡Conner, tenemos que regresar de inmediato al Palacio de las Hadas! ¡Ahora que la Grande Armée ha comenzado sus ataques tenemos que concebir un nuevo plan! —cometió el error de pisar con el pie herido y aulló de dolor antes de caer de nuevo sobre el catre.

—Ninguno de los dos puede ayudar a nadie en la condición en la que están —respondió Hagetta—. Esperen a que las llamas terminen su trabajo. Un vez que se extingan, estarán curados.

Por mucho que la mataba tener que permanecer sentada en un momento como ese, Alex no tenía otra opción. Su plan había corrido peligro, y ella se desplomó como si ya hubieran perdido la guerra.

—Fue muy inteligente de tu parte mantener la mitad de los ejércitos ocultos, Alex —dijo Conner—. Al menos todos estaban preparados para que sucediera esto. En cuanto regresemos al Palacio de las Hadas, averiguaremos quiénes han sido atacados y quiénes no. Tal vez nuestro primer plan todavía pueda funcionar.

—No estoy triste por nuestro plan —replicó Alex—. Viste la agresividad con la que abrieron fuego en el Imperio de los Duendes. Es imposible que el Reino del Rincón o la República de Bo Peep tengan una oportunidad contra fuerzas como esa…

Hagetta no pudo evitar interrumpirla.

—¿Acabas de decir «la República de Bo Peep»? —preguntó—. ¿Qué rayos es eso?

—Es el nuevo nombre del Reino de la Capa Roja —respondió Conner—. Lo cambiaron porque votaron como reina a la pequeña Bo Peep.

Hagetta alzó ambas cejas y miró a la nada, completamente atónita.

—¿Así que la votaron?

—¿Conoces a la pequeña Bo Peep? —preguntó Alex.

Era evidente por la expresión de Hagetta que eran conocidas.

—Muy bien, me temo.

—¿Cómo la conociste? —preguntó Conner.

—Me buscó cuando ella era una niña —explicó Hagetta—. Aparentemente, se quedó dormida una tarde en su granja y perdió el rastro de sus ovejas. Todo el asunto la avergonzaba mucho así que me buscó en el bosque y me pagó cinco monedas de oro para que le hiciera una poción que la mantuviera despierta.

—¿Hiciste la poción? —preguntó Conner.

—Sí. Y fue uno de los mayores errores que he cometido en mi vida.

—¿Había algo malo en la poción que le diste? —preguntó Alex.

—No, solo había demasiadas cosas malas respecto al cliente —dijo Hagetta—. La poción funcionó tan bien que la pequeña Bo regresó a mí varias veces a lo largo de los años, esperando que le diera soluciones para todos sus problemas. Necesitaba una poción para que la lana de sus ovejas creciera más esponjosa que las demás, necesitaba otra para que sus vacas dieran la leche más dulce de todas, quería semillas que hicieran que sus gallinas pusieran los huevos más grandes de todos… ¡nunca dejaba de pedirme cosas! En especial cuando ese hombre apareció en el mapa.

—¿Qué hombre? —preguntó Conner.

—El hombre del que la pequeña Bo se enamoró perdidamente —respondió Hagetta—. Él era mayor que ella y un completo bandido.

—¿Te refieres al hombre encerrado dentro de su espejo mágico? —preguntó Alex. Su curiosidad se había apoderado completamente de su cuerpo y no pudo evitar preguntárselo.

Conner y Hagetta la miraron fijo. Conner no tenía idea de qué estaba hablando, pero a Hagetta le sorprendió que ella supiera algo al respecto.

—¿Cómo sabías sobre el espejo mágico? —preguntó Hagetta.

—¿Qué espejo mágico? —exclamó Conner, esperando que alguna de las dos lo pusiera al día.

Alex vaciló mientras intentaba generar una explicación que fuera lo más inofensiva posible para ella misma.

—Durante la elección, un amigo y yo pensamos que sería divertido espiar a la pequeña Bo. No queríamos causar problemas, solo divertirnos un poco, pero vimos un espejo mágico dentro de su granero y había un hombre encerrado dentro del espejo.

Conner alzó una ceja sospechosa.

—¿Es el mismo amigo que no es tu novio?

Alex no respondió. Toda su atención estaba puesta en Hagetta.

—El espejo mágico que la pequeña Bo posee es un espejo comunicativo, no uno de encierro —explicó—. Si lo sabré yo: lo hice para ella. El hombre que vieron no está atrapado en el espejo; lo encerraron en una prisión hace muchos años. Yo le di a cada uno un espejo para que pudieran seguir comunicándose.

Alex cubrió su boca. Nunca se le había ocurrido que el espejo en el granero de Bo fuera uno comunicativo como el que ella y su hermano tenían.

—Espera un segundo —dijo Conner, haciendo sus propias conexiones—. ¡Había un espejo en una de las celdas de la Prisión de Pinocho! ¿La pequeña Bo Peep está enamorada del Hombre Enmascarado?

—Nunca me dijo su verdadero nombre, pero sí, ese es el nombre que él eligió para sí mismo. Era el hijo menor de una familia muy poderosa, pero ansiaba ser más poderoso que todos ellos. Intentó todo lo posible para obtener el control que deseaba; mintió y robó, hizo promesas que no podía cumplir, y negoció tratos que no podía costear. Es la clase de hombre más confabuladora que existe.

Alex asintió mientras todo comenzaba a cobrar sentido para ella.

—La pequeña Bo quería ser reina porque pensó que gobernar un reino le daría la autoridad de liberarlo de la prisión.

Hagetta gruñó.

—Estoy segura de que tampoco podía vivir con la culpa. La pequeña Bo es la razón por la que lo atraparon en primer lugar; ella lo entregó.

Conner dio un grito ahogado.

—¿Entregó al hombre que amaba?

—Puede que él hubiera hechizado el corazón inocente de la pequeña Bo, pero incluso ella no podía negar lo peligroso que era. Ella me advirtió sobre él tantas veces como las que confesó su amor eterno. Lo traicionó porque Bo estaba protegiendo a alguien más que amaba —explicó Hagetta—. La pequeña Bo y el Hombre Enmascarado tuvieron un hijo.

Los mellizos negaron con la cabeza sin poder creer lo que oían.

—¿La pequeña Bo es madre? —preguntó Conner.

—Lo era —dijo Hagetta—. Bo estaba aterrada de lo que el Hombre Enmascarado haría si descubría que estaba embarazada de él. Estaba tan obsesionado con el poder, que ella temía que viera al heredero como una amenaza. Así que escribió una carta anónima al Palacio de las Hadas advirtiéndoles sobre los planes que él tenía de robarle al Hada Madrina, y lo atraparon en el acto. La pequeña Bo dio a luz a un varón mientras él estaba encerrado y el hombre nunca supo de la existencia del bebé ni de la traición.

—¿Qué ocurrió con el bebé? —preguntó Alex.

Hagetta suspiró y movió la cabeza de lado a lado.

—La pequeña Bo vino aquí mientras estaba en trabajo de parto y tuvo al niño en esta misma habitación. Me rogó que me lo llevara a algún sitio en donde el Hombre Enmascarado jamás pudiera encontrarlo. Ella era tan joven en su época que no pude negarme a que alguien más criara al niño. Así que lo llevé a un lugar que nunca revelaré mientras viva, para que su padre nunca lo encontrara. Le rompió el corazón a la pequeña Bo separarse del niño y del Hombre Enmascarado. Intenté calmar su dolor con la llama sanadora, pero ni siquiera el fuego de un dragón albino puede reparar un corazón roto.

—¿Hiciste algo más para ayudarla? —preguntó Conner.

—Lo hice —asintió Hagetta—. Y fue la única vez que realicé magia negra. Seguí un hechizo que vi a mi hermana hacerle a una muchacha enamorada hace mucho tiempo. Corté un trocito del corazón de la pequeña Bo, la parte que estaba llena de dolor y anhelo por el hombre en su vida y lo convertí en piedra. La muchacha en la que mi hermana utilizó el encantamiento se convirtió en un monstruo sin alma y yo quería algo mejor para Bo, así que le entregué el trozo de corazón en una cadena y le dije que se lo pusiera solo cuando estuviera lista para enfrentar la pérdida que viene con el amor. Por su bien, espero que él permanezca en prisión durante el resto de su vida.

Era una historia trágica y puso a Alex más ansiosa acerca del capítulo de la historia en el que todavía estaban.

—Hagetta, el Hombre Enmascarado fue reclutado por la Grande Armée —explicó Alex—. Le prometió al general que podía llevarlos hasta un huevo de dragón. Nos dijeron que era imposible, pero si él es tan poderoso como dices, ¿crees que de verdad sepa dónde obtener uno?

Hagetta se sumió en un gran silencio y su rostro se paralizó. Unas imágenes horribles pasaron detrás de sus ojos y no las compartió con los

mellizos.

—Ruego que no —dijo Hagetta—. Las hadas tuvieron éxito en deshacerse del mundo de los dragones, pero siempre ha habido rumores de que uno o dos huevos quedaron atrás. Nadie sabría ya cómo matar a un dragón si uno apareciera: todas esas hadas están muertas o son demasiado viejas ahora para asesinar a un dragón. Si el Hombre Enmascarado pone las manos encima de un huevo de dragón, no importará qué plan tengan: el mundo se acabará.



Capítulo veintiséis

Alimentando a la criatura

Los aldeanos cavaron tan profundo en la tierra que crearon un cañón junto al campamento de la Grande Armée. Un campesino llamado granjero Robins tuvo la desgracia de ser el primero en extraer el magma debajo de la tierra. En cuanto su pala rompió el suelo, la lava salió a borbotones y quemó sus manos. Gritó y cayó al suelo en agonía.

Aunque Alex le había advertido a Rook que abandonara el sur del Reino del Este, cuando logró convencer a su padre, la Grande Armée había invadido su granja y las aldeas cercanas. Rook y su padre habían sido capturados y llevados al campamento para cavar junto a los demás aldeanos prisioneros.

—¡Padre! —gritó Rook y se acercó a toda prisa.

Rápidamente, la lava llenó el cañón y los aldeanos salieron de allí con desesperación para ponerse a salvo. Rook y otro hombre cargaron al granjero Robins en sus hombros y lo ayudaron a salir del cañón antes de que la base se llenara de lava. El magma estaba tan caliente que las palas abandonadas se encendieron antes de que el fuego siquiera las tocara.

El general Marquis se asomó de su tienda ante el alboroto y una sonrisita apareció en su rostro. Sabía que era hora de que el huevo de dragón eclosionara.

Los aldeanos estaban reunidos en un grupo junto al cañón y al grupo de soldados que los vigilaban. Jadeaban y sudaban muchísimo debido a su escalada rápida. Rook sostenía la cabeza de su padre sobre el regazo; el hombre gemía de dolor por sus quemaduras. Necesitaba ayuda, pero Rook miró alrededor del campamento y se dio cuenta de que no había nadie allí que pudiera asistir a su padre. Tenía que encontrar una forma de escapar del campamento lo antes posible.

Pocos minutos después, el general Marquis y el coronel Baton se pararon al borde del cañón y miraron la lava anaranjada que estaba en lo profundo del surco. Habían enviado al Hombre Enmascarado dentro del cañón para colocar el huevo en la lava y los comandantes esperaron impacientes su regreso. Finalmente, vieron aparecer su rostro cubierto mientras trepaba para salir del cañón.

—¡Vaya, tenemos uno muy animado! —le gritó el Hombre Enmascarado con alegría a los comandantes. Partes de sus prendas raídas se habían quemado y los bordes de su máscara humeaban. Aparentemente, el proceso de incubación no había sido tranquilo.

—¿El huevo hizo eclosión? —preguntó el general.

—¡Así es! —dijo el Hombre Enmascarado—. Felicitaciones, general, ¡es un macho! ¡Y es un muchacho enérgico! Por poco me incinera solo con sus primeros alientos.

El Hombre Enmascarado llegó a la superficie y extendió una mano para que ellos lo ayudaran, pero el general y el coronel no le ofrecieron ninguna asistencia. Salió del cañón por sus propios medios, se puso de pie y sacudió toda la tierra y la ceniza de su ropa.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó el general.

—Lo alimentamos —respondió el Hombre Enmascarado—. Ahora mismo está durmiendo en la lava, pero en unos minutos estará muy hambriento. La clave es mantener la mayor cantidad de comida posible allí abajo. En cuanto se le acabe, subirá aquí a cazar, y no queremos que lo haga hasta que haya crecido. Los dragones son más agresivos cuando emergen por primera vez de sus nidos, y queremos que guarde esa energía para cuando ataque a las hadas.

El general gruñó después de oír que debía esperar aún más. El Hombre Enmascarado continuaba poniendo a prueba su paciencia, más de lo que lo había hecho cualquier otra batalla.

—¿Qué come? —preguntó Marquis.

—Carne —respondió el enmascarado como si fuera obvio.

El general miró al hombre de un modo peculiar; esperaba que la situación quizás le ofreciera una oportunidad para deshacerse por fin de él.

—No me mire a mí —replicó el enmascarado—. No soy más que piel y hueso; él necesitará proteína para ganar fuerza. Además, una vez que emerja, aún me necesitará para que le enseñe cómo dominarlo.

—¿Teniente Rembert? —llamó el general Marquis.

Rembert estaba entre los soldados que vigilaban a los aldeanos y dio un paso adelante.

—¿Sí, señor?

—Reúna todo el ganado que tomamos de las aldeas y tráigalo al borde del cañón. Empuje a los animales dentro gradualmente, como lo indica el Hombre Enmascarado.

—Sí, señor —dijo Rembert—. Y ¿qué quiere que hagamos ahora con los aldeanos?

El general Marquis les lanzó una mirada amenazadora a sus cautivos.

—Por ahora, manténganlos con vida. Puede que más tarde necesitemos más comida para el dragón.

A pesar de que los aldeanos no podían escuchar al general, era evidente lo que planeaba con el teniente. Intercambiaron susurros frenéticos entre ellos y las familias se abrazaron un poco más fuerte que antes. Rook miró alrededor del campamento, intentando pensar en algo, lo que fuera, para salvar a su padre y a los demás campesinos de esa pesadilla.

Una vibración repetitiva y turbulenta se movió por el suelo mientras un caballo galopante se acercaba al campamento. Los soldados y los campesinos miraron hacia el bosque y vieron al capitán De Lange dirigiéndose hacia ellos a caballo, regresando de la batalla. Estaba histérico y se cubría un brazo herido. Desmontó de un salto y corrió hacia su superior.

—¡General Marquis! ¡General Marquis! —gritó.

El general estaba lejos de sentirse satisfecho de verlo.

—¿Por qué no está liderando el batallón hacia el Reino Encantador, capitán De Lange? ¿Ya ha llevado a sus hombres a una victoria?

De Lange cayó de rodillas y lo observó de un modo suplicante.

—Señor, mi batallón hizo todo lo posible, pero ¡nos superaron en número!

—¿QUÉ? —gritó el general.

—¿Los superaron? —exclamó Baton del mismo modo—. Pero ¡eso es imposible! ¡Enviamos trolls y soldados más que suficientes hacia el Reino Encantador!

El capitán De Lange comenzó a sollozar a los pies del general. Sabía lo que le costaría el fracaso.

—¡Contamos nuestro ejército correctamente, señor! ¡Pero no imaginamos que cientos y cientos de ciudadanos pelearían junto a ellos! Los trolls se rindieron o huyeron al Bosque de los Enanos al verlos. ¡Nos derrotaron!

El general se acercó un paso y miró a De Lange a los ojos. La lava en lo profundo del cañón a sus espaldas no era nada comparada con el fuego en los ojos de Marquis.

—¿Está diciéndome que nuestro ejército fue derrotado por los hombres y mujeres campesinos del Reino Encantador? —preguntó el general. Sus fosas nasales nunca habían estado tan anchas y su cabeza estaba tan roja que parecía a punto de incendiarse.

El capitán De Lange negó con la cabeza; tenía noticias mucho peores para darle.

—¡No solo en el Reino Encantador, señor! Los civiles lucharon junto a sus ejércitos en todos los reinos. Todos nuestros cálculos y predicciones fueron correctos, pero ¡nunca podríamos haber previsto esto! Por favor, ¡créame cuando le digo que hicimos todo lo que estaba a nuestro alcance!

El general dirigió su ardiente mirada fulminante hacia el coronel Baton, quien estaba impactado por las noticias.

—General, yo mismo supervisé los planes —dijo Baton—. Estábamos seguros de que saldríamos victoriosos.

El general apartó la vista del coronel y se alejó rápidamente de los hombres que le habían fallado. Nunca había estado tan decepcionado en toda su carrera militar.

—Teniente Rembert, su pistola —ordenó el general Marquis.

El teniente obedeció y le entregó su arma. En un abrir y cerrar de ojos, Marquis volteó hacia el coronel Baton y el capitán De Lange y les disparó a ambos en el pie. Ellos cayeron hacia atrás y se deslizaron dentro de las paredes del cañón. Gimieron mientras intentaban ponerse de pie. Un gruñido bajo vibró por el cañón y el llanto de los comandantes aumentó. Una serie de chillidos ensordecedores resonaron luego, pero no eran ruidos humanos. El sonido era como si miles de uñas estuvieran arañando un metal.

—¡El dragón despertó! —dijo el Hombre Enmascarado y todo el campamento se cubrió las orejas.

En medio de los chillidos estridentes, el campamento oyó al coronel y al capitán gritar mientras se los comían vivos. La mirada iracunda del general nunca abandonó su rostro.

Marquis le devolvió la pistola a Rembert.

—Felicitaciones, Rembert, ahora es coronel —dijo—. Ahora alimente con esos animales al dragón cuando termine con su aperitivo.

—Sí, señor —respondió Rembert y corrió a buscar el ganado robado.

El general Marquis caminó a lo largo del borde del cañón. Estaba experimentado el mayor fracaso de su vida… y el general no tomaba bien los fracasos. Más de la mitad de su ejército había desaparecido y había sido

derrotado por campesinos, como si fuera poco. En silencio, planeó cómo haría su ejército para recuperarse de esa catástrofe.

El Hombre Enmascarado se acercó a él, pero mantuvo su distancia.

—Usted comenzó esta guerra y aún puede ganarla —dijo—. Se lo repetiré: cuando tenga al dragón…

—Si me dices una vez más que lo único que necesito para ganar esta guerra es un dragón, ¡yo mismo alimentaré a la bestia con tus extremidades! —le advirtió Marquis—. Cualquier cazador sabe que no puede matar a un jabalí con una sola flecha. Se necesita una para la cabeza y otra para el corazón. Puede que el dragón sea la flecha con la que le dispararé a la cabeza de este mundo, pero si hubiera tomado las capitales y atrapado a los gobernantes de los reinos, habría tenido el corazón de este mundo. Este ejército habría sido imparable.

Rook había estado escuchando atentamente toda la conversación. Se dio cuenta de que él tenía información que el general quería.

—¡General! —exclamó, poniéndose de pie con la mano en alto—. Si busca a los reyes y reinas, yo sé dónde puede encontrarlos.

No podía creer lo que estaba haciendo; era como si su instinto de supervivencia hubiera anulado todos los otros sentidos.

El general miró con desprecio al chico y rio ante su patético intento de llamarle la atención.

—¡Cállate antes de que seas el próximo en convertirse en alimento del dragón!

—Hablo en serio —insistió. El resto de los aldeanos rogaban que él tomara asiento y cerrara la boca, pero Rook se negaba a hacerlo—. Los reyes y las reinas fueron enviados lejos antes de que sus hombres llegaran a las capitales. Yo mismo los vi, y sé dónde están.

El general Marquis ya estaba lo suficientemente enfadado, y ese aldeano que afirmaba tener respuestas que él no poseía no estaba ayudando a la situación.

—Entonces, dime dónde están —ordenó Marquis y se acercó al chico.

Rook movió la cabeza de lado a lado.

—No se lo diré a menos que libere a todos los aldeanos.

El general estaba tan molesto ante la mención de otra negociación que parecía como si la lava fuera a brotar de su interior.

—Quizás mataré a cada aldeano frente a ti hasta que me digas dónde están, ¿qué te parece?

—Disculpe, ¿general? —intervino el Hombre Enmascarado—. Con todo respeto, lo que el chico pide a cambio no es mucho. Los aldeanos son inútiles, así que no estaría perdiendo nada si le otorga lo que quiere a cambio de cualquier información que tenga.

El general Marquis le dedicó al Hombre Enmascarado la mirada más horrible hasta el momento.

—¡No tienes derecho a darme consejos! —exclamó y le golpeó el rostro.

El Hombre Enmascarado cayó al suelo y escupió sangre.

—Solo estoy intentando ayudar, general —gruñó—. Si usted pierde esta guerra, ¡yo también pierdo! ¡Me enviarán de nuevo a la prisión! ¡Quiero verlo conquistar este mundo tanto como usted!

El general lentamente recuperó el aliento y se acercó al chico.

—De acuerdo, dime lo que sabes y dejaré ir a los aldeanos —dijo con calma.

—No —replicó Rook—. Primero déjelos ir y después le diré el paradero de los monarcas.

El general miró al chico directo a los ojos, esperando que su ojo izquierdo latiera, pero no lo hizo.

—Está bien. Pero si no me entregas a los monarcas, yo mismo te mataré.

Marquis les hizo una seña a sus soldados para que dejaran ir a los aldeanos y Rook observó cómo los liberaban uno por uno y se marchaban corriendo por el bosque. Muchos de ellos dudaban de si debían dejar a Rook con los soldados, pero él les aseguro que estaría bien. Dos aldeanos sujetaron al granjero Robins y lo acompañaron fuera del campamento.

—¡No hagas esto, Rook! ¡No seas un héroe! —gritó el granjero Robins. Intentó resistirse a los hombres que lo ayudaban a escapar, pero sus heridas eran demasiado dolorosas como para poder resistir. Rook esperó hasta que su padre estuvo a salvo fuera de vista antes de darle al general la información que necesitaba.

—No sé dónde están, pero sé cómo hallarlos —dijo Rook.

—Entonces, muéstranos el camino —ordenó el general.

Rook cerró los ojos y suspiró. No fue hasta que el trato se hubo realizado que se dio cuenta de lo que había hecho, o de que por salvar a unos pocos, había arriesgado la vida de muchos.

—Perdóname, Alex —dijo en voz baja.



Si el mundo se hubiera encontrado en un mejor estado, atravesar el sendero secreto habría sido un viaje bastante agradable. Los reyes y las reinas a bordo de los carruajes estaban expuestos a áreas de sus propios reinos que nunca habían visto. Visitaron los reinos juntos y debatieron acerca de cómo hacer más fácil la vida de sus reinos reformando los tratados de sus acuerdos comerciales, y consideraron cómo sus ejércitos podrían trabajar juntos para lidiar con los criminales que viajaban entre sus fronteras.

Sin embargo, sus planes eran agridulces, porque sabían que mientras hablaban al respecto, el ejército todavía estaba suelto y pasaría un tiempo antes de que la vida regresara a la normalidad y que pudieran regresar a sus reinos.

Cada pocas horas se detenían a estirar las piernas y Ricitos de Oro les enseñaba a los viajeros algunos trucos nuevos de autodefensa como le habían pedido; ella estaba sorprendida del progreso que habían hecho en tan poco tiempo.

El viaje por el sendero secreto se había convertido en una experiencia de vinculación afectiva para todos los hombres y mujeres involucrados. Parecía que Ricitos de Oro era la que más lo disfrutaba. Prácticamente resplandecía después de cada lección y su sonrisa nunca abandonaba su rostro.

—Debo decir que nunca te has visto más hermosa —le dijo Jack a su esposa—. Nunca te he visto tan feliz antes.

—Ya me conoces, adoro una nueva aventura —respondió Ricitos de Oro —. En especial cuando me acompaña mi gallardo esposo.

Jack rio y la miró con los ojos entrecerrados.

—Te conozco demasiado bien para creer eso —dijo—. Hay algo más que no estás diciéndome, ¿no es así?

—Está bien, te lo diré. A pesar de que nunca admitiría esto frente a Roja, estar con las otras reinas, que son mujeres fuertes, inteligentes y confiadas, ha sido algo muy placentero.

Jack abrió la boca exageradamente.

—¿Quieres decir que mi esposa está disfrutando pasar tiempo entre chicas? —preguntó con los ojos burlones abiertos de par en par.

—Creo que sí —respondió Ricitos de Oro, tan entretenida de confesarlo como él de oírlo.

—Creo que incluso hay algo más detrás de esa sonrisa —señaló Jack—. Solo pones esa cara cuando estás a punto de sorprenderme con algo. Vamos, Ricitos, sabes que no me agradan las sorpresas. Solo dime si tienes un secreto.

La sonrisa de Ricitos de Oro se amplió aún más.

—Quizás tenga uno —dijo—. Pero como todos los buenos secretos, merece permanecer guardado hasta el momento adecuado.

Jack rio y movió la cabeza de lado a lado.

—Tú y tus secretos. Podríamos estar casados durante cien años y aún descubriría cosas nuevas sobre ti todos los días.

—Espero que no te moleste —dijo Ricitos de Oro con un guiño—. Soy una mujer con muchos secretos y tú solo estás arañando la superficie.

Una sonrisa tierna apareció en el rostro de Jack.

—De hecho, todo lo que descubro sobre ti me hace amarte aun más.

Ricitos de Oro se inclinó para besarlo, pero, de pronto, los caballos que jalaban de su carruaje salieron disparados hacia delante y comenzaron a galopar mucho más rápido de lo habitual. Miraron al frente y vieron que el sendero secreto, que solía serpentear a través de los territorios frente a ellos, se había convertido en una línea perfectamente recta dirigida directo al horizonte.

—¿Qué sucede? —preguntó Ricitos de Oro.

—Nos dirigimos al sudeste —señaló Jack, mirando el sol—. ¿Quizás Alex y los demás nos quieren de regreso? ¿Tal vez la guerra terminó?

Los carruajes atravesaron a toda velocidad el campo y se adentraron en los bosques del sudeste. Sin embargo, los caballos comenzaron a reducir la velocidad cuando un joven apareció en el sendero, más adelante de ellos. Era un adolescente alto con cabello castaño corto y abundante.

Roja asomó la cabeza por la ventana de su carruaje para ver qué sucedía.

—Sé que nunca he visto a ese chico antes, pero por poco podría jurar que sé quién es —dijo, preguntándose cómo era eso posible.

Los vehículos se detuvieron directo frente al muchacho. El joven alzó la vista con lágrimas en los ojos.

—¿Quién eres? —preguntó Jack.

—Lo lamento —dijo el joven.

—¿Qué es lo que la…? —pero Ricitos de Oro no tuvo la oportunidad de terminar la oración.

De pronto, cien soldados emergieron de los árboles y rodearon los carruajes. Jack y Ricitos de Oro empuñaron rápidamente sus armas, pero eran demasiados para combatirlos. Los reyes y las reinas gritaron desde el interior de los carruajes mientras les apuntaban con rifles y espadas. No había nada que pudieran hacer: la Grande Armée les había tendido una emboscada.

El general Marquis fue el último en aparecer entre los árboles. Se puso de pie detrás de Rook y le dio una palmadita en el hombro.

—Bien hecho, chico —dijo—. Muy bien hecho.



Capítulo veintisiete

La señal en el cielo

Las llamas sobre las heridas de Alex y Conner comenzaron a desvanecerse cuando el sol se puso y la noche se cernió sobre la diminuta cabaña en el bosque. Pronto, las llamas se tornaron más tenues; ardían tan poco que solo un resplandor débil cubría sus cuerpos.

—Las llamas ya casi se han extinguido —dijo Alex. Se levantó del catre y por fin pudo poner peso sobre su pierna sin sentir dolor.

—Mis costillas también se sienten bien —añadió Conner. Giró el torso y se tocó los dedos de los pies sin dificultad alguna—. ¡Nunca me he sentido mejor! ¡Parece que el fuego funcionó!

—Realmente necesitamos irnos —le explicó Alex a Hagetta.

Esta vez, la bruja no se opuso. Tomó la varita de cristal de la chimenea y se la entregó.

—Aquí tienes, cariño.

Alex inspeccionó su varita y no encontró ni un rasguño en ella: estaba como nueva.

—Nunca olvidaremos tu amabilidad —le aseguró Alex—. Si alguna vez podemos hacer algo por ti, por favor no dudes en…

Hagetta alzó una mano.

—Lo mejor que puedes hacer es prometerme que se cuidarán —dijo con calidez—. No comprendo por qué cargas tan pesadas recaen sobre hombros tan jóvenes, pero cuanto más erguidos se paren, menor es el peso que sentirán. Nunca permitan que nada les quiebre el espíritu, niños. El valor es algo que nadie puede quitarles.

Alex y Conner intercambiaron una sonrisa bondadosa con ella. Ricitos de Oro les había dicho lo mismo una vez, y ahora sabían de quién lo había

aprendido.

—Parece que siempre caemos de pie —dijo Conner—. Salvo esa vez que nos viste caer en picada y por poco morimos; pero gracias a ti, ¡incluso nos recuperamos de esa situación!

Alex se asomó debajo de la mesa.

—¿Estás listo para partir, Lester?

—¡Squaaa! —graznó el ganso. Agitó las patas y por poco voltea la mesa en el proceso.

—Genial, entonces vámonos…

De pronto, alguien golpeó fuerte la puerta de Hagetta. Los cuatro voltearon hacia ella de inmediato.

—¿Esperas compañía? —preguntó Conner.

—No —respondió Hagetta. Estaba igual de alarmada que los mellizos por el sonido de un visitante—. Rápido, ocúltense detrás del caldero para que nadie los vea.

Los mellizos se agazaparon detrás del objeto. Lester se escondió de nuevo debajo de la mesa y Hagetta colocó un gran mantel sobre él para protegerlos mejor. Alex apuntó su varita hacia la puerta, preparándose para lo peor.

Hagetta abrió apenas la puerta y espió fuera.

—¿Puedo ayudarlo? —le preguntó a quien había golpeado.

—Hola, lamento molestarla, pero estoy buscando a unos jóvenes, una chica y un chico. Le dispararon al ganso en el que volaban y los vieron aterrizar en el bosque cerca de esta zona —dijo una voz familiar—. ¿Los ha visto?

Con cuidado, Hagetta abrió la puerta un poco más para que los mellizos pudieran ver quién estaba del otro lado.

—¡Amarello! —exclamó Conner y apareció detrás del caldero.

—Está bien, Hagetta, es un amigo —dijo Alex.

La mujer le permitió entrar y él saludó a los mellizos con abrazos enormes. Nunca había estado tan feliz de verlos.

—¡Alex! ¡Conner! ¡Gracias al cielo que están bien! He estado buscándolos por todas partes.

Su comportamiento alegre confundió a los mellizos, ¿acaso no estaban en medio de una guerra? ¿No sabía que habían atacado el Imperio de los Duendes y otros territorios?

—Amarello, ¿por qué no estás en el Reino Encantador? —preguntó Alex —. ¡La Grande Armée ha comenzado sus ataques! ¡Lo vimos atacar el Imperio de los Duendes!

—Estábamos a punto de advertírselos a ustedes y al resto de las hadas —dijo Conner.

—¡Ya lo sabemos! Todos los reinos han sido atacados, excepto el Reino de las Hadas —les informó.

Alex se cubrió la boca y las lágrimas llenaron sus ojos.

—¡Oh, no! —dijo ella—. ¡Nunca esperábamos que atacaran todos los reinos a la vez! ¡No hicimos un plan para esa situación! ¡Les dije a todos que dividieran a la mitad sus ejércitos! ¡Los dejé en desventaja numérica!

Amarello colocó las manos sobre los hombros de la chica y la miró directo a los ojos.

—Alex, no tienes que sentirte mal. Incluso con la mitad de los ejércitos oculta, ¡nosotros logramos superarlos en número a ellos!

El corazón de los hermanos comenzó a acelerarse, pero por primera vez en un buen tiempo, latían de un modo positivo. ¿Les estaba dando buenas noticias o estaban imaginándolo?

—¿Dijiste que superaron en número al ejército? —preguntó Conner—. Pero ¿cómo es posible? Tenían el doble de soldados que nosotros.

Una sonrisa orgullosa apareció en el rostro de Amarello.

—Parece que ambos bandos cometieron un error de cálculos. Ellos contaron los números de los ejércitos de los reinos después de que se dividieran y solo enviaron suficientes soldados para enfrentar a esa cifra. Y parece que nosotros no incorporamos al ejército olvidado en nuestra cuenta estimativa.

—¿Qué ejército olvidado? —preguntó Alex. Su mente funcionaba a toda velocidad intentando recordar un reino o un territorio que no hubieran contado.

—¡Los ciudadanos! —exclamó Amarello—. ¡Nunca he visto algo igual! En cuanto la Grande Armée y los criminales que reclutaron cruzaron la frontera y entraron al Reino Encantador, ¡todos los civiles que quedaban en sus hogares se unieron a nuestro ejército en la lucha! Y no ocurrió solo en el Reino Encantador; ¡he escuchado de Cielene, Rosette, Tangerina y Coral que lo mismo ha sucedido en los otros reinos!

—¡Eso es maravilloso! —dijo Conner y lanzó un puño festivo en el aire. Sonaba demasiado bueno para ser verdad y Alex quería comprender todos los hechos antes de ilusionarse.

—Espera un segundo. ¿Estás diciéndome que la mayor parte de la Grande Armée ha sido eliminada y que todavía tenemos la mitad de los ejércitos de la Asamblea del Felices por Siempre escondidos y esperando reaparecer?

—¡Sí! —Amarello asintió.

—Entonces, ¡eso significa que ahora nosotros los superamos a ellos en número! ¡Y por mucho! —concluyó Conner con alegría.

—¡Así es! —dijo Amarello y alzó a ambos mellizos en el aire y los hizo girar por la cabaña—. Después de todo, ¡quizás podamos ganar esta guerra!

Los chicos estaban tan felices de escuchar eso que gritaron y saltaron por la cabaña. Su festejo se detuvo cuando Alex recordó que podría haber más que solo soldados en juego.

—Amarello, la guerra aún no ha terminado —dijo ella—. ¡Existe la posibilidad de que la Grande Armée haya conseguido un huevo de dragón! ¡Aún necesitamos reunir a cada soldado que podamos y llegar al Reino de las Hadas antes que la Grande Armée! ¡Apuesto a que están planeando atacarlo último!

—Pero eso es imposible —respondió Amarello—. Los dragones han estado extintos durante miles y miles de años.

—Me temo que es muy posible —replicó Hagetta—. Yo nunca he visto uno, pero ha habido rumores en la comunidad de las brujas durante mucho tiempo de que uno o dos se preservaron.

Amarello suspiró y las llamas de su cabeza y hombros se redujeron mientras pensaba al respecto.

—Entonces, no perdamos ni un minuto más —dijo el hada—. Alex, es hora de la señal. Regresemos al Reino de las Hadas; los ejércitos de los otros reinos deberían tardar solo uno o dos días en reunirse con nosotros allí.

—No, eso no es suficiente —dijo Conner—. Necesitamos llevar a todos esos hombres al Palacio de las Hadas ahora mismo. En cuanto el general se entere de que sus unidades han sido derrotadas querrá volver a atacar pronto.

—Pero no puedes llevar a miles y miles de hombres al mismo lugar a la vez —replicó Amarello—. No existe un barco volador o un sendero secreto lo suficientemente grande.

Alex permaneció muy callada y pensó al respecto.

—Tendrá que ser un hechizo; probablemente el mayor acto de magia que se haya hecho en la historia del mundo de los cuentos de hadas. La señal debe alertar a todos los soldados y transportarlos al Reino de las Hadas al mismo tiempo.

—Pero, ¿quién o qué es tan poderoso? —preguntó Conner—. Creo que ni la Abuela ni la Hechicera habrían logrado hacer algo semejante.

Amarello y Alex se miraron pero ninguno de los dos tenía una respuesta o una idea. Alex pensó en las clases de magia con su abuela; si ella podía

visualizar algo lo suficientemente bien, sabía que podía lograrlo. Pero ¿qué podría visualizar que cumpliera con ese cometido?

Hagetta se aclaró la garganta.

—Si estuviera en su lugar, usaría al cielo nocturno como un aliado —dijo la bruja—. En tiempos difíciles, la mayoría de las personas busca guía en las estrellas.

Eso era exactamente lo que Alex necesitaba escuchar. Abrió mucho los ojos y alzó la vista al techo de la cabaña mientras la idea aparecía en su cabeza. La imaginó a la perfección, como si estuviera viéndola proyectada en el techo encima de ella.

—¡Ya sé qué tiene que ser el hechizo! —dijo—. Necesitaré ayuda, ¡pero creo que es lo suficientemente loco para funcionar!

—Nunca nos has decepcionado antes —le aseguró Amarello.

Sus palabras eran alentadoras, y Alex necesitaba aliento ahora más que nunca.

—Amarello, quiero que reúnas a todas las hadas designadas en todos los reinos y que nos encontremos de nuevo en el Reino de las Hadas —explicó Alex—. Conner y Lester, ustedes vendrán conmigo.

—Los veré allí —dijo Amarello, haciéndoles una reverencia a Alex y Conner; estalló en chispas titilantes y desapareció.

—¿Adónde vamos? —preguntó Conner, pero antes de que ella pudiera responder, su hermana salió corriendo de la cabaña hacia el jardín cubierto de césped que estaba afuera. Conner y Lester la siguieron con rapidez y Hagetta los observó desde la puerta.

Alex montó a Lester y tomó las riendas. Le hizo un gesto a Conner para que hiciera lo mismo y esa vez él se sentó detrás de ella en el ganso.

—Lester, quiero que vueles en el cielo lo más alto posible —le ordenó, y el animal asintió con entusiasmo.

—Entonces, ¿qué harás? —le preguntó Conner a su hermana—. Este podría ser el hechizo más importante que harás en toda tu vida… ¡no es por presionarte ni nada!

Alex miró por encima de su hombro con los ojos resplandecientes.

—No se trata de lo que haré, sino de lo que haremos.

—¿Eh? ¿Qué se supone que haré yo? —preguntó Conner.

—Ya lo verás —dijo Alex con una sonrisa traviesa—. Muy bien, Lester, ¡vámonos!

El ganso extendió sus enormes alas y marchó hacia delante. Los mellizos se despidieron con la mano de Hagetta mientras Lester se alzaba en el cielo.

—¡Gracias por todo, Hagetta! —exclamó Conner.

—¡La mejor de las suertes, niños! —dijo, agitando la mano.

Volaron tan alto en el cielo nocturno que la cabaña de la bruja desapareció de vista. Lo único que veían era un mar de árboles que se extendía en la distancia por kilómetros a la redonda. Lester batió sus alas de manera incansable hasta que el aire se hizo tan escaso que no pudo volar más alto.

—Así está bien, chico —dijo Alex, y alzó la varita sobre su cabeza—. Conner, sujeta mi varita conmigo; me ayudarás a hacer esto.

—¿Yo? ¡No sé cómo hacer magia!

—Sí que lo sabes —le aseguró Alex—. Eres tan capaz como yo, ¡solo debes creerlo! Sin importar cuánto lo niegues, hay tanta magia en tu sangre como en la mía. La abuela me enseñó que la clave para hacer magia es tener confianza; y con tu ayuda, sé que podemos hacer que este hechizo funcione.

Conner vaciló.

—Está bien, pero si no funciona, no es culpa mía.

—¡Sé que lo hará! —dijo Alex—. ¡Solo cree que puedes hacer esto! Y sujétate, ¡estamos a punto de viajar muy rápido!

A regañadientes, Conner sujetó el extremo de la varita de su hermana y la alzaron juntos.

Parecía que el mundo se movía en cámara lenta mientras alzaban la varita sobre sus cabezas. Los mellizos podían sentir la magia corriendo por sus cuerpos y dentro de la varita que sujetaban. No solo la sentían surgiendo de su interior, sino que también sentían que viajaba por el aire que los rodeaba. Era como si estuvieran invocando toda la magia del mundo para ayudarlos a realizar ese hechizo.

Los chicos apuntaron la varita al cielo directamente frente a ellos y una inmensa explosión de luz blanca brotó de la punta y los rodeó. Como una bala de cañón, salieron disparados en el aire hacia el Reino de las Hadas. Alex y Conner se habían transformado, junto a Lester, en una estrella fugaz que atravesaba a toda velocidad el cielo, más rápido que cualquier otro viaje que hubieran realizado.

Era tan brillante que todos y todo en los reinos debajo alzaron la vista, maravillados. Al verlo, cada soldado de los ejércitos de la Asamblea del Felices por Siempre, en servicio o escondido, se trasformó en una esfera de luz y de inmediato salieron disparados por el cielo para unirse a los mellizos. Cuantos más reinos atravesaban, más soldados se unían a ellos, y la estrella se volvía más grande. Era como si miles y miles de estrellas fugaces hubieran despegado del suelo y se hubiesen fundido para formar un cometa masivo.

Con un movimiento de varita, Alex y Conner habían ejecutado el mayor acto de magia jamás realizado. Unieron a todos los ejércitos del mundo para poder derrotar al ejército que había amenazado su hogar. Juntos, atravesaron el cielo nocturno, dirigiéndose al Palacio de las Hadas con luz suficiente para reiniciar el sol.



Capítulo veintiocho

La batalla por el reino de las hadas

Emerelda y Mamá Gansa caminaban de un lado a otro en el gran balcón del Palacio de las Hadas. Una a una, el resto de las hadas del Consejo apareció junto a ellas. Amarello fue el último en llegar después de reunir a las demás hadas y de inmediato corrió hacia la barandilla y observó los jardines de abajo.

—¿Ya han regresado Alex y Conner con los otros ejércitos? —les preguntó a las demás.

—¿A qué te refieres con «los otros ejércitos»? —preguntó Emerelda.

—Ami, tranquilízate un segundo y dinos que está sucediendo —pidió Mamá Gansa. Amarello volteó hacia las hadas y sus llamas titilaron mientras se ponía ansioso.

—Alex y Conner iban a reunir a los ejércitos de los otros reinos y traerlos aquí antes de la llegada de la Grande Armée.

—Pero todos esos soldados tardarían días en llegar aquí —dijo Violetta.

—Alex iba a realizar un hechizo para que todos pudieran llegar al mismo tiempo —explicó Amarello.

—¿Qué clase de hechizo podría hacer algo semejante? —preguntó Cielene.

—Eso requeriría más magia que todos nuestros poderes combinados —añadió Tangerina.

Amarello se frustró ante la falta de fe de los demás y sus llamas se avivaron.

—Damas, hemos confiado en ella desde el comienzo; no podemos empezar a dudar de su capacidad ahora.

Mamá Gansa se acercó a la barandilla y fijó la vista en algo que se movía entre los árboles, más allá de los jardines.

—Bueno, espero que el hechizo que realizó funcione, ¡porque la Grande Armée está aquí! —señaló.

Las hadas también se acercaron a la barandilla y miraron a la distancia. Dos mil de los soldados restantes de la Grande Armée aparecieron entre los árboles. Salían de todas direcciones y rodearon por completo los jardines del Palacio de las Hadas. Los soldados se formaron en filas y alzaron los rifles. Arrastraron los cañones y los apuntaron hacia el palacio.

En el límite de los jardines, alrededor de una docena de soldados clavaron siete postes altos en el suelo y apilaron montones de heno y ramitas secas en la base de los palos.

—¿Qué rayos están haciendo? —preguntó Rosette.

Tres carruajes aparecieron y los condujeron hasta los palos. Solo el primer carro estaba tirado por caballos, mientras que los otros dos lo seguían detrás, mágicamente. Las hadas en el balcón gritaron y se cubrieron la boca en cuanto se dieron cuenta de que eran los mismos carruajes que habían enviado por el sendero secreto. Podían ver a los reyes, las reinas y los otros atrapados dentro.

Bajaron a la fuerza a los monarcas de los carruajes y los llevaron hasta los palos. Arrebataron a la Princesa Esperanza y la Princesa Huma de los brazos de sus madres y las metieron dentro de un carruaje junto a Emmerich y Bree.

Ataron a la Reina Cenicienta y al Rey Chance al primer palo, a la Reina Rapunzel y al Rey Chase al segundo, a la Reina Blancanieves y al Rey Chandler al tercero, a la Reina Rapunzel y a Sir William al cuarto y a la Reina pequeña Bo al quinto. Jack y Ricitos de Oro también estaban incluidos, y los amarraron al sexto palo. Rani y Roja estaban atados al séptimo.

—Si tan solo me escucharan un segundo, podría explicarles que yo ya no soy la reina —intentó decirle Roja a uno de los soldados de la Grande Armée —. Ella es la reina ahora; ella ganó las elecciones y por lo tanto, ¡que la ejecuten en público es una de sus responsabilidades, no mía!

Inclinó con rapidez la cabeza hacia la pequeña Bo, pero el soldado no estaba escuchando ni una palabra de su boca.

Un grupo de soldados del Ejército comenzó a tocar los tambores mientras otros encendían antorchas y se ubicaban cerca de los miembros de la realeza. El Consejo de las Hadas estaba a punto de presenciar una horrible ejecución. El general Marquis se puso de pie sobre el carruaje del medio e hizo un

anuncio para todas las hadas que estaban en los jardines y en el palacio frente a él.

—¡Hadas! ¡Esta es la única oportunidad que tienen de rendirse ante la Grande Armée! —afirmó—. Aprovéchenla y les perdonaré la vida a los líderes de su mundo. De lo contrario, ¡los verán sufrir una muerte horrible!

—¡Elijan la primera opción! —le gritó Roja al Consejo.

Las hadas que vivían en los jardines observaban la situación escondidas entre las plantas y los árboles. Estaban aterrorizadas por lo que veían, pero había demasiados soldados como para que ellas pudieran hacer algo al respecto.

—Tienen hasta la cuenta de tres —gritó el general—. Uno…

Las hadas de los jardines alzaron la vista hacia los miembros del Consejo que estaban en el balcón. Les rogaron en silencio que hicieran algo.

—Dos… —el Consejo de las Hadas intercambió susurros, pero nadie tenía una solución.

»¡Tres! —gritó el general, insatisfecho, con el ceño fruncido. Había estado esperando que las hadas se rindieran pero, para su sorpresa, permanecieron en el balcón sin hacer nada—. ¡Se les acabó el tiempo! *Les graver sur!*

Los soldados lanzaron las antorchas sobre las pilas de ramas y heno seco alrededor de los palos y la ejecución comenzó. Muchas de las reinas gritaron y los reyes pidieron ayuda a los gritos. Las llamas se hacían más y más altas. Estaban a segundos de que los quemaran en la hoguera a menos que las hadas los ayudaran.

—Mamá Gansa, quédate aquí y protege el palacio —dijo Emerelda—. El resto, síganme. No nos rendiremos, pero debemos detener esto antes de que maten a alguien.

—Por favor Alex, apresúrate —susurró Amarello.

Muchos destellos de luz aparecieron en el límite de los jardines, y Emerelda, Amarello, Tangerina, Cielene, Rosette, Violetta y Coral se materializaron frente a los soldados. Todos los cañones y los rifles les apuntaban, esperando la orden de abrir fuego. Emerelda bajó las manos y el fuego en la base de los palos se desvaneció.

—¡Deja de apagar esas llamas a menos que quieras que mis hombres abran fuego! —gritó el general.

Había demasiadas armas y cañones apuntándoles como para que las hadas pudieran protegerse bien a tiempo. Si el general les ordenaba a sus hombres que dispararan, no había modo de que las hadas sobrevivieran.

—Eres un hombre maligno, Marquis —dijo Emerelda—. Y por desgracia para ti, has intentado dominar a un mundo que no tolera a los malvados. Quizás hoy no podamos evitar que tu ejército se apodere de nuestro reino, pero te detendrán. No ganarás esta guerra; ¡este mundo no te lo permitirá! ¡Este mundo no te quiere aquí! Desata a esos hombres y mujeres de inmediato y admite tu derrota con dignidad o sufre las consecuencias cuando los otros ejércitos lleguen.

Los soldados de la Grande Armée miraron, nerviosos, alrededor de los jardines de las hadas, pero el general no se vio afectado en absoluto. La advertencia de Emerelda solo lo enfureció más. Le habían dado tantos ultimátum que no podía tolerar ni uno más.

—¡Disparen a discreción! —les gritó a sus hombres. El ejército cargó los cañones y montó los rifles. Los jardines vibraban de pánico mientras las hadas temían que el enemigo estuviera a punto de asesinar al Consejo frente a sus propios ojos.

De pronto, una luz brillante inundó el cielo cuando una estrella fugaz apareció. Llamó la atención de todos, en especial la del general y los soldados de la Grande Armée. Nunca habían visto algo semejante en su mundo… pero los habitantes del mundo de los cuentos tampoco. Era demasiado brillante para ser una estrella común y crecía cada vez más a medida que se acercaba al Reino de las Hadas.

—¡Cúbranse! —les ordenó el general a sus hombres, y bajó del carruaje a toda prisa. Todos los soldados de la Grande Armée ser tumbaron al suelo y se cubrieron la cabeza. El Consejo y las hadas de los jardines permanecieron quietos mientras observaban la estrella, asombrados: sabían que era un acto de magia. Alex y Conner habían llegado.

La estrella cayó en el centro de los jardines con un impacto tan fuerte que causó que una brisa masiva empujara las plantas y extinguiera las llamas que crecían alrededor de los postes. Cuando la brisa se desvaneció y el polvo se disipó, el Consejo de las Hadas vio a Alex y a Conner sobre Lester en medio de los jardines, rodeados de los ejércitos del Reino Encantador, la República de Bo Peep, el Reino del Este, el Reino del Norte, el Reino del Rincón y el Gran Lago Troblin. El hechizo de los mellizos había funcionado.

Fue una de las cosas más espectaculares que cualquiera en el Reino de las Hadas hubiera visto jamás. Todos miraron la escena, asombrados, en especial los soldados que acababan de llegar. Hacía segundos habían estado en sus propios reinos.

—¡Ese fue un gran hechizo, Alex! —exclamó Conner. Estaba un poco mareado por el viaje.

Alex miró su nuevo entorno y una gran sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Lo logramos, Conner! ¡Trajimos a los ejércitos hasta aquí! —dijo y le dio a su hermano un abrazo gigante.

—Aunque parece que la Grande Armée nos ganó —señaló frente a ellos.

Todo el orgullo causado por su logro se desvaneció cuando vieron al Consejo de las Hadas de pie frente a la Grande Armée en el límite de los jardines. Para su completo horror, se dieron cuenta de que el enemigo había capturado a los reyes, las reinas y también a sus amigos, y sintieron que el estómago les dio un vuelco.

—¡Capturaron a todos los que estaban en el sendero secreto! —chilló Conner.

—¿Cómo es posible? —exclamó Alex—. ¡Alguien debe habernos traicionado! ¡Los únicos que hubieran podido encontrarlos eran las personas que los vieron embarcarse en el sendero secreto!

Los soldados del ejército de la Grande Armée se pusieron de pie con rapidez y apuntaron con sus rifles y cañones no solo al Consejo de las Hadas, sino también a todos los que los rodeaban en los jardines.

—Creo que es un ministerio que tendremos que resolver después —dijo Conner.

—¡Ustedes dos piensen en un plan y refúgiense! ¡Los retendré lo máximo que pueda! —les gritó Emerelda a los mellizos por encima del hombro.

—¡Disparen! —ordenó el general Marquis cuando se puso de pie—. ¡Mátenlos! ¡Mátenlos a todos!

Emerelda alzó las manos y un manto grueso de luz color esmeralda rodeó el palacio y los jardines. El manto funcionaba como un campo de fuerza temporario para protegerse de los disparos de los cañones y los rifles. Emerelda tuvo que utilizar hasta sus últimas fuerzas para invocarlo.

—¡Rápido! —gruñó ella—. ¡No puedo mantenerlo durante demasiado tiempo!

Alex no podía pensar; estaba en estado de shock después de haberse enterado de que uno de los suyos le había contado a la Grande Armée acerca del sendero secreto. Conner no esperó a consultar a su hermana: desmontó a Lester de un salto y comenzó a darles órdenes a los soldados y a las hadas que los rodeaban. Tenían que pensar en una estrategia lo más rápido posible.

—De acuerdo; ¡hombres, sé que tengo la mitad de su edad y tamaño pero escúchenme! —gritó—. Quiero que todos bordeen el límite de los jardines y

que no permitan que la Grande Armée pase. Los soldados del Reino del Norte protegerán el lado norte junto a Cielene. Las tropas del Reino Encantador protegerán el lado sur con Amarello. Los soldados del Reino del Este cuidarán del lado este con Tangerina. El ejército del Reino del Rincón se ocupará del lado oeste junto a los soldados de la República de Bo Peep. No podemos permitirles que lleguen al Palacio de las Hadas.

Los ejércitos dudaban de si tenían que obedecer las órdenes de un chico de catorce años.

—¿Qué? ¿Acaso no fui claro? —preguntó Conner.

—¡Ya oyeron al chico! —exclamó Sir Lampton, viniendo al rescate de Conner—. ¡Rodeemos los jardines!

Los soldados siguieron a Lampton y se separaron en las direcciones que Conner les había indicado. El muchacho sintió que alguien jalaba de su camiseta. Volteó y vio a la Reina Trollbella de pie a sus espaldas.

—¿Qué hay de nosotros, Mantecoso? —preguntó ella, y agitó las pestañas —. ¿Qué quieres que haga el ejército Troblin?

—¿Trollbella? ¿Quién te invitó a esta guerra? —preguntó Conner, histérico.

—No podía quedarme en casa mientras mis troblins venían y se divertían en grande, así que me uní a mi propio ejército —dijo ella, y después jaló de él para inclinarlo y así poder susurrarle al oído—: Tampoco podía permitir que mi Gator fuera solo a la guerra; me extrañaría demasiado.

Trollbella le lanzó un beso a Gator, quien estaba a pocos metros de distancia, y él tragó con dificultad: la relación que él nunca había accedido a tener se había salido demasiado de control. Conner miró al ansioso Ejército Troblin a su alrededor y se le ocurrió la tarea perfecta para ellos.

—¡Rosette! ¡Violetta! ¡Coral! —llamó a las hadas restantes—. Antes de que atacaran al Imperio de los Duendes, ellos habían accedido a ayudarnos; tenemos hombres más que suficientes aquí, pero dado que ellos no llegaron con nosotros supongo que eso significa que aún están luchando contra la Grande Armée en su propio territorio. Quiero que las tres lleven la mayor cantidad posible de troblins al Imperio de los Duendes y que los ayuden.

—¿Quieres que ayudemos a los duendes? Pero se escandalizarían si apareciéramos allí… —Rosette no pudo evitar mover la cabeza de un lado a otro ante su pedido.

—¡Los duendes pueden presentar una queja después! —dijo Conner—. ¡Tenemos que deshacernos de todos estos tipos sin importar cuántos lazos cortemos!

Rosette, Coral y Violetta se encogieron de hombros y aceptaron la tarea.

—De acuerdo, troblins: tómense de las manos y sujétense fuerte —indicó Coral.

El ejército troblin obedeció y formó tres grupos, uno alrededor de cada hada. Lentamente, desaparecieron en medio de nubes resplandecientes de polvo colorido mientras viajaban hacia el Imperio de los Duendes. Trollbella también había tomado las manos de sus soldados, pero Conner sujetó a ella y a Gator y los separó del grupo antes de que desaparecieran junto a los demás.

—¡Tú no, Trollbella! —dijo Conner—. Quiero que tú, Gator y los troblins que quedan esperen en el Palacio de las Hadas. Será el lugar más seguro.

Trollbella lo miró como si esa fuera la cosa más dulce que alguien le hubiera dicho.

—Incluso en la guerra, mi seguridad es tu mayor preocupación —dijo la reina—. Siento tu amor como un manto cálido sobre mi cuerpo, Mante…

—Sí, sí, sí; ¡solo váyanse! —Conner la empujó a ella y a Gator hacia el palacio.

—¡Todos cúbranse! —gritó Emerelda. Ya no podía demorar las balas y los cañones y cayó de rodillas. El manto de luz esmeralda se desvaneció con la misma rapidez con la que había aparecido. Los ejércitos de la Asamblea del Felices por Siempre se refugiaron detrás de los árboles y las rocas mientras se movían hacia sus posiciones entre la Grande Armée y los jardines.

Conner montó de nuevo a Lester y, con un gran aleteo, el ganso llevó a los mellizos junto a Emerelda. Alex apuntó su varita hacia los soldados que les disparaban, y sus rifles se convirtieron en largas serpientes que se enrollaron alrededor de sus manos.

Emerelda estaba tan cansada que a duras penas podía mantenerse en pie. Los mellizos la ayudaron a incorporarse y la subieron al lomo del animal.

—Lester, lleva a Emerelda al Palacio de las Hadas —dijo Alex.

El ganso graznó y despegó con el hada verde sobre su lomo. Conner miró alrededor de los jardines y vio que la mayoría de los ejércitos habían logrado llegar a sus puestos asignados.

—Ahora, ¿qué hacemos? —le preguntó Alex a su hermano.

—Llevaremos a la realeza y a nuestros amigos a un lugar seguro —dijo Conner.

Los mellizos corrieron hacia el frente de los jardines, donde habían colocado los carruajes y los postes.

—¡Mátenlos! —ordenó el general mientras los hermanos corrían hacia ellos.

—Pero, señor, son niños —replicó el coronel Rembert.

—Si quieren luchar como adultos, entonces deberán morir como tales —dijo el general Marquis—. Ahora, ¡disparen!

Los soldados de la Grande Armée que lo rodeaban y custodiaban a los nobles cautivos apuntaron sus rifles directo hacia los mellizos. Alex alzó la varita y la agitó hacia sus pies. Las enredaderas, como si fueran redes hechas de hojas, salieron disparadas del suelo y tumbaron al general y sus hombres. Ellos lucharon contra las plantas, pero Alex sabía que no los sujetarían por mucho tiempo.

—¡Bien hecho, Alex! —dijo Rani.

—¡Buen trabajo! —exclamó Jack.

—¡Desátame primero a mí! —gritó Roja.

Alex apuntó con su varita a la palma de su hermano y una espada de plata, larga y brillante, apareció en su mano. Él utilizó la espada para cortar primero las cuerdas que sujetaban las manos de Rani y de Roja. Mientras Conner cortaba las ataduras, Alex montaba guardia.

Muchos soldados de la Grande Armée corrieron a ayudar a su general y Alex agitó su varita en el aire hacia ellos. Antes de que pudieran disparar, sus rifles se transformaron en rosas de tallo largo que pincharon sus dedos.

—Jack —le susurró Ricitos de Oro a su esposo, que estaba atado a su lado.

—¿Sí, mi amor?

—Necesito decirte algo, y puede que ahora sea la única oportunidad que tenga.

—Puede que este sea el peor aprieto en el que hemos estado hasta ahora, pero no hay necesidad de despedidas —dijo él.

—No, no es eso —replicó Ricitos de Oro—. Es lo que no te conté en el sendero secreto. Jack, estoy embarazada.

Como si el mundo se hubiera pausado de pronto, Jack perdió la capacidad de oír y de pensar. Lo único que veía era a su hermosa esposa junto a él y en lo único que podía pensar era en la maravillosa noticia que había compartido con él.

—¿Qué? —dijo Jack con una enorme sonrisa—. ¿Lo dices en serio?

Ricitos de Oro sonrió y asintió con alegría.

—Sí… ¿Te hace feliz?

Jack rio y las lágrimas llenaron sus ojos.

—A pesar de que apenas logramos sobrevivir a una ejecución y de que la guerra nos rodea, me has hecho el hombre más feliz del mundo.

Conner corrió hacia ellos y cortó las cuerdas que rodeaban sus manos y pies.

—Ahora mismo se ven demasiado felices para estar en medio de una guerra —dijo él y los observó con extrañeza.

—Alex, ¿podrías equiparnos? —preguntó Ricitos de Oro, y ella y Jack extendieron sus manos vacías. Alex movió levemente su varita hacia ellos y les otorgó una espada y un hacha.

—Nosotros terminaremos de desatar a los nobles; ustedes pongan a los chicos a salvo —les dijo Jack a los mellizos. Señaló al carruaje a sus espaldas, donde Bree y Emmerich estaban atrapados. La puerta del carruaje estaba trabada, pero Conner la abrió con un golpe de su espada; estaba impresionándose a sí mismo con su manejo del arma.

—¡Conner! ¡Me alegra tanto verte! —Bree le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Están bien? —les preguntó Conner a sus amigos.

—Muertos del susto, pero estamos bien —dijo Emmerich con los ojos abiertos de par en par. Él sostenía en brazos a la Princesa Huma y Bree ayudó a la Princesa Esperanza a bajar del carruaje después de ella. Conner silbó para llamar a Lester y el ganso regresó del palacio en cuestión de segundos.

—Lester, ¡lleva a estos cuatro al palacio también! Asegúrate de que entren a salvo; significan mucho para mí.

Lester le hizo un saludo con la punta de su ala y se agazapó para que Bree y Emmerich pudieran montarlo.

—¿Vienes con nosotros? —le preguntó Bree a Conner.

—Iré pronto —le guiñó un ojo—. Pero no te preocupes.

—Imposible —dijo ella.

Esa respuesta hizo que Conner se sintiera extraordinario, pero sabía que ese no era momento de ser sentimental. Asintió mirando a Lester y el ganso despegó hacia el palacio con sus amigos antes de que Bree pudiera verlo sonrojarse de nuevo. Bree y Emmerich sujetaron a las princesas con fuerza mientras volaban. Conner los observó marcharse hasta que los vio aterrizar a salvo en el gran balcón, a lo lejos.

El sonido de los disparos y los cañones se escuchaban cada vez menos a medida que la Grande Armée comenzaba a quedarse sin municiones. La mayoría de los soldados franceses dejaron a un lado sus armas de fuego y atacaron hacia los jardines con sus espadas. Las tropas de la Asamblea del Felices por Siempre emergieron de entre los árboles y las rocas que los

protegían, y los enfrentaron. El eco de los disparos fue reemplazado por el choque de espadas: la verdadera lucha había comenzado.

Jack y Ricitos de Oro cortaron todas las cuerdas que amarraban a los reyes y reinas a los postes. La pequeña Bo fue la última que liberaron, pero parecía que lo último en lo que pensaba era en que la rescataran. Buscó con la mirada entre las filas de los soldados de la Grande Armée que rodeaban los jardines, como si hubiera perdido a alguien en la multitud. Cuando Jack cortó las ataduras de sus muñecas, ella corrió directo hacia los jardines sin explicar adónde se dirigía.

—¡Regresa! ¡Es peligroso! —le gritó Rani.

—Deberíamos haberla mantenido atada —dijo Roja.

—Creo que tal vez está en shock —supuso Rani—. Vamos, cielo, ¡debemos atraparla antes de que la maten!

—¿Debemos hacerlo o es solo lo que correspondería hacer? —preguntó Roja con una mirada maliciosa. Antes de que pudiera seguir discutiendo, Rani arrastró a Roja hacia los jardines con él, decidido a salvar a la reina.

Cenicienta y la Bella Durmiente corrieron hacia el carruaje en el que habían encerrado a sus hijas y se alarmaron al ver que ya no estaban allí.

—¿Dónde están las niñas? —preguntó Cenicienta desesperada, mirando hacia los árboles a su alrededor.

—No se preocupen, las envíe con mis amigos al palacio —respondió Conner—. Están a salvo.

—Oh, gracias al cielo —dijo la Bella Durmiente y colocó una mano sobre el hombro de Cenicienta. Su postura se relajó tanto que por poco se hundieron un metro en el suelo al saber que sus hijas estaban a salvo.

—También deberíamos escoltar a los reyes y reinas hasta el palacio —sugirió Ricitos de Oro.

—¡No! ¡Dijimos que queríamos ayudar a nuestros ejércitos a luchar, y era en serio! —insistió Blancanieves.

Todos los monarcas asintieron con entusiasmo como ella.

—Sus Majestades, con todo el debido respeto, esta es una guerra de verdad y un par de lecciones junto a la carretera con palos largos no están a la altura de lo que combatiremos esta noche —dijo Jack.

Rapunzel se dirigió hacia Conner con rapidez.

—¿Era cierto que nuestro pueblo estaba luchando contra la Grande Armée en casa? —le preguntó a él, y aquello acaparó la atención de todos los monarcas—. Escuchamos a los soldados hablando de eso cuando nos tomaron como prisioneros, pero ¿es cierto?

—Sí —les informó Conner—. Deben estar muy orgullosos de sus ciudadanos; son geniales.

Los reyes y reinas intercambiaron miradas y la misma sonrisa confiada apareció en sus rostros.

—Entonces, no tengo intenciones de buscar refugio —le dijo Chance al grupo—. ¡Si nuestros pueblos pueden ser tan valientes, nosotros también podemos!

El general y los soldados, tumbados en el suelo, comenzaron a liberarse de las enredaderas que los sujetaban. Alex agitó su varita y más plantas crecieron, pero no había tiempo para que Jack y Ricitos de Oro o los mellizos discutieran con los monarcas entusiasmados.

—De acuerdo, nosotros lideraremos nuestra pequeña flota hacia la batalla —dijo Ricitos de Oro—. Pero ¡sígannos de cerca y cuídense unos a otros!

—¡No se vayan sin protección! —Alex apuntó su varita hacia cada uno de ellos, y espadas y unos escudos aparecieron en sus manos.

—Nunca creí que diría esto, pero ¡a luchar! —Cenicienta alzó su espada en el aire. El resto de los monarcas hizo lo mismo, y Jack y Ricitos de Oro los llevaron hasta los jardines para que pelearan junto a sus ejércitos.

Conner miró alrededor de los jardines. Las tropas de la Asamblea del Felices por Siempre ahora estaban luchando contra los soldados de la Grande Armée por todo el jardín. Era difícil distinguir qué soldado pertenecía a cada reino. Resistían el avance del enemigo, pero los troblins que estaban en los escalones delanteros del palacio parecían muy preocupados a medida que la batalla se acercaba hacia ellos.

—Debemos ir al palacio y ayudar a los troblins —dijo Conner.

—Estoy de acuerdo —asintió Alex, pero de pronto algo la distrajo. Un golpeteo persistente provenía de algún lugar cercano, a sus espaldas.

—¡Alex! ¡Ayúdame! —dijo una voz familiar.

Alex siguió el sonido y encontró a Rook. Lo habían encerrado en uno de los carruajes. El corazón de la chica se detuvo y de inmediato se dispuso a liberarlo.

—¿Rook? ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Alex—. ¿Cómo terminaste dentro del… carruaje? —de pronto, antes de que pudiera terminar la pregunta, se dio cuenta. Además de las hadas y su hermano, Rook fue la única persona que había presenciado la partida de los monarcas por el sendero secreto.

—¡Alex! ¡Por favor, déjame salir! —suplicó Rook.

Todo el color se desvaneció del rostro de la chica y no se movió. Su mano había estado a segundos de destrabar la cerradura.

—Fuiste tú —exclamó—. Tú le contaste al general sobre el sendero secreto.

A pesar de que ella sabía que no había otra explicación posible, suplicó estar equivocada. Deseó por primera vez en la historia que pudiera haber una versión alternativa a la verdad.

Rook ni siquiera intentó negarlo.

—Sí, fui yo, pero ¡no tuve otra opción!

Ella rompió en llanto mientras su corazón se hacía añicos. Él era la persona con la que había creído que podía contar para lo que fuera. Nunca antes había permitido que alguien accediera a lo más profundo de su corazón. La alegría que ella había creído que estaba evolucionando a amor solo fue el presagio de una puñalada en la espalda.

—No puedo creerlo —sollozó—. ¡Confiaba en ti, Rook! ¡Confiaba en ti!

Las lágrimas llenaron los ojos de Rook al verla tan herida.

—Alex, ¡nunca quise traicionarte! ¡Tienes que escucharme: mi padre estaba herido y le conté al general dónde estaba el sendero secreto para conseguir ayuda! Ahora, por favor, tienes que dejarme salir; hay algo que el general está planeando que debo contarte…

—¿Cómo se supone que debo confiar en ti ahora? —preguntó ella.

—¡Alex! ¡Detrás de ti! —gritó Conner.

Alex volteó y vio una docena de soldados enemigos escabulléndose detrás de ella. La mitad estaba liberando al general y a sus hombres de las ataduras de las plantas y la otra mitad se dirigía hacia los mellizos con las armas en alto. Sin pensarlo, Alex desquitó el dolor de su corazón roto en los soldados que la atacaban. Agitó su varita como un látigo y una explosión de luz blanca hizo volar a los soldados por los aires.

Conner estaba tan aterrorizado como impresionado.

—¿Alex? —dijo él dócilmente.

—No sé qué se apoderó de mi… —respondió ella agitada—. Yo… yo… yo… ¡acabo de lastimar a todos esos hombres!

—¡Alex, está bien! —dijo Conner y se acercó con cuidado a su hermana —. ¡Ellos estaban a punto de hacerte lo mismo!

Los ojos de Alex salieron disparados hacia el jardín. En cuestión de segundos, había perdido completamente de vista quién era. La ira y el dolor que la consumían la habían convertido en una persona completamente distinta.

Los soldados terminaron de cortar las enredaderas que rodeaban al general y a sus hombres.

—¡Vayamos al palacio ahora mismo! —dijo Conner.

—¡Alex, por favor, déjame salir! —suplicó Rook.

Liberarlo era lo último que Alex quería hacer. Apuntó su varita hacia la puerta del carruaje y cinco cerraduras más aparecieron.

—¡No, Alex! —dijo Rook—. ¡No hagas esto! Tengo que contarte sobre el…

—No quiero volver a verte nunca más —le dijo ella.

Conner corrió hasta su hermana y sujetó su brazo. Salieron disparados por los jardines delante de ellos y desaparecieron de la vista de Rook.

El general Marquis se puso de pie y se sacudió las enredaderas de encima. Miró la batalla a su alrededor y sus fosas nasales se ampliaron. Sus hombres habían sido superados en números terriblemente. Era solo cuestión de minutos que derrotaran a la Grande Armée por completo.

—¡Coronel Rembert! —gritó.

—¿Sí, general? —dijo Rembert, mientras corría hacia él.

—Es hora de comenzar con la fase dos de nuestro plan —ordenó el general—. ¡Busque al Hombre Enmascarado! ¡Dígale que traiga al dragón de inmediato! Es hora de terminar esta guerra —indicó.

La idea del surgimiento del dragón hizo que varios escalofríos recorrieran la columna vertebral de Rembert.

—Sí, señor —dijo.

Los mellizos corrieron en zigzag por los jardines mientras se dirigían al palacio. Alex lloraba tanto que ya no podía correr y cayó detrás de un gran arbusto de margaritas.

Conner se arrodilló a su lado y ella enterró su rostro en el hombro de su hermano.

—Supongo que Rook era más que un amigo —dijo Conner y secó las lágrimas de su hermana con el borde su camiseta.

—Oh, Conner, me siento tan estúpida. ¡Todo esto es mi culpa! ¡Permití que mi corazón se entrometiera con mi cabeza y por poco logro que maten a nuestros amigos!

—Oye, oye, oye —dijo él—. Todo está bien. Los ayudamos y todos están a salvo… Bueno, lo más a salvo posible, claro.

—Me siento como un trozo de vidrio al que han pisado —lloró Alex—. Me siento tan rota por dentro que ya no sé cómo ser yo misma. Ahora

comprendo por qué Ezmia era de ese modo; ¡viste lo que les hice a esos soldados! No soy mejor que ella.

Conner obligó a su hermana a enderezarse para poder mirarla directamente a los ojos.

—¡Alex, deja de hablar así! No permitirás que un chico estúpido que necesita un corte de cabello cambie quien eres, ¿me entiendes? ¡La Alex que conozco se daría un golpe por siquiera decir algo semejante! Ezmia era una bruja quejosa y narcisista y tú nunca serás como ella, sin importar lo que te suceda. Ahora, ¡te recuperarás y ayudarás a nuestros amigos a ganar esta guerra!

Alex enderezó los hombros y asintió con lentitud.

—Está bien —dijo ella.

—Bien. Ahora, vayamos al palacio para ayudar a los troblins.

Conner ayudó a su hermana a ponerse de pie y continuaron atravesando los jardines. A donde miraran veían que la batalla persistía, pero parecía que ¡la Asamblea del Felices por Siempre estaba ganando!

Vieron que siete soldados enemigos rodeaban a Cielene con sus espadas. Justo cuando se dispusieron a atacarla, ella giró las manos sobre su cabeza y el agua de un estanque cercano golpeó a los soldados como una enorme manguera de bomberos.

Otros soldados perseguían a Tangerina por los jardines y la arrinconaron contra un muro de setos. Alzaron sus rifles, y ella alzó sus manos hacia ellos. Miles de abejas enojadas brotaron de sus mangas y de su colmena y atacaron a los hombres. Ellos cayeron al suelo mientras los insectos los picaban sin parar. Una sonrisita apareció en el rostro de Tangerina: era casi terapéutico para ella.

Los cañones apuntaban a Amarello y al Ejército Encantador que luchaba a su lado. Pequeñas bolas de fuego se formaron en las manos de Amarello y se las lanzó a los cañones, lo que hizo que explotaran antes de que pudieran dispararlos. Los hombres a su alrededor dieron vítores y uno se quemó cuando intentó darle una palmada en la espalda a Amarello.

Las hadas que vivían en los jardines también hicieron su parte. Hadas de todos los tamaños les bajaban los pantalones a los soldados o les robaban sus sombreros mientras avanzaban. Algunas incluso encantaban las plantas gigantes de los jardines para que sujetaran a los enemigos con sus hojas y los sostuvieran con fuerza contra sus tallos.

Los mellizos vieron que Ricitos de Oro y las reinas estaban espalda con espalda luchando contra un grupo de franceses que las rodeaban. Los

soldados eran presumidos y se reían de las mujeres que los desafiaban.

—Haremos ese truco que les enseñé en el prado del Reino del Norte, a la cuenta de tres —les indicó Ricitos a las demás—. Una, dos, ¡tres! —las mujeres se agazaparon y, con una voltereta, tumbaron a los soldados. Dos de ellos se pusieron de pie con rapidez, pero Cenicienta y Blancanieves los hicieron caer utilizando el cabello de Rapunzel.

—¡Bien hecho, Su Majestad! —gritó Sir Lampton desde el otro extremo de los jardines.

—¡Gracias, Sir Lampton! —respondió Cenicienta.

Sir Lampton estaba luchando contra su propio grupo de soldados de la Grande Armée junto a Jack y los reyes. Los hermanos Encantador estaban evaluando de modo competitivo cuál de ellos podría tumbar más soldados al suelo, y llevaban la cuenta de cada hombre que habían desarmado.

—Son dieciséis para Chandler, catorce para Chance y veinte para mí —afirmó Chase.

Jack se agazapó y pateó las piernas de un soldado y lo tumbó al suelo.

—Buen intento, niños —bromeó Jack—. Pero ¡ese fue mi número cincuenta!

Mamá Gansa voló por los aires sobre el lomo de Lester. No podía permanecer ni un minuto más encerrada en el palacio y había decidido unirse a la lucha.

—¡Muy bien, Lester! ¡Haremos lo mismo que aquella vez que escapamos a duras penas de esos pilotos kamikazes durante la Segunda Guerra Mundial! —le indicó al ganso.

El ganso gigante extendió las alas y giró en el aire como un jet de combate. Mamá Gansa sostenía una canasta llena de botellas vacías de espumante que había estado guardando y se las lanzó a los soldados de la Grande Armée mientras volaban sobre ellos. Los cañones le apuntaban, pero Mamá Gansa chasqueó los dedos y transformó las balas en grandes burbujas jabonosas.

Uno de los cañones que apuntaban a Mamá Gansa se descarrió y le hizo un agujero al lateral del carruaje en el que estaba encerrado Rook. Si él hubiera estado solo unos centímetros más a la izquierda, habría perdido la vida. El muchacho atravesó el agujero causado por la explosión y rodó por el suelo. Corrió hacia el bosque, lejos de la zona de batalla. Había intentado advertirle a Alex, pero ella no lo escuchaba… Las hadas no podrían competir contra lo que se avecinaba hacia ellas.

Alex y Conner estaban a pocos metros de los escalones delanteros del Palacio de las Hadas cuando vieron a la pequeña Bo pasar corriendo junto a ellos. La seguían de cerca Rani y Roja, y no mostraba ningún signo de querer detenerse.

—Su Alteza —gritó Rani detrás de ella.

—Su Alteza Elegida —lo corrigió Roja.

—Pequeña Bo, ¡deje de correr! —le rogó Rani.

Alex y Conner persiguieron a sus amigos. Bo corría con más determinación que nunca.

—¿Qué sucede? —les preguntó Alex.

—¿No es obvio? ¡La pequeña Bo perdió sus ovejas y no sabe dónde hallarlas! —respondió en un grito Roja.

—¡No es gracioso, Roja! —la reprendió Rani.

—¡Y cuando digo ovejas me refiero a su cordura! ¡No deja de correr! —dijo Roja.

La pequeña Bo atravesó frenéticamente los jardines en busca de algo o alguien. Inspeccionó fila tras fila a los soldados de la Grande Armée; cuando se daba cuenta de que quien fuera que estaba buscando no estaba entre ellos, salía corriendo por los jardines hacia otra formación.

—¿Dónde estás? —dijo en voz baja la pequeña Bo mientras corría.

Rani y Roja comenzaban a perder energía y redujeron la velocidad. El paso de la pastorcita nunca se ralentizó y se liberó del grupo que la seguía y corrió aún más lejos en los jardines.

—Es inútil —dijo Rani y dejó de correr—. No entrará en razón.

Roja y los mellizos lo alcanzaron. Conner miró el palacio detrás de él y vio que un grupo de soldados de la Grande Armée se había escabullido por los jardines y ahora estaba luchando contra los troblins en los escalones delanteros. La Reina Trollbella estaba sentada en los escalones detrás de Gator y lo alentaba mientras él peleaba con un soldado.

—¡Vamos, Gator, vamos! ¡Vamos, Gator, vamos! —cantaba y aplaudía con alegría, como si estuviera en un evento deportivo—. ¡Golpéalo con tu espada! ¡Golpéalo con tu espada!

—Ay no —dijo Conner—. ¡Tengo un mal presentimiento sobre esto!

Conner salió disparado para ayudar al ejército troblin, pero no llegó allí lo suficientemente rápido. Gator era demasiado pequeño para vencer solo al soldado y perdió el equilibrio. El soldado lo apuñaló en el estómago y Gator cayó al suelo.

—¡GATOR! —gritó Trollbella.

—¡Nooo! —exclamó Conner. Atacó al soldado con su espada. El enemigo era mucho más fuerte que Conner y él por poco sufre el mismo destino. Alex apuntó su varita hacia el soldado que luchaba contra su hermano, y una explosión de un rojo brillante brotó de la punta y lo golpeó en el pecho. El soldado salió disparado por los aires y los demás miembros de la Grande Armée se retiraron, asustados.

Trollbella colocó la cabeza de Gator sobre su regazo mientras él daba su último aliento.

—No me dejes, Gator —dijo Trollbella mientras las lágrimas caían de sus grandes ojos.

—¿Trollbella? —dijo Gator, mirándola—. Antes de partir, solo necesitaba decirte que…

—¡Que quieres casarte conmigo, lo sé! —gritó histéricamente la reina—. ¡Sí, Gator! ¡Yo también quiero casarme contigo!

Gator estaba atónito de que la reina troll lo hubiera interrumpido en medio de sus últimas palabras. No era eso lo que él había querido decir, pero el pequeño troll murió antes de que pudiera decir otra palabra. Trollbella lo acunó en sus brazos y las lágrimas rodaron por sus mejillas y sobre el rostro del troll fallecido.

—¡Regresa, Gator! —lloró ella—. ¡Por favor, regresa!

Alex, Rani y Roja se unieron a Conner y a los troblins en los escalones de la entrada del palacio y observaron en silencio a la triste reina troll.

—Me temo que ninguna guerra se libra sin pérdidas —dijo Rani.

Cuando los mellizos miraron alrededor de los jardines vieron a más y más soldados retirándose hacia el bosque. Amarello apareció junto a ellos, seguido de Tangerina y Cielene.

—La Grande Armée ha huido de los jardines del sur —les informó a los mellizos.

—También se han marchado del lado este —dijo Tangerina.

—Y se han retirado del norte y del oeste también —añadió Cielene.

Amarello miró con tristeza el suelo.

—Perdimos a muchos de nuestros hombres, pero creo que es seguro decir que esta batalla terminó.

Rosette también reapareció desde el Imperio de los Duendes con buenas noticias para compartir.

—Fue un poco caótico cuando llegamos, pero los soldados y los ogros que acompañaban a la Grande Armée huyeron hacia el Bosque de los Enanos —les informó a los demás—. El árbol del imperio está gravemente dañado y

muchos duendes han perdido sus hogares, pero la Emperatriz Elvina está a salvo. Coral y Violetta se quedaron allí para ayudarlos a limpiar.

—Me alegra oír eso —dijo Alex—. Estamos en la misma situación aquí.

Pronto, los ejércitos se reunieron con sus reyes y reinas mientras regresaban desde los jardines y se reagrupaban con los demás frente al palacio. Mamá Gansa y Lester aterrizaron junto a los mellizos, y Jack y Ricitos de Oro también se unieron a ellos. Cada hombre, mujer, troll, goblin y hada parecía exhausto, pero un orgullo subyacente se sentía entre ellos: habían combatido a la Grande Armée juntos.

Conner caminó entre la multitud y se dirigió al centro de los jardines.

—Conner, ¿adónde vas? —preguntó Alex.

—A terminar esto —dijo él.

Caminó hasta que estuvo a mitad de camino entre los ejércitos de la Asamblea del Felices por Siempre frente al palacio, y el general y sus hombres al límite de los jardines. Solo un par de docenas de soldados enemigos permanecían junto al general y cada uno se veía más agotado que el otro. Se apoyaban contra los carruajes, los postes y entre ellos. Se les habían agotado por completo las municiones y la mayoría había perdido su espada.

El general Marquis era el único que parecía tener un remanente de energía. Estaba erguido y era malicioso como siempre; como si todavía pensara que había una posibilidad de que la Grande Armée pudiera ganar.

—¡La guerra terminó! —les gritó Conner al general y a sus hombres—. Es hora de rendirse, general, antes de que se pierdan más vidas.

Una sonrisa amenazadora apareció en el rostro de Marquis.

—¡La Grande Armée nunca se rinde! —replicó.

Conner lanzó su espada al suelo para probar su punto.

—La Grande Armée se ha ido —dijo—. ¡Tú y tus hombres han estado atrapados en ese portal durante doscientos años! ¡No hay ningún Imperio Francés al que regresar! ¡Napoleón está muerto! Ustedes ya no están luchando por nada.

Los soldados de la Grande Armée intercambiaron susurros; ¿era cierto? ¿De verdad habían perdido el sentido del paso del tiempo en el portal? El general mantuvo su rostro estoico y se rio de Conner.

—Estúpido, patético e ignorante niño —dijo Marquis—. ¿Insultas mi inteligencia intentando engañarme con esas mentiras? ¡No viajé hasta aquí para que me derrotaran! ¡Esta guerra recién ha empezado!

Un pulso estrepitoso vibró a través del suelo, como un latido inmenso. Conner miró la tierra y vio que su espada temblaba, como si algo gigante

estuviera acercándose hacia ellos. El temblor crecía con cada latido y el Palacio de las Hadas comenzó a estremecerse; parecía que un terremoto estuviera sacudiendo el reino.

El humo inundó el cielo sobre las copas de los árboles en la distancia. Un horrible chillido brotó a través del aire. Todos los que estaban de pie en el palacio se cubrieron los oídos para protegerse del terrible sonido.

—Oh, no —dijo Alex, y su rostro empalideció.

—No puede ser —susurró débilmente Mamá Gansa.

La Asamblea del Felices por Siempre observó aterrorizada cómo la silueta de una criatura colosal aparecía sobre los árboles. Los rumores acerca del huevo eran ciertos: un dragón se había alzado en la Tierra de las Historias.



Capítulo veintinueve

El dragón despierta

El dragón surgió de los árboles y aterrizó al límite de los jardines de las hadas. Era casi tan alto como el palacio. Escamas rojas cubrían su cuerpo y la lengua bífida entraba y salía por entre sus dientes afilados. Tenía dos cuernos y púas filosas que cubrían su cabeza y recorrían su columna. Dos alas inmensas crecían de su espalda y una larga cola se movía detrás de él. El humo brotaba constantemente de sus enormes fosas nasales, como si fueran la chimenea agotada de una máquina a vapor.

Alex y Conner nunca podrían haber imaginado a una criatura tan grande. No había un dinosaurio ni un monstruo sobre el que hubieran leído que pudiera compararse con la bestia que se acercaba a ellos.

El dragón arqueó la espalda y rugió ante la Asamblea del Felices por Siempre. El sonido fue tan fuerte que los vidrios de las ventanas estallaron.

Todas las hadas corrieron o volaron hacia los árboles, más allá de los jardines, para evitar que la criatura las pisoteara. El general Marquis rio a carcajadas al ver a las hadas asustadas que huían de sus hogares.

Conner tomó su espada del suelo y se unió a su hermana y a los hombres y mujeres frente al palacio.

—Mamá Gansa, ¿qué hacemos? —preguntó.

Todos se enfocaron en ella.

—¿Por qué todos me miran? ¡Nunca antes he matado a un dragón! —dijo ella.

—¿La Abuela y tú no fueron algunas de las hadas que los cazaron durante la Era de los Dragones? —preguntó Alex, haciendo su mayor esfuerzo por no entrar en pánico.

—Yo solo luchaba contra los más pequeños —admitió Mamá Gansa—. Tu abuela era la que sabía cómo matarlos.

Conner pasó sus dedos por su cabello.

—Está bien, ¡todos piensen! ¡Tiene que haber un modo de asesinar a esa cosa!

El general Marquis podía sentir la ansiedad de sus enemigos desde el extremo opuesto del jardín. Disfrutaba ver lo impotentes que los hacía sentir su nueva mascota y los obligó a revolcarse en su desesperación un poco más antes de ordenarle a la bestia que los atacara.

El Hombre Enmascarado apareció entre los árboles justo debajo del dragón y nunca antes se lo había visto tan feliz. Alzó la mirada hacia el animal, como si estuviera viendo la materialización del trabajo de toda su existencia. Había esperado toda su vida para poseer un dragón de verdad, y este era más grande y mejor de lo que hubiera podido imaginar.

Por desgracia para el general Marquis, el Hombre Enmascarado tenía más control sobre el dragón del que él se daba cuenta.

—Suficiente espera —gritó el general—. ¡Envía al dragón a atacar el Palacio de las Hadas! ¡Quiero verlo arder!

El Hombre Enmascarado volteó su cabeza con brusquedad hacia el general.

—No —respondió.

El general rotó todo su cuerpo para mirarlo. Nadie jamás lo había desafiado tan abiertamente.

—¿Qué dijiste? —le preguntó Marquis.

—Dije que no, Jacques —repitió el Hombre Enmascarado.

Caminó hacia el general, pero el dragón permaneció exactamente donde estaba. Había algo muy distinto en el Hombre Enmascarado; no parecía ni tan frágil ni tan extraño como era habitual. Poseer al dragón lo hacía andar erguido y con mucha más confianza; ya no tenía que complacer a nadie.

—Últimamente he recibido muchas órdenes de su parte y ya he tenido suficiente —le ladró al general.

—¡Trabajas para mí! —gritó Marquis.

El Hombre Enmascarado estalló en carcajadas.

—Ahora viene la parte en la que le digo la verdad, general —dijo él—. Desde el primer momento en que los vi a usted y a sus hombres irrumpiendo en mi prisión, usted comenzó a trabajar para mí. He esperado un largo tiempo que alguien como usted se cruzara en mi camino; alguien que estuviera tan hambriento de poder como yo, pero que estuviera enceguecido por su decisión y que pudiera ser manipulado con facilidad. Todo este tiempo solo creyó que yo estaba trabajando para usted cuando en realidad me estaba

dando exactamente lo que quería. Gracias por sus servicios, general Marquis, pero ya no es valioso para mi causa.

El Hombre Enmascarado era la única persona que lo había engañado en toda su vida. Por primera vez, el general de la Grande Armée se veía asustado.

—¡No se queden ahí! ¡Atrapen a ese hombre! —ordenó el general, pero los soldados permanecieron quietos. En ese momento, el hombre con el dragón era el único al que ellos no querían contrariar.

—Sabia decisión —les dijo el Hombre Enmascarado a los soldados—. Adiós, general.

Abrió las manos y los soldados descubrieron que él había guardado la cáscara del huevo del dragón. La apretó con mucha fuerza. Alzó las manos hacia el general Marquis y el dragón inclinó la cabeza en su dirección. El animal se acercó dos pasos a él y el general intentó huir.

—¡Nooooo! —gritó Marquis.

El dragón respiró hondo y exhaló un largo y poderoso géiser ardiente de sus pulmones. El géiser golpeó al general y las llamas despiadadas lo consumieron. Cuando el dragón se detuvo, el suelo debajo del general se había tornado negro, y Marquis había desaparecido.

—¿Qué acaba de suceder? —chilló Conner.

—El Hombre Enmascarado; ¡tiene la cáscara del dragón! —exclamó Mamá Gansa—. Cuando un dragón nace y desarrolla la vista, asume que quien sea que ve primero con su cáscara es su madre; ¡es decir que cualquiera que posea las partes de la cáscara de su huevo se convierte en el amo del dragón! ¡El Hombre Enmascarado lo controla!

—Ah, genial —dijo Conner—. ¡Más buenas noticias!

El Hombre Enmascarado alzó los trozos de cáscara hacia el Palacio de las Hadas.

—Mátalos —le ordenó al dragón, y la criatura dio un paso hacia delante. De pronto, la pequeña Bo apareció en los jardines y se colocó entre el dragón y el palacio.

—¡Espera! —gritó la pastora—. ¡No tienes que hacer esto!

El Hombre Enmascarado bajó las manos, y el dragón se detuvo.

Después de buscar entre los soldados de la Grande Armée durante horas, la pequeña Bo por fin había encontrado al Hombre Enmascarado. Lentamente, caminó hacia él con las lágrimas rodando sobre sus mejillas.

—Sé que tu vida ha sido difícil e injusta y que tu propia sangre te ha dejado de lado, pero también sé que hay un hombre amoroso y cariñoso en

algún lugar debajo de esa máscara —dijo ella—. ¡Ese es el hombre del que me enamoré! Esta es tu oportunidad de demostrarle al resto del mundo que no eres el lunático confabulador y vengativo que creen que eres; por mí, ¡demuéstrales quién es el hombre que amo para que aún haya esperanza de que podamos estar juntos! ¡No arruines el mundo solo porque te ha arruinado a ti!

Los demás observaban la escena conteniendo el aliento. Sentían que el corazón se les saldría del pecho. ¿Habían significado algo para él aquellas palabras? ¿El Hombre Enmascarado la amaba lo suficiente como para hacer retroceder al monstruo? Si el rostro del Hombre Enmascarado no hubiera estado cubierto, habrían visto aparecer una expresión muy conflictuada en él mientras reflexionaba acerca de lo que la pequeña Bo había dicho.

Pero él alzó las cáscaras hacia el palacio de nuevo.

—¡Mátalos a TODOS! —gritó el Hombre Enmascarado.

La piel pálida de la pequeña Bo se puso aún más blanca. Las lágrimas dejaron de caer de sus ojos y dejó de respirar. Observó aturdida al Hombre Enmascarado y apretó el lateral izquierdo de su propio pecho. A pesar de su pedido sincero, al hombre que amaba más que a nada en el mundo no le importaba si ella vivía o moría. Sin nadie más por quién vivir, la pequeña Bo colapsó en el suelo y se quedó muy quieta.

Sir Lampton y Amarello corrieron hacia ella y la llevaron de regreso con los demás. La recostaron sobre los escalones, y Alex y Conner se inclinaron a su lado. Conner comprobó su pulso.

—Está muerta —exclamó. Las mujeres cubrieron sus bocas y los hombres se quitaron el sombrero ante la noticia. Incluso Roja estaba triste de oír eso y hundió el rostro en el hombro de Rani.

Alex extrajo el collar de la pequeña Bo de la parte superior de su vestido. Observó el diminuto corazón de piedra que colgaba de la cadena y vio la grieta que se había formado a través de él. La pequeña Bo Peep había muerto de un corazón roto.

El dragón reptó lentamente hacia el Palacio de las Hadas. Quemó los jardines a su lado con su aliento ardiente mientras avanzaba.

Alex no podía quedarse sentada como una presa fácil ni un segundo más. Su abuela era la única persona viva que sabía cómo derrotar a un dragón; y mientras ella estuviera viva, existía la posibilidad de que pudiera darles la respuesta. Subió corriendo los escalones e ingresó al palacio, rogando que su abuela pudiera darles una solución antes de que todo estuviera perdido.

—Alex, ¿adónde…? —dijo Conner, pero se distrajo antes de terminar la oración.

—¡Miren! —gritó Ricitos de Oro.

Una manada de unicornios surgió del bosque detrás del dragón y rodeó a la inmensa criatura, lo que evitó que la bestia llegara al palacio. El líder de la manada era Rook, quien montaba a Cornelius al frente del ataque. Había regresado justo a tiempo.

El dragón se inquietó ante el obstáculo inesperado.

—¡Destrúyelos y ataca el palacio! —ordenó el Hombre Enmascarado.

Los unicornios apuñalaron los pies del dragón con sus cuernos y la bestia rugió de dolor. El dragón alzó a los unicornios con sus garras delanteras y los lanzó hacia el bosque a lo lejos. Pateó a Cornelius y este salió disparado hasta el jardín, con Rook en su lomo. El dragón se impacientó y quemó al resto de los unicornios con su aliento. Solo lo habían retrasado, pero por suerte le había dado a Alex algo de tiempo.

Dentro del palacio, ella corrió hasta la habitación del Hada Madrina y cayó de rodillas junto a la cama de su abuela. A pesar de que el mundo de los cuentos estaba en medio de la crisis más grande que había enfrentado, el Hada Madrina dormía tranquilamente como si no tuviera ninguna preocupación.

—Abuela, ¡necesito que despiertes! —suplicó Alex—. ¡Hay un dragón afuera y no sé cómo detenerlo!

Los rugidos de la bestia hicieron temblar la recámara y Alex hundió el rostro en el colchón de su abuela, hasta que el sonido pasó.

—Abuela, sé que crees que estoy lista para ser el Hada Madrina, pero no lo estoy —lloró Alex—. ¡Cómo derrotar al dragón es solo una de las tantas cosas que aún tienes que enseñarme! Si queda algo de magia dentro de ti, ¡necesito que despiertes! ¡Te necesitamos más que nunca!

Alex intentó oír un sonido diferente al caos de afuera, pero no pudo. Esperó un minuto entero, pero nada sucedió. Secó sus lágrimas en el colchón y alzó la vista para ver a su abuela dormida, ¡pero su abuela no estaba!

—¿Abuela? —preguntó Alex, atónita, y miró alrededor de la habitación —. ¿Abuela?

Miró la mesita de noche y vio que la varita de su abuela tampoco estaba. El Hada Madrina había salido de la habitación sin emitir ni un sonido.



Una vez que el dragón se ocupó de los unicornios, se dirigió rápidamente hacia el palacio. Extendió las alas a ambos lados mientras se disponía a atacar.

—¿Qué hacemos ahora? —les preguntó Jack a los hombres y mujeres que lo rodeaban.

Conner fue el único en responder.

—Rezar.

Mamá Gansa bebió un sorbo gigante de su petaca y caminó hacia el dragón que se aproximaba.

—Lo distraeré; ¡ustedes corran hacia el bosque!

—¡No puedes hacerlo! ¡Te aplastará! —suplicó Conner.

Mamá Gansa lo miró.

—Está bien, señor C —dijo con ojos tristes—. Es mi culpa que esto siquiera haya ocurrido en primero lugar; es hora de que asuma un poco de responsabilidad.

Antes de que ella pudiera avanzar un paso más, el dragón rugió con violencia y el sonido hizo que todos cayeran de rodillas. Mientras se ayudaban unos a otros a ponerse de pie, oyeron una voz familiar a sus espaldas.

—Hazte a un lado, Gansa. Matar dragones nunca fue lo tuyo —dijo la voz suave y dulce de una mujer. Todos voltearon para mirar hacia la cima de los escalones delanteros del Palacio de las Hadas; no podían creer lo que veían.

—¿Abuela? —dijo Conner jadeando.

El Hada Madrina había aparecido, vistiendo nada más que su camisón.

—Disculpen mi apariencia; acabo de despertar y no tuve tiempo de vestirme para la ocasión —se disculpó.

El dragón se detuvo en seco cuando vio al Hada Madrina. Ella era lo único que lo intimidaba en lo más mínimo; como si estuviera en su ADN temerle. Rugió ante ella e hizo que todos cayeran al suelo otra vez, salvo el Hada Madrina.

Ella bajó descalza los escalones y se dirigió al jardín, hacia la bestia gigante, con su varita lista. Alex salió corriendo del palacio y se reunió con Conner en los escalones de la entrada. Dio un grito ahogado y cayó en una posición sentada cuando vio lo que los otros presenciaban.

La vista era increíble: su diminuta abuela caminando con cautela hacia el colosal dragón escupefuego, como si estuviera yendo a la tienda a comprar provisiones.

—¡Abuela! ¡Espera! ¡No puedes hacerlo! —gritó Conner.

—¡Abuela, estás enferma! ¡Por favor, regresa! —gritó Alex detrás de ella.

Su abuela los miró con un brillo en los ojos.

—No se preocupen, niños, aún me queda un poco de magia en mi interior y no puedo pensar en una mejor forma de utilizarla —dijo ella—. Esto será divertido.

Hombres y mujeres, soldados y hadas, reyes y reinas y trolls y goblins observaban atónitos cómo la anciana se acercaba al dragón. La criatura gigantesca chilló ante el Hada Madrina y lanzó un géiser ardiente en su dirección. Ella lo bloqueó con su varita y el fuego salió disparado en todas direcciones, menos hacia el palacio a sus espaldas.

—Has elegido destruir el jardín equivocado —le dijo el Hada Madrina al dragón.

—No te quedes ahí, ¡destrúyela! —ordenó el Hombre Enmascarado desde el extremo opuesto.

El dragón lanzó sus llamaradas más fuertes de aliento ardiente hacia la anciana, pero ella bloqueó todas con su varita. Los mellizos se abrazaron; les aterraba pensar que estaban a punto de ver cómo herían a su abuela, pero sucedió lo contrario: la anciana reía mientras el dragón intentaba lastimarla.

—La clave para derrotar a un dragón es recordar siempre que eres mucho más inteligente y poderoso que él —les dijo el Hada Madrina a los hombres y mujeres detrás de ella—. Puede que parezca atemorizante, pero en realidad, no es más que un gran reptil alado con un aliento horrible.

Un haz de luz plateada brotó de la punta de la varita del Hada Madrina. Ella agitó alegremente su varita, como si estuviera dirigiendo una orquesta, y el haz de luz atravesó el aire como un látigo gigante. La luz se hacía más y más larga a cada segundo. El dragón retrocedía y avanzaba a los saltos, intentando evadirla. Después de un rato, el haz era tan largo que el dragón se enredó con él cuando intentó huir volando.

El Hada Madrina tenía al dragón exactamente donde lo quería. Agitó su varita como un látigo de nuevo y el lazo de luz que envolvía al dragón se hizo más y más brillante. Los demás se cubrieron los ojos ante la vista cegadora y la criatura estalló en un puñado de cenizas.

—¡NOOOOO! —gritó el Hombre Enmascarado, y el sonido resonó por todo el reino. Volteó hacia los soldados de la Grande Armée con ojos coléricos; era un rostro mucho más atemorizante que cualquiera que el general hubiera tenido—. ¡No se queden ahí mirándome boquiabiertos, idiotas! ¡Necesitamos salir de este reino de inmediato!

Ninguno de los soldados cuestionó el liderazgo del Hombre Enmascarado, y se apresuraron a correr detrás de él y a escapar por el bosque antes de que las hadas los atraparan.

El Hada Madrina respiró hondo, satisfecha y cerró los ojos. Sus rodillas se rindieron y, despacio, cayó al suelo y aterrizó suavemente sobre su espalda.

—¡ABUELA! —gritaron los mellizos al unísono. Corrieron a su lado y alzaron su cabeza sobre el regazo de ambos.

—Abuela, ¿estás bien? —preguntó Conner.

—¿Estás herida? —indagó Alex.

Su abuela les sonrió con calidez.

—Creí que me iría haciendo algo emocionante —dijo débilmente—. Sabía que había un motivo por el que aún no me había marchado; y me alegra mucho que hayan podido ver a su vieja abuelita en acción antes de partir.

—¡Abuela, eso fue lo más genial que he visto en mi vida! —dijo Conner.

—Eres maravillosa, abuela —afirmó Alex—. Por favor, no nos dejes.

—¿Dejarlos? —dijo el Hada Madrina y los miró con extrañeza—. ¿Quién dijo que los dejaría?

—¿No estás muriendo? —preguntó Conner en voz baja—. ¿No es esa la razón por la que no salías de la cama?

El Hada Madrina colocó sus manos sobre el rostro de sus nietos.

—Sí, niños, estoy muriendo —dijo ella—. Pero lo que las otras hadas no explicaron es que un hada en realidad nunca muere. Cuando se le acaba el tiempo, su alma simplemente regresa a la magia. Se convierten en la misma sustancia que ayuda a las hadas a hacer del mundo un lugar mejor. Incluso cuando me vaya, aún estaré con los dos. Cada vez que muevan la varita, hagan un hechizo o usen un encantamiento, yo estaré observándolos de lejos con orgullo suficiente para iluminar todo el cielo.

Las lágrimas caían de los ojos de los mellizos y rodaban por sus mejillas. La voz de su abuela se suavizaba gradualmente mientras hablaba. No estaban seguros de si eso era real o de si ella solo estaba tratando de hacerlos sentir mejor, pero sabían que solo faltaban pocos minutos para que partiera.

—Te queremos muchísimo, abuela —dijo Alex—. No sé cómo habrían sido nuestras vidas sin ti.

—Aburrida, eso seguro —bromeó Conner—. Fuiste la abuela más mágica que un par de niños pudieran pedir, ¡literalmente! Creo que ya tienes ese título asegurado.

Los mellizos vieron aparecer una última vez en el rostro de su abuela, la sonrisa característica que le arrugaba los ojos. Era la misma sonrisa de su

padre, y era su sonrisa favorita en todo el mundo.

—Los quiero, niños —dijo ella—. Cuídense el uno al otro y recuerden: solo estaré a un pensamiento de distancia.

Los ojos del Hada Madrina se cerraron por última vez. Su cuerpo se tornó etéreo en las manos de los mellizos y se transformó en cientos de luces resplandecientes. Las luces flotaron por el aire y se unieron al cielo estrellado sobre ellos.

Alex y Conner jamás habían visto algo semejante. Incluso mientras moría, su abuela había hallado el modo de dejar fascinados a sus nietos; quizás después de todo, había regresado a la magia. Los mellizos se abrazaron y lloraron en los brazos del otro mientras el sol se alzaba en el horizonte. El Hada Madrina se había ido, pero el Reino de las Hadas había sobrevivido para ver un nuevo día.



Capítulo treinta

Regresando a la magia

Se llevó a cabo una hermosa ceremonia la noche siguiente en lo que quedó de los jardines de las hadas. Fue en honor a las vidas perdidas durante la guerra y todas las hadas del Reino asistieron junto a todos los ciudadanos de los reinos vecinos que deseaban unirse.

Se rindieron tributos especiales para Gator, la Reina pequeña Bo Peep y el Hada Madrina. Se colocaron placas en los jardines con los nombres de Bo y Gator y se construyó una estatua gigante del Hada Madrina en los escalones delanteros del palacio. Conner se alegró al ver que tenía un parecido exacto a su abuela, y que no la habían hecho más alta o más musculosa como el monumento que había imaginado para él.

La ceremonia les recordó a los mellizos al funeral de su padre, pero esa vez, por suerte, toda la atención no estaba en ellos. Compartían su pérdida con el mundo de los cuentos de hadas y fueron capaces de llorar con todos sus conocidos. El increíble impacto que había dejado su abuela en la Tierra de las Historias podía verse en los ojos de todas las personas asistentes a la ceremonia. La gratitud emanaba de sus rostros, al igual que la pena.

A donde sea que Alex fuera, las personas le hacían reverencias y se referían a ella como el Hada Madrina. Le llevaría tiempo acostumbrarse a eso.

Alex les pidió a los reyes y las reinas que permanecieran allí un día más, para que pudiera realizar su primera reunión oficial de la Asamblea del Felices por Siempre el día después de la ceremonia. La guerra había terminado, pero aún había demasiadas batallas por venir, privadas y públicas.

Bree y Emmerich les pidieron a Alex y a Conner si podían quedarse para la ceremonia, pero acordaron con los mellizos que debían regresar a sus casas en cuanto terminara. No querían que sus padres se preocuparan más de lo que ya lo habían hecho.

—Sin dudas van a castigarme cuando llegue a casa —rio Bree—. Qué lástima que mis padres nunca me creerían la verdad; quizás serían comprensivos si la supieran.

—¿Qué les dirás? —le preguntó Conner.

Bree se encogió de hombros.

—Que me enamoré de un payaso de circo y que lo seguí por Europa —respondió—. Sabemos que es posible.

—¿Podrías decirles a mi mamá y a mi padrastro dónde estoy? —le pidió Conner—. Probablemente ya lo sepan; no es la primera vez que Alex y yo desaparecemos.

—Claro —dijo Bree—. Quizás puedan hablar con mis padres y suavizar el golpe de mi castigo. Pueden contarles la mala influencia que eres, o algo así.

Una sonrisa juguetona apareció en el rostro de Emmerich.

—Apuesto a que todos los chicos en Füssen están muy preocupados por mí. Les diré que me secuestraron agentes secretos… que no está tan alejado de la verdad.

—¿Qué les dirás a tu mamá y a tu papá? —preguntó Bree.

—Solo somos mi mamá y yo —respondió Emmerich—. Nunca conocí a mi padre. Pero cuando mi mamá era una niña, mi abuelo le contaba sobre cosas extrañas que había visto en el castillo de Neuschwanstein. Probablemente ella ni siquiera se sorprenda demasiado si le cuento la verdad. De cualquier modo, todavía tendré que lavar los platos durante un mes sin importar dónde estaba, ¡pero valió la pena! Aunque mi vida estuvo en peligro muchas veces, ¡nunca me he divertido tanto!

—Estoy de acuerdo —asintió Bree—. Esta ha sido sin dudas la aventura de mi vida.

Esa noche, Conner, Bree y Emmerich siguieron a Mamá Gansa hasta una de las torres más altas del Palacio de las Hadas. La habitación circular estaba muy polvorienta y las telarañas se extendían entre los muros. Era evidente que nadie había subido allí en mucho tiempo. Una entrada en forma de arco era lo único que quedaba en pie en esa torre.

—Este fue uno de los portales originales que utilizábamos para viajar al Otromundo durante el apogeo de los cuentos de hadas —les contó Mamá Gansa—. Eran los buenos viejos tiempos.

Conner rodeó con los brazos a Bree y Emmerich.

—Saben, ahora que los dos han visto el mundo de los cuentos de hadas, es su responsabilidad ayudarnos a mantener los cuentos vivos en el Otromundo

—dijo él.

Ambos se entusiasmaron por la tarea. Tener esa responsabilidad los hacía sentir como si estuvieran llevándose con ellos una parte de la Tierra de las Historias.

—Creo que acepto el desafío —dijo Bree.

—¡Yo también! —exclamó Emmerich.

Mamá Gansa jaló de una palanca en la pared y una cortina azul transparente apareció en la entrada. El otro lado de la cortina era brillante y Conner reconoció la zona de luz entre ambos mundos.

—Parece que el viejo portal ha regresado a la acción —afirmó Mamá Gansa.

—¿Adónde lleva? —preguntó Emmerich.

—A alguna parte de los Países Bajos —respondió Mamá Gansa pero después, dudó al respecto—. ¿O era Nevada? Ah, bueno, solo pregúntenle a alguien cuando lleguen. Hagámoslo rápido. No estoy rejuveneciendo, a pesar de las pociones que bebo.

Conner abrazó a sus amigos en una despedida agridulce.

—Muchísimas gracias a los dos por haberme ayudado a llegar aquí —dijo —. Les prometo que los visitaré cuando todo esté en orden.

—Te extrañaré, Herr Bailey —dijo Emmerich. No quería marcharse.

—Cuídate, amigo —respondió Conner.

Emmerich fue el primero en atravesar la cortina y desaparecer en el Otromundo. Bree vaciló junto al portal antes de seguirlo. Decir adiós no parecía ser lo suficientemente bueno.

—Te veré por ahí —fue todo lo que pudo decir.

—Sí, por supuesto —dijo Conner y miró alrededor de la torre mientras se sonrojaba.

Bree le dio un beso en la mejilla y caminó hacia el portal. Conner se sentía un poco osado desde que supo que no la vería de nuevo pronto, así que decidió despedirla con un secreto.

—Oye, Bree. Antes de que te vayas, hay algo que he querido decirte.

—¿Qué? —preguntó ella.

Conner estrujó todo su rostro mientras hablaba.

—Después de pensarlo mucho y reflexionar, he llegado a la conclusión de que es posible que quizás, tal vez, sí me gustes —admitió.

Bree rio.

—Sé que gustas de mí —dijo—. Y por cierto, yo también gusto de ti —le guiñó un ojo y atravesó con rapidez la cortina, antes de que cualquiera de los

dos pudiera decir otra palabra.

Conner abrió la boca de par en par y sintió que su corazón saldría revoloteando de su pecho. Estaba feliz y confundido a la vez. Si ambos se gustaban, ¿qué sucedería después? Era un misterio electrizante que lo haría sentirse miserable a la vez y Conner no sabía qué hacer consigo mismo.

Mamá Gansa movió la palanca y miró a Conner con una expresión muy seria en los ojos.

—Señor C, debo hablar contigo.

—Lo sé —dijo Conner con timidez—. No sé cómo hablarles a las chicas; pero en mi defensa, ¡Bree es la primera chica que comprendo!

Ella lo miró de un modo peculiar.

—El amor adolescente no tiene nada que ver con lo que estoy a punto de decir —replicó ella—. Es acerca del portal en el castillo de Neuschwanstein por el que los tres viajaron. Había un detalle menor que olvidé mencionar cuando estaba contándote sobre él.

—¿Qué es? —preguntó, intentando pensar a qué podía estar refiriéndose —. Estuvimos en él durante un par de días, pero una vez que el portal se abrió del todo, llegamos aquí bastante bien.

—Esa es la cuestión; no se suponía que lo hicieran —explicó Mamá Gansa—. Les dije a los hermanos Grimm que llevaran a la Grande Armée al portal bávaro porque yo lo había hechizado. Lo encanté para que solo alguien con sangre mágica pudiera viajar a través de él con facilidad. Cualquier mortal que lo atravesara estaría atrapado allí durante doscientos años; así es cómo encerramos a la Grande Armée. Tú habrías viajado hasta aquí sin problemas, pero si Bree y Emmerich fueran mortales, ellos todavía estarían dentro del portal.

Conner parpadeó rápidamente mientras intentaba comprender lo que ella decía.

—¿Estás diciéndome que Bree y Emmerich tienen magia en su sangre?

—Es la única explicación —dijo ella—. Aunque no sé cómo es posible.

Conner reflexionó un momento. Una respuesta apareció en su mente, basada en toda la información que había adquirido durante su viaje.

—Espera, la estatua del león nos dijo que tú le transferiste un poco de tu sangre a Wilhelm Grimm para que él pudiera tocar la flauta de pan y acceder al portal.

—Así es —respondió ella.

—Entonces, ¿es posible que Bree y Emmerich sean descendientes de Wilhelm Grimm? —preguntó Conner.

Mamá Gansa asintió mientras reflexionaba acerca de la conclusión.

—Cualquier cosa es posible —dijo ella.

Era asombroso. La magia siempre funcionaba de modos misteriosos, pero era sorprendente que Conner se hubiera cruzado de algún modo con las dos personas de entre billones en el Otromundo que tenían magia en la sangre. Bree y Emmerich debían estar destinados desde su nacimiento a encontrar la Tierra de las Historias, al igual que Alex y Conner.

—Pero si no están relacionado a Wilhelm Grimm, me pregunto de qué otro modo la magia se volvió parte de su ADN —dijo Mamá Gansa—. Alguien podría haberse escabullido entre las dimensiones sin que lo detectaran en el pasado… Pero ¿quién?



Alex caminó sola por los pasillos del Palacio de las Hadas. Había sido un día muy largo y triste y quería desesperadamente encontrar un lugar en el que pudiera estar sola.

A pesar de su búsqueda, Alex se topó con compañía indeseable cuando alguien apareció detrás de una columna y la sorprendió.

—Hola, Alex —dijo Rook.

Él era la última persona que quería ver.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Entré a escondidas al palacio para verte —respondió. Acomodó su brazo derecho, que estaba en un cabestrillo. Había resultado herido en la lucha contra el dragón junto a los unicornios.

—Escuché lo que ustedes y los unicornios hicieron —dijo Alex—. ¿Cómo está Cornelius?

—Está bien —respondió Rook—. Se quebró el cuerno en la caída, pero apenas se nota.

—Fue muy valiente de tu parte y estoy agradecida —dijo ella—. Hay una bruja llamada Hagetta en el Bosque de los Enanos. Llévale a tu padre. Dile que yo te envié y ella curará las heridas de ambos, pero ya no puedo ayudarte más. Lo que dije en los jardines era en serio, no quiero verte de nuevo.

Continuó caminando por el pasillo y Rook la siguió, cojeando. Aparentemente, también se había torcido el tobillo en la caída, pero Alex no confiaba en él lo suficiente para creer que sus heridas fueran genuinas.

—Sé que rompí tu confianza, pero lo hice para salvar a mi padre y a los otros aldeanos —dijo Rook—. Tienes que comprender que no tenía otra

opción.

Alex volteó con rapidez hacia él.

—Sé que algún día lo entenderé —le aseguró—. Pero siempre hay una opción, y, como el Hada Madrina, yo siempre tengo que tomar las más difíciles; a quién ayudar y a quiénes no, qué vidas salvar y cuáles no, qué reino proteger y cuál no. Son decisiones terribles y debo tomarlas, y es una carga que no debería esperar que compartas conmigo. No puedo culparte por tomar las decisiones que yo no tomaría. No puedo compartir esa responsabilidad contigo, y esa responsabilidad es mi vida.

—Entonces, eso es todo —dijo con tristeza Rook—. ¿Después de todas las conversaciones maravillosas y las caminatas que hemos compartido, un obstáculo en el camino aparece y nos rendimos?

—No es un obstáculo, es una bifurcación —replicó Alex—. Nunca podremos mantenernos en el mismo sendero; no sería justo para ninguno de los dos. Lo siento.

Se alejó con rapidez por el pasillo para que él no pudiera seguirla. Rook la llamó, pero ella no miró atrás.

—¡Algún día te haré cambiar de opinión, Alex! —gritó—. ¡Te lo prometo!

Alex empujó dos pesadas puertas e ingresó al Salón de los Sueños. Sabía que allí encontraría privacidad. Tomó asiento en el suelo invisible y miró todos los orbes brillantes que representaban las esperanzas y los sueños de las personas. Por desgracia, la habitación infinita no estaba tan llena como lo había estado cuando su abuela se la mostró. Muchas personas se habían desanimado durante los últimos días, y sus esperanzas y sueños eran bajos desde la guerra.

Un golpe se oyó del otro lado de las puertas.

—¡Dije que ya no quería verte! —gritó Alex.

Conner asomó su cabeza dentro.

—¡Vaya, lo siento!

—No, ¡espera, Conner! ¡Lo siento mucho! —se disculpó—. Creí que eras otra persona.

Conner había buscado a su hermana para contarle lo que había descubierto acerca de Bree y Emmerich, pero quedó tan cautivado por el Salón de los Sueños que se olvidó por completo de lo que iba a decir. Cerró las puertas detrás de él y se sentó junto a ella.

—¿Qué es este lugar? —preguntó él.

—Se llama el Salón de los Sueños —respondió Alex—. Es un archivo de cada esperanza y sueño de cada persona y criatura en el mundo.

—Genial —dijo Conner—. Es como una gran base de datos de las hadas.

—Solía estar mucho más lleno, pero me temo que la guerra desanimó a muchas personas, y dejaron de creer. Es mi trabajo restaurar esa creencia ahora que la abuela se ha ido.

—Quieres decir, es nuestro trabajo —la corrigió Conner—. No me iré a ninguna parte.

Alex lo miró confundido.

—¿A qué te refieres con que no te irás? ¿Qué hay del Otromundo?

—Todavía estará allí esperándome —respondió él—. Pero ahora mismo, mi trabajo es estar aquí contigo. Sé que te preocupa ser el Hada Madrina, así que te acompañaré hasta que te sientas lo suficientemente cómoda para estar sola. Además, no quiero regresar a casa hasta que mamá y Bob hayan olvidado cuánto dinero utilicé con mi tarjeta de crédito.

Alex sonrió. Era lo más dulce que su hermano podía hacer por ella.

—¿Lo dices en serio? —ni siquiera iba a fingir por un segundo que no estaba contenta y aliviada de oír la noticia.

—Por supuesto —dijo Conner—. Somos bastante imparables cuando estamos juntos; y todavía hay mucho trabajo por hacer aquí.

—Está bien —respondió Alex—. Pero con una condición.

Conner temía preguntar.

—¿Cuál?

—Tú tienes que ser mi aprendiz —dijo ella—. Todas las Hadas Madrinas necesitan uno.

Conner gruñó.

—Ah, ¡vamos, Alex! No nos dejemos llevar —se quejó.

—Solo piénsalo, Conner —dijo, entusiasmada—. ¡Puedo enseñarte hechizos, cómo hacer encantamientos y cómo conceder deseos! Y si algo me sucediera, la Tierra de las Historias caería en tus manos, tal como debería ser.

Él puso los ojos en blanco e hizo una mueca como si fuera la peor idea del mundo.

—Está bien —dijo—. Pero no me llamarán la próxima Hada Madrina.

—Puedes elegir el título que quieras —Alex estaba tan entusiasmada por la idea que no le importaba cómo quería Conner que lo llamaran.

Conner pensó al respecto un momento.

—Quiero que me llamen el Tipo Líder de las Hadas.

Alex sonrió y asintió.

—Puedo vivir con eso —dijo ella—. Conner Bailey, el Tipo Líder de las Hadas… suena bien.



Capítulo treinta y uno

Un nuevo comienzo

Al día siguiente, toda la Asamblea del Felices por Siempre se reunió en el vestíbulo del Palacio de las Hadas. Las siete hadas se pararon noblemente detrás de sus podios, Mamá Gansa tomó asiento en su silla frente a Alex y los reyes y reinas se ubicaron de pie ante ellos. También les habían pedido a Jack, Ricitos de Oro y Trollbella que asistieran a la reunión, aunque ninguno sabía para qué. Supusieron que Alex tramaba algo.

El asiento del Hada Madrina permaneció en el vestíbulo a pedido de Alex; no estaba lista para que lo movieran. Cada vez que miraba la silla se imaginaba a su abuela sentada allí, sonriéndole. La inspiraba y la mantenía motivada a continuar con el trabajo de su abuela.

—Parece que todos estamos aquí —le dijo Mamá Gansa a la sala después de contar a los presentes—. ¿Procedemos a la reunión?

—Aún no —dijo Alex—. Todavía estamos esperando que llegue alguien.

Nadie excepto Alex sabía a quién esperaban. El resto del vestíbulo la imitó cuando ella miró hacia arriba. Su curiosidad aumentaba a cada minuto. Dos cisnes gigantes aparecieron en el cielo y aterrizaron en el vestíbulo. La Emperatriz Elvina montaba uno de los cisnes mientras que dos duendes soldados la escoltaban en el otro.

La asamblea intercambió miradas con los ojos abiertos de par en par, como si estuvieran viendo un fantasma; la mayoría de ellos nunca la habían visto en persona. Los duendes soldados desmontaron el cisne y ayudaron a la emperatriz a bajar del otro. Era la primera vez en cientos de años que los duendes pisaban el territorio de las hadas.

—Muchas gracias por venir a nuestra reunión, Emperatriz —le dijo Alex con una reverencia cordial.

—Me sorprendió mucho recibir una invitación, dado que no cumplí con mi parte de nuestro trato —dijo la Emperatriz.

—Solo me alegra que usted y sus duendes estén a salvo —respondió Alex.

La Emperatriz y sus soldados se destacaban entre todos los presentes en el vestíbulo. Era la persona más alta de la sala y fulminaba con la vista a los otros monarcas. Los duendes no habían venido con la intención de hacer amigos.

—Me encantan tus ramas —dijo Blancanieves intentando romper el hielo.

La Emperatriz Elvina la miró como si el cumplido fuera un insulto horrible.

—Esta es la corona sagrada que llevó cada gobernante del Imperio de los Duendes desde la Era de los Dragones —explicó como si fuera obvio.

—Bueno, es encantadora —añadió Cenicienta.

Ahora que todos por fin habían llegado, Alex comenzó la reunión de la asamblea.

—Los he citado a todos aquí hoy para hacer un anuncio —dijo Alex—. He decidido que mi primer acto como la nueva Hada Madrina será abolir la Asamblea del Felices por Siempre.

De inmediato, el vestíbulo estalló en protestas. La Emperatriz Elvina fue la única que no se sorprendió ante la noticia y las reacciones de los demás le resultaron muy entretenidas. Era la primera vez en mucho tiempo que los duendes estaban al tanto antes que los humanos.

—¿Has perdido la cabeza? —preguntó Tangerina.

—Creo que necesitas vacaciones, niña —dijo Mamá Gansa.

Amarello intentó razonar con ella.

—Alex, te hemos apoyado en cada decisión que has tomado, pero esta es una que no podemos respaldar.

—Cálmense todos y escúchenme —dijo ella—. Mi abuela formó la Asamblea del Felices por Siempre como un modo de unir al mundo, pero tal como lo probó la Grande Armée, el mundo está lejos de encontrarse unido. La guerra no fue la última amenaza que enfrentaremos. Tenemos que estar preparados para lo que sea que traerá el futuro y no podemos hacerlo si algunos de nosotros no están incluidos en la conversación. Así que hoy estoy fundando la Asamblea del Felices por Siempre Jamás y les pido a los troblins y a los duendes que se nos unan.

El vestíbulo se sumió en un gran silencio, pero nadie objetó su propuesta. Los hombres y las mujeres miraban a la Reina troll y la Emperatriz duende, esperando a ver cuáles serían sus reacciones ante la oferta.

—¿Quieres que los troblins se unan? —preguntó Trollbella, atónita.

—Sí —respondió Alex—. Tu pueblo proviene de un largo linaje de comportamiento horrible y tú has hecho un maravilloso trabajo en restaurar su dignidad, Trollbella. Sin embargo, los trolls y los goblins no nos respetarán si nosotros no los respetamos a ellos. Aprendí lecciones muy valiosas de dos maestros muy curiosos en el transcurso de la guerra; uno fue un prisionero y otra, una bruja. Me enseñaron que cada criatura es un individuo y que no podemos castigar a toda una raza por los errores cometidos por individuos. Por más fácil que sea etiquetar a grandes grupos con la reputación de sus ancestros, no es lo correcto. Tal como perdonamos a los trolls y a los goblins, espero que los duendes perdonen a los humanos y las hadas por el trato que han recibido en el pasado.

—Nuestro acuerdo no se basaba en el perdón —dijo la Emperatriz Elvina —. Pero fue un gesto muy amable de parte de las hadas ayudarnos durante el ataque de la Grande Armée, y estamos agradecidos. Si esta nueva asamblea beneficiará a las generaciones futuras de duendes, entonces me uniré gustosa.

Una sonrisa apareció en el rostro de Alex. Las hadas a su alrededor se sorprendieron de que ella hubiera convencido a la Emperatriz de unir fuerzas.

—Entonces, ¿estamos todos de acuerdo? —le preguntó Alex a la sala. Hizo contacto visual con cada gobernante y hada presente, y cada uno de ellos asintió.

—Creo que así es —anunció Emerelda—. Que el día de hoy indique el nacimiento de la Asamblea del Felices por Siempre Jamás.

El vestíbulo estalló en aplausos. Ni siquiera la emperatriz pudo resistirse a aplaudir. Trollbella estaba tan entusiasmada por la unión que hizo una voltereta. Alex había asegurado un futuro prometedor para el mundo de los cuentos de hadas.

Jack se aclaró la garganta.

—Disculpen, pero nosotros aún nos preguntamos por qué nos citaron aquí.

—Eso me lleva a al segundo asunto en mi agenda —dijo Alex—. La mayoría de los criminales reclutados por la Grande Armée huyeron de la batalla, lo que significa que hay más criminales sueltos a través de los reinos que nunca antes, sin mencionar el resto de los soldados enemigos que escaparon. Necesitamos trabajar juntos para atraparlos y encerrarlos en

prisión. Con el permiso de la asamblea, quisiera pedirles a Jack y Ricitos de Oro que formen un equipo para hallar a esos criminales.

Jack y Ricitos de Oro se miraron.

—¿Nosotros? —preguntó Jack.

—Pero… somos criminales —dijo Ricitos de Oro.

—Lo que los hace candidatos perfectos —señaló Alex—. Piensan como criminales, saben dónde se esconderán y con quiénes harán alianzas.

—Tendremos que pensarlo —dijo Jack, hablando por los dos—. Recientemente, hemos estado jugando con la idea de asentarnos.

Eso era una novedad para Ricitos de Oro.

—¿Cuándo tuvimos esa conversación? —le preguntó a su esposo.

—Bueno, solo lo supuse porque… —alzó las cejas de un modo sugestivo para que ella supiera que estaba pensando en su futuro hijo sin decirlo en voz alta.

Ricitos de Oro le sonrió y le tomó la mano.

—Solo porque los pájaros construyan nidos no significa que tengan las alas cortadas —dijo ella y después volteó con rapidez hacia Alex—. Aceptamos. Jack y yo queremos que este mundo sea un lugar mejor tanto como ustedes. Además, nos permitirá vivir nuestra vida casi como siempre lo hemos hecho, excepto que estaremos trabajando para el bien mayor en lugar de nuestro propio interés.

—Estoy de acuerdo —asintió Jack. Ambos habían desarrollado un interés repentino en el futuro, sabiendo que traerían a un niño al mundo—. Aceptamos la oferta.

—Entonces, les recomendaría que la primera persona que deben localizar es el Hombre Enmascarado —sugirió Mamá Gansa—. No hay límites para su crueldad y su avaricia; intentó robarle a la mismísima Hada Madrina. Apuesto a que está allá afuera planeando su próximo golpe contra las hadas mientras hablamos.

—Mamá Gansa, ¿qué fue lo que el Hombre Enmascarado intentó robarle? —preguntó Alex—. Seguramente, la abuela no tenía un huevo de dragón entre sus pertenencias.

Mamá Gansa negó con la cabeza.

—Me temo que no lo sé, pero fue suficiente para que lo pusieran tras las rejas durante toda su vida.

—Reuniremos un equipo y lo rastrearemos —aseguró Ricitos de Oro.

Por desgracia, el Hombre Enmascarado estaba mucho más cerca de lo que todos notaron.

Sin nada más que discutir, Alex concluyó la primera reunión de la Asamblea del Felices por Siempre Jamás. Agitó su varita y muchos más cisnes gigantes aparecieron y llevaron a los monarcas a sus hogares en sus respectivos reinos.

Alex estaba completamente exhausta después de la reunión y necesitaba con desesperación algo de tiempo para descansar y relajarse. En lugar de regresar a su propia habitación, decidió ir a la de su abuela. Pronto, aquella recámara sería suya, y Alex quería pasar un poco de tiempo en ella antes de que la cambiaran.

La puerta ya estaba entreabierta cuando Alex llegó.

—Qué extraño —dijo en voz baja. Esperaba que todavía no hubieran llevado sus pertenencias a esa habitación.

Alex ingresó, y el aroma de su abuela la saludó en la puerta. Le alegraba ver que todas las pertenencias de su abuela aún estaban allí. Alex miró a su alrededor. Estaba ansiosa por revisar aquellos objetos con su hermano, y se preguntaba qué descubrirían sobre ella mientras hojeaban sus libros de hechizos y organizaban su gabinete de pociones.

Cuando los ojos de Alex se posaron en ese gabinete, se enfrentó a una vista alarmante. Todas las gavetas estaban abiertas y alguien había hurgado en ellas. El suelo estaba cubierto de botellas de vidrio rotas: alguien había rebuscado allí con apuro. La puerta del gabinete aún se balanceaba; quien sea que fuera aún estaba allí.

Alex alzó su varita y recorrió con cautela la habitación.

—¿Quién está aquí? —preguntó.

Inspeccionó el cuarto, aunque parecía vacío. Pero una corazonada le decía a Alex que no estaba sola.

La chica revisó cada rincón del cuarto, pero no halló ni un alma. El único lugar en el que no había mirado era detrás del escritorio de su abuela, sobre la plataforma en el fondo. Su corazón latía más y más rápido mientras se acercaba allí.

—¡Muéstrate! —ordenó—. ¡Esta es una habitación privada y no perteneces aquí!

De pronto, una silueta alta y amenazante apareció de un salto detrás del escritorio. Antes de que Alex pudiera identificar al Hombre Enmascarado, él le gruñó y lanzó el escritorio en dirección a la chica. Rebotó por los escalones de la plataforma hacia ella y se hizo añicos en el suelo; Alex apenas logró evadirlo antes de que la aplastara. Él corrió hacia la puerta, pero ella le apuntó con la varita y la cerró de un golpe.

—¡Quédate quieto! —gritó—. ¡No te muevas o te haré volar de un golpe!

El Hombre Enmascarado alzó los brazos dándole la espalda. Ella notó que una botellita azul colgaba de una de sus manos.

—Así que tú eres la nueva Hada Madrina —dijo él—. Es un placer conocerte al fin.

—¿Qué robaste? —preguntó Alex.

—No robé nada.

—Entonces, ¿qué tienes en la mano?

—Algo que me debían desde hace mucho tiempo —gruñó el Hombre Enmascarado.

—¡Voltea! —ordenó Alex.

El Hombre Enmascarado volteó despacio para enfrentarla. Había algo muy familiar en los ojos azules detrás de su máscara; Alex hubiera jurado que había visto esos ojos antes.

—Quítate ese ridículo disfraz —dijo ella y sujetó más fuerte su varita.

—No quieres que lo haga —replicó el Hombre Enmascarado en un tono juguetón.

—¡Ahora! —gritó ella.

El Hombre Enmascarado se quitó el saco de la cabeza a regañadientes y expuso su rostro por primera vez en más de una década. Alex dio un grito ahogado y soltó su varita. Tenía razón: se habían visto antes.



Conner, Rani y Roja estaban de pie en el gran balcón observando el sol ponerse sobre los jardines. Las hadas desperdigadas por el césped limpiaban y reparaban el daño que sus hogares habían recibido durante la batalla.

—A pesar de que destruyeron más de la mitad de los jardines, todavía son hermosos —dijo Roja, soñadora—. Me encantaría plantar mi propio jardín justo debajo del balcón de mi habitación en mi castillo… —de pronto, se puso muy triste y se detuvo a sí misma—. Ah, qué tonta, sigo olvidando que ahora soy una indigente.

—¿Has pensado en lo que quieres hacer ahora que ya no eres reina? —preguntó Conner.

—¿Además de convertirme en una reclusa como la Reina de las Nieves mientras espero que alguien recupere mi trono? —dijo Roja—. No, me temo que no. Aunque escuché que la Reina Bella Durmiente está en busca de una niñera.

Rani la rodeó con un brazo.

—Vendrás a casa conmigo, al Reino Encantador —le dijo—. No puedo ofrecerte un reino, pero estoy seguro de que puedo hacer que tengas un jardín privado para ti sola.

Roja suspiró ante la idea.

—Supongo que eso tendrá que ser suficiente. Podría ser mucho peor: prefiero ser una reina desalojada que una muerta. Pobre pequeña Bo Peep; por poco me siento culpable por decir todas esas cosas horribles sobre ella.

Un carruaje atravesó los jardines camino al palacio. No le prestaron particular atención hasta que se acercó más y vieron quién era el pasajero que viajaba en él.

—¡Ese es el tercer cerdito! —dijo Conner y señaló el carruaje.

—¿Qué está haciendo aquí ese enano obsesionado con el ladrillo? —preguntó Roja.

—Averigüémoslo —respondió Rani. Llevó a Conner y a Roja fuera del Palacio de las Hadas y se reunieron con el tercer cerdito en los escalones de la entrada.

—Hola, Su Majestad —dijo el animalito e hizo una reverencia elegante—. Me alegra tanto verlos de nuevo.

—Ve al punto, cerdito, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Roja cruzándose de brazos. Últimamente, él le había traído malas noticias y ella no estaba ansiosa por oír por qué había venido hasta ellos.

—La República de Bo Peep todavía está llorando la muerte trágica de la reina, pero ayer por la tarde se realizó una nueva votación y he venido a contarles los resultados —dijo alegremente.

Roja no podía estar menos interesada.

—Me pregunto con qué tonto han reemplazado a la pequeña Bo; se merecen al bufón que pongan en el trono… —de pronto, dejó de hablar y sus ojos se abrieron tanto que ocupaban la mitad de su rostro—. Espera un momento; ¿te dirigiste a mí como Su Majestad?

Rani y Conner compartieron una sonrisa entusiasmada. Las manos de Roja comenzaron a temblar y empezó a dar saltos. ¿Acaso todos sus sueños se habían hecho realidad? ¿Su pueblo le había devuelto el trono?

—¿Reeligieron a Roja como reina? —preguntó Conner.

—Sí, ¿soy yo el tonto? ¿Soy el bufón que merecen? —preguntó ella mientras saltaba ansiosa.

—No, señora —respondió el tercer cerdito—. Estaba hablándole al Príncipe Charlie.

Rani se tornó de un verde muy pálido.

—¿Yo? —preguntó—. ¿Me votaron a mí?

—¿A él? —dijo Roja, igual de atónita que el hombre rana.

—Sí, señor —asintió el cerdo—. Felicitaciones, ha sido elegido rey. La pequeña Bo no había nombrado un sucesor y no había tiempo para que ningún candidato se presentara apropiadamente, así que a los ciudadanos les dieron unas listas de candidatos para llenar. Su nombre fue el que más se escribió.

Conner soltó una carcajada y le dio una palmada en la espalda a su amigo.

—¡Bien hecho, Rey Rani!

Rani no tenía palabras. Sus pupilas por poco desaparecen en sus inmensos ojos vidriosos. Volteó y miró con culpa a Roja.

—Amor mío, lo siento mucho —dijo—. Siento que te he robado algo.

—¿Estás bromeando? —replicó Roja—. ¡Esta es una noticia fantástica! ¿Sabes lo que significa?

—¿Qué ahora estarás planeado en secreto mi asesinato? —preguntó Rani tragando saliva con dificultad.

Roja rio con placer.

—¡No, Charlie! —dijo con una sonrisa gigante—. ¡Significa que seré reina de nuevo! Una vez que nos casemos, por supuesto.

Rani movió la cabeza de un lado a otro, convencido de que la había escuchado mal.

—¿Cómo dices? —chilló él.

—¿Acaso se comprometieron y no nos contaron? —preguntó Conner.

—No que yo esté al tanto —dijo Rani y miró a Roja, terriblemente confundido—. ¿Eso fue una propuesta, amor mío?

—¡Lo fue si eso me hace reina de nuevo! —dijo Roja, lanzando sus brazos alrededor de él—. Oh, Charlie, ¡nuestra boda será hermosa! ¡La haremos después de tu coronación en los nuevos jardines que plantarás para mí en el castillo! Es tan curioso cómo en la vida todo resulta a veces, ¿no es así?

Rani miró a Conner con una expresión temerosa en el rostro; su vida acababa de tomar un camino muy inesperado y atemorizante.

La celebración se detuvo abruptamente cuando dispararon un cañón a la distancia. Todos se agazaparon justo a tiempo para esquivar la bala de cañón que hizo trizas los escalones del palacio. Cuando el polvo se disipó, Conner se puso de pie y miró hacia el límite de los jardines. Algunas docenas de soldados de la Grande Armée que sobrevivieron a la guerra, guiados por el coronel Rembert, estaban atacando el Palacio de las Hadas.

—¡Nos atacan de nuevo! —gritó Conner.

—¿Otra vez? —chilló Roja.

Amarello y Cielene salieron del palacio y bajaron por los escalones destruidos hacia donde Conner y los demás estaban.

—¿Qué sucede? —preguntó Amarello.

—¡Los soldados de la Grande Armée han regresado! —dijo Conner.

—¿Cuántos son? —preguntó Cielene.

—No demasiados —dijo él—. Solo un par de docenas, más o menos.

Las hadas miraron hacia el extremo opuesto de los jardines cuando otra bala de cañón salía disparada en su dirección. Amarello lanzó un estallido ardiente desde su dedo y la bala se destruyó a mitad de camino.

—Cielene y yo nos encargaremos de esto —le dijo Amarello a Conner—. Dile a todos dentro del palacio que no se asusten.

Las hadas corrieron a través de los jardines hacia los soldados. Conner ayudó a Rani, Roja y al tercer cerdito a ponerse de pie.

—Un par de docenas de soldados a duras penas parecen suficientes para un ataque apropiado —dijo Rani.

—Lo sé —concordó Conner—. Es más bien una distracción —de pronto, su corazón se detuvo—. Oh, no, ¡eso es exactamente de qué se trata! ¡El Hombre Enmascarado regresó! ¡Debo encontrar a mi hermana!

Conner subió los escalones destrozados del palacio y entró a toda velocidad. Era como un pez nadando contra la corriente mientras las hadas dentro intentaban salir a ver qué era lo que causaba la conmoción. Subió las escaleras corriendo, pero no encontró a su hermana en su habitación. Después, probó suerte con el cuarto de su abuela y entró como un rayo por la puerta.

Lo primero que Conner notó fue el escritorio destrozado en el suelo y el vidrio roto que rodeaba el gabinete de pociones. Alex estaba sentada en los escalones de la plataforma, al fondo de la habitación. Su rostro estaba fantasmalmente pálido y jadeaba mientras miraba a la nada. Su varita estaba en el suelo, a pocos metros de ella: algo andaba muy mal.

—Alex, ¿estás bien? —preguntó Conner y corrió a su lado—. ¿Qué rayos sucedió aquí dentro?

Ella temblaba y no hacía contacto visual con él.

—El Hom-Hombre Enmas-Enmascarado estuvo aquí —tartamudeó Alex.

—¿Te hizo daño? —preguntó Conner.

Su hermana movió la cabeza de lado a lado.

—Él… él… él robó una poción. Yo… yo… ¡yo lo atrapé y lo obligué a quitarse la máscara!

—¿Y qué sucedió?

—¡Vi… vi… su rostro! —gritó Alex. Las lágrimas caían de sus ojos.

—¿Cuál fue el problema? —preguntó Conner—. ¡Alex, estás asustándome! ¡Dime lo que viste!

Volteó hacia su hermano y lo miró directo a los ojos. Él nunca la había visto tan petrificada.

—Conner —dijo jadeando—. El Hombre Enmascarado… ¡era papá!

Agradecimientos

Quisiera agradecerles a Rob Weisbach, Alla Plotkin, Rachel Karten, Glenn Rigberg, Derek Kroeger, Lorrie Bartlett, Meredith Wechter, Joanne Wiles, Meredith Fine y a mi segundo cerebro, Heather Manzutto. Gracias a Alvina Ling, Melanie Chang, Bethany Strout, Megan Tingley, Andrew Smith, y a todos los que trabajan en Little, Brown.

A mis padres, mi hermana, mi abuela, Will, Ash, Pam, Jamie, Jen, Melissa, Babs, Dot y Bridgette, Romy, Roberto, Char, Whoopi, Brian, y al resto de mis amigos y familiares que me han dado material para este libro sin darse cuenta.

A Jerry Maybrook por pasar incontables horas conmigo grabando audiolibros y ¡por hornear el mejor pan casero que he probado!

A las personas que trabajan en el cementerio St. Matthäus-Kirchhof y en el castillo Neuschwanstein. Y a todos los lectores que me enviaron sus obras de arte de sus personajes favoritos y sus informes sobre los libros; ¡nada me hace sonreír más que eso!